
LA OBSESIÓN DEL
PRESIDENTE
G . R . OLIVEIRA

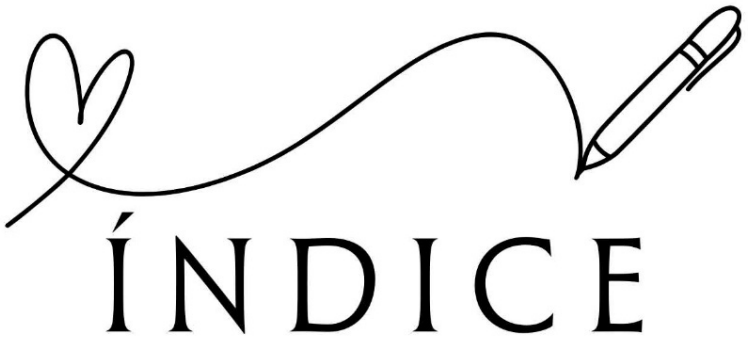
LA OBSESIÓN DEL PRESIDENTE: UN ROMANCE PROHIBIDO ENTRE PODER, PASIÓN Y UN AMOR CAPAZ DE CAMBIAR EL DESTINO DE UN PAÍS (2024)

Copyright © G.R. OLIVEIRA
Publicación Independiente | Todos los derechos reservados.

Esta es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y acontecimientos descritos son producto de la imaginación del autor. Cualquier parecido con personas reales, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Queda prohibido el almacenamiento y/o reproducción total o parcial de esta obra, a través de cualquier medio —tangible o intangible — sin el consentimiento previo y por escrito del autor.

La violación de los derechos de autor es un delito conforme las leyes internacionales de propiedad intelectual y puede ser sancionada de acuerdo con la legislación aplicable en cada país.



ÍNDICE

ÍNDICE

SINOPSIS

PRÓLOGO

CAPÍTULO 1

CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 3

CAPÍTULO 4

CAPÍTULO 5

CAPÍTULO 6

CAPÍTULO 7

CAPÍTULO 8

CAPÍTULO 9

CAPÍTULO 10

CAPÍTULO 11

CAPÍTULO 12

CAPÍTULO 13

CAPÍTULO 14

CAPÍTULO 15

CAPÍTULO 16

CAPÍTULO 17

CAPÍTULO 18

CAPÍTULO 19

CAPÍTULO 20

CAPÍTULO 21

CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 23

CAPÍTULO 24

CAPÍTULO 25

CAPÍTULO 26

CAPÍTULO 27

CAPÍTULO 28

CAPÍTULO 29

CAPÍTULO 30

CAPÍTULO 31

CAPÍTULO 32

CAPÍTULO 33

CAPÍTULO 34

CAPÍTULO 35

CAPÍTULO 36

CAPÍTULO 37

CAPÍTULO 38

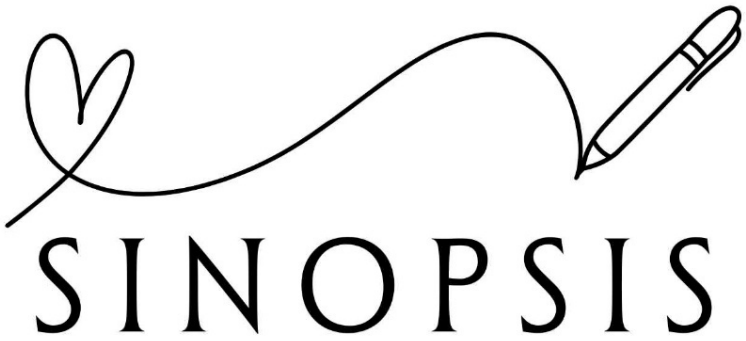
CAPÍTULO 39

CAPÍTULO 40

EPÍLOGO 1

EPÍLOGO 2

NOTA DEL AUTOR



El hombre más poderoso del país está a punto de conquistar la Casa Blanca… pero una mujer puede destruir todos sus planes.

Richard Hardman siempre tuvo claro su destino: convertirse en presidente de los Estados Unidos. Ambicioso, brillante y dispuesto a todo para alcanzar el poder, ha pasado años construyendo el camino hacia la Casa Blanca.

Hasta que Emma Garfield vuelve a aparecer en su vida.

Emma siempre ha vivido lejos de los focos, en un mundo sencillo donde los sueños no tienen nada que ver con la política ni con el poder. Pero cuando el destino vuelve a cruzar sus caminos con Richard —el hombre para quien su madre trabaja—, la atracción entre ellos se vuelve imposible de ignorar.

Lo que comienza como encuentros robados y miradas cargadas de deseo pronto se convierte en una pasión peligrosa. Porque Richard no es solo un hombre poderoso.

Es un hombre que está a punto de convertirse en presidente.

Entre campañas electorales, secretos que podrían destruir una carrera política y un amor que desafía todas las reglas, ambos deberán enfrentarse a una decisión imposible.

Elegir entre el poder… o el corazón.

Porque amar al futuro presidente puede costarlo todo. Y cuando la ambición, la obsesión y el deseo chocan… ni siquiera el hombre más poderoso del país puede controlar las consecuencias.

TROPES

Romance con el futuro presidente de Estados Unidos

Amor prohibido

Diferencia de mundos

Obsesión / pasión intensa

Secretos políticos

Él poderoso, ella sencilla

Amor que desafía el destino

PLAYLIST

PLAYLIST

Haz clic aquí para acceder a la lista de reproducción del libro en Spotify o escanea el código a continuación.



PRÓLOGO

«Como un cowboy moderno, cabalgaba no en busca de ganado, sino de sueños, dispuesto a atrapar estrellas con el lazo y acercarlas a su alcance, iluminando así su camino hacia la Casa Blanca…»

RICHARD HARDMAN

25 años atrás

Dallas – Texas (E.U.A)

—Vas a estar bien, amor mío —insistía mi padre, aunque las lágrimas corrían libremente por su rostro envejecido y su voz temblaba bajo el peso de un sufrimiento inminente.

Sostenía la mano de mi madre con una delicadeza infinita, como si temiera que cualquier presión de más pudiera llevársela de este mundo antes de tiempo.

Junto a la cama, sentía el peso del momento mientras presionaba una de mis manos contra el pecho, atrapado entre el dolor y el nacimiento de una determinación feroz.

—Soy feliz de haber formado parte de esta familia —declaró mi madre, con una voz que apenas era un susurro frágil, luchando contra la oscuridad que poco a poco la envolvía—. Pero necesito que me hagas una promesa. Una promesa que no es solo para mí, sino también para nuestro único hijo.

—Lo que quieras, amor mío.

Mi madre hizo una pausa, respirando con dificultad, como si cada palabra exigiera un esfuerzo sobrehumano.

—Protégelo. Ámalo. Y, sobre todo, ayúdalo a alcanzar sus sueños. No importa lo grandes que sean.

Mi padre asintió, y entre ambos pasó un juramento silencioso, una promesa tan antigua como el tiempo.

—Te lo prometo, Anette. Con todo lo que soy, te lo prometo.

La habitación quedó en silencio casi de inmediato, roto únicamente por el sonido del monitor cardíaco y la suave lucha de mi madre por seguir con vida.

Yo, Richard Hardman, con apenas quince años, había sido testigo durante toda mi vida del amor incondicional de mis padres, una llama que ni siquiera la sombra de la muerte podía apagar.

En aquella fracción de segundo mientras los observaba, una resolución nació dentro de mí, clara e inquebrantable como un diamante.

Haría que mi familia se sintiera orgullosa de mi futuro.

Por ella. Por mi padre. Por mí.

Por última vez pude mirar a mi madre, Anette Hardman, cuyos ojos aún brillaban con la fuerza de mil soles.

—Sé fuerte, querido mío. Sigue a tu corazón, pero nunca olvides la compasión —susurró mientras tomaba una de mis manos, y su voz llevaba consigo el peso de un último consejo, una bendición final para mí.

James Hardman, mi padre, permanecía a su lado, un pilar hecho de fortaleza y dolor. Tras escucharla, inclinó la cabeza, y sus lágrimas silenciosas fueron testigo de un amor y una pérdida imposibles de medir.

El silencio que siguió no fue solo el final de una vida, sino también el comienzo de un nuevo camino. Un camino que yo, Richard Hardman, estaba a punto de emprender, armado con la promesa hecha junto al lecho de muerte de mi madre…



«Pensar a lo grande no te cambia el mundo, sino a la persona más importante: a ti mismo…»

RICHARD HARDMAN

En la actualidad

3 meses.

Ese era el tiempo que faltaba para lanzar mi campaña a la presidencia de los Estados Unidos.

De repente, las palabras de mi madre resonaban en mi mente.

«Ámalo. Protégelo. Ayúdalo a alcanzar sus sueños.»

Mi padre hizo exactamente eso, y aún más.

Podía afirmar con absoluta certeza que estaba orgulloso del hombre en el que me había convertido. Iba a cumplir mi destino y, además, honrar el legado de una madre que vio en su hijo la promesa de grandeza.

Sabía que la carrera hacia la presidencia sería dura, llena de adversarios formidables y alianzas frágiles.

Pero estoy preparado.

La verdadera fuerza no provenía del poder que se ejerce sobre los demás, sino de la determinación de perseguir una visión, sin importar los obstáculos.

—Tenemos mucho que hacer, Richard —dijo mi asesor, Benjamin Lewis, siempre lleno de energía, interrumpiendo mis pensamientos.

Estaba inclinado sobre una pila de documentos y gráficos de campaña esparcidos sobre la mesa de roble macizo de mi despacho.

—La estrategia tiene que ser impecable —continuó, ajustándose las gafas—. Tu experiencia como último gobernador de Texas es una baza poderosa, pero debemos comunicarla de una manera que conecte con todos los estadounidenses. No solo con quienes ya están convencidos, sino también con los que permanecen en los márgenes, aún indecisos.

Asentí, mientras mi mente ya corría entre posibilidades, entre las políticas que podrían transformar el país y la visión que tenía para

el futuro.

—¿Y las encuestas? —pregunté, consciente de que la opinión pública sería el compás de muchas de nuestras decisiones en los meses venideros.

Benjamin hojeó varios papeles antes de responder.

—Estamos fuertes en los estados del sur, como era de esperar. Pero necesitamos reforzar tu imagen en los estados indecisos. Existe la percepción de que eres… inaccesible. Tenemos que humanizarte, mostrar al hombre que hay detrás del político.

—Inaccesible —repetí, sopesando la palabra.

—Sí.

No era la primera vez que escuchaba ese tipo de comentario.

Ser visto como un hombre de decisión y firmeza tenía sus ventajas, pero la política era, ante todo, una cuestión de conexión.

—Vamos a empezar una serie de actos de campaña: pequeños encuentros comunitarios, además de los grandes mítines. Quiero escuchar a la gente, entender sus preocupaciones —decidí, impulsado por el deseo de ser algo más que un político distante—. No solo como candidato, sino como alguien que realmente se preocupa por el bienestar de todos los estadounidenses.

Benjamin sonrió, con un entusiasmo palpable.

—Eso sería excelente, Richard. Demostrará que eres cercano y accesible. Además, debemos subrayar tus logros como gobernador. Tu trabajo en la reforma educativa y en la ampliación del acceso a la sanidad. Esos son puntos fuertes que resonarán entre muchos votantes.

Sabía que tenía razón.

Mi gestión en Texas había estado marcada por esfuerzos significativos para mejorar la vida de los ciudadanos. Era ese legado de cambio y progreso el que quería llevar a la presidencia.

—Además, necesitaremos una respuesta para la cuestión del matrimonio concertado con Audrey Hilton —añadió con cautela—. Eso saldrá a la luz, y debemos tener una narrativa que lo presente de forma positiva.

Pensé en mi prometida por conveniencia, una alianza estratégica más que una elección del corazón.

En realidad, una alianza estratégica al cien por cien, porque no era más que una cara bonita y jamás había sentido nada por esa mujer.

—Enfatizaremos la idea de colaboración, la unión de dos familias comprometidas con el futuro del país. Pero, sobre todo, Benjamin, quiero que esta campaña trate de transparencia y de verdad. De honrar las promesas hechas, no solo las pronunciadas en público, sino también aquellas que se susurran en silencio, junto al lecho de muerte de una madre amada. Mi madre.

Mi asesor asintió, comprendiendo la profundidad de mi compromiso.

—Transparencia, conexión, legado. Tenemos una campaña que construir, Richard. Y estoy convencido de que vamos a ganar.

Y con eso volvimos a sumergirnos en el trabajo, cada uno motivado no solo por la perspectiva de una victoria electoral, sino por la promesa de liderar con integridad, de marcar una verdadera diferencia en la vida de todos los estadounidenses.

Estaba preparado para afrontar los desafíos que vendrían, armado con la fuerza de mi visión y la promesa que le hice a mi madre.

La presidencia de los Estados Unidos era mi objetivo, sí, pero mi verdadero sueño era servir al país con honor, justicia y compasión.

—Necesito resolver otros asuntos, y creo que sabes de qué estoy hablando.

Benjamin puso los ojos en blanco, pasándose la mano por los pocos cabellos que le quedaban.

—No soy muy fan de su forma de trabajar, y lo sabes —murmuró, sabiendo exactamente a qué me refería.

Esbocé una sonrisa ligeramente burlona, consciente de que mi antiguo abogado era, cuanto menos, peculiar.

—Logan Callahan es el mejor abogado de Estados Unidos. Y lo necesito.

—Buena suerte con eso. Logan se retiró y, por lo que sé, ahora está con su familia y sus hijos. Dudo mucho que quiera involucrarse en este proyecto.

—Soy persuasivo y sé cómo tratar con Logan. Estoy seguro de que no le negará un favor a un amigo —repliqué, mientras ya empezaba a trazar una estrategia en mi mente.

—¿Amigo?

—Dejémoslo así. ¿Hay algo más que deba saber?

—Por ahora, no, Richard.

—Excelente. Déjalo en mis manos. Me encargaré del asunto de Logan para que podamos seguir adelante con la candidatura a la presidencia de Estados Unidos…



Nunca he sido un hombre que pierda el tiempo, y utilizar mi jet privado para salir de Texas rumbo a Florida, más concretamente a Miami, tenía que compensarse de algún modo, ya fuera con información valiosa o con apoyo.

No avisé a Logan de que vendría, pero estaba seguro de que me recibiría. Nadie me deja hablando solo ni me ignora.

Al llegar, no esperé mucho tiempo frente a su mansión, y enseguida entré, quedando cara a cara con él, que no parecía haber cambiado en absoluto.

—¿A qué debo el dudoso placer de ver tu cara, Richard Hardman?

—Pasaba por aquí y he decidido visitarte. Me encanta Miami… y California —respondí con acidez, equivocando a propósito el estado, dando a entender que sabía lo que había hecho allí en uno de sus últimos trabajos.

—Miami está en Florida, Hardman, no en California. Pero quién soy yo para esperar que un político sepa geografía —replicó Logan con su sarcasmo habitual, levantándose de su sillón de cuero para saludarme y estrecharme la mano. En sus ojos brillaba ese destello cómico que siempre precedía a un debate acalorado o a una discusión profunda—. Pero vamos, no me digas que has venido solo para disfrutar de las playas o de mi cara bonita.

Crucé los brazos, observando el entorno extravagante en el que vivía Logan.

La mansión reflejaba su personalidad: audaz, imponente y llena de arte moderno que probablemente valía más de lo que a él le gustaría admitir. El tipo era un narcisista, siempre lo había sido.

—Necesito tu ojo para los detalles, Logan. Y tu habilidad para doblar las reglas sin romperlas, si me entiendes.

Mi voz era firme, aunque dejaba entrever una ligera petición de ayuda.

Logan caminó hasta el bar empotrado del salón y sirvió dos vasos de un whisky que sabía que era absurdamente caro.

—Perfectamente. Pero hablas como si doblar las reglas fuera mi pasatiempo favorito, precisamente yo, un abogado tan íntegro y correcto.

Sonrió con ironía y luego me entregó un vaso antes de continuar.

—Perdona, no he podido resistirme. Pero dime, ¿qué tienes en mente y qué quieres realmente de mí? Ve al grano.

Le expliqué mi situación actual en la carrera presidencial.

Las encuestas, la necesidad de ganar apoyo en los estados indecisos y, más concretamente, un delicado problema legal que podría salir a la luz y dañar mi imagen si no se manejaba con cuidado.

Logan escuchó con atención, su expresión ahora seria, con cualquier rastro de sarcasmo desaparecido.

Cuando terminé, dejó su vaso, ya vacío, sobre la mesa.

—Richard, sabes que jugar con la legalidad es un terreno peligroso, especialmente en tu posición. Pero también sabes que tengo cierto… talento para este tipo de situaciones. ¿O debería llamarlo don?

Asentí, reconociendo su habilidad para moverse por las zonas grises de la ley de formas que a menudo me sorprendían.

—Sí, lo sé. Si conseguimos sortear este obstáculo, habrá algo grande esperándote en mi administración. Un puesto que exige exactamente tu tipo de talento.

—¿Si conseguimos? ¿Quieres darle trabajo a un viejo jubilado que pasa el día entero con sus hijos? ¿Eso es lo que pretendes?

—Sí.

—Entonces la respuesta es no.

—¿Qué has dicho? —pregunté, incrédulo.

—Que la respuesta es no. Estoy retirado.

—Sal de la jubilación y conviértete en el abogado más famoso y temido de Estados Unidos.

Se echó a reír con burla, respirando hondo mientras hacía girar el vaso de whisky entre los dedos.

—Incluso retirado ya soy el abogado más famoso, temido y jodidamente bueno de Estados Unidos. Aceptar o no tu propuesta no cambia en absoluto mi posición.

—¿Qué quieres para aceptar la invitación?

—¿Por qué crees que quiero algo?

—Deja de responderme con otra pregunta —gruñí, y el muy desgraciado se echó a reír—. Todo el mundo quiere algo, y después de tantos años conociéndote sé que tú no eres la excepción.

—Mira… tienes razón. Pero lo que quiero, tú no puedes dármelo.

—Puedo hacerlo todo. ¿Cuál es tu deseo?

—Otro hijo. ¿Tú puedes…? —me lanzó un guiño, dejándome aún más irritado, algo en lo que siempre había sido experto, no solo conmigo.

—Logan… —cerré los ojos, contando mentalmente hasta diez.

—Está bien, hay algo que sí puedes hacer por mí —Logan cedió por fin, y la seriedad sustituyó al sarcasmo en su voz. Se levantó, caminó hasta la ventana y observó la ciudad antes de continuar—. Aunque no te lo creas, después de volver a casarme y formar una familia he cambiado algunas cosas en mí. Quiero asegurarme de que las reformas que planeas, especialmente las relacionadas con la justicia penal, se lleven a cabo. He pasado años viendo cómo el sistema fallaba a muchos de mis clientes y he tenido que hacer auténticos malabarismos, teniendo en cuenta que nunca he perdido un solo juicio. Si voy a salir de la jubilación, que sea para hacer algo que cambie las cosas de verdad.

Lo observé, sorprendido por su respuesta. Era raro ver a Logan expresar algo que no fuera cinismo o humor ácido.

—Tienes mi palabra, Logan. Esas reformas son una de mis principales prioridades.

—Y hay algo más —añadió, volviéndose para mirarme de frente —. Quiero estar directamente involucrado en la elaboración de esas políticas. No me interesa ser una simple figura decorativa en tu administración. No sirvo para ser adorno, nunca he servido para eso.

—De acuerdo —acepté, reconociendo el valor que Logan aportaría al equipo. Su inteligencia, su experiencia y, sobre todo, su pasión por la justicia sería fundamentales para el éxito de nuestra misión.

Mi futuro abogado sonrió, satisfecho.

—Entonces tenemos un acuerdo. Pero recuerda que te estaré vigilando. Si descubro que solo me estás utilizando para ganar votos y que no tienes intención real de seguir adelante con esas reformas, me

convertiré en tu peor pesadilla, más que cualquier candidato de la oposición. ¿Ha quedado claro?

Extendí la mano hacia él.

—Sí. Y no hará falta llegar a eso. Estamos en esto juntos, por un propósito mayor.

Me estrechó la mano con firmeza, sellando nuestro acuerdo. En aquel momento supe que estaba formando una alianza no solo útil, sino potencialmente transformadora.

Me dirigí hacia la puerta, pero antes de cruzarla me detuve.

—¿Algo más, Richard?

—En realidad, sí. —Me giré y le lancé la misma mirada burlona de hacía unos minutos—. Dijiste que no, pero ya has perdido una batalla judicial, y fue contra tu esposa. Hasta pronto.

—¡Maldito!

Mientras salía de su mansión, reflexioné sobre el camino que tenía por delante.

Con Logan a mi lado, me sentía más seguro que nunca de mi capacidad para afrontar los desafíos políticos y sociales que me esperaban. Armado con un equipo comprometido y con visión de futuro, estaba preparado para liderar con integridad, valentía y, sobre todo, con un compromiso inquebrantable con la justicia.

El camino hacia la presidencia se extendía claro ante mí, y cada paso me acercaba más, no solo al cargo que anhelaba, sino también a la oportunidad de marcar una verdadera diferencia en la vida de los estadounidenses.

Con hombres como Logan Callahan a mi lado, no estaba simplemente construyendo una campaña; estaba construyendo un legado…



CAPÍTULO 2

CAPÍTULO 2

«Con el polvo de los caminos texanos aún en los zapatos, cada paso le recordaba de dónde venía, y que el verdadero liderazgo consiste en servir a la tierra y a las personas que dieron forma a sus sueños…»

RICHARD HARDMAN

Me detuve un momento para contemplar las vastas tierras que pertenecían a mi familia y a mí, aquí en la ciudad de Dallas.

Teníamos más de cien fincas, y cada una de ellas era una pieza esencial en el mosaico de nuestra riqueza y nuestro legado.

No solo por lo que producían —algodón, ganado y petróleo, pilares de la economía texana—, sino también por lo que representaban: la materialización del sueño americano a través del trabajo duro y de una visión estratégica.

El viento fuerte golpeaba mi rostro mientras mis ojos recorrían el horizonte, y cada pedazo de tierra parecía resonar con las historias de generaciones de Hardman que habían vivido antes que yo.

Fue aquí donde todo comenzó, con mi tatarabuelo, un hombre visionario que supo ver el potencial en las extensas tierras de Texas.

Con la compra de acciones en empresas tecnológicas emergentes en los años noventa, nuestra familia no solo consolidó su riqueza, sino que también diversificó sus bases, asegurando que el legado de los Hardman resistiera el paso del tiempo.

A lo lejos podía ver a los trabajadores, figuras entregadas moviéndose entre el ganado y los campos, cada uno contribuyendo al éxito continuo de las fincas.

Su presencia me recordaba que, a pesar del poder y la influencia, yo era, al final, solo una parte de algo mucho más grande.

Una pieza dentro de una maquinaria compleja que sostenía no solo a mi familia, sino también a las familias de quienes trabajaban para nosotros.

Mi teléfono vibró en el bolsillo, un recordatorio constante del mundo que existía más allá de estas tierras.

El mundo de la política, con sus propias batallas por librar y sus propios territorios por conquistar.

Sin embargo, de algún modo, todo parecía pequeño y lejano aquí, en la inmensidad de las tierras de mi familia.

Al volver la mirada hacia la casa principal de la finca, una construcción imponente que se alzaba majestuosa contra el cielo de Texas, supe que los próximos meses me alejarían de este lugar de paz y sencillez.

La campaña presidencial sería la lucha de mi vida, una batalla no solo por el cargo más alto del país, sino también por un futuro que yo creía mejor para todos los estadounidenses.

Pero, por ahora, me permití un momento de calma, un instante para apreciar la tierra y también la historia de mi familia.

Porque, por muy lejos que la política me llevara, en esencia siempre sería un hombre texano, forjado en estas tierras y en la determinación de quienes me precedieron.

Con un suspiro resignado, guardé el teléfono de nuevo en el bolsillo y comencé a caminar hacia la casa principal de la finca, listo para enfrentar lo que vendría después, llevando conmigo la fuerza y la sabiduría heredadas de estas tierras.



Llegué a la mansión y me acerqué a la mesa, quedándome un buen rato sin pensar en nada.

Durante cada minuto del día en que estaba despierto tenía que resolver problemas, pero ahora solo quería disfrutar del aroma del café recién hecho.

Cuando miré hacia un lado, vi a Lila Garfield, la gobernanta de la mansión, sonriendo.

—Buenas tardes, futuro presidente de los Estados Unidos.

Sonreí, algo que rara vez hacía.

La tatarabuela de Lila había trabajado para mi familia, y hasta hoy ella seguía con nosotros, manteniendo la tradición.

Su lealtad no era solo profesional, sino también personal, lo que la convertía en una de las pocas personas en las que confiaba lo suficiente como para llamarla amiga.

—Lila, eres una de las pocas personas que consiguen que me olvide de que siempre estoy en campaña —confesé, agradeciendo el café que me ofrecía—. Dime, ¿cómo logras mantener esa calma en medio de todo este ajetreo en la finca?

Lila se echó a reír, un sonido que llevaba consigo años de sabiduría y comprensión.

—La vida me enseñó que la tranquilidad nace de saber quién eres y de lo que eres capaz. Y después de todos estos años, creo que he aprendido a encontrar paz incluso en medio de los problemas.

Me senté, inhalando el aroma del café antes de dar un sorbo.

—Has conocido a mi familia durante generaciones. Has visto lo mejor y lo peor de nosotros. ¿Cómo crees que tus antepasados nos veían?

Ella reflexionó un instante antes de responder.

—Nuestra familia siempre vio a los Hardman como personas de principios firmes, ambiciosas, sí, pero sin olvidar jamás sus raíces ni a quienes los ayudaron a crecer. Y, Richard, veo esas mismas cualidades en ti. Solo recuerda que, a pesar de toda tu ambición, es importante conservar la humanidad y la compasión.

Las palabras de Lila resonaron profundamente en mí.

Tenía una forma de simplificar la complejidad de mis pensamientos y preocupaciones, ofreciéndome una perspectiva que muchas veces me faltaba.

—¿Crees que estoy preparado para ser presidente, Lila? —pregunté, dejando asomar una vulnerabilidad en mi voz que rara vez permitía que otros escucharan.

—Richard, creo que tienes todo lo necesario para liderar este país. Solo no olvides que el verdadero poder no nace de controlar a los demás, sino de inspirarlos, de liderar con empatía y justicia. Si puedes hacer eso, entonces sí, estás más que preparado.

Reflexioné sobre sus palabras y asentí.

Hace algunos años perdió a su esposo a causa del cáncer, y ahora vivía aquí con sus hijos, y siempre se mostraba alegre cada vez que la veía.

—¿Y tus hijos, Lila? ¿Cómo se están adaptando? —pregunté, intentando desviar un poco la conversación inicial.

Lila suspiró, y una sonrisa suave iluminó su rostro al mencionar a sus hijos.

—Están bien. Adaptándose, cada uno a su manera. Christopher está terminando el instituto, los gemelos están siempre llenos de energía y… —se detuvo un momento, como si midiera sus palabras— y

Emma va a venir a vivir aquí, a la mansión principal. Ya lo había hablado con tu padre.

La última vez que vi a Emma era apenas una niña. La noticia me sorprendió, haciéndome consciente de cuánto tiempo había pasado.

—¿Emma? La última vez que la vi apenas me llegaba a los hombros. Ahora tiene veinte años, ¿verdad?

—Sí, veinte años —confirmó Lila, con orgullo y un leve matiz de melancolía en la voz—. Necesitó un tiempo después de que su padre falleciera. Decidió estudiar fuera durante un tiempo, pero ahora regresa. Emma quiere estar más cerca de la familia, sobre todo para ayudar con sus hermanos pequeños. Y también para continuar aquí sus estudios.

La mención de Emma ya adulta despertó en mí cierta curiosidad.

Lila siempre hablaba de sus hijos con tanto amor y orgullo que era imposible no sentirse, aunque fuera de lejos, un poco parte de su familia.

—Me alegra que vuelva. Sé lo unidos que sois. Y si es tan decidida y fuerte como su madre, estoy seguro de que hará cosas increíbles.

Ella sonrió, agradecida.

—Gracias, Richard. Eso significa mucho para mí. Emma tiene una luz propia, una pasión por la vida… Ya entenderás a qué me refiero cuando la vuelvas a ver.

La chica que apenas recordaba ahora era una joven adulta, y la idea de volver a verla añadía una nueva capa de expectativa al regreso a la vida en la mansión.

Terminamos nuestra conversación con la promesa de organizar una cena de bienvenida para Emma.

Mientras me preparaba para la batalla más desafiante de mi carrera, la presencia de Emma en la mansión parecía un recordatorio de la vida fuera de la política, de los lazos que nos unían y de las sorpresas que el futuro aún guardaba.

No tenía la menor idea, en aquel momento, de cuánto la llegada de Emma cambiaría no solo la dinámica de la casa, sino también el rumbo de mi propia vida…



Por lo general no pasaba un día entero en la finca, pero hoy decidí hacer una excepción, porque mañana me centraría en el objetivo principal de mi carrera.

Lila había organizado algo sencillo para la llegada de su hija, una idea suya que cambió cuando prácticamente le ordené que preparara algo un poco más elaborado y especial.

Quería que el regreso de Emma fuera memorable, no solo para ella, sino también para su familia.

Antes de que llegara, los trabajadores de la finca, que habían visto crecer a Emma, compartían historias de su infancia, mientras yo me mantenía como un observador, recogiendo fragmentos de su vida a través de sus recuerdos.

De vez en cuando era bueno parecer humano, algo que no solía ocurrir cuando hablaba o discutía sobre política.

Cuando por fin llegó y pude verla, me quedé perplejo. Emma Garfield ya no era la chica que recordaba.

Se había convertido en una mujer deslumbrante, con el cabello oscuro cayendo suavemente sobre los hombros y una sonrisa capaz de iluminar toda la estancia.

Su presencia era como una bocanada de aire fresco, revitalizante y completamente inesperada.

Por un instante, el mundo a mi alrededor pareció ralentizarse, y me pregunté si aquel sería el momento en que mi corazón empezaba a latir de verdad por alguien.

Probablemente solo era cosa de mi imaginación; simplemente estaba impresionado.

Caminó entre los invitados con una gracia que solo podía nacer de la confianza y de una alegría auténtica.

Saludaba a todos con una calidez que parecía irradiar de su propia esencia, y cuando sus ojos por fin se encontraron con los míos, sentí un escalofrío recorrerme la espalda.

—¡Richard Hardman, no puedo creer que estés aquí, de verdad! —exclamó Emma, acercándose con una sonrisa capaz de derretir hasta el corazón más frío.

Su voz, suave y alegre, transmitía una energía contagiosa.

—Emma, bienvenida de vuelta. —Mi voz sonó más ronca de lo que pretendía—. Nos alegra mucho tenerte aquí otra vez.

—Mi madre dijo que insististe en ello, así que… gracias por la fiesta, Richard. Es bueno ver que la finca no ha cambiado tanto como pensaba.

Después de unos segundos, fue mi padre, James Hardman, quien se acercó, y su expresión seria se suavizó al ver a Emma.

La abrazó con calidez, un gesto poco habitual que revelaba el cariño que sentía por ella y por su familia.

—Has crecido muchísimo. Tu padre estaría orgulloso —dijo, con la voz ligeramente quebrada por la emoción.

Mi padre siempre había sido un hombre de pocas palabras cuando se trataba de expresar sentimientos, pero sus gestos estaban cargados de significado cuando se trataba de las personas que realmente le importaban.

Emma sonrió, con los ojos brillantes.

—Gracias, señor Hardman. Echo muchísimo de menos a mi padre, pero estar aquí otra vez con todos vosotros me hace sentir como si él estuviera un poco más cerca.

Después de eso, la conversación fluyó con naturalidad, y otros miembros del equipo de la finca se acercaron para darle la bienvenida a Emma.

Al verla interactuar con todos, me di cuenta de lo integrada que seguía estando en la vida de la finca, a pesar del tiempo que había pasado lejos.

Escuchaba con atención, respondía con afecto y compartía risas sinceras, reconectando con una parte de su vida que había dejado atrás.

Al cabo de un tiempo, la fiesta comenzó a dispersarse, y esa era mi señal para aislarme en la sala de reuniones y dedicarme a lo que más me gustaba: la política.

—Es una noche preciosa, ¿no crees?

Me sorprendió la voz de Emma a mi lado, contemplando el cielo estrellado frente a nosotros.

—Sí, lo es —respondí, aunque esa no era realmente la respuesta a su pregunta, sino a sus ojos castaños, que estaba observando en ese mismo instante.

—Siempre me han encantado las noches aquí en la finca. Transmiten una sensación de paz.

—Me sorprende cuánto has cambiado. Y, al mismo tiempo, parece que sigues siendo aquella chica que corría por los campos gritando y riendo.

Ella se echó a reír, un sonido alegre que me devolvió recuerdos del pasado.

—La gente crece, Richard. Pero algunas cosas, como el amor por este lugar, permanecen iguales.

Aquellas palabras me hicieron reflexionar sobre mi propia vida, tan consumida por la ambición y el trabajo que rara vez me detenía a apreciar momentos sencillos como aquel.

—Creo que tienes razón. Quizá me he perdido un poco en este camino hacia la presidencia —admití, sorprendido por mi propia franqueza.

—Mi madre me dijo que vas a presentarte, y sé que serás nuestro presidente, lo siento aquí dentro. Sé que no renunciarás a tu esencia y que tampoco cambiarás como hombre cuando aceptes ese desafío —dijo, con una voz suave, pero firme.

Había algo distinto en mi corazón en aquel momento, como si una parte de mí que llevaba años olvidada, absorbida por la búsqueda implacable de poder y éxito, despertara de repente con sus palabras.

Y todo eso ocurrió en el instante en que volví a verla…

—No haré eso. Sigo siendo el mismo hombre que conoces desde que eras pequeña.

—Lo sé —afirmó con una sonrisa, y mirar su hermoso rostro era una tarea difícil, porque nada parecía importar más que aquel instante—. Bueno… sé que ibas a ir a la sala de reuniones y que mañana te concentrarás en la elección, así que te deseo suerte. Cuenta conmigo para lo que necesites.

—Puedes estar segura de ello. Buenas noches, Emma.

—Buenas noches, Richard.

Sí, necesitaba algo.

La necesitaba a ella.



«Bailaba con el viento, el cabello ondulando en destellos dorados bajo el sol del atardecer, como una canción de libertad y felicidad que solo su corazón sabía cantar...»

EMMA GARFIELD

Volver a ver a mi crush de la adolescencia hizo que mi corazón latiera más deprisa, lo confieso.

No recuerdo exactamente cuándo empezó, pero creo que fue alrededor de mis quince años. En aquel entonces, Richard tenía treinta y cinco y apenas reparaba en mí.

En realidad, nunca me miró con segundas intenciones.

Yo hacía todo lo posible para que me notara, aunque ahora que lo pienso seguramente quedaba más como una tonta que como otra cosa.

Ahora, años después, de regreso en la finca y con más madurez, me daba cuenta de que aquellos sentimientos adolescentes nunca habían desaparecido del todo; simplemente se habían transformado, habían madurado conmigo.

Richard, ahora mucho más experimentado, seguía siendo atractivo. Su rostro fuerte y serio, su mandíbula bien marcada, aún tenían el poder de desestabilizar mi corazón, quizá ahora más que nunca.

Sus ojos castaños siempre habían captado mi atención, y la manera en que observaba todo y a todos desprendía una confianza inconfundible.

La diferencia era que hoy pareció verme de verdad.

O quizá solo fueran imaginaciones mías. Ya no parecía mirarme como a la hermana pequeña de sus amigos ni como a la niña que corría por los campos, sino como a Emma Garfield, la mujer que soy hoy.

Hablar con él hace unos minutos, sentir su mirada detenida sobre mí, tenía una electricidad que jamás había sentido antes.

Ahora veía que el hombre que idealicé en mi juventud era mucho más complejo y fascinante de lo que los sueños de una niña

podían imaginar.

Todo eso, unido a esta tierra, con sus paisajes interminables y ese cielo que parece extenderse para siempre, habla a mi alma libre de formas que había olvidado que existían.

Tal vez fuera el escenario perfecto para explorar este nuevo capítulo de mi vida.

Estudiar aquí, cerca de mis hermanos y sumergiéndome en las raíces de mi familia, era una oportunidad para crecer no solo académicamente, sino también emocionalmente.

—¡Eres un pesado!

Puse los ojos en blanco, aunque enseguida sonreí.

Por supuesto, mis hermanos gemelos, Kaleb y Arianna, de seis años, estaban discutiendo, y como siempre había un provocador entre los dos…

—¿Qué ha pasado ahora, Ari?

Así llamaba cariñosamente a mi hermana pequeña.

—¡Ha cogido mi diario y lo ha leído en voz alta delante de todo el mundo! —Arianna cruzó los brazos, claramente indignada, mientras lanzaba una mirada fulminante hacia Kaleb, que trataba de contener una sonrisa traviesa.

—Solo quería comprobar si el personaje que escribe es tan pesado como ella —replicó Kaleb, fingiendo estar ofendido, aunque su sonrisa revelaba lo mucho que se estaba divirtiendo.

Me acerqué, intentando no reírme otra vez de la situación.

Podían ser insoportables entre ellos, pero esos momentos eran los que llenaban de vida nuestra rutina en el campo. Era increíble cómo, incluso cuando discutían, el cariño entre ellos resultaba evidente.

—Kaleb, sabes que no está bien invadir la privacidad de alguien, y menos la de tu hermana. Y Ari, no hace falta vengarse por cada travesura que haga. Los dos sois mejores cuando os ayudáis, no cuando estáis peleando —les dije, esperando que mis palabras encontraran un lugar en sus jóvenes corazones.

Kaleb bajó la cabeza, una señal clara de que comprendía su error. Arianna, todavía algo enfadada, miró a su hermano, y pude ver cómo la rabia empezaba a desvanecerse en sus ojos.

—Perdona, Ari —murmuró Kaleb, dando un paso hacia ella.

—Vale… pero solo porque eres mi hermano —respondió ella, mientras una sonrisa empezaba a dibujarse en sus labios.

—¿Qué te parece si, para compensarlo, Kaleb ayuda a Arianna a crear una cápsula del tiempo? Así podréis guardar secretos que solo vosotros dos conoceréis, y dentro de unos años podréis abrirla juntos —sugerí, esperando animarlos a reconciliarse de una forma creativa.

Los ojos de ambos brillaron con la idea, y enseguida la animosidad dio paso a su complicidad habitual. Comenzaron a hablar con entusiasmo sobre lo que pondrían dentro, olvidando la pelea de apenas unos minutos antes.

Mientras los veía correr hacia la casa en busca de tesoros para su cápsula del tiempo, sentí una oleada de felicidad y gratitud.

—Por lo visto les ha alegrado mucho volver a verte… —dijo mi madre al acercarse, y yo sonreí de inmediato.

—Me quieren, pero aún más les gusta picarme.

—Eso no cambia nunca, hija.

—¿Y dónde está Christopher, mamá?

—No lo sé, cariño…

Percibí cierta tensión y nerviosismo en los ojos de mi madre. Sabía que últimamente él estaba dando problemas, y todo había empezado cuando cumplió dieciocho años.

—¿Sigue fumando y bebiendo a escondidas?

—Sí. Ya no sé qué hacer.

Mi hermano era bastante rebelde, y su rebeldía parecía crecer con cada año que pasaba, como si cada nueva primavera trajera consigo una tormenta más feroz dentro de él.

En cierto modo, comprendía el dolor que habitaba en su corazón.

La ausencia de una figura paterna lo afectaba mucho más de lo que estaba dispuesto a admitir, y sus acciones no eran más que gritos silenciosos pidiendo atención, alguien que realmente lo entendiera.

—Mamá, quizá solo necesite sentir que no está solo, que tiene a alguien en quien apoyarse, incluso cuando él mismo cree que no lo merece —dije, tomando sus manos e intentando transmitirle algo de consuelo.

Me miró con los ojos húmedos, llenos de lágrimas que se negaban a caer, una mezcla de desesperación y esperanza en su mirada cansada.

—Lo intento, Emma. Todos los días. Pero parece que cuanto más lo intento, más se aleja. Creo que me culpa… por la muerte de su padre.

—No, eso no es verdad y lo sabes. Voy a hablar con él —afirmé con determinación, más para mí misma que para ella.

Sabía que no sería fácil, que Christopher había levantado muros a su alrededor, muros difíciles de derribar. Pero tenía que intentarlo.

Por nuestra madre, por él y por mí.

—Gracias, hija.

—No tienes que agradecérmelo, mamá.

—Tengo que volver dentro. Hoy está aquí, en la finca, en su habitación.

—De acuerdo.

Después de unos minutos decidí intentar encontrar a mi hermano, pero ya no estaba en su cuarto. Pregunté a algunos trabajadores de la finca y me dijeron que lo habían visto pasar hacía unos minutos, así que fui en su busca.

Encontré a Christopher más tarde, a unos metros de la finca, contemplando el horizonte con una mirada perdida que conocía demasiado bien.

Era la misma mirada que veía reflejada en el espejo cuando me detenía a pensar en mi futuro y en quién era realmente.

—Chris —lo llamé con suavidad mientras me acercaba.

No se giró, pero su postura tensa se relajó ligeramente, señal de que al menos estaba dispuesto a escucharme.

—¿Qué quieres de mí, Emma? —Su voz era áspera, pero detecté un leve matiz de curiosidad.

—Hablar. Nada más. —Me senté a su lado, dejando entre nosotros una distancia cómoda.

—No tenemos nada de qué hablar solo porque hayas vuelto a la finca —replicó, aunque su voz dejaba entrever cierta duda.

—Sí que lo tenemos, Chris. Somos familia, y la familia se preocupa, se apoya. Sé que estás pasando por un momento difícil, y quiero que sepas que estoy aquí para ti. Sin juicios, solo apoyo.

Se hizo un largo silencio, durante el cual casi podía escuchar los pensamientos turbulentos de Christopher corriendo descontrolados por su mente.

Entonces, para mi sorpresa, habló:

—No entiendo cómo puedes ser tan… positiva. Con todo lo que pasa, ¿cómo consigues mantener esa fe en la vida, en la gente?

Sonreí, mirando el campo frente a nosotros, maravillada a pesar de que la oscuridad ya lo cubría casi todo.

—Porque veo belleza en las cosas sencillas, Chris. Elijo ver esperanza en lugar de desesperación. Y creo en las personas, creo en ti. Sé que hay una parte de ti que quiere algo más de la vida, que quiere encontrar su lugar en el mundo. Y quiero ayudarte a verlo también.

Christopher por fin se volvió para mirarme, y en sus ojos vi una luz que parecía haberse apagado hacía mucho tiempo.

—Quizá, solo quizá, quiera intentarlo, Emma. Pero no sé por dónde empezar.

—Empieza con pequeños pasos —sugerí, tomando su mano—. Empieza abriéndote a la posibilidad de cambiar. Y recuerda que no estás solo. Tienes una familia que te quiere, un lugar al que llamar hogar y un futuro esperando a ser descubierto. Vamos a enfrentarlo juntos, día a día.

—Eso no va a funcionar conmigo.

—Solo lo sabrás si lo intentas. Prométeme que lo intentarás, por favor.

Christopher miró a lo lejos, con la mirada perdida en el horizonte. La resistencia en su rostro se suavizó, sustituida por una vulnerabilidad que rara vez se dejaba ver.

Asintió lentamente, y entre nosotros quedó suspendida una promesa silenciosa.

—Lo prometo, Emma. No por mí, sino por ti. Por nuestra madre —su voz era casi un susurro, cargado de un peso que sabía que no le resultaba fácil compartir.

—Puedo aceptar eso.

Me quedé con mi hermano un rato más, en silencio, contemplando el espectáculo de la naturaleza ante nosotros.

Había una tranquilidad especial en ese silencio compartido, un reconocimiento mutuo de que, a pesar de todas las tormentas, seguíamos juntos, unidos por algo inquebrantable.

A medida que la oscuridad empezaba a caer sobre el campo, nos levantamos y emprendimos juntos el camino de regreso a casa.

Ese gesto sencillo, caminar uno al lado del otro, parecía simbolizar nuestro compromiso renovado de afrontar juntos todo lo que la vida nos pusiera por delante, y yo estaría allí para ellos.

Por mis hermanos y por mi madre…

RICHARD HARDMAN

Mi padre y yo estábamos en la sala de reuniones hablando de asuntos sin importancia, o al menos así había comenzado la conversación, aunque ahora había tomado otro rumbo.

—Emma tiene los ojos de tu madre.

—¿Por qué me dices eso?

—No lo sé. Solo es un comentario sin mayor intención.

—Nunca es un comentario sin intención cuando viene de usted.

Sonrió brevemente y asintió.

—Vi la forma en que la miraste, como si vieras algo más que a una simple muchacha. Algo se despertó en ti, Richard, aunque no quieras admitirlo.

—No puedo ni voy a permitirme distracciones ahora. Estoy en plena carrera presidencial y, como bien sabe, padre, ya se están haciendo ciertos arreglos. Arreglos que fortalecerán a nuestra familia, incluido mi matrimonio acordado.

Mi padre suspiró, un sonido profundo que parecía arrastrar el peso de toda una vida de experiencias.

—Richard, la política trata de servir al pueblo, de hacer lo correcto. Pero ¿qué hay de tu vida? ¿Cuándo fue la última vez que hiciste algo por ti mismo, no porque se esperara de ti o porque aportara ventajas políticas?

Quise replicar, decir que cada decisión que había tomado había sido por el bien mayor, que los sacrificios personales eran necesarios.

Sin embargo, la verdad era que la pregunta de mi padre resonó dentro de mí, desenterrando dudas que llevaba tiempo intentando enterrar.

—El matrimonio acordado es una alianza estratégica —insistí, aunque sabía que mis argumentos empezaban a sonar débiles incluso para mis propios oídos.

—¿Y tu corazón? ¿Forma parte también de esa estrategia? —Su mirada era penetrante, buscando una verdad que yo mismo temía afrontar.

Aparté la vista, incómodo con el rumbo que había tomado la conversación.

—El corazón no tiene lugar en la política, padre. Usted lo sabe.

—Quizá ese sea el problema de la política hoy en día —murmuró mientras se levantaba, con una lenta sonrisa en los labios—. Solo espero que no pierdas de vista lo que realmente importa. Puede que ahora no lo parezca, pero llegará un día en que te preguntes si mereció la pena sacrificarlo todo por el poder, hijo, y entonces recordarás las palabras de este viejo.

Segundos después me dejó solo con mis pensamientos, mientras cada una de sus palabras seguía resonando en mi mente.

La imagen de Emma, con su alegría genuina y esos ojos llenos de vida, volvió a aparecer en mi cabeza como un eco persistente.

Sabía que mi padre tenía razón.

En el fondo, algo dentro de mí anhelaba explorar lo que había sentido aquella noche, algo puro y sencillo, tan lejos de las complejidades de la política.

Pero la realidad era implacable y las expectativas sobre mí eran enormes. El camino que había elegido estaba lleno de compromisos y alianzas, muchos de los cuales me alejaban de aquello que mi corazón, en secreto, podría desear.

Mientras la madrugada caía sobre la finca, me pregunté si algún día encontraría un equilibrio entre el deber y el deseo, entre la ambición y la autenticidad.

El camino hacia la presidencia era solitario, y en aquel momento me sentía más aislado que nunca, atrapado entre la vida que había elegido y la vida que, quizá, en lo más profundo, deseaba.



«Miraba hacia el horizonte, donde el cielo se fundía con la tierra, y no veía solo el límite de su mundo, sino el comienzo del escenario de sus sueños más audaces, donde la presidencia no era únicamente una aspiración, sino un destino…»

RICHARD HARDMAN

—El día está precioso hoy, ¿no te parece, Benji?

—Ya te he dicho varias veces que mi nombre es Benjamin Lewis. Asesor del futuro presidente de los Estados Unidos.

—Para mí siempre serás Benji.

Era evidente que Logan, mi nuevo abogado, iba a empezar a provocar a mi asesor cada vez que se encontraran.

—No creo que esto vaya a funcionar. No puedo… trabajar con él —explicó mi asesor, y Logan se llevó una mano al pecho, fingiendo sentirse herido.

—Benji… estoy profundamente dolido. ¿Después de todo lo que hemos pasado juntos? —continuó Logan, con el sarcasmo destilando en cada palabra mientras esbozaba una amplia sonrisa, claramente divertido con la situación—. ¿Seguro que no eres demócrata? No sé, no sé…

—Soy republicano, y lo sabes, Logan. En cambio tú…

—Yo soy lo que necesito ser, Benji. Las etiquetas no me definen, me adapto al entorno.

—¡Como quieras!

No pude evitar sonreír.

La dinámica entre Benjamin y Logan podía ser complicada, pero también veía su enorme potencial.

Logan tenía una manera única de desarmar situaciones tensas con su humor, y Benjamin, aunque siempre serio y concentrado, tenía un compromiso inquebrantable con la campaña.

Podían convertirse en un gran equipo, pero alguien tenía que mantener el control de la situación.

—Caballeros, tenemos que centrarnos —intervine, tratando de reconducir la conversación—. Tenemos una campaña presidencial que ganar, y cada uno de vosotros desempeña un papel fundamental en ello. Logan, con tu astucia jurídica y tu habilidad para moverte en las aguas turbias de la política. Y Benjamin, con tu visión estratégica y tu capacidad para mantener todo y a todos alineados con nuestro objetivo final. Podéis discutir lo que queráis, pero trabajad en la misma dirección.

Logan asintió, con un destello de respeto en los ojos.

—Richard tiene razón, Benji. Ahora somos un equipo. Mis provocaciones solo son una forma de mantener el ambiente ligero. Ya sabes, la campaña será lo bastante estresante.

Benjamin suspiró, señal de que, a pesar de sus reservas, estaba dispuesto a intentarlo.

—De acuerdo. Pero, por favor, mantengamos el profesionalismo. Y es Benjamin.

—Claro, claro, Benji —respondió Logan, aunque el brillo de sus ojos sugería que las bromas no terminarían allí.

—Ahora vayamos a lo importante.

Dirigí la conversación hacia nuestros planes inmediatos, discutiendo estrategias para los próximos mítines, las formas de abordar a nuestros adversarios y cómo aumentar nuestro contacto con los votantes.

A medida que la reunión avanzaba, quedó claro que, pese a sus diferencias y a las provocaciones iniciales, tanto Logan como Benjamin eran profesionales excepcionales.

Aportaban a la mesa una mezcla de experiencia, habilidad y, sorprendentemente, una química que empezaba a darme cuenta de que podría ser exactamente lo que necesitábamos.

Entre una discusión y otra, algo se volvió evidente: la campaña por la presidencia de los Estados Unidos sería un camino exigente, lleno de obstáculos y adversidades.

—¿Cuál es tu idea inicial, Richard? —preguntó Logan, atento.

Me acomodé en la silla, consciente de que aquel era el momento de definir nuestra estrategia.

—Necesitamos centrarnos en construir un mensaje que conecte con el corazón y la mente de los estadounidenses. Un mensaje que destaque nuestra visión de un futuro mejor, más seguro y más próspero. Quiero que nuestra campaña sea una llamada a la acción, no solo una petición de voto. Además, vamos a poner el foco en reformas en áreas clave: sanidad, educación y economía.

Benjamin asintió mientras tomaba notas.

—¿Y la reunión con tu futura esposa y con sus padres? ¿Cómo encaja eso en nuestra estrategia?

Respiré hondo, sintiendo la tensión en el ambiente.

—Es un movimiento calculado. El matrimonio reforzará nuestras alianzas y ampliará nuestro apoyo en círculos influyentes. Sin embargo, quiero que quede claro: no vamos a permitir que esa alianza eclipse nuestros valores ni nuestra misión. La colaboración con la familia Hilton debe verse como un refuerzo para nuestra campaña, no como su eje central.

Logan inclinó ligeramente la cabeza, evaluando las implicaciones.

—Entonces la clave está en equilibrar esa alianza sin comprometer la autenticidad de tu campaña. Tendremos que ser astutos al presentarlo al público para evitar cualquier percepción negativa.

—Exactamente —respondí—. Quiero que nuestra postura sea clara y que se respeten nuestros términos. No entro en este matrimonio como un peón, sino como un socio en igualdad de condiciones, con mis propias visiones y objetivos.

—Prepararé algunos puntos de conversación y posibles respuestas para las preguntas que puedan plantear —dijo Benjamin, comenzando ya a elaborar una lista de tareas.

—Y yo estaré a tu lado para asegurarme de que todos los aspectos legales estén cubiertos —añadió Logan—. Además, necesitaremos una estrategia sólida para cuando la noticia del matrimonio se haga pública. Esto va a generar mucho ruido, y tenemos que estar preparados para controlar el relato. Y se me ha ocurrido una idea.

—¿Cuál? —pregunté, interesado.

—Centrarnos en tus orígenes. Mostrar que eres un hombre de familia, que te importa tu legado y que tienes raíces profundas aquí, en Texas. Pasar más tiempo en la finca familiar, participar en acciones comunitarias locales, quizá incluso organizar algunos eventos aquí. Eso puede ayudarte a conectar con los votantes de una manera más personal, mostrar una faceta tuya que va más allá del político ambicioso. Al menos hasta el día en que anuncies oficialmente tu candidatura en noviembre —explicó Logan con entusiasmo.

Reflexioné sobre la sugerencia de Logan.

Tenía razón. Mi imagen pública era la de un político implacable, completamente centrado en su ascenso al poder. Aunque esa era una parte de quien era, había mucho más en mi historia, mucho más en mi esencia.

Haber crecido en Texas, en la finca de mi familia, me había enseñado valores que seguían acompañándome hasta hoy. Tal vez había llegado el momento de compartir esa parte de mi vida con el mundo.

—Eso no solo refuerza tu imagen como un hombre cercano al pueblo, sino que también subraya la importancia de la familia y de la comunidad, valores que conectan profundamente con muchos votantes —añadió Benjamin, respaldando la idea de Logan.

—Y hay algo más —continuó Logan, clavando la mirada en mí para asegurarse de que absorbía cada palabra—: esto te da la oportunidad de mostrar un contraste claro entre tú y tu oponente. Mientras ellos pueden centrarse en campañas tradicionales, tú estarás aquí, en el corazón de América, viviendo y respirando los valores que pretendes defender.

La propuesta de Logan no solo sonaba estratégicamente sólida, sino que también me ofrecía un respiro bienvenido de la presión constante y del ritmo frenético de la campaña.

—Creo que es una gran idea, Logan. Hagámoslo —declaré, imaginando ya los siguientes pasos—. Vamos a mostrar al pueblo estadounidense quién es el verdadero Richard Hardman, más allá de los mítines y de los discursos políticos. Quiero que vean al hombre que soy, al texano que creció amando esta tierra y que se compromete a servirla.

Logan sonrió, satisfecho, y Benjamin asintió mientras ya pensaba en las posibles implicaciones y en la planificación de esta nueva estrategia.



En la vida todo tiene un precio, y necesitamos aliados, independientemente de lo que ambicionemos.

Cuando se trata de algo más grande, como en mi caso, convertirme en el hombre más conocido y poderoso del mundo, hay que tomar decisiones, y esas decisiones deben ser estratégicas y precisas.

De nada sirve tener ambición si no se cuenta con el apoyo necesario para alcanzarla. Por eso la alianza con la familia Hilton era tan crucial para mí.

No eran solo una familia influyente; eran un símbolo de poder y éxito, exactamente lo que mi campaña necesitaba para ganar la fuerza necesaria y llegar a la Casa Blanca.

Mientras me dirigía a la mansión de los Hilton, sentía una mezcla de determinación y cautela. Aquella reunión no era una simple formalidad; era un paso fundamental para consolidar una alianza que muy bien podía definir el resultado de las elecciones.

Audrey Hilton, mi futura esposa, representaba la unión de dos fuerzas formidables, una asociación que trascendería lo personal para convertirse en un pilar de mi estrategia política.

Al entrar en el opulento salón, fui recibido con la cortesía reservada a los futuros miembros de la familia.

Conrad Hilton, el patriarca, era un hombre de presencia imponente, cuya reputación como estratega e influyente figura era ampliamente conocida. A su lado, Alice Hilton, una mujer cuya inteligencia y astucia complementaban la fuerza de su marido, me observaba con atención.

—Richard, nos alegra tenerte aquí —comenzó Conrad, extendiendo la mano en señal de saludo—. Sabemos que esta alianza es beneficiosa para ambas partes. Sin embargo, tenemos curiosidad por

conocer tu visión y cómo planeas integrar a nuestra familia en tu campaña.

Directo y sin rodeos.

—Agradezco la bienvenida —respondí, aceptando su mano—. Como saben, mi ambición es servir al pueblo estadounidense en el más alto nivel posible, como presidente de los Estados Unidos. La familia Hilton, con su influencia y sus recursos, es fundamental para esa misión. Juntos no solo podemos asegurar la victoria en las elecciones, sino también moldear el futuro de nuestro país.

—Entiendo.

Dirigí mi mirada hacia Audrey, tratando de descifrar su expresión. Se mantenía serena, pero en sus ojos había una inteligencia y una profundidad que no pasaban desapercibidas.

—Audrey será más que mi esposa; será mi compañera, alguien con quien compartiré la responsabilidad de guiar a nuestro país. Creo que nuestra unión simboliza la fusión de dos legados poderosos y que, juntos, seremos imparables.

Alice habló por fin, con una voz calmada, aunque firme.

—¿Y en cuanto a la campaña en sí? ¿Cómo planeas utilizar nuestra influencia de manera efectiva?

—Mi estrategia no consiste solo en aprovechar la fuerza de nuestra alianza, sino también en mostrar al público estadounidense la unión de valores y visiones que compartimos. Planeo destacar nuestra colaboración en iniciativas centradas en mejoras sociales y económicas, proyectos que conecten con los votantes y demuestren el compromiso de la familia Hilton con el bienestar de la nación.

La reunión continuó con discusiones detalladas sobre estrategias, recursos y sobre cómo nuestra alianza sería percibida por el público.

—Entiendo, y apoyo tu iniciativa de informarnos con antelación. En noviembre lanzarás oficialmente la campaña, ¿verdad? —preguntó Conrad, claramente entusiasmado.

—Así es.

—Excelente. Ahora os dejaremos a solas con nuestra hija; es bueno que tengáis la oportunidad de conoceros mejor.

—Estoy de acuerdo.

Cuando sus padres abandonaron la sala, nos quedamos solos.

Muchas mujeres habían pasado por mi cama y nunca me había apegado a ninguna de ellas, y probablemente eso no cambiaría ahora. Sin embargo, había algo en Audrey que capturaba mi atención.

Quizá fuera la forma en que me miraba directamente a los ojos, con una seguridad que parecía desafiar la mía.

O quizá fuera la claridad de su inteligencia al hablar, una profundidad que sugería que comprendía mucho más del mundo que nos rodeaba de lo que dejaba ver.

—Richard, sé que este matrimonio es más una alianza estratégica que una unión por amor —comenzó Audrey, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros—. Pero eso no significa que no podamos tener una relación basada en el respeto mutuo y, quién sabe, quizá con el tiempo algo más profundo.

Sus palabras me obligaron a replantearme mi postura inicial. Hasta ese momento, había visto a Audrey solo como parte de un acuerdo, una pieza necesaria para asegurar mi victoria.

Sin embargo, la mujer que tenía delante era mucho más que eso; era compleja, inteligente y, de algún modo, desafiaba todas las expectativas que había construido sobre ella.

—Audrey, yo… —vacilé, buscando las palabras adecuadas—. Admiro tu sinceridad.

Ella sonrió levemente, un gesto que suavizó sus rasgos.

—Perfecto. Intentemos entendernos. No como piezas de un juego político, sino como Richard y Audrey.

No sabía si aquello sonaba más a advertencia o a acuerdo, pero no importaba.

Yo tenía planes, y no los cambiaría por nada en este mundo…



«Bajo las luces titilantes de un cielo texano interminable, se permitió soñar despierta, imaginando una vida en la que la felicidad no fuera solo una búsqueda, sino una compañera constante en su camino hacia la libertad…»

EMMA GARFIELD

Amaba el campo con todas mis fuerzas.

La tierra, los animales, la sensación de libertad que solo el vasto horizonte abierto podía ofrecer, todo formaba la sinfonía perfecta que alimentaba mi alma.

Las tierras de los Hardman, donde crecí y aprendí a valorar la sencillez y la belleza de la vida rural, eran mi refugio, un lugar donde podía ser verdaderamente yo misma.

Sentada bajo la copa de un roble centenario, observaba cómo el atardecer pintaba el cielo con tonos de naranja y rosa, un espectáculo cotidiano que nunca dejaba de maravillarme.

La inmensidad de las tierras se extendía ante mí, testimonio de la generosidad y la fuerza de la naturaleza. Allí sentía una conexión profunda con la tierra, una sensación de pertenencia que iba más allá de las palabras.

Además de la serenidad que el campo me ofrecía, había otra pasión que ocupaba mi corazón: el conocimiento.

Estaba cursando la universidad a distancia, algo que me permitía conciliar mi amor por el campo con mi deseo de aprender y crecer.

Mi carrera de Literatura Inglesa abría ante mí las puertas de mundos nuevos y fascinantes, permitiéndome viajar a través de las páginas de los libros sin abandonar mi amado campo.

Cada libro que leía era una ventana a otra vida, a otra época, a otro mundo.

Estudiar a distancia también me daba la libertad de organizar mi tiempo, de estudiar bajo la sombra de los árboles o en la mesa de la cocina, siempre acompañada por el sonido del viento entre las hojas y por los animales que llamaban a estas tierras su hogar.

Esa flexibilidad era esencial, porque me permitía cuidar de mi familia, ayudar a mi madre y estar presente para mis hermanos pequeños, Kaleb y Arianna, que llenaban la casa con su energía, su alegría… y su caos.

Mi vida era sencilla, pero estaba llena de amor, de aprendizaje y de libertad.

—¿Feliz de haber vuelto, hija?

—Ni te imaginas, mamá. —Sonreí mientras observaba todo a mi alrededor.

Lila Garfield, mi madre, me devolvió la sonrisa con un brillo en los ojos que hablaba de amor y de una profunda satisfacción por tenerme cerca.

—Sabes, Emma, verte tan realizada, estudiando lo que amas y al mismo tiempo tan cerca de nosotros… Eso me hace pensar que hicimos algo bien —dijo, mientras su mirada recorría el espacio que compartíamos, un hogar vibrante, lleno de vida y rodeado por la naturaleza que tanto amábamos.

—Mamá, lo hiciste todo bien. La forma en que papá y tú me criasteis, el amor que siempre nos habéis dado, no solo a nosotros, sino a todo lo que nos rodea… Eso es lo que ha moldeado quién soy hoy.

Ella rió, un sonido que siempre traía calma a mi corazón.

—Ay, hija, tú siempre has sido esa luz en nuestras vidas. A veces me pregunto qué te deparará el futuro. Eres tan brillante, tan llena de amor y de sueños.

—El futuro, ¿eh? —murmuré, mirando por la ventana de la cocina hacia las tierras que se extendían más allá, bañadas por el último resplandor del crepúsculo—. Espero que, vaya donde vaya, me permita mantener esta conexión con la tierra, con la familia y, por supuesto, encontrar a alguien que entienda y comparta mis sueños.

—Esa persona especial aparecerá cuando menos lo esperes, hija. Y te querrá por todo lo que eres —afirmó mi madre con una fe tranquila en sus palabras.

Después se alejó, dejándome sola con mis pensamientos. Pero no duró mucho.

De repente, los pequeños demonios aparecieron corriendo, Kaleb y Arianna, como un huracán de energía y alegría que interrumpía cualquier reflexión profunda.

Kaleb, con el cabello revuelto y los ojos brillantes, perseguía a Arianna, que sostenía una muñeca por encima de la cabeza, fuera de su alcance.

—¡Emma, dile a Kaleb que me devuelva mi libro! —gritó Arianna, esquivando a su hermano con una agilidad sorprendente para su edad.

—¡Tú cogiste mi linterna primero! —replicó Kaleb, intentando alcanzarla, aunque se detuvo al notar mi presencia—. ¡Emma, arréglalo tú!

Respiré hondo, y una sonrisa apareció en mis labios a pesar del caos.

Era imposible no contagiarse de su energía, un recordatorio constante de que, por muy serio que pareciera el día, siempre había espacio para la ligereza y la alegría.

Y para el caos.

—De acuerdo, vosotros dos —dije, arrodillándome para quedar a su altura—. ¿Por qué no intentamos un trato? Arianna, le prestas la linterna a Kaleb para que explore el jardín esta noche, y Kaleb, tú devuelves el libro de Arianna. Así todos salimos ganando.

—¡No! —respondieron los dos al mismo tiempo, y fruncí el ceño.

—Sabéis lo que significa eso, ¿verdad? —Puse cara de enfado, fingiendo irritación, aunque podía ver el brillo divertido en sus rostros.

Antes de que pudieran responder, salí corriendo detrás de ellos, una amenaza vacía de castigo flotando sobre sus cabezas.

Gritaban y reían mientras corrían por la casa en zigzag, una cacofonía de pasos y carcajadas llenando el aire.

Los dos sabían, igual que yo, que todo era un juego, uno de esos momentos capaces de convertir cualquier día común en un recuerdo precioso.

Y entonces, al doblar un pasillo, distraída en nuestra persecución alegre, choqué contra algo sólido como una roca.

Sin aliento, di un paso atrás y mis ojos se encontraron con los de Richard Hardman.

Estaba allí, con una sonrisa divertida curvando sus labios mientras observaba el caos que habíamos provocado.

—Lo siento —murmuré, sonrojándome—. No estaba mirando por dónde…

—No te preocupes —interrumpió, ahora más serio—. Parece que os lo estabais pasando bien.

Kaleb y Arianna, ya quietos, miraban a Richard con cierta cautela.

—Sí —susurré, un poco nerviosa. Mis hermanos también lo miraban; incluso siendo tan pequeños sabían que era el hombre más importante de esta casa—. Pero ya no vamos a correr por dentro, ¿verdad? —Los fulminé con la mirada, y ambos asintieron de inmediato, aunque en realidad la culpa era mía por haber empezado todo aquello.

—Vamos con mamá, adiós —dijo Kaleb, tomando de la mano a su hermana.

Y, sin más, se escabulleron por el pasillo, dejándome a solas con el hombre que a veces ocupaba mis pensamientos.

—Me ha gustado cómo no han dudado ni un segundo en dejarte aquí.

—Ya… Bueno, lo siento, señor…

—Llámame Richard. Solo Richard.

—De acuerdo.

Intentaba mantener la compostura, pero había algo en su presencia que me ponía inevitablemente nerviosa.

Tal vez fuera su altura, que lo hacía parecer aún más imponente, o quizá la forma en que me miraba, con una intensidad a la que no estaba acostumbrada.

Yo estaba habituada a los campos abiertos, a la sencillez de la vida rural, no a la mirada penetrante de un hombre acostumbrado a mover y sacudir el mundo a su antojo.

—Siempre me impresiona la paz que transmiten las tierras de mi familia. Ojalá pudiera pasar más tiempo aquí.

—Sí, la verdad —respondí, sintiendo un pequeño orgullo—. Hay algo en estar rodeada de naturaleza… te mantiene con los pies en la tierra, creo.

Richard asintió, aparentemente interesado de verdad.

—¿Y la universidad? Tu madre me dijo que estudias a distancia. ¿Qué estás estudiando? —cambió de tema, y yo me sentí un poco más tranquila.

—Literatura Inglesa —respondí, y una sonrisa apareció en mis labios al hablar de lo que me apasionaba—. Siempre me ha encantado leer, y estudiar literatura me permite explorar mundos nuevos, comprender distintas perspectivas… es como viajar sin moverte del sitio.

—Es cierto —dijo, y en sus ojos apareció un destello de admiración—. La capacidad de encontrar libertad en las páginas de un libro… tienes una forma hermosa de ver el mundo, Emma.

En ese instante algo dentro de mí se movió.

La manera en que pronunció mi nombre, la admiración en su voz al hablar de mis estudios…

No pude evitar la sensación de que había algo más entre nosotros, una conexión que iba más allá de la simple coincidencia de encontrarnos en el mismo lugar al mismo tiempo.

—Pensé que estarías fuera durante bastante tiempo por la campaña.

—¿Me estás expulsando de mis propias tierras?

—No, señ… quiero decir, Richard, yo…

—Es una broma, no te preocupes.

Sonreí, nerviosa, intentando aun así mantener la calma y la compostura.

Aunque a veces me volvía torpe en su presencia, había algo reconfortante en Richard.

Quizá era la forma en que me escuchaba hablar, como si cada una de mis palabras tuviera importancia. O quizá era la manera en que sus ojos parecían captar cada matiz de expresión en mi rostro, haciéndome sentir vista de un modo que rara vez experimentaba.

—Yo… me alegra que estés aquí —dije por fin, encontrando mi voz—. La finca siempre ha sido un lugar de paz para mí, y compartir esto, aunque solo sea por un momento, es algo especial.

Richard miró las tierras a su alrededor y asintió levemente, dando a entender que comprendía lo que quería decir.

—Puedo entender por qué te gusta tanto estar aquí. Hay una belleza que es difícil de encontrar en otros lugares.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse y, por un instante, el mundo a nuestro alrededor pareció desvanecerse. Había una electricidad en el aire, un leve zumbido de algo a punto de suceder.

Mi corazón latía con fuerza, con una mezcla de nerviosismo y expectación recorriéndome las venas.

—Estoy en plena campaña presidencial, pero a veces lo único que me gustaría es estar en la finca mirando todo a mi alrededor. Me atrae lo sencillo.

La forma en que dijo atrae hizo que mi cuerpo reaccionara de una manera que no esperaba.

Sentí el calor subir a mi rostro y tuve que apartar la mirada por un momento, intentando controlar el torbellino de emociones que sus palabras habían despertado en mí.

Mis pensamientos me decían que la atracción que sentía no era unilateral, y eso añadía una capa de complejidad para la que no estaba preparada.

—Lo sencillo tiene su propia forma de belleza, ¿verdad? —logré decir, tratando de retomar el control de la conversación—. Hay algo en saber apreciar el momento, la tranquilidad… hoy en día es tan raro encontrar algo así.

Richard asintió, como aliviado de que hubiera seguido con la conversación.

—Exacto. Es fácil perderse en la búsqueda constante de más. Más poder, más éxito, más… lo que sea. Pero cuando estoy aquí, es como si todas esas cosas perdieran un poco de su valor.

En ese momento me di cuenta de que, a pesar de todas nuestras diferencias, entre nosotros estaba surgiendo una comprensión mutua.

—Creo que por eso me siento tan… libre aquí —admití, reuniendo valor para mirarlo de nuevo—. Y, de alguna manera, es reconfortante saber que no soy la única que lo siente.

Hubo un silencio entre nosotros, pero no resultaba incómodo.

Era como si, en aquel breve instante de quietud, ambos estuviéramos reflexionando sobre las revelaciones que habíamos compartido y sobre lo que significaban para cada uno de nosotros.

El problema era que todo aquello solo hacía que él no saliera de mi cabeza, y eso era peligroso, porque conocía la mayoría de sus planes, incluso los de su boda…



«Delineó el contorno del futuro con la yema de los dedos, cada sueño tejido con la esperanza y la fuerza de la determinación, demostrando que la grandeza nace del corazón que se atreve a seguir sus anhelos más profundos…»

RICHARD HARDMAN

Mientras admiraba a Emma, sentía cada vez más que estaba perdiendo el control de la situación.

Y yo nunca perdía el control por completo.

Tenía esa capacidad única de hacer que el mundo a su alrededor pareciera menos imponente, una habilidad que admiraba y envidiaba a partes iguales.

Emma no era solo hermosa por fuera, con su cabello atrapando los últimos rayos del sol del día y unos ojos que reflejaban la profundidad de un cielo nocturno despejado. Había en ella una belleza interior, una luz que emanaba de su alma, llena de bondad, de pasión y de una calma que me atraía de formas que ni yo mismo alcanzaba a comprender del todo.

Cada gesto suyo, cada sonrisa, cada palabra pronunciada con convicción y autenticidad no hacía más que profundizar mi fascinación. Era como si encarnara un tipo de libertad y de pureza que yo había olvidado que existía, recordándome lo que realmente importaba.

Hablaba con amor de las tierras, de los libros que leía, de su familia. Había en ella una autenticidad poco común, una transparencia que dejaba claro quién era y qué valoraba.

Y, en cada palabra, me sentía cada vez más atraído no solo por la mujer que mostraba al mundo, sino por la extraordinaria profundidad de su ser.

Tras un rato más de conversación, me di cuenta de que no quería que aquel momento terminara. Quería saber aún más sobre ella, explorar las capas de su personalidad, descubrir qué la hacía reír, qué la hacía soñar.

Y quizá, de forma egoísta, quería formar parte de esos sueños. Aunque supiera que nunca podría.

—Desde la terraza del segundo piso se tiene una vista increíble de la finca. ¿Qué te parece si tomamos un vino allí y seguimos charlando?

Me miró, sorprendida al principio, pero enseguida una sonrisa suave se dibujó en sus labios y asintió.

—Me encantaría.

La conduje hasta la terraza, donde el paisaje se extendía como un tapiz de colores vibrantes bajo un cielo que empezaba a oscurecer lentamente. La vista de la finca, con sus tierras amplias y tranquilas, era el escenario perfecto para una buena conversación.

—¿Es un mal momento para decirte que en mi adolescencia siempre fuiste mi crush?

La confesión de Emma me dejó desconcertado y, durante un instante, me quedé sin palabras. Su franqueza resultaba desarmante, y el hecho de que me hubiera visto así en su adolescencia… bueno, aquello añadía una capa de complejidad a nuestra interacción que no había previsto.

—Jamás lo habría imaginado.

Se sonrojó ligeramente, y un adorable matiz rosado tiñó sus mejillas.

—Bueno, yo sí —dijo, encogiéndose de hombros con una gracia natural—. Pero ya sabes, era una de esas pasiones lejanas. Tú eras… bueno, eras tú, y yo solo era la chica a la que le gustaban el campo y los libros. Y, además, está nuestra edad, esos veinte años de diferencia.

—La diferencia de edad para mí es solo un número, Emma.

Vi que mi comentario la dejó un poco desconcertada; se llevó una mano al cabello y sonrió brevemente.

El hecho de que Emma hubiera tenido una especie de enamoramiento adolescente por mí era curioso, pero también me hizo ver nuestra interacción bajo una luz distinta. Había vulnerabilidad en su confesión, un destello de la joven Emma que aún vivía dentro de ella, pese a todos los cambios que la vida le había traído.

—A tu futura esposa y primera dama… le gustará esta vista. Estoy segura —comentó, intentando cambiar de tema, pero sus palabras me golpearon con un peso que no esperaba.

—Sí.

La mención de mi futura esposa, parte de un acuerdo político que reforzaría mi campaña, fue un recordatorio brutal de la realidad a la que me enfrentaba.

Había un abismo entre lo que mi corazón empezaba a desear y lo que mi mente sabía que era necesario para alcanzar mis objetivos políticos.

Emma me miró, y en sus ojos se reflejaba una mezcla de comprensión y una tristeza sutil.

—La vista es realmente preciosa —dijo con suavidad, apartando la mirada hacia el horizonte—. Quien sea, será muy afortunada por compartir esto contigo.

Hubo un silencio entre nosotros, un silencio cargado con todo lo que estaba quedando sin decir. La atracción que sentía por Emma empezaba a convertirse en una tormenta dentro de mí, una batalla entre lo que deseaba y lo que sabía que debía hacer.

Cada momento a su lado no hacía más que intensificar esos sentimientos, dejándome perdido en un mar de incertidumbres.

Sin embargo, había una realidad innegable que no podía ignorar: las implicaciones de involucrarme con Emma podrían ser devastadoras para mi campaña, para mi carrera y para la propia Emma.

No podía, en conciencia, arrastrarla al caos de mi vida pública, al escrutinio y a las exigencias que acompañaban mi búsqueda del poder.

Bebimos el vino en silencio, observando cómo las últimas luces del día desaparecían detrás de las colinas, cada uno perdido en sus propios pensamientos. La tranquila belleza de la finca, con sus sombras alargadas y el cielo transformándose en un mosaico de colores, ofrecía un contraste doloroso con la tormenta interior que me consumía.

También conversamos durante unos minutos más, y pude comprender un poco mejor a la joven soñadora que tenía delante.

—A veces, Richard, el mundo que necesitamos es solo ese pequeño rincón de paz que encontramos el uno en el otro.

En ese instante, no deseaba nada más que abandonar todas mis ambiciones, olvidar las elecciones y simplemente perderme en ella. Pero la realidad era un ancla pesada que me arrastraba de nuevo a la superficie fría de la responsabilidad y el deber.

Me levanté, dejé la copa sobre la balaustrada de la terraza y le tendí la mano.

—Ven, déjame acompañarte de vuelta dentro. Empieza a hacer frío aquí fuera.

Mientras caminábamos de regreso hacia la mansión, un silencio sereno nos envolvía.

Cuando llegamos a la puerta, Emma se volvió hacia mí, con los ojos brillando bajo la suave luz del pasillo.

—Pase lo que pase en el futuro, Richard, estaré animándote. Sé que harás cosas increíbles.

—Gracias, Emma. Por todo.

Mientras la veía alejarse, una parte de mí sabía que, independientemente del resultado de las elecciones, mi vida había cambiado para siempre por Emma Garfield.

Se había convertido en un faro de luz en medio de mi tormenta, un recordatorio de lo que significaba amar y ser amado a cambio.

Y mientras regresaba a la soledad de mis aposentos, reflexionando sobre las decisiones que había tomado y las que aún estaban por venir, había algo de lo que estaba seguro: Emma siempre tendría un lugar especial en mi corazón.

EMMA GARFIELD

Volví sonriendo sin motivo mientras caminaba hacia mi habitación.

No pensé que me haría tan feliz el simple hecho de estar en presencia de Richard, pero era inevitable pensar en él como algo más que el hombre destinado a ocupar un lugar tan significativo en la esfera política.

Cada palabra, cada mirada compartida parecía cargar con un peso mayor del que estaba preparada para admitir.

Cuando me encontré con mi madre, su expresión preocupada rompió el breve momento de euforia que sentía.

Estaba sentada en el salón, con las manos entrelazadas de una manera que yo sabía que delataba su ansiedad. Su mirada me siguió mientras me acercaba, y una sombra de inquietud cruzó sus ojos.

—Emma, tenemos que hablar —dijo, con voz firme, aunque con un matiz de suavidad.

Me senté a su lado, mientras un nudo se formaba en mi estómago. El tono de la conversación me inquietaba, y una sensación incómoda empezaba a crecer dentro de mí.

—Mamá, ¿qué ocurre? —pregunté, intentando ocultar la inquietud en mi voz.

—Te vi caminando con Richard, y sé adónde fuisteis —empezó a decir con calma, eligiendo cada palabra con cuidado—. Y lo entiendo, Emma, entiendo los sentimientos que pueden estar despertando, sobre todo por lo que sentías cuando eras adolescente. Pero necesitas

comprender la realidad de la situación. Richard Hardman va a casarse pronto, y esa unión es más que un simple compromiso personal: es una estrategia política.

Sus palabras cayeron como un jarro de agua fría, apagando cualquier calor que el encuentro con Richard hubiera provocado.

La realidad de que me estaba permitiendo soñar con algo tan fuera de mi alcance se volvió de pronto más clara y más dolorosa.

—Lo sé, mamá —dije en voz baja, con la decepción evidente en mis palabras.

—No se trata solo de un corazón roto, Emma. Se trata de nuestra familia, de nuestro futuro. Nuestra vida está profundamente ligada a los Hardman, y cualquier implicación inapropiada podría tener consecuencias para todos nosotros. Debes ser prudente.

La seriedad de su voz y la preocupación visible en sus ojos me hicieron comprender la gravedad de lo que intentaba decirme. Por un momento me había permitido fantasear con algo más con Richard, pero la realidad de nuestra situación —la suya como político en ascenso y la mía como parte de una familia que servía a los Hardman— era algo que no podía ignorar.

—Tienes razón, mamá. Me dejé llevar, pero entiendo lo que está en juego. Tendré cuidado —prometí, aunque una parte de mí se resistía a reprimir lo que sentía.

Mi madre me abrazó, en un gesto lleno de apoyo y comprensión.

—Solo quiero lo mejor para ti, hija mía. Y a veces, lo mejor es lo más difícil de aceptar.

Aquella noche, mientras me acostaba en mi cama, las palabras de mi madre resonaban en mi mente.

La dura realidad de que cualquier cosa entre Richard y yo estaba destinada a ser nada más que un sueño lejano era un pensamiento con el que tendría que aprender a convivir. Pero, por doloroso que fuera admitirlo, sabía que el futuro de mi familia y mi propio bienestar debían ir primero.

Con un suspiro profundo, me permití un último momento para soñar despierta antes de aceptar que ciertos sueños están destinados a quedarse solo en eso: sueños.



«En sus ojos encontré el mapa hacia tierras desconocidas, lugares donde la felicidad florece bajo el sol de medianoche y la libertad baila con las estrellas, guiándonos hacia un amor sin fronteras…»

RICHARD HARDMAN

El tiempo parecía volverse cada vez más escaso y, aun así, mis reuniones por todo el país se intensificaron, al fin y al cabo, un político se construye a base de conexiones, y yo necesitaba muchas.

Noviembre se acercaba, y el trabajo no hacía más que aumentar.

—Solo quedan quince días para anunciar la candidatura —dijo mi asesor.

—El tiempo ha pasado volando.

Aunque la idea inicial era permanecer en mis tierras, al final tuve que adaptarme, porque de lo contrario acabaría cediendo y correría el riesgo de echarlo todo a perder.

Emma Garfield…

No se me iba de la cabeza, y me preocupaba que terminara instalándose también en mi corazón. Eso no sería nada prudente.

—¿Pensando en una mujer, Hardman? —preguntó Logan con una sonrisa burlona.

—No.

—Hmm… y apuesto a que ni siquiera es tu futura esposa.

El muy imbécil… era un imbécil.

—Ocúpate del trabajo.

—Lo haría, pero ahora tengo que preocuparme de que seas tú quien lo eche todo a perder.

—¿Eso era una pregunta?

—¿Tú qué crees?

Logan tenía esa habilidad única de leer entre líneas, de captar la esencia de lo que no se decía.

Su manera directa, a veces casi abrasiva, escondía una comprensión profunda de las complejidades humanas, y en ese momento estaba utilizando todo ese talento para obligarme a enfrentar la realidad que intentaba ignorar.

—Creo que estás exagerando. —Intenté cambiar de tema, pero la verdad era que la simple mención de Emma ya había desestabilizado la fachada que tanto me había costado construir.

Logan cruzó los brazos y se recostó en la silla.

—Richard, eres inteligente, ambicioso y, la mayoría de las veces, increíblemente centrado. Pero todos sabemos que el corazón tiene una manera muy particular de arruinar hasta los planes mejor pensados. Y si hay alguna mujer que no sea tu futura esposa ocupando tu cabeza ahora mismo, es solo cuestión de tiempo que termine afectando a tus decisiones.

Había severidad en su voz, una preocupación sincera que no podía ignorar. Logan no hablaba a la ligera; había visto algo en mi comportamiento que le había encendido todas las alarmas.

—Sé lo que estoy haciendo, Logan —dije, intentando transmitir una seguridad que en realidad no sentía del todo.

—Estoy seguro de que sí —respondió, aunque su tono sugería lo contrario—. Solo no olvides lo que está en juego. Una distracción, especialmente una tan potencialmente complicada como un interés romántico inesperado, puede tener consecuencias no solo para ti, sino para todos los que estamos implicados en tu campaña.

Aquellas palabras dieron de lleno en el centro del problema.

Yo estaba en una encrucijada, entre seguir a mi corazón o mantener el foco en la carrera presidencial, una elección que parecía volverse más difícil con cada día que pasaba.

—Mantendré el foco, Logan —prometí, aunque una parte de mí se preguntaba si sería capaz de cumplir esa promesa. —No voy a permitir que nada ni nadie interfiera en mis objetivos.

Logan me observó durante un largo instante, como si intentara descifrar la sinceridad de mis palabras.

—Bien, entonces volvamos al trabajo. Al fin y al cabo, tenemos una campaña que anunciar.



En el fondo, todo el mundo aquí en Estados Unidos sabía que iba a presentarme a la presidencia, especialmente en Texas, y por eso en los últimos días había organizado varios actos aquí, entre ellos encuentros comunitarios, reuniones políticas y, de hecho, el inicio de la precampaña.

En ese momento estaba en mi tierra natal, en Dallas, en uno de los eventos más significativos hasta ahora.

Ante una multitud expectante y llena de esperanza, me preparaba para compartir mi visión, para hablar del futuro que pretendía construir para nuestro país. El sol se estaba poniendo,

simbolizando el comienzo de una nueva era, si tenía el honor de ser elegido.

—Amigos, amigas —comencé, con la voz amplificada por los altavoces, alcanzando cada rincón de la multitud reunida—. Hoy estamos aquí en la encrucijada de un nuevo camino. Un camino que nos llevará hacia un futuro en el que nuestros valores más queridos no solo serán defendidos, sino también fortalecidos.

Hablé de mis propuestas para la economía, subrayando la necesidad de un enfoque que no solo impulsara el crecimiento, sino que también garantizara que ese crecimiento beneficiara a cada ciudadano estadounidense.

También expuse mis planes para la educación, prometiendo asegurar que cada niño de este país tenga acceso a una educación de calidad, sin importar de dónde venga.

—Y en cuanto a la sanidad —continué, sintiendo cómo la pasión crecía dentro de mí, alimentada por la energía de la multitud—. Vamos a garantizar que todos los estadounidenses tengan acceso a una atención sanitaria asequible y de alta calidad. Nadie debería verse obligado a elegir entre su salud y su estabilidad financiera.

La multitud respondía con aplausos y gritos de apoyo, y cada una de mis palabras encontraba eco en sus corazones y en sus mentes.

Sabía que las promesas eran solo el principio; el verdadero trabajo comenzaría una vez que estuviera en el cargo. Aun así, estaba preparado para ese desafío, preparado para liderar a nuestro país hacia un futuro más brillante.

—Pero para hacer realidad esta visión —dije, bajando ligeramente el tono de voz, queriendo que cada palabra se asentara profundamente en sus corazones— necesitamos unirnos. Debemos superar las divisiones partidistas y trabajar juntos por el bien común.

Miré a la multitud, viendo rostros llenos de esperanza y determinación.

Estaban preparados para el cambio, preparados para unirse en torno a una visión compartida para nuestro país. Y yo estaba más decidido que nunca a ser el líder que nos guiaría a lo largo de ese camino.

Concluí mi discurso con una promesa, no solo como político, sino como un ciudadano estadounidense que compartía los mismos sueños y aspiraciones que todos los presentes.

—Juntos —proclamé, alzando la voz— podemos construir un país del que nos sintamos orgullosos, un país que dejaremos como legado a las próximas generaciones. Estoy aquí para liderar este camino, pero solo alcanzaremos nuestros objetivos si caminamos codo con codo.

La multitud estalló en aplausos y vítores, un mar de estadounidenses unidos por la esperanza de un futuro mejor.

En ese momento, bajo el cielo de Dallas, no me sentí solo como un candidato a la presidencia, sino como parte de una comunidad inmensa y vibrante, todos nosotros juntos en esta increíble travesía hacia el futuro.

—Hoy será un momento decisivo, porque sé que juntos estamos iniciando el camino hacia la renovación. No será fácil, y habrá desafíos que pondrán a prueba nuestra determinación, nuestra unión y nuestra fe en el sueño americano. Pero, como vuestro líder, prometo estar con vosotros en cada paso de este camino, enfrentando cada obstáculo con valentía y determinación. Nuestro país está hecho de historias, de luchas y de conquistas, de momentos difíciles superados con unión y trabajo duro. Eso es lo que nos define, eso es lo que nos fortalece. Y con esa fuerza vamos a mirar hacia el futuro, transformando los desafíos en oportunidades para todos.

La noche caía, y las primeras estrellas comenzaban a brillar en el cielo de Dallas, pero la luz más intensa era la esperanza en los ojos de cada persona presente.

Yo sentía esa energía, esa fe compartida en un mañana mejor, y eso reforzaba mi convicción de que estábamos en el camino correcto.

—Por eso os pido —continué, con la voz cargada de emoción— que me concedáis el honor de liderar este gran país. Juntos escribiremos el próximo capítulo de nuestra historia, una historia de éxito, igualdad y justicia para todos los estadounidenses, independientemente de su origen, su color o sus creencias.

Las palabras finales de mi discurso fueron recibidas con una ovación en pie, un mar de banderas ondeando al viento, testimonio del amor y del compromiso de cada ciudadano con este país.

Y mientras agradecía a todos, comprometiéndome una vez más a dedicar cada momento de mi vida a servir a la nación, supe que, independientemente del resultado de las elecciones, aquel instante permanecería conmigo para siempre.

Era más que un discurso; era un pacto entre el pueblo estadounidense y yo, una promesa de luchar por un futuro en el que todos pudieran sentirse orgullosos de llamar a este país su hogar.

En aquel momento, bajo el vasto cielo de Texas, sentí que estábamos preparados para afrontar lo que viniera, juntos, como una nación unida, avanzando hacia un futuro prometedor.

—Y también…

Me detuve un segundo al verla observándome, con aquella hermosa sonrisa que parecía iluminar todo el ambiente incluso desde la distancia.

Emma Garfield, entre la multitud, destacaba como un faro de serenidad y belleza. El mundo a mi alrededor pareció ralentizarse, y por

un breve instante todo lo demás dejó de importar.

Allí estaba, vestida con sencillez, pero con una elegancia que iba más allá de la tela de su ropa. Su cabello se movía suavemente con la brisa, y sus ojos estaban fijos en mí, llenos de una intensidad que hacía que mi corazón se acelerara.

—… también quiero dedicar este momento a hablar del valor de la sencillez, de la autenticidad y del amor verdadero —logré continuar, inspirado por su presencia. Las palabras que siguieron brotaron no solo de mi mente, sino también de mi corazón—. En medio de campañas y discursos, es fácil olvidar lo que realmente importa. Pero son los momentos sencillos, las conexiones auténticas, los que nos recuerdan por qué estamos aquí.

La multitud escuchaba en silencio, atrapada por el cambio de tono en mi discurso. Hablaba de políticas y de planes, pero ahora también de corazón y de alma, de la importancia de no perder de vista aquello que nos hace humanos.

—La presencia de personas especiales en nuestras vidas, que nos recuerdan esos valores, es un regalo incalculable —continué, con la mirada aún fija en Emma.

Era como si estuviéramos solos, unidos por un hilo invisible que ningún obstáculo podía romper.

Tras el discurso, mientras saludaba a las personas que se acercaban a ofrecerme su apoyo, mi mente estaba en otra parte.

Estaba con Emma.

Cada apretón de manos, cada sonrisa compartida, salía de forma automática, porque una parte de mí seguía allí fuera, con ella.

Por fin logré apartarme de la multitud y me acerqué hasta donde estaba. El corazón me latía con fuerza, y cada paso en su dirección aumentaba la expectación de volver a estar a su lado.

—Emma —la llamé en cuanto estuve lo bastante cerca para que pudiera oírme. Ella se volvió, y aquella sonrisa, aquella maravillosa sonrisa, volvió a recibirme.

—Richard, tu discurso ha sido inspirador —dijo con evidente sinceridad.

—El final fue inspirado por ti —admití, dejando que la verdad de esas palabras llenara el espacio entre nosotros.

—Yo…

No llegó a terminar la frase y, cuando me disponía a hablar, me interrumpieron.

—¡Gran discurso, Richard! ¡Mi hija tiene suerte de casarse con el futuro presidente de los Estados Unidos!

Conrad Hilton, mi futuro suegro, apareció con una sonrisa política dibujada en el rostro, acompañado por su esposa y por su hija, Audrey.

La interrupción cayó como un jarro de agua fría, recordándome de golpe las realidades y las expectativas que rodeaban mi vida pública y personal.

—Gracias, Conrad. Agradezco tu apoyo —respondí, forzando una sonrisa educada mientras sentía el peso del momento presionándome el pecho.

Audrey, siempre la imagen de la perfección, se acercó con una sonrisa elegante.

—Ha sido un discurso realmente maravilloso, Richard. Estoy deseando que llegue nuestro futuro juntos.

Mientras hablaba, mi mirada se desvió hacia Emma, cuyo gesto había cambiado: su sonrisa había desaparecido, sustituida por una expresión de incomodidad.

La situación era claramente difícil para ella, y mi corazón se encogió al ver el dolor reflejado en sus ojos.

—Richard… —empezó Emma, con la voz apenas audible—. Tengo que irme. Mucha suerte con todo. —Su sonrisa era triste, y había una sensación de despedida en sus palabras que me dejó desorientado.

Me volví hacia los Hilton, obligándome a continuar la conversación, pero mi mente y mi corazón estaban con Emma.

La realidad de mi situación nunca había sido tan evidente. Estaba atrapado entre dos mundos: el de mi corazón, que latía con fuerza por Emma, y el de las expectativas políticas y familiares representadas por la familia Hilton frente a mí.

El encuentro con los Hilton se prolongó mientras hablábamos de planes futuros y estrategias de campaña, pero mi atención estaba dividida.

Emma había despertado en mí algo que no sabía que permanecía dormido, y ahora me enfrentaba al dilema de seguir el camino que se esperaba de mí o arriesgarlo todo por aquello que mi corazón deseaba.



«Aprendió que la verdadera felicidad no está en el destino, sino en el camino; no es una línea recta, sino un sendero serpenteante marcado por la risa,

por las lágrimas y por el increíble privilegio de compartir cada paso con alguien especial…»

EMMA GARFIELD

Observar a Richard en el estrado después de más de un mes sin verlo me dejó ligeramente inquieta.

La manera en que hablaba y gesticulaba, captando la atención de todos con una facilidad impresionante, era algo imposible de ignorar. Había una pasión en sus palabras, un fuego en su mirada que hacía que cada frase pareciera no solo importante, sino esencial.

Y por un momento, mientras pronunciaba su discurso, sentí como si estuviéramos conectados por algo más profundo, algo que trascendía la multitud y el ruido a nuestro alrededor.

Tenía una forma de hablar que era a la vez poderosa y cautivadora, una combinación poco común que ponía de relieve su liderazgo y su carisma. Su atractivo no era solo físico; emanaba de su presencia, de la convicción en su voz, de la manera en que se movía con seguridad y propósito.

Y entonces llegó aquel momento…

Aquella breve mirada en mi dirección, aquellas palabras que parecían hablar directamente a mi corazón.

Durante un segundo fugaz me permití creer que quizá había algo más, una posibilidad entre nosotros. Pero tan rápido como surgió, ese pensamiento se desvaneció ante la cruel realidad que se impuso.

La llegada de los Hilton fue un recordatorio doloroso de la complicada situación en la que nos encontrábamos. Richard estaba comprometido con otra mujer, una unión que tenía más que ver con estrategias políticas que con sentimientos genuinos.

Ver a la familia Hilton a su lado, tan cercanos e íntimos, fue un golpe duro, una confirmación evidente de que cualquier cosa que yo sintiera o esperara era inútil.

Sentí un nudo en el pecho, una mezcla de tristeza y resignación.

Era difícil aceptar que el hombre que había captado mi atención y, quizá, también mi corazón, estuviera tan fuera de mi alcance, envuelto en circunstancias que ninguno de los dos podía cambiar.

Por mucho que quisiera creer en los cuentos de hadas, la realidad era mucho más complicada.

—¿Juegas con nosotros, hermana? —preguntó Kaleb, mientras Arianna, a su lado, me miraba con los ojos llenos de esperanza, devolviéndome de golpe a la realidad.

Sonreí, a pesar del torbellino de emociones que me agitaba por dentro. La inocencia y la alegría pura en sus caritas eran el antídoto perfecto para la melancolía que se había instalado en mi corazón.

—Claro que sí —respondí, dejando que su presencia me devolviera al momento presente, al aquí y ahora donde la sencillez de la vida aún reinaba.

Me levanté y los seguí hasta el jardín, donde el juego comenzó enseguida.

Tenían una forma muy peculiar de jugar, siempre provocándose el uno al otro, pero de una manera que solo unos hermanos gemelos podían entender. Kaleb se escondió detrás de un árbol, intentando sorprender a Arianna, que ya había preparado una emboscada para él al otro lado del jardín.

Yo me dejé ser la árbitra de aquella competición amistosa, riendo y corriendo con ellos, permitiendo que la simple felicidad de estar al aire libre, rodeada de quienes amaba, llenara el espacio de mi corazón que momentos antes dolía por la imposibilidad de lo que sentía por Richard.

A medida que el sol comenzaba a ponerse, tiñendo el cielo de tonos anaranjados y rosados, comprendí el valor incalculable de aquellos momentos.

Eran un recordatorio de que, aunque la vida pudiera ser complicada y estuviera llena de desafíos inesperados, también estaba colmada de instantes de pura belleza y alegría. Instantes que, muchas veces, encontrábamos en la compañía de quienes amábamos.

Cuando regresamos a la casa tras nuestra aventura en el jardín, con los gemelos discutiendo animadamente sobre quién había ganado la última ronda del juego, sentí una extraña paz asentarse dentro de mí.

El dolor y la añoranza por algo que nunca podría ocurrir con Richard seguían allí, pero ahora, de algún modo, parecían más soportables.

Aquella noche, mientras leía a Kaleb y a Arianna antes de que se durmieran, con sus ojitos pesados luchando contra el sueño, supe que, a pesar de todo, tenía suerte.

Suerte por tener una familia que me quería, por tener la oportunidad de vivir en un lugar que me daba tanta paz y por disfrutar de momentos que, aunque sencillos, tenían un valor incalculable.

Salí a la parte exterior de la finca y, de repente, vi una figura tambaleante acercándose cada vez más hacia mí…

Christopher…

Mi hermano mayor tenía los ojos enrojecidos y en la mano derecha sostenía con firmeza una botella de vodka casi vacía. La

expresión de su rostro era una mezcla de rabia y desesperación, una mirada que rara vez veía en él y que me asustaba.

Christopher siempre había sido el rebelde de la familia, el que desafiaba las reglas y buscaba su propia libertad, pero aquello era diferente.

Era una silenciosa petición de ayuda que no sabía cómo expresar.

—Christopher —lo llamé, con la voz cargada de preocupación mientras me acercaba—. ¿Estás bien?

Se detuvo, tambaleándose ligeramente, y me miró. Por un momento pensé que iba a derrumbarse, pero entonces, con un esfuerzo visible, se recompuso.

—Estoy bien, Emma. Solo estoy disfrutando un poco —respondió, intentando forzar una sonrisa, aunque había algo profundamente inquietante en ella.

—No parece que estés "disfrutando" —insistí, dando un paso hacia él—. Christopher, puedes hablar conmigo. ¿Qué está pasando?

Evitó mi mirada y su rostro se tensó con rabia.

—No es nada en lo que puedas ayudar, hermana —dijo Christopher con voz cortante, levantando de repente un muro entre nosotros—. Solo déjame en paz.

Su reacción me sorprendió, pero sabía que no podía dejarlo solo en aquel estado. Había algo más profundo afectando a mi hermano, algo que iba mucho más allá de una noche de bebida.

Estaba luchando contra demonios internos que yo ni siquiera empezaba a comprender, pero estaba decidida a estar a su lado, por mucho que intentara apartarme.

—No voy a dejarte solo, Chris. Eres mi hermano y me importas —afirmé, con una firmeza que incluso a mí me sorprendió.

Durante un instante nuestras miradas se encontraron, y vi el dolor y la confusión en sus ojos. Luego, tan rápido como había surgido, la rabia pareció desvanecerse, dejando solo vulnerabilidad.

—¡No quiero ayuda! ¡Solo déjame en paz! —gritó, alejándose de mi alcance y dejándome allí sin saber qué hacer.

Aquellas palabras me golpearon como un puñetazo en el estómago, y la realidad de la situación de Christopher me cayó encima con toda su fuerza.

Mi madre y yo no conseguíamos controlar a mi hermano, y sentí el peso de la impotencia sobre los hombros.

En ese momento, mientras luchaba interiormente con todo aquello, decidí volver a entrar en casa, buscando refugio en la calma de nuestro hogar. Fue entonces cuando me encontré cara a cara con Richard, una sorpresa tan inesperada como bienvenida.

—Pensé que ya te habías ido —dije, con la voz revelando el alivio mezclado con la sorpresa de encontrarlo allí.

—Decidí quedarme en la finca y viajar mañana temprano. Parece que ha sido una buena decisión —respondió, con una leve sonrisa en los labios que no lograba ocultar la preocupación en sus ojos.

Sin duda había oído la discusión.

La vulnerabilidad de mi familia era algo que siempre intentaba proteger, mantener lejos de las miradas ajenas, incluso de alguien por quien sentía algo tan profundo como confuso.

—Richard, no es algo en lo que tú…

—Emma, he oído lo suficiente para saber que estáis pasando por un momento difícil —me interrumpió, con una voz firme y serena

—. Y, si me lo permites, creo que puedo ayudar a Christopher. A veces una figura masculina, un hermano mayor, por así decirlo, puede marcar la diferencia.

Su propuesta me sorprendió, pero también encendió una chispa de esperanza dentro de mí. Richard, con su fuerza y su determinación, podría ser exactamente lo que Christopher necesitaba.

Aun así, la idea de implicarlo tan directamente en los problemas de mi familia me hacía dudar.

—¿Harías eso? —pregunté, con incredulidad en la voz.

—Lo haría —confirmó con una convicción que me reconfortó por dentro—. Me importas más de lo que imaginas. Y si hay algo que pueda hacer para ayudar, lo haré.

La generosidad de su ofrecimiento me conmovió, y en el fondo de mi corazón sabía que aceptar su ayuda podría ser el primer paso hacia la recuperación de mi hermano.

—Gracias, Richard. Esto significa mucho para mí, para nosotros —confesé, sintiendo una oleada de gratitud hacia ese hombre que, a pesar de todas las complicaciones, estaba dispuesto a tender la mano a mi familia.

Nos quedamos mirándonos, y con cada segundo que pasaba lo admiraba un poco más.

Era extraño lo que sentía en mi corazón, pero a veces solo quería saber hasta dónde podía llegar aquello, incluso sabiendo que no había ningún futuro en ello.

—Eres un hombre increíble.

—¿Qué quieres decir exactamente con eso?

La pregunta de Richard tenía peso, una invitación implícita a adentrarnos en territorios emocionales que ambos dudábamos en

reconocer. El silencio que siguió estuvo cargado de una tensión palpable, una mezcla de deseo y cautela.

—Quiero decir… —empecé, buscando las palabras adecuadas, intentando expresar el torbellino de emociones que llevaba dentro sin cruzar las líneas que sabíamos peligrosas—. Que tu bondad y tu disposición a ayudar, incluso cuando no es fácil, demuestran lo especial que eres. No todos los días se encuentra a alguien así.

Richard dio un paso hacia mí, reduciendo la distancia entre nosotros. Su mirada era intensa, como si buscara en mis ojos algo que yo no estaba segura de estar preparada para revelar.

—Emma, sé que las circunstancias no son las ideales. Los dos lo sabemos. Pero eso no cambia el hecho de que hay algo entre nosotros. Algo que no podemos simplemente ignorar.

Su franqueza me dejó sin aliento.

Había una parte de mí que quería negarlo, apartar esos sentimientos y protegerme del dolor inevitable que traería desear algo que no podía tener. Pero en ese momento, bajo la cercanía de su mirada, no quería negarlo.

Quería explorar ese “algo” del que hablaba, aunque solo fuera por un instante fugaz.

—Yo pienso lo mismo —admití, con una vulnerabilidad en la voz que reflejaba la que veía en sus ojos—. Pero ¿cómo podemos…?

—No necesitamos decidir nada ahora —me interrumpió con suavidad, colocando un dedo sobre mis labios—. Por esta noche, podemos ser solo Emma y Richard. Nada más, nada menos.

—¿Qué intentas decirme?

—¿Decir? Nada. Prefiero actuar antes que hablar demasiado.

Y con esas palabras me atrajo hacia él, y sus labios encontraron los míos en un beso tierno que pronto se profundizó con una pasión reprimida.

Por un breve instante, el mundo a nuestro alrededor desapareció, y solo existíamos nosotros dos, permitiéndonos explorar lo que sentíamos el uno por el otro sin pensar en las consecuencias.

Era un sueño.

Me sentía feliz y plena, pero en el fondo sabía que aquello no sería algo recurrente, y ese pensamiento me entristecía. Ese hombre nunca sería mío…

El beso se interrumpió solo por la necesidad de respirar, y nuestras miradas se encontraron en una comunicación silenciosa que decía más de lo que las palabras jamás podrían expresar.

Cada gesto silencioso, cada mirada, cargada con el peso de lo que no se decía, de lo que podría ser si las circunstancias fueran distintas.

—Emma… —dijo Richard, con la voz ronca por la emoción, mientras acariciaba mi rostro con delicadeza, recorriendo sus contornos como si intentara memorizar cada detalle—. Esta noche vamos a dejar el mundo ahí fuera y vamos a hacer nuestras propias reglas.

Asentí, permitiéndome dejarme llevar por ese instante de olvido en el que las complejidades de nuestras vidas no podían alcanzarnos.

Nos quedamos allí, abrazados, encontrando consuelo el uno en el otro mientras la luna iluminaba el salón con su luz suave, transformándolo todo en una escena casi mágica.

Ninguno de los dos sabía qué traería el mañana ni cómo afrontaríamos los desafíos que nos esperaban. Pero aquella noche esas preocupaciones parecían lejanas, irrelevantes.

—No deberías haber hecho esto, Richard.

—Dame un buen motivo.

—Tú… vas a casarte, y yo… no soy nadie.

—No vuelvas a decir eso nunca —puntualizó con seriedad, sujetando mi rostro mientras miraba directamente a mis ojos—. Yo te veo, eres alguien, y este momento, por fugaz que sea, lo significa todo para mí. Sé que hay complicaciones, expectativas y promesas hechas, pero esta noche no soy el candidato a la presidencia ni el futuro marido concertado. Esta noche soy solo Richard, alguien que te ve y que te desea.

Su sinceridad y su intensidad hicieron que mi corazón se acelerara, una tormenta de emociones arrasando cualquier rastro de duda.

La cercanía, la forma en que sostenía mi rostro, me hacía sentir vista, valorada de una manera que jamás había experimentado.

—Richard, yo…

Las palabras me faltaban.

¿Cómo podía expresar lo que estaba sintiendo?

Era como si un universo entero de emociones se abriera ante mí, vasto e indomable. Todo lo que pude hacer fue perderme en su mirada, aquella que parecía ver incluso los rincones más ocultos de mi alma.

Se inclinó y me besó de nuevo cuando las palabras ya no bastaban, un beso que sellaba nuestro entendimiento mutuo.

Cuando por fin nos separamos, fue él quien habló:

—Tengo que irme. —La reluctancia se notaba claramente en su voz.

—Lo sé —respondí, igualmente reacia a que ese momento terminara.

Me lanzó una última mirada, con una sonrisa triste dibujándose en sus labios, antes de alejarse, dejando tras de sí un vacío.

De nuevo sola, me quedé reflexionando sobre lo singular de aquella noche. Había sido un rayo de luz en medio de la oscuridad, un recordatorio de que, incluso en las circunstancias más complicadas, la conexión humana puede florecer de formas inesperadas.



«Con cada amanecer, elegía volver a creer en el poder de los nuevos comienzos, en la promesa de que incluso el corazón más cansado puede hallar fuerzas para amar de nuevo, iluminado por la suave llama de la esperanza…»

RICHARD HARDMAN

Nunca he dejado de cumplir ni una sola promesa en toda mi vida, y cuando dije que hablaría con Christopher, lo decía en serio.

Por mucho que necesitara concentrarme en el trabajo, cuando me levanté encontré a Lila en la cocina, preparando el desayuno en un silencio cargado de pensamientos. En sus ojos se reflejaba la preocupación de una madre que ve a uno de sus hijos en apuros, una expresión que conocía demasiado bien.

Durante unos minutos hablamos de varias cosas, pero enseguida tuve que ir directo al grano, al fin y al cabo no iba a quedarme en la finca mucho más tiempo.

—Lila, ¿podrías llamar a Christopher? Necesito hablar con él a solas —le pedí, intentando transmitir una seguridad que esperaba que la tranquilizara.

—¿Sobre qué?

—Confía en mí. Después de que hablemos, lo entenderás.

Ella asintió, incluso parecía aliviada al ver que alguien estaba dispuesto a intervenir, y fue a buscar a Christopher.

Mientras esperaba, reuní mis pensamientos, preparándome para la conversación que se acercaba. No sería fácil para él, pero era necesario.

Cuando Christopher entró en el salón, la reticencia estaba escrita en su rostro. Cruzó los brazos, como si se protegiera de lo que estaba a punto de venir. Aquella actitud desafiante no era más que una fachada para el dolor que intentaba ocultar.

—Déjanos a solas —pedí, y ella asintió enseguida.

—¿Tú… querías hablar conmigo?

—Sí. Primero, no tienes por qué tener miedo de mí —empecé, manteniendo la voz calmada y firme—. Christopher, sé que quizá no me veas como alguien en quien confiar, pero estoy aquí porque me importas. No solo tú, también tu familia.

Me miró con desconfianza, pero permaneció en silencio, dándome la oportunidad de continuar.

—Está bien.

—Lo que estás pasando no solo te está afectando a ti. Tu madre, Emma… ellas están sufriendo, preocupadas por ti. No es justo ni para ellas ni para ti mismo.

Hubo un instante de vacilación en sus ojos, un destello de comprensión que trató de ocultar enseguida.

—¿Qué… qué puedo hacer para no sentir esto? Este dolor… —Su voz era una mezcla de desafío y desesperación.

—Buscar ayuda, Christopher. Ayuda profesional. No hay ninguna vergüenza en admitir que necesitamos apoyo. Y yo estoy aquí para ofrecértelo, para asegurarme de que tengas lo necesario para salir adelante. Y si me dices que quieres hacerlo, haré todo lo posible por ayudarte. Te doy mi palabra, y para mí vale mucho.

Durante varios minutos hablé sobre la importancia de la familia, sobre cómo cada uno de nosotros tiene un papel en la vida del otro, y sobre cómo, juntos, podríamos afrontar cualquier desafío.

Al final, Christopher parecía menos hostil, más reflexivo.

Aceptó recibir ayuda profesional, un compromiso que, esperaba yo, sería el inicio de su camino para reencontrarse consigo mismo como hombre.

Al salir del salón, me encontré de frente con Lila y Emma, que esperaban con ansiedad.

—Va a empezar un tratamiento —les dije, sintiendo cómo un peso se levantaba de mis hombros—. Pero va a necesitar todo el apoyo que pueda recibir.

Lila me abrazó, y las lágrimas en sus ojos decían más que cualquier palabra.

Emma, por su parte, me miró con una gratitud profunda, y aquello me hizo sentir realmente feliz.

—Gracias, Richard —dijo Emma, con la mirada fija en mi rostro.

—Bueno… ¿y este ambiente de funeral a qué viene?

Logan Callahan…

Lo observé acercarse, con una creciente desconfianza.

—Se me olvidó decirle que… él estaba esperando —dijo Lila, secándose las lágrimas.

—No pasa nada. Dejadnos a solas, por favor.

Hicieron lo que pedí, y poco después Logan y yo estábamos solos en el salón, con un silencio tenso flotando entre nosotros.

Me miró con esa mirada suya tan perspicaz que parecía atravesar a las personas, un don que lo convertía en un abogado excepcional, pero que en ese momento habría preferido que no tuviera.

—Voy a ser directo, Richard. La campaña va bien, los números están de nuestro lado, pero eso no es todo lo que está pasando, ¿verdad? —empezó Logan, cruzándose de brazos; el tono aparentemente casual no lograba ocultar la seriedad del asunto.

Asentí, sabiendo que era inútil intentar desviar la conversación con él. Logan tenía la habilidad de ir al núcleo de los problemas con una eficacia desarmarte.

—Sé más directo —intenté ganar tiempo, aunque sabía perfectamente hacia dónde se dirigía aquella conversación.

—Estoy hablando de esa chica, Richard. —Su voz fue clara, sin rodeos—. No hace falta ser un genio para ver cómo la miras. Lo vi durante tu discurso y hoy otra vez. Esto te está afectando más de lo que debería.

Respiré hondo; la mención de Emma desató una avalancha de emociones que intentaba, inútilmente, mantener bajo control.

—Logan, sabes mejor que nadie las implicaciones de cualquier relación personal en este momento.

—Sí, conozco las implicaciones. Pero también sé lo que significa mirar a alguien como tú la miras a ella. —Se encogió de hombros, un gesto que subrayaba la sencillez de su observación—. La cuestión es, Richard, ¿qué piensas hacer al respecto? ¿Vas a echarlo todo a perder?

La pregunta me golpeó como un puñetazo en el estómago.

La verdad era que no lo sabía. Todo mi futuro político, la campaña, la presidencia parecían pequeños y lejanos cuando los comparaba con el torbellino de sentimientos que Emma despertaba en mí.

—Hay demasiado en juego como para echarlo todo a perder.

Logan asintió, comprendiendo la complejidad de la situación.

—Exactamente. Solo recuerda, Richard, que al final la política es importante, sí, pero la vida… la vida está hecha de momentos, de elecciones. Asegúrate de poder vivir con las tuyas o de ser capaz de ocultarlas…

—¿Qué es lo que realmente quieres decir?

—No lo sé. Tengo dos lados: uno quiere decir una cosa y el otro… bueno, no está de acuerdo.

—Tienes una familia, ese es el problema.

—Sí. Y sé lo que es sentir algo por alguien, pero en tu caso eso puede estorbar. Va a estorbar. Estamos hablando de sentimientos que pueden poner en riesgo no solo tu campaña, sino también la vida personal de otras personas, incluida Emma —explicó Logan con una seriedad que rara vez mostraba—. Los Hilton no son idiotas, y creo que sabes el poder que tienen en sus manos.

Me recosté en la silla, sintiendo el peso de sus palabras. Tenía razón, por supuesto.

—Sé cuáles son las consecuencias, Logan. —Mi voz sonó firme, aunque por dentro estaba más confundido que nunca—. Pero no es tan simple como decidir no sentir.

—Nada relacionado con los sentimientos es simple, Richard. —Logan volvió a cruzarse de brazos, mirándome directamente—. Pero estás en una posición en la que tus decisiones no te afectan solo a ti. Si decides seguir por ese camino, tienes que ser consciente del impacto que tendrá, no solo en tu carrera, sino también en la vida de ella.

—Soy consciente —afirmé, aunque la verdad era que aún luchaba por aceptar plenamente lo que significaban mis sentimientos por Emma.

—Entonces mi consejo es que pienses muy bien antes de actuar. —Logan se levantó, preparándose para marcharse—. Ahora tienes responsabilidades mayores, Richard. No solo como hombre, sino como candidato a la presidencia. Y, potencialmente, como presidente…

EMMA GARFIELD

—¿Qué has hecho, hija?

—¿Cómo que qué he hecho, mamá?

Parecía asustada y un poco confundida por la situación.

—El señor Hardman ya tiene demasiados asuntos de los que preocuparse. ¿Por qué has ido a hablarle de Christopher?

—Escuchó la conversación con mi hermano cuando volvió borracho ayer, y, para ser sincera, no me arrepiento de haber dicho la verdad, aunque él se enterara.

—Emma, cariño, entiendo tu preocupación por Christopher y lo mucho que queremos ayudarlo, pero el señor Hardman es un hombre muy ocupado. ¡Está en plena campaña presidencial, por Dios! No es justo poner más peso sobre sus hombros. —Suspiró, pasándose una mano por el cabello, con una expresión de preocupación marcada en el rostro.

—Lo sé, mamá. Pero él se ofreció a ayudar. Y si puede hacer algo, incluso con toda su agenda, ¿por qué no aceptarlo? —intenté explicar, sintiendo una mezcla de defensa y culpa por haber involucrado a Richard en aquella situación familiar.

—Porque eso te une demasiado a él, Emma. Y eso… eso puede ser un error. —La voz de Lila bajó, casi hasta convertirse en un susurro, como si temiera dar forma a sus preocupaciones. —Sabes cuál es su situación, el compromiso que tiene con la familia Hilton. No quiero que termines herida en todo esto.

Miré a mi madre, comprendiendo la profundidad de su miedo. Era cierto, me estaba involucrando cada vez más con Richard, de maneras que jamás habría imaginado.

Y sí, una parte de mí temía exactamente lo que mi madre mencionaba: el dolor que podía surgir de ese vínculo.

—Mamá, yo… sé que hay riesgos. Pero también siento que hay algo entre nosotros, algo que no puedo simplemente ignorar. Y en cuanto a Christopher, Richard quiere ayudar, no solo por mí, sino porque entiende la importancia de la familia. Eso tiene que significar algo, ¿no? —argumenté, intentando convencerla a ella tanto como a mí misma.

—Emma, solo quiero que tengas cuidado. —Lila se acercó y me envolvió en un abrazo fuerte—. Tu corazón es demasiado valioso para que lo rompan.

La conversación con mi madre me dejó reflexionando sobre los intrincados caminos que mi corazón había tomado desde que Richard entró en mi vida. Sabía de los riesgos, de las complejidades que todo aquello implicaba, pero también sabía que no podía apartarme sin más de los sentimientos que habían crecido dentro de mí.

—Estoy bien, mamá, de verdad.

—Sé que dices eso, y quiero creerte, pero también sé lo complicadas que pueden volverse estas cosas. —Lila se separó de mí y me miró a los ojos con una expresión mezcla de preocupación y cariño —. Y Richard… ahora es una persona pública, con responsabilidades que van mucho más allá de lo que la mayoría de nosotros puede comprender. Lleva el peso de muchas expectativas sobre los hombros.

Asentí, comprendiendo sus preocupaciones.

Richard estaba en una posición que exigía mucho de él, y cualquier decisión que tomara tendría repercusiones no solo en su vida personal, sino también en su carrera política.

Y, por supuesto, yo no quería ser la causa de ningún problema para él.

—Lo sé, mamá. Y no quiero ni voy a causarle problemas.

Mis palabras salieron vacilantes, reflejando el torbellino de sentimientos que aún intentaba comprender.

—Emma, amor mío, solo quiero que te protejas. Que recuerdes que, al final, debes ser tu propia prioridad. —Colocó sus manos sobre mis hombros, transmitiéndome fuerza y apoyo con su gesto—. Sé que eres fuerte, y admiro mucho eso en ti. Solo… cuida tu corazón.

—Lo prometo, mamá. Tendré cuidado. —Sonreí, intentando aliviar el peso de la conversación. Por un momento me permití disfrutar del consuelo de su presencia, un recordatorio del amor incondicional que siempre tendría pasara lo que pasara.

Aun así, me sentía feliz, porque sabía que él ayudaría a mi hermano, estuviera aquí físicamente o no…



«En el delicado juego del poder, descubrieron que la verdadera fuerza no residía en la conquista ni en el control, sino en la valiente vulnerabilidad de abrir el corazón…»

RICHARD HARDMAN

Hoy era el día, el momento había llegado.

—Nunca te lo he preguntado, pero ¿fue difícil convencer al partido de que eras el candidato ideal? —preguntó Logan, que estaba a mi lado.

—La verdad es que nunca tuve que convencer a nadie; saben que soy su mejor oportunidad y que voy a ser el próximo presidente de Estados Unidos.

Logan sonrió y asintió.

—Me gusta tu confianza. Ahora ve ahí y hazlo oficial.

—Con mucho gusto.

Subí al estrado con una mezcla de determinación y una calma que había aprendido a cultivar a lo largo de los años en situaciones de presión. La multitud vibraba, un mar de rostros expectantes y ansiosos que reflejaba la magnitud del momento.

Mi corazón latía con fuerza, pero mi mente estaba enfocada; cada latido era un recordatorio del camino que había recorrido para llegar hasta aquí.

Benjamin y Logan me dedicaron un gesto de ánimo con la cabeza.

Ambos habían sido piezas clave en la construcción de la campaña, sabiendo exactamente qué hilos mover y en qué momento.

Nuestro equipo, una combinación hábil de veteranos y nuevos talentos, estaba alineado con un mismo objetivo: asegurar nuestra victoria.

En cuanto llegué al atril, el mar de aplausos y gritos de apoyo se intensificó. Respiré hondo, absorbiendo la energía que me rodeaba, y entonces comencé.

—Amigos y amigas. —Mi voz se proyectó clara y firme a través de los altavoces—. Hoy estamos aquí, en la encrucijada de una nueva

era para nuestro gran país. Una era de renovación, de reafirmación de nuestros valores más queridos y de reconstrucción del sueño americano para todos.

Hice una pausa, permitiendo que mis palabras calaran, viendo cabezas asentir y escuchando nuevos aplausos. Era el momento de compartir mi visión, de dibujar el futuro que pretendía construir.

—Como candidato, y si Dios quiere, como su futuro presidente, me dedicaré a fortalecer nuestra economía, asegurando que cada ciudadano estadounidense tenga la oportunidad de prosperar. Trabajaré incansablemente para garantizar que nuestra nación sea segura, respetada en el mundo y, sobre todo, justa con todos sus ciudadanos.

La multitud reaccionó con entusiasmo, y sus aplausos y vítores reforzaron mi convicción. Yo estaba allí no solo como candidato, sino como un símbolo de esperanza para muchos.

—Juntos afrontaremos los desafíos de nuestro tiempo con valentía y determinación. Aseguraremos que el futuro de nuestra nación sea brillante, que nuestros niños crezcan en un país lleno de oportunidades y que el legado que dejemos a las próximas generaciones sea uno de prosperidad, libertad e igualdad.

Concluí mi discurso con una promesa, no solo de liderazgo, sino de auténtica colaboración con el pueblo estadounidense.

—Estoy preparado para liderar, pero más que eso, estoy preparado para escuchar, aprender y crecer junto a vosotros. Construyamos juntos el futuro que queremos para nuestro país.

Bajé del estrado entre una ovación atronadora, sintiendo una mezcla de gratitud y responsabilidad. Logan, Benjamin y el resto de mi equipo me rodearon, y sus expresiones de satisfacción y orgullo reflejaban el éxito del momento.

La familia Hilton también estaba presente, poniendo en marcha de verdad el plan que habíamos trazado para el próximo año.

Todo estaba saliendo tal y como habíamos previsto.

Aquel día no solo estaba anunciando mi candidatura; estaba comprometiendo mi vida a servir y mejorar la nación que tanto amaba.

Sabía que el camino estaría lleno de desafíos, pero con el apoyo del pueblo estadounidense, de mi equipo y con una visión clara del futuro, estaba dispuesto a afrontarlos.

Soy Richard Hardman y estoy decidido a convertirme en el próximo presidente de los Estados Unidos de América.

EMMA GARFIELD

Evité ir al discurso que Richard iba a dar para anunciar su candidatura.

Sabía que para mí sería demasiado difícil enfrentarme a él, y también sabía que nuestros encuentros se volverían escasos a partir de hoy.

Tendría mítines, reuniones y presentaciones por todo Estados Unidos, y esa fantasía americana de tenerlo siempre en mi mente necesitaba terminar.

De una vez por todas.

—Estás rara —dijo Arianna, y Kaleb también se quedó mirándome con curiosidad.

—¿Cómo que rara?

—Muy rara, la verdad —añadió Kaleb, secundándola, y yo negué con la cabeza.

—Es que… he estado pensando mucho en algunas cosas —intenté explicar, forzando una sonrisa para mis hermanos pequeños—. Pero ¿sabéis qué? Tenéis razón. Necesitamos divertirnos un poco y olvidarnos de las preocupaciones.

Arianna y Kaleb intercambiaron miradas cómplices, y un brillo de entusiasmo apareció en sus ojos.

—¿Qué podemos hacer? —preguntó Arianna, dando pequeños saltos.

—¿Qué tal una búsqueda del tesoro por el campo? —sugerí, con la idea surgiendo de forma espontánea—. Puedo esconder algunas cosas y preparar pistas para que las encontréis.

La propuesta fue recibida con entusiasmo inmediato.

Les encantaban las aventuras, y yo sabía que aquello nos daría a todos una pausa muy necesaria de las preocupaciones diarias. Además, me daría la oportunidad de despejar la mente y quizá, solo quizá, poner un poco de distancia entre mis sentimientos por Richard y la realidad de mi vida.

Mientras preparaba la búsqueda del tesoro, escondiendo pequeños premios por la propiedad y anotando las pistas, sentí cómo la calma volvía poco a poco a mi corazón.

Ver la emoción y la alegría pura en los rostros de mis hermanos pequeños me recordaba las cosas sencillas de la vida que traen una felicidad auténtica.

El juego se desarrolló entre risas y carreras por el campo.

En un momento dado me senté sobre una roca, observándolos y dejando que la belleza natural que me rodeaba me envolviera. En ese instante, la nostalgia por Richard aún dolía, pero también sentía una profunda gratitud por la vida que tenía.

Cuando la búsqueda del tesoro terminó y Arianna y Kaleb regresaron triunfantes, con los “tesoros” en las manos, las sonrisas en sus rostros eran contagiosas.

Me levanté y los abracé con fuerza, agradecida por ese momento de alegría y amor entre hermanos.

—¡Ha sido increíble, hermana! —exclamó Kaleb, con el rostro iluminado por la felicidad.

—¡La mejor tarde de todas! —añadió Arianna, aferrando uno de los pequeños juguetes que había encontrado.

Mientras regresábamos a casa, cogidos de la mano, sabía que tarde o temprano tendría que enfrentarme a la realidad de mis sentimientos por Richard, pero también sabía que tenía un refugio seguro en mi familia y en las pequeñas alegrías de la vida en el campo.

Por incierto que fuera el futuro, esos momentos de felicidad genuina y amor incondicional eran tesoros que siempre conservaría.

Y quizá, solo quizá, eso sería suficiente para ayudarme a encontrar el camino que tenía por delante.



«Comprendió que el poder auténtico se arraiga en la humildad, un eco silencioso que resuena a través de las eras, demostrando que liderar con el corazón abierto es la forma más elevada de guiar las almas…»

RICHARD HARDMAN

—Aprovecha tu último día en la granja, pero… no demasiado —dijo Logan con una risa maliciosa mientras se acomodaba el traje.

—En algunos momentos detesto tus bromitas.

—Lo sé, y por eso las hago. Otra cosa: a partir de mañana no vas a poder quedarte mucho por tus tierras. Aprovecha hoy para descansar, admirar la naturaleza, yo qué sé, Richard. Quédate aquí.

Por un lado, tenía razón.

Ahora, con el lanzamiento de mi candidatura, tendría que viajar y reunirme con frecuencia con otros políticos y también con ciudadanos estadounidenses.

—¿Quieres quedarte hoy aquí en la granja?

—No. Digamos que no tengo vocación de niñera, a menos que se trate de mis propios hijos.

—Está bien. Pero que sepas que sé arreglármelas solo, Logan.

—De eso no tengo ninguna duda, y precisamente ese es mi miedo. Ahora hablando en serio, vas a echar de menos este lugar cuando ya no puedas venir cuando te dé la gana —continuó Logan, y el tono bromista dejó paso a una seriedad poco habitual en él.

Estaba claro que, pese a sus chistes, comprendía perfectamente el peso de lo que se avecinaba en los próximos días.

—Tienes razón —admití, mirando las vastas tierras que se extendían ante mí, un recordatorio constante de las raíces y los valores

que me impulsaban a seguir adelante—. Voy a echar de menos esto. Pero lo que estamos haciendo es importante. Para todos.

—Sí. La estrategia para las próximas semanas es crucial. Tenemos que centrarnos en los estados clave y asegurarnos de que nuestro mensaje llegue claro y con fuerza. —Logan se inclinó hacia delante, con su mirada aguda de siempre analizando cada aspecto de la campaña.

—Confío en ti, en Benjamin y en el equipo que habéis formado para ayudarme con esto —respondí, sabiendo que la experiencia de Logan y de todo el equipo sería fundamental en aquella carrera—. ¿Cuál es el primer paso?

—Además de reforzar nuestra presencia en los medios de comunicación, vamos a intensificar las apariciones públicas. Necesitamos que la gente te vea, que te escuche de la forma adecuada —empezó Logan a desplegar los planes, cada detalle pensado para maximizar nuestra presencia y nuestro impacto.

—De acuerdo.

Aunque él seguía hablando de política, mis pensamientos se desviaron hacia Emma.

Pasaríamos mucho tiempo sin vernos, y no sabía hasta qué punto eso me ayudaría o me perjudicaría.

—Por tu cara diría que estás pensando en otra cosa… o en alguna mujer —comentó, y esta vez ni siquiera lo negué.

—Quién sabe.

—Richard, ella forma parte de tu mundo, no puedes ignorarlo. Pero recuerda que necesitas equilibrio. —Su voz sonaba firme, aunque comprensiva—. Emma y su familia son importantes para la tuya, pero ahora todo el país te está mirando. No se trata solo de lo que tú quieres, sino de lo que es mejor para todos.

—Lo sé, Logan. Lo sé —afirmé, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros.

Sabía que las decisiones que tomara a partir de ese momento no me afectarían solo a mí, sino también a todos los que me rodeaban, incluida Emma.

—El momento en que empiezas a sentir algo por alguien, especialmente en una situación como la tuya, lo complica todo. Pero también te humaniza, te hace más cercano al electorado. Solo tenemos que gestionarlo con cuidado —continuó Logan, demostrando que entendía perfectamente la situación—. No es una debilidad, Richard, forma parte de quién eres. Y la gente necesita ver quién eres de verdad, no solo al político.

—No hay manera de hacerlo sin poner a Emma en una posición difícil.

Lo último que quería era arrastrarla al torbellino que era mi vida pública.

—Es verdad. No la hay. Necesitas dejarla ir de una vez por todas si decides seguir adelante con tu sueño.

Por difícil que fuera, él tenía razón; aun así, necesitaba verla una vez más antes de despedirme…

EMMA GARFIELD

Tenía otra pasión además de leer, y era montar a caballo.

Sentir el viento golpeando mi rostro mientras galopaba por las vastas tierras de la granja era una de mis mayores alegrías. En esos momentos me sentía verdaderamente libre, como si pudiera ir a cualquier lugar, ser cualquier cosa.

Hoy montaba a mi caballo favorito, un hermoso alazán llamado Sol, que conocía aquellas tierras tan bien como yo. Éramos un equipo perfecto, moviéndonos con rapidez a través de los campos abiertos y los senderos sombreados.

Mientras cabalgábamos, dejé que mi mente se alejara muy lejos.

Pensé en la vida, en las pequeñas alegrías cotidianas, en la complejidad de los sentimientos humanos. Pensé también en Richard y en lo que él representaba para mí.

Era imposible no hacerlo, pero en ese momento elegí concentrarme en la alegría, no en la nostalgia ni en la complejidad de nuestros encuentros.

El galope rítmico de Sol me envolvía en una especie de meditación en movimiento. Respiraba el aire puro del campo, sentía el calor del sol sobre la piel y contemplaba la inmensidad del cielo azul sobre mi cabeza.

Aquella era mi forma de escapar, de encontrar paz en medio de las incertidumbres de la vida.

De repente, una figura apareció a lo lejos, montando a Pantera, un caballo con la misma destreza y confianza que siempre había

admirado.

Mi corazón dio un vuelco al reconocer a Richard acercándose.

Por un instante, el tiempo pareció detenerse, y toda la paz y la libertad que sentía cabalgando se intensificaron con la sorpresa y, lo confieso, con la alegría de verlo allí, tan cerca de mí.

—¿Qué te parece un poco de compañía? —preguntó al acercarse, con una sonrisa breve y sincera que acortó la distancia entre nosotros.

Sorprendida y un poco aturdida, tardé un segundo en responder.

Una parte de mí se preguntaba cómo había encontrado un hueco en su agenda frenética para estar allí, mientras que otra simplemente quería disfrutar de su presencia.

—Claro —logré decir por fin, mientras una sonrisa se dibujaba en mi rostro.

La idea de compartir aquel momento de libertad con él resultaba inesperadamente agradable.

Juntos empezamos a cabalgar lado a lado, dejando atrás la granja y sus problemas, aunque solo fuera por un momento.

Había una facilidad en el silencio que compartíamos, una comprensión tácita de que allí, en aquel instante, nada importaba más que el sol, el viento y la tierra bajo los cascos de nuestros caballos.

—Necesitaba esto —confesó Richard después de unos minutos, con una sinceridad poco habitual en su voz mientras observaba el horizonte y luego cerraba los ojos brevemente—. La campaña ha sido… intensa.

—Me lo imagino —comenté, mirándolo y viendo con claridad, quizá por primera vez, el peso que llevaba sobre los hombros—. Pero

me alegra que hayas podido encontrar tiempo para esto. Para… escapar un poco.

Richard me lanzó una mirada que mezclaba gratitud y algo más, una profundidad de sentimientos que no esperaba.

—Estar aquí, contigo, es más que una escapatoria, Emma. Es un recordatorio de lo que realmente importa. —Su voz, suave pero firme, llevaba una carga de emoción que parecía tirar directamente de mi corazón.

No supe qué responder, así que elegí simplemente sonreír y concentrarme en el momento presente: en la belleza del atardecer, en la libertad del galope y en la inesperada compañía de alguien que, pese a las circunstancias complicadas, significaba mucho para mí.

—¿Por qué has venido a verme?

—Voy a estar lejos de mis tierras durante algunos meses —respondió con franqueza, esta vez sin mirarme.

Escuchar aquello hizo que mi corazón latiera más rápido, pero no de una manera agradable.

—Pero… ¿no vas a volver en todo ese tiempo?

—Probablemente uno o dos días al mes, como mucho.

—No sé qué decir.

—No tienes que decir nada, Emma. Solo quería verte antes de que todo esto empiece. Antes de que mi vida se vuelva una locura total con la campaña. —Richard hizo una pausa, mirando hacia el horizonte donde el sol se despedía por última vez—. Necesitaba este momento para recordarme lo que es real.

Me sentía dividida entre la alegría de tenerlo allí, conmigo, y la tristeza de saber que esos momentos serían escasos en los próximos meses.

—Richard, yo… —empecé, luchando por encontrar las palabras adecuadas—. Voy a echarte de menos. Mucho.

Se volvió hacia mí, y sus profundos ojos castaños reflejaban el cielo del crepúsculo. Había en ellos una intensidad que rara vez veía, una vulnerabilidad que normalmente ocultaba bajo capas de confianza y determinación.

—Yo también voy a echarte de menos, Emma. Más de lo que imaginas —confesó, acercándose un poco con su caballo—. Pero quiero que sepas algo: por muy ocupado que esté o por muy distante que pueda parecer, siempre estarás en mis pensamientos.

La respiración se me quedó atrapada en el pecho, mientras las palabras de Richard resonaban en mi mente, trayendo consigo tanto consuelo como desesperación.

Saber que le importaba, que yo ocupaba un lugar en su mente y quizá también en su corazón, era más de lo que podría haber pedido. Sin embargo, la realidad pesaba sobre mí como una piedra.

—Solo quiero lo mejor para ti. Quiero que alcances tus sueños, aunque eso signifique que tengamos que estar lejos. —Forcé las palabras a salir, y cada una de ellas dolía más que la anterior.

Él tomó mi mano desde su caballo, con un contacto cálido y firme.

—Y yo quiero que seas feliz, Emma. Que sigas viviendo tu vida, que encuentres alegría en las pequeñas cosas y que nunca pierdas esa increíble capacidad que tienes para ver belleza en todo.

El sol ya se había puesto por completo, dejándonos bajo el manto del crepúsculo. Nuestras siluetas se recortaban contra el cielo que poco a poco se llenaba de estrellas, como testigo del eterno ciclo de despedidas y reencuentros.

—Entonces hagamos un trato —propuse, buscando en su rostro alguna señal de esperanza—. Pase lo que pase, no vamos a perder esto que tenemos.

—Sí, tenemos un trato. —Richard sonrió, la primera sonrisa abierta que le veía en mucho tiempo—. No importa dónde estemos ni lo que hagamos, siempre encontraremos el camino de vuelta el uno al otro.

En ese momento sentí como si mi corazón volviera a respirar, y aunque él se marchara durante un tiempo, sabía que una parte de él permanecería para siempre en mi corazón…



CAPÍTULO 12

«Aprendió que el poder más duradero es aquel que se comparte, una llama que se multiplica al dividirse, iluminando caminos para otros mientras sigue brillando con fuerza, una chispa de generosidad que enciende posibilidades infinitas…»

RICHARD HARDMAN

Emma parecía entenderme perfectamente, y eso era difícil, porque a veces ni yo mismo me entendía.

La complejidad de la campaña, los sacrificios personales, las presiones constantes… todo aquello me convertía en un enigma incluso para mí. Sin embargo, a su lado, cabalgando mientras contemplaba el cielo inmenso y estrellado de la finca, las complicaciones parecían desvanecerse, al menos por un momento.

—Richard —empezó Emma, rompiendo el silencio que se había instalado entre nosotros—. Puede que no entienda todos los detalles de tu campaña ni los desafíos a los que te enfrentas cada día. Pero veo la persona que eres… y admiro eso, tu determinación, tu pasión por alcanzar tus objetivos.

Aunque sabía que era hora de volver a la realidad de la finca principal, a las responsabilidades que nos esperaban, yo aún quería estar con ella, y no lo pensé demasiado.

—Ven conmigo —le pedí, y ella asintió de inmediato—. Quiero pasar más tiempo contigo antes de irme.

—De acuerdo.

Los efectos de la política y de la vida pública eran como una marea constante que intentaba arrastrarme lejos de allí, pero cuando la veía todo parecía desaparecer.

—Tu presencia me trae una paz que es difícil de encontrar en medio del caos de mi rutina diaria.

—No sé qué decir… —empezó Emma, con la voz convertida en un suave susurro—. Sabes que estaré aquí, pase lo que pase.

Lo sabía.

Y precisamente por eso necesitaba que aquel momento contara, que ambos lo recordáramos, sin importar lo turbulento que pudiera volverse el futuro.

—Sí, y por eso eres tan importante para mí, Emma. Me recuerdas lo que es real, lo que de verdad tiene valor en esta vida.

Bajamos de los caballos, dejándolos en el establo, y luego caminamos de regreso hacia la finca, dirigiéndonos a uno de los amplios espacios del lugar.

Mi mente me decía que hiciera algo, pero mi corazón parecía resistirse, así que decidí actuar por instinto, algo que rara vez hacía.

Impulsado por una fuerza que parecía mayor que yo mismo, me acerqué a ella, reduciendo la distancia entre nosotros hasta que ya no quedó espacio para dudas ni vacilaciones.

Al mirarla a los ojos vi reflejos de esperanza y de futuro, de todo lo que podríamos llegar a ser juntos, a pesar de los desafíos.

—¿Qué… estás haciendo?

—Te has convertido en mi obsesión, chica —respondí, sujetando suavemente su barbilla mientras sus ojos permanecían clavados en los míos.

—No es muy prudente que me convierta en la obsesión del futuro presidente de Estados Unidos.

—Eso lo decido yo.

Tomé su boca con la mía, besándola con una intensidad que reflejaba toda la avalancha de emociones que me consumía.

Era un beso de despedida y de promesa, de pasión y de deseos aún no cumplidos. Con Emma me permitía olvidar, aunque fuera por un

instante, las responsabilidades que me aguardaban, las expectativas que debía cumplir.

En ese momento solo éramos Richard y Emma, dos corazones latiendo al unísono.

—Emma —susurré contra sus labios, deteniéndome para mirarla de nuevo a los ojos—. No sé qué nos depara el futuro, pero quiero guardar todo lo que veo en ti, pase lo que pase.

Ella me miró, con los ojos brillando entre emoción y tristeza.

—Esto no es justo para ninguno de los dos. Sobre todo para mí, que voy a verte marcharte.

—Lo sé —admití, sintiendo el peso de sus palabras—. Pero tenía que decírtelo, tenía que mostrarte lo que significas para mí.

—Estoy aquí. Muéstrame todo lo que necesito saber.

Sin pensarlo demasiado y sin medir las consecuencias, volví a tomar su boca, deseando tenerla conmigo.

—Eres mía…

—Te quiero a ti, Richard…

—Emma, este momento es nuestro. Solo nuestro.

Me incliné para besarla de nuevo, esta vez con más calma. Ella respondió a mi contacto; sus manos encontraron el camino hasta mi nuca y me atrajeron aún más hacia ella.

—Richard, yo… —empezó, vacilante, mientras sus manos se detenían sobre mi pecho.

—Shh… ahora no tienes que decir nada —la interrumpí, colocando un dedo sobre sus labios—. Voy a mostrarte lo importante que eres para mí.

Ella asintió, y una lágrima solitaria resbaló por su mejilla, que limpié con la yema de los dedos.

—Eres tan hermosa, Emma. No lo olvides nunca.

Su respuesta fue una mirada que mezclaba amor y aceptación, una mirada que me daba permiso para seguir adelante, para descubrirla aún más.

—Richard…

—Estoy aquí, Emma. Siempre lo estaré.

Ella me rodeó con sus brazos, atrayéndome más hacia ella, y el mundo a nuestro alrededor dejó de importar.

Solo éramos nosotros dos…

EMMA GARFIELD

—Emma…

—Lo sé. Tienes que irte.

—No me arrepiento de lo que ha pasado —dije, firme y serio.

—Yo tampoco. Lo deseé con todas mis fuerzas.

Nos quedamos mirándonos un rato más, y parecía que todo a nuestro alrededor se había detenido. Él era la razón de mis pensamientos; con él me sentía completa, pero… no podía tenerlo.

Lo peor de amar a alguien es que a veces sabemos que es algo imposible, y aun así nuestro corazón no lo acepta, y no hay nada que se pueda hacer.

—Cuídate, Richard Hardman —dije en voz baja, con una sonrisa triste dibujándose en mis labios mientras él salía de la habitación.

—Tú también, Emma Garfield.

Y con una última mirada, un último adiós silencioso, nos separamos, cada uno regresando a su propio camino.

La promesa no dicha de que, sin importar adónde nos llevara la vida, lo que habíamos vivido juntos permanecería conmigo estaba presente en mi corazón, y sabía que nunca lo olvidaría…



«Juntos aprendieron que el poder supremo es el amor incondicional, aquel que supera obstáculos, derriba barreras y sana heridas, una fuerza suave, pero invencible, que une almas en una danza eterna de comprensión y aceptación…»

RICHARD HARDMAN

1 mes después

Sabía que el camino sería arduo y que cada paso hacia delante me llevaría a través de territorios tanto familiares como desconocidos.

La ciudad en la que estaba a punto de pronunciar mi discurso, Washington, la capital y el corazón de Estados Unidos, era uno de los lugares clave, un auténtico termómetro para medir el ánimo y las inclinaciones políticas de los ciudadanos.

Situada en un estado crucial, conocido por su peso en el colegio electoral, la ciudad era un microcosmos de América, con todas sus complejidades y diversidades.

Mientras me preparaba entre bastidores, repasando mentalmente los puntos principales de mi discurso, sentía el peso de la responsabilidad sobre mis hombros. Sabía que las palabras que eligiera, el tono que utilizara, podían repercutir de forma decisiva en mi campaña.

Era esencial transmitir no solo la fuerza de mis convicciones, sino también la sinceridad de mi intención de servir al pueblo estadounidense.

Logan estaba a mi lado, dándome los últimos ajustes y recomendaciones.

—Recuerda, Richard, es importante conectar con el público. Mostrar que entiendes sus preocupaciones, que eres uno de ellos.

Asentí, sabiendo que tenía razón. La empatía y la capacidad de conectar de verdad con la gente eran tan importantes como las políticas que proponía.

—Estoy listo —declaré, sintiendo una mezcla de nerviosismo y determinación—. Vamos a hacerlo y a demostrarle al mundo que no he venido a perder.

—Espero que no hayas olvidado que hoy es el anuncio de tu boda. Los Hilton están todos aquí.

Pensé un momento, y el recuerdo de mi compromiso con la familia Hilton invadió mis pensamientos.

El matrimonio, más que una unión personal, era una alianza estratégica, una pieza clave en mi carrera hacia la presidencia. Sabía que el anuncio provocaría revuelo, tanto apoyo como críticas, y que la forma en que lo presentara podía inclinar la balanza a mi favor o en mi contra.

—No lo he olvidado, Logan —afirmé, con la seriedad tiñendo mi voz—. Lo manejaré con cuidado. Es un paso importante para mí, tanto personal como políticamente.

Logan me miró; el escepticismo seguía presente en sus ojos, aunque también había en ellos un destello de confianza.

—Solo asegúrate de que el público lo vea como un reflejo de tus valores y de tu visión para el futuro del país.

Subí al escenario con esa dualidad de propósitos pesando en mi mente.

Una vez allí arriba, el ruido de la multitud me golpeó como una ola. Miradas llenas de esperanza, curiosidad e incluso escepticismo se clavaron en mí. Respiré hondo y empecé a hablar, pronunciando cada palabra con claridad y convicción.

—Amigos y amigas —comencé, dejando que mi mirada recorriera la multitud, miles de personas frente a mí—. Hoy nos encontramos en el umbral de una nueva era para nuestro país. Una era

de renovación, en la que cada voz será escuchada y cada ciudadano tendrá la oportunidad de contribuir a nuestra gran nación.

Expuse mis propuestas para la economía, la sanidad, la educación y la seguridad, subrayando la necesidad de políticas que beneficiaran a todos, no solo a una élite. Hablé de la importancia de la unidad, de dejar a un lado nuestras diferencias para construir un futuro más prometedor.

Al final del discurso sentí una conexión profunda con la multitud. Los aplausos, las cabezas asintiendo, todo indicaba que mi mensaje había resonado como esperaba.

Entonces llegó el momento de abordar el anuncio de mi boda.

Respiré hondo, buscando el valor necesario para equilibrar mis palabras de forma que transmitieran honestidad y transparencia.

—Hoy, además de compartir con vosotros mis esperanzas y mis planes para nuestro país, tengo otra noticia personal que contaros. —Hice una pausa, captando la atención de todos—. Hace poco, mi familia y yo celebramos una alianza que refleja no solo un compromiso personal, sino también la unión de dos familias que comparten una misma visión para el futuro de América.

El público escuchaba, y el silencio se volvió denso de expectación.

—La familia Hilton, con la que comparto desde hace años valores profundos y un compromiso con el futuro de nuestro país, y yo hemos decidido unir nuestras vidas, y el próximo año me casaré con Audrey. Este matrimonio es más que una unión personal; es un símbolo de nuestro compromiso compartido de trabajar juntos por un país mejor.

Las reacciones fueron variadas, como era de esperar, pero la honestidad en mi voz parecía resonar en muchos de los presentes.

Tras una última ovación, bajé del escenario y me dirigí directamente hacia la familia Hilton, que me esperaba con expresiones que mezclaban orgullo y expectación.

Cada paso hacia ellos se sentía pesado, no solo por la importancia política del momento, sino también por el conflicto emocional que se agitaba dentro de mí.

A pesar de la sonrisa educada y de los saludos formales, mis pensamientos estaban con Emma, la mujer cuya presencia en mi vida se había convertido en una constante, incluso en su ausencia.

—Richard, estamos muy orgullosos. —Audrey Hilton, mi prometida designada, se acercó con una sonrisa elegante—. Tu discurso ha sido inspirador.

—Gracias, Audrey. Es un momento importante para nosotros, para el futuro que planeamos construir juntos. —Las palabras salieron de manera automática, ensayadas, mientras una parte de mí anhelaba escapar de aquella realidad cuidadosamente construida y volver a la sencillez y a la verdad que encontraba con Emma.

Conrad y Alice Hilton, los patriarcas de la familia, expresaron sus elogios y sus expectativas para el futuro. Para ellos, aquella unión no era solo la fusión de dos familias influyentes, sino una estrategia calculada para reforzar nuestra posición política.

—América necesita líderes como tú, Richard. Líderes que entienden el valor de las alianzas, tanto en lo personal como en lo político —afirmó Conrad, con su mirada astuta clavándose en la mía.

—Estamos aquí para apoyarte, en cada paso hasta la Casa Blanca —añadió Alice, con una voz suave pero cargada de determinación.

Les di las gracias, manteniendo la compostura que la situación exigía, aunque sentía una desconexión cada vez mayor entre el papel que estaba interpretando y quien realmente era.

Aun así, con cada palabra de apoyo y de expectativa, el vacío dentro de mí se hacía más profundo, un vacío que solo la presencia de Emma era capaz de llenar.

EMMA GARFIELD

Por más que supiera lo que estaba a punto de ocurrir, me quedé atónita mientras miraba la televisión. Tras el discurso, la noticia sobre la boda salió a la luz, y las pocas esperanzas que aún guardaba en mi corazón se desvanecieron…

Sí, todavía tenía esperanza.

Sabía que era una mujer del campo, que mis expectativas en la vida eran muy modestas, y que soñar despierta con el hombre más poderoso de Estados Unidos era demasiado para mí.

En el fondo de mi corazón sabía que él se convertiría en presidente, y que nuestros mundos eran demasiado distintos como para que pudiéramos estar juntos. Sin embargo, el recuerdo de nuestros últimos momentos juntos, aquel beso bajo el vasto cielo estrellado, mantenía viva la llama de un sueño imposible.

—Emma, ¿estás bien? —La voz preocupada de mi madre rompió mis pensamientos, devolviéndome a la dura realidad de nuestro pequeño, pero acogedor, hogar en la granja.

Me giré para mirarla, intentando sonreír, pero sabía que mis ojos delataban la tristeza que sentía.

—Estoy bien, mamá. —Mi voz vaciló un poco, revelando más de lo que me habría gustado.

Se acercó y se sentó a mi lado, envolviéndome en un abrazo que ofrecía consuelo y seguridad.

—Hija, sé que es difícil, pero eres fuerte. Y el amor… bueno, el amor tiene sus propias maneras, misteriosas e inesperadas. ¿Quién

sabe lo que nos depara el futuro?

—Lo sé, mamá. —Respiré hondo, intentando asimilar sus palabras y encontrar en ellas algo de esperanza.—Solo es difícil aceptar que… que quizá nunca haya un lugar para mí en su vida.

En el fondo, ella sabía que me había enamorado de Richard.

Mi madre sostuvo mi rostro entre sus manos, obligándome a mirarla a los ojos.

—Emma, cariño, tienes un corazón enorme, un alma libre. No dejes que esto te haga sentir menos. Estás hecha de sueños y de tierra, de libros y de cielo abierto. Richard te vio, de verdad, y eso dice mucho de la mujer maravillosa que eres.

Sus palabras, dichas con tanto amor y convicción, encendieron una pequeña chispa de esperanza dentro de mí.

Tal vez mi madre tuviera razón. Tal vez el futuro aún pudiera traer sorpresas, caminos inesperados.

Y, aunque Richard y yo nunca pudiéramos estar juntos de la manera en que mi corazón deseaba, sabía que tenía que seguir adelante, vivir mi vida con la misma pasión y libertad que siempre me habían definido.

—Gracias, mamá.

—Estoy segura de que te casarás con un buen hombre, alguien que te quiera tanto como mereces, hija —continuó, intentando ofrecerme algún consuelo, aunque sabía que sus palabras apenas eran un pequeño bálsamo para el dolor que sentía.

Asentí, forzando una sonrisa a través de la niebla de tristeza que parecía envolverme.

—Lo sé, mamá. Solo es difícil imaginar que mi corazón pueda pertenecer a otro hombre que no sea Richard.

Me abrazó de nuevo, y su silencio fue una respuesta llena de comprensión y empatía.

La realidad era que, pese a cualquier razonamiento o consejo bienintencionado, mi corazón había elegido, contra toda lógica, amar a alguien que estaba a punto de volverse inalcanzable.

Durante ese mes sin él aquí en la granja, mientras la vida seguía su marcha constante, encontré refugio en mis rutinas diarias y en los libros que siempre habían sido mis fieles compañeros.

Cada momento de soledad, sin embargo, traía consigo pensamientos de Richard, de la intensidad de nuestro breve encuentro y de la forma en que me había tocado.

Y lo echaba de menos…

De repente sentí algo en el estómago, como si se formara un nudo, y cerré los ojos.

—¿Qué pasa, hija?

—Nada. Solo… necesito ir al baño.

Me levanté y, a grandes pasos, corrí hacia el baño. En cuanto entré, fui directamente al inodoro y empecé a vomitar.

Cuando me recompuse, miré mi reflejo en el espejo, con los ojos aún humedecidos por las lágrimas mezcladas con la náusea que acababa de experimentar.

Mi corazón latía descompasado, no solo por la posibilidad que acababa de surgir, sino por el miedo a lo desconocido, al cambio irreversible que aquello significaría en mi vida.

—No puedo estar embarazada… —negué la frase que resonaba en mi mente, cada sílaba cargada con un peso enorme de realidad, de posibilidad.

El último encuentro con Richard no había sido solo una despedida; podría haber sido el comienzo de algo… o de alguien.

Me senté en el borde de la bañera, intentando ordenar mis pensamientos.

Si realmente estuviera embarazada, eso lo cambiaría todo.

No solo mi vida, sino también la suya, justo en un momento crítico de su carrera. Y, a pesar del amor que sentía por él, sabía que las complicaciones de una revelación así podrían ser devastadoras.

Decidí que necesitaba estar segura antes de tomar cualquier decisión o hablar con alguien.



Al día siguiente compré una prueba de embarazo, con el corazón latiendo con fuerza a cada paso que daba hacia la farmacia. Cuando regresé a casa, la soledad de la granja nunca me había parecido tan opresiva; cada instante hasta conocer el resultado del test se alargaba como una eternidad.

Cuando por fin reuní el valor para hacerlo, el resultado positivo apareció con claridad, convirtiendo todas mis dudas en una realidad inevitable.

Estaba embarazada. En ese momento, el amor y la preocupación se mezclaron dentro de mí.

¿Cómo se lo diría a Richard? ¿Cómo reaccionaría? ¿Y qué pasaría con su boda con Audrey Hilton?

A pesar de las innumerables preguntas y del miedo al futuro, una cosa era segura: estaba decidida a proteger y amar a ese pequeño ser que crecía dentro de mí, pasara lo que pasara.

Ese bebé, fruto de nuestro amor, aunque concebido en circunstancias complicadas, traía un nuevo sentido a mi vida, una nueva dirección.

Y, de alguna manera, sabía que debía encontrar la fuerza para enfrentar todo lo que viniera después, por mí y por mi hijo.



«Vio, en el reflejo de las aguas tranquilas, que el poder más profundo nace de la serenidad, una fuerza sosegada que fluye, inquebrantable ante las tormentas de la vida, moldeando el destino con paciencia y una determinación silenciosa…»

RICHARD HARDMAN

—¡Estamos muy bien, jefe! —exclamó Benjamin, mi asesor, con un entusiasmo que parecía irradiar por toda la sala. —Las últimas encuestas muestran un aumento significativo de su popularidad. La gente está conectando de verdad con su mensaje, especialmente en los estados que visitamos recientemente.

Escuchaba con atención, cada palabra reforzando la idea de que estábamos en el camino correcto.

La campaña estaba ganando impulso, y cada esfuerzo, cada discurso, cada encuentro con los ciudadanos se estaba convirtiendo en un apoyo real a nuestra visión de futuro para el país.

—Eso es excelente. Pero no podemos relajarnos —respondí, consciente de que el éxito inicial era solo una parte del largo camino hasta las elecciones.

Logan, siempre directo, añadió:

—Necesitamos ampliar nuestro alcance. No será solo Texas quien nos lleve a la victoria. Los estados indecisos, los que oscilan entre los partidos, son donde debemos concentrarnos ahora.

—Estoy de acuerdo —afirmé, pensativo. —Necesitamos una estrategia para llegar a esos estados, para que nuestro mensaje no solo llegue allí, sino que también conecte con los votantes.

—Tengo algunas ideas para nuevos enfoques de campaña —intervino Benjamin. —Más eventos de interacción directa, quizá algunas visitas sorpresa a pequeñas ciudades. Mostrar que usted es un candidato cercano, que se preocupa por cada estadounidense, venga de donde venga.

—Me gusta —dije, inspirado. —Vamos a planificarlo con detalle. Quiero que nuestra campaña refleje los valores de unión y progreso que estamos defendiendo.

Mientras organizábamos los planes, mi mente se escapaba de vez en cuando hacia Emma.

Sabía que las decisiones que estaba tomando ahora, al centrarme en la campaña, no solo afectarían a mi futuro, sino también al de personas cercanas a mí, personas que realmente importaban.

Era un equilibrio delicado, intentar alcanzar mis sueños sin perder de vista lo que de verdad importaba.

—Y Richard —dijo Logan, rompiendo el hilo de mis pensamientos. —No lo olvides: la gente no vota solo políticas, vota personas. Sigue haciendo tu papel sin cometer errores.

Ser auténtico, ser yo mismo, no era solo la mejor estrategia; era la única manera de llevar adelante esta campaña.

—Lo sé.

—Ahora, hablando de otra cosa, ¿cuándo piensas volver a la granja?

—¿Por qué esa pregunta?

—No has parado ni un solo día desde que la campaña empezó de verdad, y descansar podría hacerte bien.

—No tengo tiempo para descansar.

—¿No tienes tiempo o tienes miedo de volver a ver a Emma y que nada más importe aparte de ella?

Aquella pregunta me tomó por sorpresa, y sentí como si Logan hubiera leído mis pensamientos más profundos.

La verdad era que la cercanía con Emma hacía que todos mis planes, todo mi enfoque en la campaña, parecieran secundarios.

Cuando estaba con ella, una parte de mí quería abandonarlo todo solo para vivir ese amor que parecía desafiar al mundo entero.

—Es una respuesta complicada —admití, dejando escapar un suspiro, mientras mi voz reflejaba la lucha interna que libraba. —Sí, me preocupa el impacto que volver a ver a Emma podría tener, no solo en la campaña, sino también en mí. Ella me hace cuestionar decisiones, prioridades…

Logan me observaba; su mirada era seria, pero en ella había comprensión.

—Entiendo que sientas algo por esa mujer, pero tienes que pensar en el panorama general. Estás en una trayectoria que puede cambiar no solo tu vida, sino también la de millones de estadounidenses.

—Y lo sé —asentí, comprendiendo el peso de aquella responsabilidad. —Por eso estoy manteniendo la distancia. Pero, aun así, no puedo evitar pensar en ella.

—Tu deber ahora es con el país, con la campaña. No puedes permitirte distraerte con asuntos personales, por muy profundos que sean —dijo Logan, claramente preocupado por el rumbo de la conversación.

—Lo entiendo —afirmé, aunque cada palabra sonaba como una admisión de derrota. —Mantendré el foco. La campaña es mi prioridad.

Acordamos no volver a tocar el tema, pero mientras retomábamos la discusión sobre estrategias y próximos pasos, no podía evitar sentirme dividido.

El deseo de liderar, de marcar una diferencia, luchaba constantemente con el anhelo de tener un momento de paz al lado de

Emma, de vivir una vida que quizá nunca podría tener.

En el fondo, sabía que debía tomar una decisión.

No solo por mi carrera o por el bien del país, sino por mí mismo y por Emma. Tendríamos que enfrentarnos a la realidad de nuestra situación, fueran cuales fueran las consecuencias.

EMMA GARFIELD

—¡Es tu turno, Emma! —exclamó Kaleb entre risas, corriendo por el campo con Arianna pisándole los talones.

Estábamos jugando una versión improvisada del pilla-pilla, donde cada captura se celebraba con una carcajada estridente y una nueva carrera desenfrenada.

La hierba alta se mecía con el viento, testigo silencioso de nuestro juego.

Riéndome, corrí tras los dos, sintiendo la libertad que solo su compañía podía traerme.

Por un momento, todas las preocupaciones y el dolor que llevaba en el corazón se disiparon, sustituidos por una alegría pura y sencilla.

—¡Os pillé! —exclamé al fin, alcanzando a Kaleb, que cayó sobre la hierba entre risas, con Arianna detrás de él, fingiendo estar exhausta.

—¡Emma es la mejor! —dijo Arianna, con el rostro iluminado por una sonrisa.

Los tres nos dejamos caer sobre la hierba, mirando el cielo azul sobre nuestras cabezas mientras el sol calentaba nuestra piel.

En ese momento de calma, los miré a los dos, con el corazón desbordado de amor.

—Os quiero más que a nada en el mundo. Sois lo mejor de mi vida, y estoy tan feliz de haber vuelto.

Las palabras salieron con facilidad, cada sílaba cargada de verdad.

Kaleb se giró hacia mí con una expresión seria que en él era poco habitual.

—Nosotros también te queremos, Emma. La granja no es lo mismo sin ti.

Arianna se acurrucó un poco más cerca y asintió con la cabeza.

—Sí, todo es más divertido cuando estás aquí.

Sus palabras, sencillas pero profundas, reforzaron el sentimiento de pertenencia que había sentido desde que regresé.

A pesar de la felicidad del momento, sabía que tenía muchas cosas en las que pensar.

Estaba embarazada, y llevaba ya varios días guardándomelo para mí.

Aún no sabía cómo se lo diría a mi madre, y temía su reacción, incluso que pudiera apartarse de mí.

Sabía que probablemente algo así no ocurriría, pero me sentía perdida.

—¡Eres muy pesada!

Por lo visto, la tregua entre mis hermanos pequeños había durado poco…

Kaleb tenía los brazos cruzados y miraba a Arianna con gesto irritado, mientras ella respondía con la misma intensidad, ambos completamente ajenos a mi confusión y a la preocupación que llevaba por dentro.

—¡Solo he dicho la verdad! —exclamó Arianna, poniendo las manos en la cintura, la viva imagen de la determinación.

—¿Cuál es el problema ahora, chicos? —pregunté, intentando mantener la voz lo más tranquila posible a pesar del torbellino de emociones que llevaba dentro.

Mi corazón estaba pesado por el secreto de mi embarazo, y ahora además tenía que mediar en una disputa entre mis hermanos.

Kaleb lanzó una mirada a Arianna antes de responder.

—¡Se pasa el rato diciendo que no sé jugar y que solo gané porque hice trampas!

—¡No es hacer trampas! —se defendió Arianna enseguida. —¡Es que siempre te olvidas de las reglas y acabas haciendo todo a tu manera!

Al ver que la discusión podía volver a escalar, puse una mano sobre el hombro de cada uno, obligándolos a mirarme.

—Escuchad —empecé, intentando encontrar palabras que calmaran los ánimos—, jugar es para estar juntos, ¿verdad? No importa quién gane o pierda. Lo importante es que podáis divertiros juntos. La vida es demasiado corta para pasar el tiempo discutiendo, sobre todo entre hermanos.

—¡Como sigáis molestando a Emma, tendréis que verlas conmigo!

Nos giramos y vimos a nuestro hermano Christopher llegar a la granja. Nadie dijo nada, y él pasó junto a nosotros antes de entrar en la casa.

Mis hermanos pequeños le tenían bastante respeto, y se limitaron a observarlo sin decir una palabra más.

—Solo no os peleéis, por favor.

—Vale… —respondieron al mismo tiempo.

Me levanté y fui detrás de Christopher.

Mi hermano era más reservado, pero llevaba ya un mes acudiendo a un psicólogo que Richard le había recomendado, y yo notaba que estaba mejorando, aunque fuera poco a poco.

Había un cambio sutil en su postura, un ligero alivio en sus hombros que antes parecían cargar con el peso del mundo.

—¿Chris? —lo llamé con suavidad, llamando a la puerta de su habitación antes de entrar. Estaba sentado en el borde de la cama, mirando al vacío.

—Hola, Emma. —Su voz era baja, pero en sus ojos había un leve brillo de reconocimiento.

—¿Puedo sentarme? —pregunté, y él asintió.

—¿Qué quieres?

Me senté a su lado, manteniendo una distancia respetuosa.

—¿Cómo estás? Quiero decir… ¿cómo van las sesiones con el psicólogo?

Christopher miró sus manos, un gesto que sabía que delataba su vacilación. Tras un momento, empezó a hablar.

—Es extraño, ¿sabes? Al principio no quería ir. Me sentía como si estuviera admitiendo una debilidad o algo así. Pero Richard tenía razón… me está ayudando a entender muchas cosas. Sobre mamá y sobre mí.

—Eso es bueno, Chris. Me alegro mucho por ti.

Verlo abrirse, aunque fuera solo un poco, ya era un gran avance.

—Ha sido difícil, pero… —hizo una pausa, buscando las palabras — estoy empezando a darme cuenta de que está bien no estar bien a veces. Que puedo pedir ayuda.

Tomé su mano y la apreté con suavidad.

—Eso es muy importante. Y estoy aquí, siempre, para lo que necesites. No tienes que pasar por todo esto solo.

Me dedicó una media sonrisa, una que hacía mucho tiempo que no veía.

—Lo sé. Gracias, Emma.

—Y recuerda… —continué, intentando aligerar el ambiente— Kaleb y Arianna también te quieren mucho, aunque a veces te saquen de quicio.

Christopher soltó una risa, un sonido que para mí era como música.

—Lo sé. Son un fastidio, pero son mis hermanos.

Hablamos durante unos minutos más, y lo necesitaba para darme cuenta de cuánto había echado de menos a mi hermano.

Tras la muerte de nuestro padre, hace algunos años, se había encerrado completamente en sí mismo, y eso afectó a toda la familia, sobre todo a mi madre.

Pero ahora sentía que aquello empezaría a cambiar, que volvería a ser el hermano soñador que siempre había sido.

Regresé al salón y, poco después, fui a mi habitación.

Miré hacia mi vientre y lo acaricié suavemente, sintiendo una mezcla de emociones desconocidas agitándose dentro de mí.

Me estaba acostumbrando a la idea de estar embarazada, de que una nueva vida estuviera creciendo allí, fruto de un amor tan intenso como complicado.

Aún no se lo había contado a nadie, guardando aquel secreto como si fuera un tesoro precioso, pero también como un miedo silencioso.

—Mi pequeño milagro —murmuré, permitiéndome una sonrisa suave al imaginar el futuro.

Mi corazón se llenaba de amor por ese ser al que todavía no conocía, pero que ya lo significaba todo para mí.

La promesa de un nuevo comienzo, de un nuevo camino. La idea de ser madre me asustaba y al mismo tiempo me emocionaba.

Sabía que sería difícil, sobre todo sin Richard cerca, y con todas las complicaciones que su ausencia traería consigo.

Aun así, sentía una fuerza interior que ni siquiera sabía que tenía.

Me prometí a mí misma que haría todo lo posible por proteger y amar a ese bebé, pasara lo que pasara.

Miré por la ventana de mi habitación.

La granja estaba tranquila, casi como si la naturaleza pudiera percibir la magnitud del momento, la calma antes de la tormenta.

—Vamos a superar esto juntos —susurré, como si el bebé pudiera oírme. —Ya eres muy querido.

Me senté en la cama con mil pensamientos en la cabeza.

Había mucho que considerar, planes que hacer, conversaciones difíciles por delante.

Pero por ahora me permití simplemente sentir la paz del momento, la profunda conexión con la vida que crecía dentro de mí.



CAPÍTULO 15

«Caminando por las calles vibrantes de una ciudad estadounidense, se perdieron en el encanto de una nación construida sobre sueños, encontrando el uno en el otro la promesa de un futuro compartido, tan brillante como las luces que iluminan el horizonte nocturno…»

RICHARD HARDMAN

Mi cuerpo me estaba pidiendo descanso, y por eso decidí volver a Texas y quedarme en mi granja solo un día.

Al cruzar los portones de la propiedad con el coche, sentí una sensación familiar de paz y alivio.

El estrés y la presión constante de la campaña parecían disminuir un poco con cada kilómetro de tierra y verde que se extendía ante mí.

Al llegar, bajé del coche y respiré hondo, llenando los pulmones con el aire fresco del campo.

Caminé hacia la casa principal, donde sabía que encontraría a mi padre.

Estaba en el porche, como si de algún modo hubiera sabido que llegaría en ese preciso momento.

—Hijo… —dijo, levantándose de la mecedora. Su voz llevaba una mezcla de preocupación y alivio al verme.

—Papá —lo saludé, abrazándolo.

No era habitual entre nosotros demostrar afecto físico, pero algunos momentos merecían una excepción.

Nos sentamos juntos, mirando las tierras que se extendían delante de nosotros.

Aquel paisaje siempre lograba traerme de vuelta a la tierra, recordándome de dónde venía.

—¿Cómo va la campaña? —preguntó, yendo directo al grano. —Por la televisión no consigo hacerme una idea clara.

—Intensa. Estamos ganando terreno, pero cada paso adelante exige un esfuerzo doble. La oposición no está escatimando golpes bajos, incluso intenta escarbar en asuntos de nuestra familia —admití, sintiendo el peso de cada palabra.

Mi padre asintió, comprendiendo la naturaleza del juego político mejor que muchos.

—¿Y cómo estás llevando todo esto? No solo en lo político, sino también en lo personal.

La pregunta me tomó por sorpresa.

No era habitual que habláramos de sentimientos o de asuntos personales, pero aquel momento, aislado del resto del mundo, parecía permitirlo.

—Está siendo bastante difícil —hice una pausa, eligiendo con cuidado las palabras—. Hay momentos en los que siento que estoy perdiendo una parte de mí en todo este proceso, que me estoy alejando de las cosas que realmente valoro. Pero entonces recuerdo por qué estoy haciendo todo esto, el impacto que puedo tener, el bien que puedo hacer. Y también lo hago por mamá.

—Ella estaría orgullosa del hombre en el que te has convertido.

—Lo sé, papá.

Mi padre también tuvo sus raíces en la política, gobernando el estado de Texas en los años noventa.

Aprendí mucho de él, y siempre prometí que sería un hombre justo, como él lo fue.

—Siempre has tenido un fuerte sentido de propósito, Richard. Eso te guiará incluso en los momentos más difíciles.

—Haré todo lo posible, pero cuéntame de ti, papá.

—No soy más que un viejo disfrutando de la jubilación ahora, hijo. Pero veo mucho de mí en ti, no solo en tu pasión por la política, sino en tu determinación por marcar una diferencia. —Su sonrisa era serena mientras contemplaba las tierras que se extendían ante nosotros. —Mis días de gobernar quedaron atrás. Ahora, mi mayor orgullo es verte seguir este camino, tomar tus propias decisiones y luchar por lo que crees.

—Te agradezco todo lo que me enseñaste, papá. —Mi voz estaba llena de gratitud. —Tu integridad, tu sentido de la justicia, tu resiliencia… Has sido y siempre serás mi mayor maestro.

Él asintió, mirando a lo lejos, perdido en sus pensamientos.

—Hijo, recuerda esto: la política puede ser un juego duro, lleno de adversidades. Pero lo que realmente importa es el impacto que tienes en la vida de las personas. Mantente fiel a tus valores, y no solo serás un gran líder, sino también un hombre respetado.

Nuestras conversaciones siempre tenían una forma de ofrecer nuevas perspectivas, de reconectarme con el propósito más profundo de mi camino.

—Lo recordaré, papá —prometí, sintiendo cómo la fuerza de su sabiduría me guiaba.

Tras unos minutos más de conversación, me levanté.

Había otra persona a la que deseaba ver, alguien que, a pesar de todas las complejidades que nos rodeaban, ocupaba un lugar importante en mis pensamientos y en mi corazón.

Caminé por la propiedad, sintiendo el peso y al mismo tiempo la serenidad del lugar, hasta llegar a la casa donde estaba Emma.

Llamé suavemente a la puerta, y no tardó en abrirse.

Emma estaba allí, tan hermosa como la recordaba, con una expresión de sorpresa que pronto se transformó en algo más profundo, más significativo.

—Richard —dijo, con la voz convertida en un susurro cargado de emoción.

—Emma.

Ella dio un paso atrás, permitiéndome entrar.

El interior de la casa resultaba acogedor, casi como un reflejo de la propia Emma, con libros repartidos por todas partes y fotografías que contaban la historia de su vida.

—No sabía que ibas a volver —confesó, cerrando la puerta detrás de mí.

—Necesitaba verte —admití, mirándola fijamente. —No importa lo ocupado que esté, ni las responsabilidades que tenga… tú siempre estás en mi mente, Emma.

Me miró a los ojos, como si intentara descubrir la sinceridad que había detrás de mis palabras.

—¿Y la campaña? —preguntó, desviando el tema, aunque parecía incómoda por algo.

—Va bien. Pero hoy, ahora mismo, solo quiero estar aquí contigo y no hablar de política.

El silencio se extendió entre nosotros, cargado de palabras no dichas y emociones contenidas.

Al final, ella se acercó, y su cercanía hizo que mi corazón latiera con más fuerza.

—Yo también te he echado de menos, Richard —dijo, casi en un susurro—, pero no podemos…

—Lo sé —la interrumpí, con una franqueza que marcaba cada palabra. —Y no tengo todas las respuestas, Emma. Pero sé que quiero pasar este día contigo, y no pienso renunciar a eso.

EMMA GARFIELD

Ver a Richard frente a mí, después de tantas semanas de distancia y silencio, hizo que mi corazón se acelerara y al mismo tiempo se encogiera.

Era todo lo que siempre había soñado, pero también la personificación de un sueño imposible.

La realidad de nuestra situación pesaba sobre mí, y aun así no lograba apartarme.

—¿Cómo van las cosas por aquí contigo? —preguntó Richard, rompiendo el silencio entre nosotros. Su voz era tranquila, cargada de una preocupación sincera y de algo más, algo que no me atrevía a nombrar.

—Estoy bien —mentí, forzando una sonrisa.

Una parte de mí quería gritar la verdad, contarle lo del bebé, hablarle del torbellino de emociones que me consumía.

Pero sabía que no era el momento, quizá nunca lo sería.

—¿Y tú? ¿Cómo estás… con todo? —pregunté, refiriéndome a la campaña, al peso de sus responsabilidades.

—Todo es muy intenso —admitió, pasándose la mano por el cabello con gesto distraído. —Pero me alegra haber vuelto y poder estar aquí contigo.

El comentario hizo que mi corazón volviera a latir con fuerza.

Era como si supiera exactamente qué decir para hacerme sentir especial, querida.

—Richard, yo… —empecé, pero dudé.

Había tantas cosas que quería decir, tantas confesiones que deseaba hacer.

—Puedes decirme cualquier cosa, Emma —insistió, acercándose un poco más.

Respiré hondo, reuniendo valor.

—Solo quería aprovechar tu compañía hoy, hablar de todo y de nada. Te he echado de menos, Richard, más de lo que imaginaba.

Me miró con intensidad y, por un instante, vi vacilación en sus ojos.

—Yo también te he echado de menos, todos los días. No hay un solo momento en el que no piense en ti, chica.

Nos sentamos juntos y pronto empezamos a hablar de cosas triviales, de la vida en general y de cómo habían ido pasando las cosas mientras no estábamos juntos.

Le conté que Christopher estaba mejorando, que los gemelos seguían siendo la fuente de luz y alegría de cada día, y que la granja continuaba siendo mi refugio, mi pequeño pedazo de paraíso en la tierra.

Por un momento, vi un destello de admiración en sus ojos, una señal de que valoraba y respetaba la vida que había elegido llevar, incluso en su ausencia.

—Me alegra saber que tu hermano está mejorando y que aceptó mi ayuda —dijo Richard, sinceramente aliviado. —¿Y tú, Emma?

Dudé, luchando contra el impulso de revelarle mi embarazo, de contarle sobre la nueva vida que crecía dentro de mí, una vida que los dos habíamos creado juntos.

Sin embargo, temiendo las consecuencias de esa revelación, decidí guardar mi secreto un poco más de tiempo.

—Estoy bien. Centrada en la granja, en mis estudios y en estar presente para mi familia.

Era una media verdad, pero era todo lo que podía compartir en aquel momento.

—Me alegra oírlo. Siempre has sido increíblemente fuerte e independiente. Y eso es algo que realmente admiro de ti, Emma.

El aire entre nosotros estaba cargado de emociones no expresadas, de palabras que seguían sin pronunciarse.

Por un instante, deseé que todo pudiera ser distinto, que pudiéramos explorar lo que había entre nosotros sin el peso de las circunstancias que nos rodeaban.

—Emma… tengo que irme —dijo finalmente Richard, rompiendo el silencio mientras se levantaba. —Espero que sepas que eres importante para mí. Mucho más de lo que quizá debería.

La garganta se me cerró al oír esas palabras.

—Tú también eres importante para mí, Richard. Siempre lo serás.

Se acercó, y observé sus ojos concentrados mientras poco a poco reducía la distancia entre nosotros.

La tensión, el miedo y la esperanza se mezclaban en el aire que respirábamos.

Por un momento, todo el mundo a nuestro alrededor desapareció, dejando solo la realidad de nuestra conexión profunda e innegable.

—Emma —susurró, acercándose aún más, sin apartar los ojos de los míos.

Era una mirada de despedida, pero también de promesa, una promesa silenciosa de que, de algún modo, siempre existiría un lazo entre nosotros.

Entonces hizo algo que permanecería conmigo para siempre.

Richard me besó, un beso que fue a la vez suave y desesperado, como si intentara grabar cada sensación, cada instante que habíamos compartido.

Su boca sobre la mía transmitía una mezcla de sentimientos inexplorados, una tormenta de deseos y sueños no cumplidos.

Era un beso que parecía hablar de años de separación y de una conexión que, a pesar de todas las adversidades, se negaba a desaparecer.

Su intensidad era una declaración silenciosa, una promesa de que, pasara lo que pasara en el futuro, lo que teníamos era real e inolvidable.

No quería que ese momento terminara, y me dejé llevar, dejándome envolver por su contacto.

Cada gesto estaba cargado de algo más, una conversación silenciosa entre dos almas que se habían encontrado contra todo pronóstico.

Y en aquel instante, nada más importaba aparte de aquella conexión pura y verdadera.

Cuando nuestros labios por fin se separaron, quedó suspendido entre nosotros un silencio compartido, mientras la realidad comenzaba a imponerse de nuevo.

Pero lo que habíamos compartido en aquel breve encuentro dejó una huella imborrable en mi ser.

Sabía que, sin importar hacia dónde nos llevara la vida, aquel momento sería un faro de luz en cualquier oscuridad futura.

Después, él me besó en la frente, un gesto tan íntimo y tan protector que hizo que mi corazón doliera por la cercanía y por la distancia que nos separaba.

—Por favor, cuídate, Emma. No sé qué haría si algo te ocurriera.

El tono de su voz era firme, y cada palabra quedó grabada en mi alma.

Asentí, incapaz de hablar, con la voz atrapada en algún punto entre el corazón y la garganta.

No quería que se fuera, pero sabía que debía dejarlo marchar.

Sabía que, a partir de ese momento, cada uno de nosotros tendría que seguir su propio camino, por muy entrelazados que estuvieran nuestros corazones.

Cuando se marchó, me quedé allí, sola, intentando asimilar la realidad de lo que había ocurrido.

Todo parecía un sueño, un sueño hermoso y doloroso del que poco a poco estaba despertando.

Sin embargo, una cosa era segura: llevaba una parte de él conmigo, no solo en mi corazón, sino dentro de mí, una nueva vida que era tanto suya como mía.



CAPÍTULO 16

«En las páginas amarillentas de su diario, escribió que el verdadero poder reside en dar voz a los silenciados, luz a los olvidados y espacio a los marginados, tejiendo un manto de justicia con los hilos de la compasión y la igualdad…»

EMMA GARFIELD

Estaba releyendo uno de mis libros favoritos de toda la vida: *El jardín secreto*, de Frances Hodgson Burnett.

Era un clásico que siempre me transportaba a un mundo donde lo imposible parecía alcanzable, donde la naturaleza y el crecimiento personal se entrelazaban de una manera casi mágica.

Para mí, aquel libro no representaba solo una vía de escape de la realidad, sino también un recordatorio del poder de la esperanza, de la transformación y del renacimiento.

En cada página encontraba un pedazo de mí misma en las palabras de la autora, en los descubrimientos de Mary Lennox y en la magia del jardín que ella logra devolver a la vida.

Era como si, con cada lectura, también pudiera redescubrir partes de mí que habían quedado olvidadas o descuidadas.

Allí, sentada bajo la sombra de un viejo árbol en la granja, con los suaves sonidos de la naturaleza a mi alrededor, me sentía parte de la historia.

Este libro me enseñó la belleza del descubrimiento, la importancia de cuidar y alimentar no solo a las plantas, sino también a las relaciones y a nosotros mismos.

Resultaba curioso cómo, incluso en un momento de tantas incertidumbres y cambios en mi vida, encontrar consuelo en las palabras de un libro podía darme fuerzas.

El jardín secreto era un recordatorio constante de que, por muy cerrado o abandonado que pueda parecer un corazón, siempre

existe la posibilidad de volver a florecer, de abrir las puertas a lo nuevo y dejar que la luz entre.



Cuando volví a la casa de mi familia, cerca de la mansión, vi a mi madre caminando hacia mí.

—Déjame adivinar… ¿leyendo a la sombra de un árbol?

—Has acertado. —Sonreí mientras miraba la portada del libro. —Es una sensación maravillosa, deberías probarlo algún día.

—Me gustaría leer, hija, pero no tengo mucho tiempo. Y no sé si tendría paciencia.

—Un día haremos la prueba, ¿te parece?

—De acuerdo.

—Será bonito tener a alguien con quien hablar sobre las historias que leo.

Desde pequeña siempre me imaginé sola en ese sentido.

Nunca tuve muchas amigas ni amigos, ni tampoco fui popular, pero eso nunca llegó a molestarme de verdad.

Los libros eran mi compañía y la inmensidad del campo era mi lugar de juego.

Podía pasar horas sumergida en historias de aventuras, romance y misterio, viajando a tierras lejanas sin abandonar jamás el refugio de mi propia imaginación.

La adolescencia puede ser una etapa solitaria para algunos, y yo no fui una excepción.

Pero, en lugar de sentirme aislada, encontré refugio en los personajes y en las tramas que saltaban de las páginas de mis libros.

Ellos me enseñaron sobre el amor, el dolor, el valor y la redención de una forma que ningún grupo de amigos habría podido hacerlo.

El campo también era un refugio.

Aquí podía ser quien quisiera ser, sin juicios ni expectativas.

Los largos paseos por los campos verdes, las tardes sentada a la sombra de un árbol antiguo o incluso las mañanas frías contemplando el rocío sobre las hojas… todo aquello contribuyó a mi felicidad y me convirtió en la mujer que era hoy.

—Siempre has tenido un mundo entero dentro de ti, hija. Un mundo que muchos nunca verán ni comprenderán. Eso te hace especial.

—Supongo que sí —respondí, reflexionando sobre sus palabras. —Y estoy bien con ello. Con los libros, los animales y el campo nunca estoy realmente sola. Me han dado un lugar al que pertenecer, un lugar donde siempre puedo ser yo misma, sin miedo ni reservas.

De repente, mi madre se fijó en mi rostro y no dijo nada, pero tras unos segundos rompió el silencio.

—Hija…

—¿Qué pasa, mamá?

—Últimamente te noto distinta. Más callada, más pensativa. —Hizo una pausa y me miró con esos ojos que parecían ver directamente a través de mí. —¿Hay algo que quieras contarme?

Desvié la mirada, sintiendo un nudo en el pecho.

El embarazo era un secreto que aún no sabía cómo compartir, ni siquiera con mi madre, que siempre había sido mi confidente para todo.

—No es nada, mamá, solo… he estado algo cansada, supongo —intenté disimular, aunque mi voz vaciló ligeramente.

Mi madre se acercó y posó una mano reconfortante sobre la mía.

—Emma, te conozco. Sé cuándo algo te preocupa. No tienes que contármelo ahora, pero quiero que sepas que estoy aquí para ti. Para lo que sea. Somos una familia.

—Lo sé, mamá. Gracias —respondí, sintiendo una mezcla de alivio y angustia.

Quería decírselo, deseaba compartir con ella mis esperanzas y mis miedos, pero la idea de poner en palabras la realidad de mi embarazo hacía que todo resultara demasiado real.

Ella asintió y me dio un beso en la frente antes de marcharse.

Me quedé sola con mis pensamientos, agradeciendo en silencio tener una madre tan comprensiva y cariñosa.

Sabía que, hiciera lo que hiciera o cambiara mi vida con la llegada de un hijo, mi madre estaría a mi lado.

Sin embargo, la pregunta que seguía rondando mi mente era: ¿cómo afrontaría el futuro?

No tenía respuestas, pero debía encontrarlas.

RICHARD HARDMAN

—Benji… últimamente estás muy guapo cuando te concentras, ¿lo sabías?

—¡Déjame en paz, Logan!

Logan, con una sonrisa pícara dibujada en el rostro, no se dejaba intimidar por la creciente frustración de Benjamin.

Provocar era un arte que dominaba con maestría, una forma de distender el ambiente.

—En serio, Benjamin, deberías plantearte modelar para revistas de negocios. Con esa expresión tan seria… quién sabe, quizá acabes siendo la nueva cara de las finanzas. —Logan continuó, apoyándose con naturalidad en la mesa de Benjamin y hojeando algunos papeles sin prestarles realmente atención.

Benjamin respiró hondo, intentando mantener la compostura.

—Logan, estoy intentando trabajar. ¿Podrías, por favor, darme un minuto de paz? —gruñó, irritado.

—¿Trabajar? Pero si eso es todo lo que haces. Vamos, un poco de diversión nunca le ha hecho daño a nadie —replicó Logan, claramente divertido con la situación.

Yo, observándolos desde mi mesa, no pude evitar sonreír brevemente.

La dinámica entre los dos era única, una mezcla de amistad y rivalidad que, de alguna manera, contribuía al equilibrio del equipo.

Logan tenía el talento de aliviar la tensión con su humor, mientras que Benjamin mantenía a todos en línea con su dedicación y su seriedad.

—Sabes, Logan, si dedicaras la mitad del tiempo que usas en provocarme a hacer algo productivo, quizá ya habríamos ganado estas elecciones —respondió Benjamin, dejando escapar por fin una sonrisa resignada.

Logan levantó las manos en señal de rendición, con una sonrisa triunfal en los labios.

—Punto para Benji. Pero recuerda, el equilibrio es la clave. Y yo estoy aquí para asegurarme de que no te ahogues entre números y estrategias.

Intervine antes de que la provocación fuera a más.

—Creo que ya lo sabéis, pero tenemos mucho trabajo por delante.

—¿Y tú, querido Richard Hardman…?

Ya estaba tardando…

—¿Qué pasa?

Logan se inclinó hacia delante, con una mirada traviesa que brillaba con un desafío implícito.

—¿Cómo va tu corazón últimamente? ¿Sigue intacto o ya se lo has entregado a alguna causa perdida?

La provocación era evidente, una referencia nada disimulada a mi complicada situación personal.

Pero, a diferencia de Benjamin, yo estaba acostumbrado a las artimañas de Logan y no iba a dejarme desestabilizar tan fácilmente.

—Mi corazón está exactamente donde debe estar, Logan: centrado en la campaña —respondí, manteniendo el rostro impasible.

Logan soltó una carcajada, claramente poco convencido.

—Claro, claro. Pero recuerda: incluso los corazones más concentrados pueden perderse de vez en cuando. Solo asegúrate de que el tuyo encuentre el camino de vuelta.

—Agradezco tu preocupación, pero creo que deberías centrarte más en que tu talento para irritar a la gente no termine alejando a nuestros aliados —repliqué, alzando una ceja.

Por un instante vi un destello de sorpresa en los ojos de Logan antes de que volviera a sonreír.

—Desafío aceptado, Richard. Pero recuerda: un poco de irritación puede ser útil. Mantiene a la gente alerta.

—Siempre que no los mantenga alejados —dije, poniéndome en pie. —Ahora, si ya habéis terminado de poner a prueba vuestros límites, tenemos una campaña que ganar.

Logan y Benjamin intercambiaron una mirada, estableciendo entre ellos una tregua silenciosa.

Logan siempre había sido el provocador, pero también sabía cuándo era momento de ponerse serio.

Y Benjamin, aunque a menudo fuera el blanco de sus bromas, tenía una resiliencia que lo hacía imprescindible.

—Entendido, jefe —dijo Logan, con una sonrisa aún jugueteando en sus labios.

—Pues manos a la obra —añadió Benjamin, volviendo de inmediato a su trabajo.

Observándolos durante un momento, me di cuenta de que, a pesar de sus diferencias, aquella dinámica era parte de lo que hacía tan eficaz a nuestro equipo.

Cada uno aportaba algo único, y juntos formábamos un grupo sólido, capaz de enfrentarse a cualquier desafío.

—Una cosa más, Logan.

—Dime.

—¿Has conseguido averiguar lo que te pedí antes o necesitas ayuda?

—No necesito ayuda.

—No pasa nada por llamar a tu esposa; al fin y al cabo, todos sabemos que es mejor abogada que tú y que ella sí que nunca ha perdido un juicio.

Le di justo donde más le dolía, porque le encantaba presumir de que jamás había perdido un caso, pero… la realidad no era exactamente esa.

Logan entrecerró los ojos, y un destello de desafío cruzó su rostro.

Por un instante, el ambiente se cargó con una ligera tensión, de esas en las que todos saben que forman parte del juego, pero nadie quiere ser quien pierda.

—Bien jugado, Richard. Pero que sepas que no necesito esconderme detrás del éxito de mi esposa. —La respuesta de Logan llegó acompañada de una sonrisa arrogante, prueba de que, aunque lo había tocado, estaba lejos de darse por vencido. —Además, ella me ha enseñado un par de trucos. Encontraré lo que me pediste y algo más, solo para demostrarlo.

Sonreí, apreciando la rapidez de su réplica.

—Lo espero con ganas, Logan. Y quién sabe, quizá aprendas algo nuevo por el camino —respondí, volviendo ya a mi mesa, satisfecho por haber logrado desestabilizarlo durante un instante.

Logan regresó a su trabajo con un brillo decidido en los ojos, mientras Benjamin observaba el intercambio con una sonrisa, claramente divertido.

Tenía un buen equipo, y era solo cuestión de tiempo que me convirtiera en presidente de Estados Unidos.



CAPÍTULO 17

«Entre ellos, el silencio no era ausencia de palabras, sino un diálogo de almas, una comprensión tan profunda que trasciende el lenguaje, donde cada suspiro y cada mirada compartida eran una declaración de amor incondicional…»

EMMA GARFIELD

21 años.

Hoy era un día especial, mi cumpleaños.

Mi madre insistió en que hiciéramos una pequeña celebración, invitando a la mayoría de los trabajadores de la granja, incluido el señor James, el padre de Richard.

Con algo de esfuerzo logró convencerme, aunque yo prefería algo más discreto.

—Lo haremos a las ocho de la noche —dijo, llena de entusiasmo.

—Está bien, mamá. —Sonreí. —Y gracias.

—Es tu cumpleaños, cariño, y merece celebrarse como es debido. Tú eres quien ilumina esta casa, ¿lo sabías? —Me miró con ese brillo maternal que siempre lograba calentarme el corazón.

—¿Y cómo crees que está Christopher? —pregunté, curiosa por saber cómo avanzaba.

Aquella semana habían hablado largo y tendido, y yo me sentía enormemente feliz y aliviada de que él hubiera logrado abrirse con nuestra madre.

—Mejorando cada día. ¿Sabes? Incluso me ayudó con la organización de hoy. Estoy tan orgullosa de él. —Su voz rebosaba orgullo, y no pude evitar sonreír.

La conversación pronto derivó hacia la granja, hacia cómo iba la cosecha y los nuevos proyectos que teníamos en mente.

Era una vida sencilla, pero llena de detalles y de significado.

Entonces, con cierta vacilación, mencioné a Richard.

—Está muy ocupado con la campaña, ¿verdad?

—Sí, he visto algunas noticias. —Mi madre hizo una pausa y me miró con una mezcla de preocupación y comprensión. —¿Estás bien con eso?

—Supongo que sí. Quiero decir… es extraño. Él ahora forma parte de un mundo tan distinto al mío —confesé, intentando aún acostumbrarme a la idea de Richard, el hombre que hacía que mi corazón latiera más deprisa, tan lejos, inmerso en la política.

—Emma, esté donde esté o haga lo que haga, lo importante es que tú estés bien contigo misma y con la vida que has elegido aquí. Tienes una familia que te quiere, una granja que prospera gracias a ti… y un futuro que solo tú puedes construir —me animó, mientras apretaba mi mano.

—Lo sé, mamá. Y estoy agradecida por todo eso, por nuestra familia, por la granja. Es solo que a veces… me descubro pensando en él. Supongo que es una tontería mía. —Dejé escapar un suspiro, sintiendo el peso de mis propios sentimientos.

—Hija, es normal echar de menos, preguntarse qué habría pasado si… Pero tu felicidad no depende de nadie más. Tú ya eres completa por ti misma. —Su voz era firme, pero llena de ternura.

—Tienes razón, mamá. Intentaré no darle tantas vueltas. —Forcé una sonrisa, sabiendo que tenía razón, aunque una parte de mí todavía se aferrara a la esperanza de volver a verlo.

—Vamos a centrarnos en el presente, en tu cumpleaños. Hagamos de esta noche una celebración de la vida que tienes, de la persona maravillosa en la que te has convertido. Richard Hardman es

solo una parte de tu historia, pero no toda ella. —Apretó mi mano, y me sentí un poco más ligera.

Asintiendo, decidí concentrarme en el presente, en la alegría de estar rodeada de quienes me querían, en la belleza de la vida en la granja.

La celebración de aquella noche sería un recordatorio de todo lo que tenía, de todas las bendiciones que llenaban mi vida cada día.

—Gracias, mamá. Por todo. —La abracé, sintiendo una ola de gratitud.

—Siempre, cariño. —Me devolvió el abrazo y, juntas, comenzamos los preparativos para la noche.



En aquella pequeña fiesta había unas quince personas, incluido el señor James, y aunque era algo sencillo, disfruté muchísimo de mi cumpleaños número veintiuno.

El mayor problema era que nunca se me habían dado bien los discursos…

—¡Discurso! ¡Discurso! ¡Discurso!

Todos lo pedían, y confieso que me sentía avergonzada.

Aun así, me levanté, sintiendo la mirada alentadora de mi madre.

Respiré hondo, intentando ordenar mis pensamientos.

—Quiero daros las gracias a todos por estar aquí hoy —empecé, con la voz algo temblorosa al principio, aunque fue ganando firmeza a medida que hablaba. —Cada uno de vosotros ocupa un lugar especial en mi corazón. Hacéis que mi vida sea verdaderamente rica y llena de sentido.

Miré a mi alrededor, viendo los rostros sonrientes de los trabajadores de la granja, de mis hermanos y de mi madre.

Ellos eran mi familia, parte de mi mundo.

—Quiero agradecer a mi madre, que siempre ha sido mi roca, mi refugio. A mis hermanos, por todas las travesuras y las risas. Al señor James, por ser mucho más que el dueño de la granja, por ser parte de nuestra familia.

Hice una pausa, tragando saliva mientras sentía cómo la emoción me subía a la garganta.

—Y… —dudé por un momento al notar una figura al fondo, alguien a quien no esperaba ver. Richard Hardman estaba allí, observando. Una sacudida de emoción me atravesó, pero continué. —… y a todos vosotros, que compartís vuestros días con nosotros, gracias por hacer de la granja un lugar lleno de vida y de cariño.

Mi mirada se detuvo en Richard durante más tiempo del que pretendía, pero enseguida recuperé la compostura.

—Hoy, al celebrar mi cumpleaños, celebro también la vida que tenemos aquí, la belleza sencilla del día a día y los lazos que construimos. —Mi voz se volvió más suave, más reflexiva. —La vida está hecha de momentos, algunos más difíciles que otros, pero es la

presencia de cada uno de vosotros lo que hace que cada momento valga la pena.

Terminé con una sonrisa, sintiendo una mezcla de alegría y nerviosismo por la presencia inesperada del hombre del que me había enamorado.

—Así que… gracias, de todo corazón. Sigamos creando recuerdos juntos.

Los aplausos estallaron, cálidos y sinceros, y mientras bajaba de aquel improvisado “escenario”, mi mirada volvió a encontrarse con la de Richard.

Él también aplaudía, con una pequeña sonrisa en los labios, una sonrisa que parecía contener todo un mundo de significados no dichos.

La noche continuó entre risas y conversaciones, pero una parte de mí seguía pendiente de Richard, curiosa y esperando con impaciencia el momento en que nuestros caminos volverían a cruzarse, aquella misma noche.



Poco a poco la gente fue dispersándose, y mi ansiedad no dejaba de crecer.

Yo quería hablar con Richard...

Debió de notar mi mirada, porque, después de unos minutos, se despidió de las personas con las que estaba conversando y caminó hacia mí. Su paso era seguro, pero había un rastro de cansancio en su rostro que no podía ignorar.

—Feliz cumpleaños, Emma —dijo con una sonrisa que iluminó su cara, haciéndolo aún más atractivo, si es que eso era posible.

—Has venido... —Las palabras me salieron casi en un susurro, mientras el corazón se me aceleraba—. Pareces cansado.

Él soltó una risa baja y ronca que me recorrió la espalda con un escalofrío.

—Mentiría si dijera que no lo estoy un poco. He viajado doce horas en mi jet para llegar aquí a tiempo. Estaba al otro lado del país, pero sabía que tenía que estar aquí, en tu cumpleaños.

Mi corazón se detuvo por un instante y después empezó a latir con tanta fuerza que estaba segura de que él podía oírlo. ¿Había viajado doce horas, cruzado todo el país, solo para estar aquí conmigo?

La noticia me dejó atónita y, al mismo tiempo, profundamente conmovida.

—¿Has hecho todo eso... por mí? —pregunté, todavía intentando comprender la magnitud de su gesto.

—Claro que sí. No podía perderme tu cumpleaños número veintiuno. —Se encogió de hombros, como si viajar doce horas para un cumpleaños fuera lo más natural del mundo.

Pero para mí significaba todo.

Sentí que los ojos se me llenaban de lágrimas, emocionada por su presencia y por el esfuerzo que había hecho para estar aquí.

—Ni siquiera sé cómo darte las gracias. Esto significa muchísimo para mí.

Me miró fijamente, y en sus ojos oscuros brillaba una emoción que yo no me atrevía a nombrar.

—No tienes que agradecer nada. Verte feliz es suficiente.

Durante un instante nos quedamos allí, perdidos en la mirada del otro, como si todo a nuestro alrededor se desvaneciera. Era como si estuviéramos en nuestro propio mundo, un lugar donde solo importaba el aquí y el ahora.

—Ven —dijo ofreciéndome el brazo—. Vamos a un sitio más tranquilo. Creo que los dos necesitamos un momento de paz.

Acepté, y juntos caminamos hacia uno de mis lugares favoritos de la finca, un pequeño lago rodeado de árboles. Era un lugar donde siempre encontraba serenidad, y ahora, con Richard a mi lado, parecía aún más mágico.

Mientras caminábamos bajo el cielo estrellado, supe que aquel cumpleaños quedaría grabado en mi memoria para siempre, no solo por la celebración o los regalos, sino por el simple hecho de que Richard Hardman había cruzado el país para estar conmigo.

En ese momento me sentía la persona más especial del mundo.

—Siento que he estorbado en tu campaña —dije al final, y Richard se detuvo, mirando el reflejo de la luna en el lago antes de volver su atención hacia mí. Su mirada era intensa, pero había en ella una suavidad que rara vez veía.

—No pienses en eso. Tu presencia en mi vida es mucho más que importante. No estorbas; al contrario, me completas.

Sus palabras tocaron mi corazón de una manera que pocas cosas lograban. Por un instante me permití soñar con un mundo donde nada más importara salvo nosotros dos y la tranquilidad de nuestro lago secreto.

—Yo... —empecé, pero las palabras me fallaron.

¿Cómo expresar el mar de emociones que Richard despertaba en mí?

Se acercó y tomó mis manos entre las suyas, calentándolas con el calor de su tacto.

—Lo sé, Emma. Estos momentos son valiosos, son la verdadera esencia de la vida, y por eso me gusta compartirlos contigo.

La brisa nocturna sopló con suavidad, haciendo que las hojas de los árboles susurraran, como si toda la naturaleza estuviera atenta a nuestra conexión.

—¿Y la campaña? —susurré, temiendo la respuesta, temiendo que aquel instante de perfecta armonía no fuera más que eso, un momento fugaz.

—La campaña sigue adelante, y haré todo lo que sea necesario. Solo quiero que sepas que estás en mi corazón, Emma, en cada paso, en cada decisión que tomo. No es una elección entre tú y la campaña; se trata de integrar lo que más valoro en mi vida, y tú formas parte de ello.

Por un segundo, el mundo pareció perfecto.

Bajo el manto de la noche, junto al lago, con Richard, todo parecía posible. Quería creerle, quería creer en nosotros.

—Richard... gracias por venir, por hacer de este cumpleaños el más especial de todos.

Sonrió, con esa sonrisa que derretía todas mis defensas.

—No hay ningún lugar en el mundo donde preferiría estar ahora mismo, créeme, chica.

Y aquella noche, bajo las estrellas, al lado del hombre que había capturado mi corazón de formas que jamás imaginé posibles, me

permití soñar con un futuro en el que, de algún modo, podríamos hacer que nuestros mundos incompatibles se fundieran en uno solo.

Sin embargo, todavía guardaba un secreto de él, y eso podría cambiarlo todo.



CAPÍTULO 18

«Era en el refugio de los brazos del otro donde encontraban paz en medio de las tormentas, un puerto seguro donde los sueños echaban el ancla y la realidad se volvía más suave bajo el toque reconfortante del amor verdadero…»

RICHARD HARDMAN

Estaba donde debía estar.

Por mucho que el cansancio y el sueño pesaran sobre mí, no me arrepentía en absoluto de haber volado hasta Texas.

Era su cumpleaños, pero volver a tener a Emma frente a mí era, en sí mismo, el mayor de los regalos.

—He traído algo para ti —dije, observando la sorpresa en sus ojos.

—No hacía falta.

—Insisto.

Me miró, con una vacilación evidente, pero también con una chispa de curiosidad en la mirada.

—Richard, ya has hecho mucho por mí... —Su voz era suave, casi como si intentara convencerme de que guardara lo que fuera que había traído para ella.

—Emma —la interrumpí con seriedad—. Es algo que noté que siempre quisiste, algo pequeño, pero significativo. —Metí la mano en el bolsillo interior de mi abrigo y saqué un pequeño paquete, envuelto en papel claro y atado con una cinta delicada.

Lo aceptó con manos temblorosas, y sus ojos brillaron bajo la luz de las estrellas.

Con cuidado desató la cinta y retiró el papel para revelar un marcapáginas artesanal. Estaba hecho de plata, con intrincados detalles

que formaban siluetas de árboles y un campo abierto bajo un cielo estrellado.

—Richard... —La emoción vibraba en su voz—. Es precioso. ¿Cómo lo sabías?

—Lo mencionaste una vez, y recordé aquellos días en los que te veía leer bajo los árboles.

Me miró, con lágrimas brillando en los ojos y una sonrisa luminosa en el rostro.

—No sé qué decir... Esto significa muchísimo para mí.

—No tienes que decir nada —respondí, tomando su mano—. Solo quiero que sepas que los momentos que compartimos son importantes para mí.

Emma se acercó y me abrazó con fuerza.

En ese abrazo sentí la magnitud de lo que había entre nosotros, algo tan sencillo y, al mismo tiempo, tan inmenso para mí.

—Gracias. No solo por el regalo, sino por todo, sobre todo por estar aquí. —Su voz era apenas un susurro contra mi pecho.

—Siempre, Emma —afirmé, mientras miraba ya mi reloj de pulsera.

—¿Pasa algo?

—Tengo que volver. Debo pasar por California; tengo una reunión importante dentro de unas horas.

—Empiezo a sentirme culpable por haberte hecho venir.

—No lo hagas. No hago nada contra mi voluntad, y mucho menos algo de lo que pueda arrepentirme.

—De acuerdo.

—Tengo que hablar con mi padre antes de irme. Estaré en tus próximos cumpleaños. Es una promesa.

—Gracias. Oír eso significa muchísimo para mí.



Caminé hacia mi padre, que parecía bastante sorprendido de verme aquí.

No lo culpaba.

Le había dicho que este mes de diciembre sería una locura y que probablemente no pasaría aquí la Nochevieja.

—Me sorprende verte aquí, hijo.

—Lo sé, pero tenía que venir —respondí, mirando hacia donde estaba Emma, conversando animadamente con alguien.

Mi mirada debió de delatar más de lo que pretendía, porque mi padre siguió la misma dirección con los ojos.

—Parece que has venido por un motivo más especial —comentó mi padre, mientras una sonrisa astuta se dibujaba en sus labios.

—Tal vez —admití, sin poder apartar la vista de ella.

—Hijo, la política y los negocios son importantes, pero nunca olvides lo que realmente sostiene el alma. —Su tono era serio ahora, y me miró a los ojos, asegurándose de que captara cada una de sus palabras—. Tu madre fue el centro de mi vida, la razón por la que todo lo demás tenía sentido. Y por la forma en que miras a Emma, puedo decir que ella significa mucho para ti.

—Lo significa, padre, más de lo que era capaz de admitir hasta ahora.

—Entonces no cometas el error de dejar que la política o cualquier otra cosa ocupe su lugar en tu vida. Tu madre y yo... siempre nos pusimos el uno al otro en primer lugar, sin importar las circunstancias ni los desafíos. Eso nos mantuvo fuertes, unidos.

Asentí, sintiendo el peso y la sinceridad de sus palabras. La diferencia era que ellos se conocieron antes de la política y siguieron juntos desde entonces.

Mi padre siempre ha sido un hombre de principios, y saber que veía la importancia de lo que yo sentía por Emma me daba una nueva perspectiva sobre cómo equilibrar mi vida personal con mis ambiciones.

—Gracias, padre. Lo recordaré.

—No se trata de recordarlo, hijo. Se trata de vivir conforme a ello. —Me dio una palmada en el hombro.

—Ojalá pudiera adelantar el tiempo y ver qué pasará en mi vida dentro de un año.

—Limítate a vivir este año, hijo. Es todo lo que puedes hacer. Vive de tal manera que, cuando mires atrás, no tengas arrepentimientos, ni por la política ni por el amor. —La voz de mi padre estaba cargada de experiencia y sabiduría, y sus palabras resonaron dentro de mí con la fuerza de la verdad.

—Sí, lo haré.

EMMA GARFIELD

Cuando me quedé a solas con mi madre, lo único que pude hacer fue mirarla y, acto seguido... echarme a llorar.

—¿Por qué lloras, hija?

Mi mente iba a mil por hora, pensando en todo lo que había sucedido, en la intensidad de mis sentimientos por Richard y en el secreto que llevaba dentro de mí.

Estar embarazada de él, llevar dentro de mí una parte de los dos, me llenaba de alegría, pero también de miedo.

¿Cómo podría enfrentar el futuro sabiendo que la vida del hombre al que amaba avanzaba en una dirección completamente distinta a la mía?

—Mamá... —Mi voz se quebró y las lágrimas se volvieron más intensas—. Yo... estoy embarazada.

Mi madre abrió los ojos de par en par, sorprendida por mi confesión.

—¿Embarazada?

—Sí —respondí entre sollozos.

—Es de Richard, ¿verdad? —preguntó, aunque ya conocía la respuesta.

—Sí —confirmé, secándome las lágrimas—. Y no sé qué hacer. Está en plena campaña presidencial, mamá. Y nosotros... apenas logramos estar juntos.

Durante unos minutos le conté que llevaba tiempo guardando aquello, y enseguida me aferré a ella, permitiéndome ser vulnerable, dejando que todas las emociones fluyeran libremente.

Ella era mi refugio, la única persona en quien sabía que podía confiar incondicionalmente.

—Escúchame, hija —empezó mi madre, separándose un poco para poder mirarme a los ojos—. Este niño es una bendición, independientemente de las circunstancias. Y en cuanto a Richard, tiene que saberlo. Tiene derecho a saber que este bebé existe, incluso en medio de toda esa locura de la política.

La idea de decírselo a Richard me aterraba y, al mismo tiempo, encendía una pequeña chispa de esperanza. Sabía que no podía ocultárselo, por complicado que fuera el momento.

—¿Crees que querrá formar parte de esto? —pregunté, con la incertidumbre teñiendo mi voz.

—Parece un hombre de principios. Dale la oportunidad de demostrar quién es realmente, Emma.

Mi madre tenía razón.

Tenía que decírselo a Richard, darle la oportunidad de formar parte de la vida de este bebé, de nuestro bebé.

—Gracias por todo, mamá. No sé qué haría sin ti. —La abracé de nuevo, encontrando consuelo en su abrazo.

—Siempre estaré aquí para ti y para este bebé —prometió con una sonrisa llena de cariño.

Ahora necesitaba su apoyo más que nunca...



Me quedé en mi habitación, sosteniendo el marcapáginas artesanal que Richard me había regalado. El marcapáginas era más que un simple obsequio; era un símbolo de la conexión que existía entre nosotros.

La forma tan cuidadosa en que había elegido algo tan significativo me hizo comprender cuánto me entendía, cuánto valoraba nuestros pocos, pero intensos momentos juntos.

Sin embargo, la dulzura de aquel gesto estaba ahora teñida de miedo e incertidumbre sobre el futuro.

La noticia de mi embarazo pesaba en mi corazón.

Quería creer que Richard aceptaría al bebé, que vería esta nueva vida como un regalo y no como un obstáculo. Pero la realidad de su campaña presidencial, de la vida pública que había elegido, me hacía temer su reacción.

¿Cómo podría equilibrar una familia que estaba a punto de nacer con las exigencias de una carrera política en pleno ascenso? ¿Y si veía esta noticia como una complicación indeseada, un estorbo para sus planes?

A pesar de esos temores, algo dentro de mí se aferraba a la esperanza. Él ya me había demostrado bondad y comprensión, cualidades que admiraba y amaba en él. El regalo que había escogido con tanto cuidado era una prueba de su consideración y de su afecto.

Quizá, solo quizá, pudiera recibir esta noticia no como un final, sino como el comienzo de algo nuevo.

Sabía que tenía que decírselo, no solo por mí, sino por nuestro hijo. Independientemente de lo que ocurriera, nuestro bebé merecía saber que su padre había tenido la oportunidad de formar parte de su vida desde el principio.

—¿Qué es eso? —preguntó Arianna, mientras Kaleb, a su lado, miraba el regalo con curiosidad.

La tensión en mi corazón se alivió un poco cuando me volví hacia mis hermanos, Arianna y Kaleb, que ahora me rodeaban con miradas llenas de pura curiosidad infantil.

Siempre habían tenido ese poder de traerme de vuelta al presente, de hacerme olvidar, aunque solo fuera por un momento, las preocupaciones que pesaban sobre mí.

—Es un regalo de Richard —expliqué, mostrándoles el delicado marcapáginas de plata, todavía fascinada por sus intrincados detalles.

La simple mención de su nombre dibujó una sonrisa en mi rostro, una mezcla de dulzura y melancolía.

—¡Guau, es bonito! Debe de quererte mucho para darte algo así —exclamó Arianna, con la voz llena de admiración y un ligero toque de envidia infantil.

Kaleb, en cambio, hizo una mueca.

—¿Pero por qué un marcapáginas? ¿Por qué no un videojuego o algo guay?

Me reí, disfrutando de la simplicidad de sus perspectivas.

—Porque sabe que me encanta leer, Kaleb. Es un regalo pensado especialmente para mí.

—Ah, vale. Pero sigo pensando que un videojuego sería mejor —murmuró, aunque no sin antes lanzar una mirada más atenta al marcapáginas—. Pero bueno, está bien, supongo.

—¿Sabéis que sois increíbles? —dije, sintiendo una oleada de cariño por ellos—. Tengo mucha suerte de teneros como hermanos.

Por un momento, la habitación se llenó de un calor familiar, una sensación de pertenencia y amor que siempre encontraba a su lado. Pero, como solía ocurrir, aquel instante de ternura pronto dio paso a sus habituales disputas.

—¡Yo soy el mejor hermano! —proclamó Kaleb.

—¡No, lo soy yo! —replicó Arianna, sin estar dispuesta a quedarse atrás.

No pude evitarlo: la risa que escapó de mí fue sincera y profunda.

Verlos discutir sobre quién era el mejor hermano era un recordatorio de la belleza y la simplicidad de la vida, incluso en medio de las tormentas emocionales que estaba atravesando.

—Los dos sois los mejores, cada uno a su manera —dije por fin, intentando poner fin a la discusión, aunque sabía perfectamente que era una batalla interminable. La energía y la vida que aportaban a cada día eran, en muchos sentidos, lo que me mantenía con los pies en la tierra, recordándome lo que de verdad importaba.

Allí, en aquella habitación, con mis hermanos discutiendo con cariño y el regalo de Richard entre mis manos, me permití un instante de pura gratitud.

Por muy incierto que fuera el futuro, sabía que estaba rodeada de amor. Y, por ahora, eso era suficiente.



«Eres la tormenta que calma el mar de mi alma, el faro que guía mi esencia turbulenta hacia la seguridad de tus brazos…»

RICHARD HARDMAN

—¿Qué te parece una cenita?

—¿Cómo dices?

—Sí… una cena, solo tú y yo. ¿Qué te parece?

—Ahórrate tus bromas, Logan.

—Venga ya, Richard.

Por desgracia, Benjamin ya se había marchado y me había dejado a solas con este abogado sádico y sarcástico.

—¿Por qué no dejas de bromear y te pones a trabajar en serio?

—¿Y quién dice que estoy bromeando? —replicó, y su rostro se volvió más sombrío—. En realidad… la cena no es para nosotros dos.

Estaba tramando algo.

—Explícate mejor.

Se sentó a mi lado, pensativo.

—Hablamos de una cena en tu finca con los Hilton. No será un simple evento, sino una oportunidad de oro para mostrar al público y a la prensa quién es Richard Hardman fuera de la política. Tu vida personal, tu compromiso con Audrey, la riqueza cultural y económica de tu finca. Es la ocasión perfecta para humanizar tu imagen, para demostrar que no eres solo un político ambicioso, sino también un hombre de familia, ligado a sus raíces.

—¿Esto no es una broma? —pregunté, aún sin estar del todo convencido.

—No. —Logan sostuvo mi mirada con firmeza, y el sarcasmo dejó paso a una inusual seriedad—. La prensa y el público están hambrientos de cualquier atisbo de tu vida personal. Desde que se anunció tu matrimonio con Audrey, apenas se os ha visto juntos. Eso

genera especulaciones, rumores… y los rumores pueden ser peligrosos para una campaña.

—Entiendo lo que quieres decir, pero no estoy seguro de que sea el momento adecuado. De momento todo va bien.

La idea me incomodaba, no solo por utilizar mi vida personal como herramienta política, sino también por implicar en todo esto a la gente que trabajaba en la finca.

—Richard, es precisamente el momento perfecto. Nos acercamos a una fase crítica de la campaña. Todo lo que podamos hacer para reforzar tu imagen positiva es fundamental. Además, es una oportunidad para mostrar a los Hilton y al resto del mundo cuánto valoras esta unión, fortaleciendo así la alianza entre las dos familias.

—¿Y Emma? —La pregunta se me escapó antes de poder contenerme, dejando al descubierto mis verdaderas preocupaciones.

Logan se quedó en silencio un instante y me miró directamente a los ojos.

—Emma es una parte importante de tu vida, lo sé. Pero en este momento la política exige ciertos sacrificios y estrategias. No estamos ignorando tus sentimientos, solo los estamos alineando con las necesidades de la campaña.

Respiré hondo, sintiendo el peso de las responsabilidades sobre mis hombros.

Sabía que Logan tenía razón, que la campaña y la carrera hacia la presidencia exigían sacrificios personales. Aun así, la idea de utilizar mi vida privada, especialmente mi relación con Audrey, como una herramienta política me resultaba incómoda.

—Está bien, Logan. Organiza la cena. Pero quiero que se haga con discreción, sin convertir mi vida personal en un circo mediático.

—Déjalo en mis manos, jefe. —Logan sonrió, y el sarcasmo regresó a su rostro—. Haré de esa cena el acontecimiento del año. Y no te preocupes, todo será de buen gusto.

—Nada extravagante, por favor.

—¿Acaso parezco un tipo extravagante?

—¿De verdad hace falta que responda?

Logan me lanzó una mirada que mezclaba diversión con un leve toque de seriedad, un recordatorio de que, pese a nuestras diferencias, estaba tan comprometido con el éxito de la campaña como yo.

—Richard, sabes que toda mi «extravagancia» está perfectamente calculada. —Se encogió de hombros, relajando la expresión—. Será elegante, pero significativo. Justo lo que necesitamos para mostrar la unión entre vosotros y el compromiso con las raíces y los valores que defendemos. Y, por supuesto, sin convertirlo en un espectáculo. A la prensa le encantará, y estoy seguro de que a los Hilton también.

Asentí, todavía con aquel nudo de preocupación y con el recuerdo de Emma persistiendo en el fondo de mi mente.

Sabía que no podía permitirme priorizar ahora mis sentimientos personales, pero tampoco podía ignorarlos por completo.

Formaban parte de quién era, de lo que me impulsaba.

—Logan, solo una cosa más… —empecé, pensando cómo abordar el tema sin revelar demasiado—. Asegúrate de que Audrey lo entienda. No quiero que se sienta como un simple accesorio de la campaña.

—Richard, es tu prometida, no una pieza de decoración, aunque en el fondo le encantaría ser un accesorio, no voy a mentir. Claro que hablaré con ella, me aseguraré de que todo esté bien.

—Eso es importante para mí.

—Ahora, si me disculpas, tengo una cena que planear. —Se levantó, guiñando un ojo mientras estiraba los hombros, visiblemente animado.

La idea de Logan era buena, el problema era que aquello implicaría a más personas, y yo quería proteger a Emma, al fin y al cabo todo ocurriría en el lugar donde había nacido y crecido…

EMMA GARFIELD

Los días fueron pasando, y ya me acercaba al segundo mes de embarazo.

Después de la conversación con mi madre no volví a ver a Richard, pero estaba decidida a contárselo cuando nos encontráramos de nuevo.

—Eres pesada, pero me caes bien —murmuró Kaleb a Arianna, que respondió con una pequeña sonrisa.

—Eres insoportable, pero a mí también me caes bien.

Me eché a reír de repente al ver la interacción entre los dos. Nada en contra de los Aries, pero es que son así.

Por increíble que pareciera, estábamos jugando y no se habían peleado.

—Vamos, vosotros dos —dije, intentando contener la risa mientras seguían con sus provocaciones amistosas. Era un alivio ver a Kaleb y a Arianna tan unidos, a pesar de las constantes pullas típicas entre hermanos—. Sabéis que sois lo mejor de mi día, ¿verdad?

Se miraron, algo sorprendidos por mi declaración, pero enseguida sonrisas sinceras iluminaron sus rostros.

—A nosotros también nos gustas —dijo Arianna, lanzándose a mis brazos. Kaleb, sin querer quedarse atrás, se unió enseguida al abrazo colectivo.

—¿Incluso cuando intentas obligarnos a comer verduras horribles? —bromeó Kaleb, poniendo una mueca exagerada.

—Sobre todo en esos momentos —respondí, fingiendo seriedad —. Porque solo quien os quiere insiste en que comáis sano.

En ese instante, rodeada por sus abrazos apretados y la pureza de su cariño, supe que, pasara lo que pasara en el futuro, esos pequeños momentos de felicidad y amor incondicional eran lo que de verdad importaba.

Ellos eran mi refugio, mi fuerza para enfrentar cualquier tormenta.

—Vamos a hacer algo divertido hoy —sugerí, queriendo alejar cualquier sombra de preocupación de sus rostros.

—¿Como qué? —preguntó Kaleb, recuperando su entusiasmo habitual.

—¿Qué tal una búsqueda del tesoro por la finca? —propuse, ilusionada con la idea de crear una pequeña aventura para nosotros.

Sus ojos brillaron al oír la propuesta, y cualquier rastro de inquietud por mi cambio de ánimo desapareció, sustituido por la emoción del juego que estaba por venir.

Y mientras planeábamos nuestra pequeña aventura, me permití olvidar, aunque solo fuera por un instante, las incertidumbres y los miedos.

Estábamos terminando de decidir qué haríamos cuando mi madre entró en el salón.

—Necesito a vuestra hermana un momento.

—Ah, mamá…

—Será rápido, Kaleb.

—Vale.

Sonreí y me levanté, siguiéndola hasta la cocina.

—¿Pasa algo, mamá?

Respiró hondo y luego suspiró.

—No es exactamente un problema, querida. Es que hemos recibido una invitación para un almuerzo aquí en la finca. Los Hilton y algunos miembros de la prensa estarán presentes. —Su voz tenía una mezcla de nerviosismo y preocupación—. Será una gran oportunidad para la prosperidad de la finca, pero de verdad necesito tu ayuda para que todo salga perfecto, hija.

Por un momento sentí el peso de sus palabras.

La idea de tener a los Hilton y a periodistas recorriendo la finca, el lugar que siempre había considerado mi refugio seguro, resultaba intimidante. Y, por supuesto, la presencia de Richard, entrelazada en todo aquel evento, hacía que todo fuera aún más complicado.

—Claro, mamá, yo ayudaré. —Mi respuesta fue firme, aunque por dentro estuviera llena de dudas y preocupaciones—. Pero… ¿la prensa? Eso significa que…

—Sí, querida. Significa que habrá muchas miradas puestas sobre nosotros. —Me puso una mano en el hombro, transmitiéndome fuerza —. Sé que es mucho pedir, pero siempre has tenido una forma especial de tratar con la gente, y tu presencia marcará la diferencia.

—Va a ser extraño, con todo lo que está pasando con Richard y… —Mis palabras se perdieron, incapaz de expresar con claridad todo lo que sentía ante la situación.

—Emma, eres más fuerte de lo que crees.

—Está bien, mamá. Puedo hacerlo —declaré, intentando sonreír. Sabía que la noche sería un desafío, no solo en lo logístico, sino también en lo emocional.

Tendría que mantener la compostura delante de Richard y de los Hilton, mostrar la finca bajo su mejor luz, aunque por dentro sintiera una tormenta de emociones.

—Así se habla, hija. Vamos a hacer de esta cena un evento inolvidable. —Sonrió, y por un instante compartimos un sentimiento de complicidad y fortaleza—. Él necesita esto para convertirse en el presidente de Estados Unidos. Nada puede salir mal.

—No saldrá mal.

Mientras volvía junto a Kaleb y Arianna, con la noticia de la cena resonando en mi mente, me prometí a mí misma que, a pesar del miedo, estaría a la altura del desafío. Por mi familia, por la finca y, de algún modo, por mí misma.



«Nuestras almas bailan un vals de destinos entrelazados, girando a través del infinito en una perfecta armonía de corazones sincronizados…»

RICHARD HARDMAN

No pensé que Logan fuera tan rápido organizando las cosas.

No solo consiguió convencer a los Hilton en un abrir y cerrar de ojos, sino que también agitó a la prensa, y durante toda la semana no se hablaba de otra cosa que del almuerzo de mañana en la finca.

—¿Estás seguro de que es una buena idea? —preguntó Benjamin, con cierto recelo.

—Tenemos que confiar en Logan. Sabe lo que hace —respondí, observando la preocupación reflejada en el rostro de Benjamin—. Además, su habilidad para moverse dentro del mundo político y legal es incomparable. Logan no solo es temido por muchos en todo Estados Unidos por su astucia, también tiene una red de contactos que puede beneficiarnos enormemente.

Benjamin asintió, aunque todavía con cierta reserva.

—Sí, sé que es bueno en lo que hace. Solo espero que este almuerzo nos dé los resultados que esperamos.

—Al traer a la prensa y a los Hilton a la finca, estamos mostrando una imagen más personal y auténtica de mí. No solo la riqueza, sino también la conexión con las raíces, la tierra, los valores familiares. Y eso es algo que muchos votantes valoran.

—Entiendo. ¿Y qué pasa con Emma? —Benjamin formuló la pregunta con cautela, consciente de la complejidad de mi relación con ella.

Digamos que Logan no era precisamente discreto, y en una de nuestras conversaciones mencionó su nombre, lo suficiente para que mi asesor comprendiera al instante lo que ocurría.

Respiré hondo antes de responder.

—Emma forma parte de la finca, y de mi vida, de una manera que no puedo ignorar. Necesito que se la trate con respeto durante el

evento.

—Por supuesto. Hablaré con Logan sobre eso y me aseguraré de que todo vaya bien —prometió Benjamin, percibiendo la seriedad de mi tono.

—¿Y por qué esas caras tan serias? —Mi abogado apareció de repente, con su habitual sonrisa cargada de malicia, mirándonos a uno y a otro—. Espero que no estéis planeando la campaña sin contar con mi genialidad.

—Estábamos hablando del almuerzo de mañana en la finca.

—Ah, el almuerzo con los Hilton. No te preocupes, Richard, te prometo que todo saldrá de maravilla. Ya he preparado algunos discursos encantadores para ti y un par de sorpresas para la prensa —dijo, agitando la mano con despreocupación.

—Ya veo.

—Y en cuanto a Emma, sé que es una joya poco común. Aportará aún más encanto al evento.

—No exageres, Logan —advertí, sintiendo cómo la rabia y la tensión comenzaban a crecer—. Y procura mantener tus bromitas al mínimo, sobre todo cuando se trate de Emma y de mí.

—Ah, mi querido Richard, tu vida amorosa es casi tan fascinante como tu campaña presidencial. —Logan se encogió de hombros, sin perder su sonrisa—. Pero tranquilo, mantendré mi irresistible encanto bajo control… en la medida de lo posible.

—Eso espero. De lo contrario, tendrás que vértelas conmigo.

—Y en cuanto a Benjamin —añadió Logan, guiñándole un ojo—, sé que odia ser el centro de atención. Así que me aseguraré de que también tenga su pequeño momento de gloria.

Benjamin suspiró, resignado ante la naturaleza imprevisible de Logan.

—Limítate a asegurarte de que ese almuerzo cumpla con el objetivo previsto, Logan. ¿Entendido?

—Confía en mí, Richard. Para cuando termine el almuerzo, todo el mundo estará cantando tus alabanzas… y quizá también las mías —respondió Logan, guiñando un ojo antes de salir del despacho y dejarnos atrás.

—Sigo pensando que es una bomba de relojería.

—Sea una bomba de relojería o no, tengo que confiar en Logan. Y si me traiciona o arruina mi campaña, acabaré con él. Sin la menor duda.



Un almuerzo al aire libre…

Aún no sabía por qué escuchaba a Logan, sinceramente.

Después de hoy, si no me disparaba en las encuestas, su cabeza rodaría, y lo haría con gusto.

—He hecho unos retoques —dijo, con su aire burlón cuando me di cuenta de lo que tenía delante.

—Si sale mal…

—¡Relájate! Todo está bajo control. El espacio es ideal para los fotógrafos, y la luz natural hará que las fotos queden espectaculares. Piénsalo como una oportunidad para mostrar al país no solo al político Richard Hardman, sino al hombre que hay detrás de la campaña. Y sonríe, ¿de acuerdo?

—¿Y la prensa? No son precisamente conocidos por su discreción ni por su amabilidad.

—Ah, eso fue fácil. Me aseguré de invitar solo a periodistas con los que tenemos buena relación. Además, he preparado algunos puntos de conversación para ti, cosas que resaltan tu conexión con la gente y tu visión para el futuro del país. —Logan se mostraba completamente seguro.

—¿Y los Hilton? —pregunté, recordando el elemento más complicado del almuerzo.

—Los Hilton están encantados. Para ellos también es una oportunidad, una forma de alinearse con un futuro presidente. Audrey está especialmente entusiasmada con la idea.

—Bien. Vamos a hacerlo de una vez.

Una vez que pusimos los pies en la finca de verdad, poco a poco la gente empezó a llegar, cada uno trayendo consigo un aire de expectativa y curiosidad.

Los Hilton, en particular, estaban impecablemente vestidos, preparados para desempeñar su papel en aquel teatro político y social.

Me situé en el lugar designado para comenzar mi discurso, con el corazón latiendo un poco más rápido de lo habitual.

—Buenas tardes a todos —empecé, con la voz firme y clara, resonando en el espacio abierto—. Es un gran placer recibiros aquí, en mi casa, en las tierras que han sido cuidadas por generaciones de la familia Hardman. Este lugar, con sus extensiones interminables y su

belleza indiscutible, simboliza lo que creo que es el corazón y el alma de nuestro país: fuerza, resiliencia y una profunda conexión con nuestras raíces.

Miré a los presentes; cada rostro reflejaba las distintas facetas de la nación que aspiraba a liderar.

Y entonces mis ojos encontraron los suyos, los de Emma.

En ese instante, el mundo a mi alrededor pareció desvanecerse, dejando solo su imagen, tan hermosa y serena, un faro de sencillez y verdad en medio de la complejidad y del teatro de aquella reunión.

—Mi familia… —continué, con la voz ahora un poco más serena — …y estas tierras me han enseñado valores que llevo conmigo: el trabajo duro, la honestidad, el compromiso con los demás y, sobre todo, el amor. Son esos valores los que quiero llevar a la presidencia, para construir un futuro en el que todos puedan prosperar, en el que cada ciudadano pueda sentirse en casa, igual que yo me siento aquí.

Los aplausos rompieron el aire, pero apenas los oía.

Mi atención estaba en otra parte…

Emma seguía allí, mirándome, y algo dentro de mí se agitaba: una mezcla de esperanza y determinación.

—Gracias por estar aquí —concluí, con la mirada aún fija en Emma—. Juntos podemos marcar la diferencia.

EMMA GARFIELD

Mi madre era la gobernanta de la finca y, como era lógico, fue ella quien preparó gran parte de todo.

Yo también ayudaba en la finca cuando hacía falta, y hoy no sería diferente.

El almuerzo organizado para las personalidades importantes, incluidos los Hilton, requería una atención especial a cada detalle, desde la decoración hasta el servicio.

Sentía el corazón encogido.

—Emma, querida, ¿podrías comprobar si las bebidas se están sirviendo correctamente? Y también echar un vistazo a los centros de mesa, por favor —pidió mi madre con un tono amable, pero firme, propio de quien estaba acostumbrada a organizar grandes eventos como aquel.

—Claro, mamá —respondí, intentando transmitir seguridad tanto a ella como a mí misma.

Por dentro estaba hecha un caos, sobre todo ante la posibilidad de tener que interactuar directamente con Richard.

Caminé entre los invitados, sonriendo con educación, y ajusté los arreglos de las mesas, asegurándome de que todo estuviera perfecto.

A cada paso sentía las miradas posarse sobre mí, algunas curiosas, otras evaluadoras.

Los Hilton, en particular, parecían irradiar una autoridad que me intimidaba ligeramente.

Cuando llegué al lugar donde se servían las bebidas, me aseguré de que todo estuviera tal como se había planificado.

Estaba girándome para comprobar los canapés cuando mis ojos se encontraron con los suyos. Richard.

Durante un breve instante, el mundo a mi alrededor se silenció, y lo único que pude ver fue al hombre cuyo corazón temía haber perdido, pero que seguía ocupando cada uno de mis pensamientos.

El silencio entre nosotros era palpable, cargado de todo lo que no se había dicho, de cada momento compartido y de cada secreto guardado.

El aire se volvió más pesado, y casi podía sentir el peso de las decisiones que nos habían traído hasta aquí, al borde de un campo abierto bajo un cielo claro, rodeados de personas que no conocían la profundidad de lo que existía entre nosotros.

—Emma. —Su voz rompió el silencio, suave, pero firme, atravesando la distancia que nos separaba.

Tragué saliva, incapaz de encontrar palabras.

¿Cómo podía expresar todo lo que sentía? ¿Cómo podía explicar que, a pesar de todo, él era la única constante en mi vida, el único pensamiento capaz de darme paz y, al mismo tiempo, de romperme el corazón?

—¿Necesita algo, señor? —pregunté con cordialidad, ya que varias personas nos observaban ahora.

—¡Yo sí! ¡Más agua! —dijo Audrey, su futura esposa, con evidente impaciencia.

—Sí, señora.

Me retiré, con el corazón pesado y la mente hecha un torbellino.

Audrey no había percibido, o quizá ignoraba deliberadamente, la tensión palpable entre Richard y yo.

Su brusca interrupción fue un recordatorio cruel de la realidad que nos rodeaba, una realidad en la que Richard y yo existíamos en mundos opuestos, unidos únicamente por momentos furtivos y miradas que decían más de lo que las palabras jamás podrían expresar.

Mientras me alejaba para cumplir el pedido de Audrey, sentí la mirada de Richard clavada en mi espalda, una presencia casi física que me hacía cuestionar cada decisión que había tomado hasta ese momento.

Aquel breve encuentro había reavivado en mí una llama de esperanza y deseo, pero también la dura certeza de que nuestro futuro juntos estaba atado a decisiones y circunstancias que escapaban a nuestro control.

El agua fría en mis manos mientras servía a Audrey contrastaba de forma brutal con el calor que parecía irradiar Richard, incluso desde la distancia.

Le entregué el vaso con una sonrisa educada, intentando ocultar lo que realmente me consumía por dentro.

Al volver a mi trabajo, cada paso se sentía más pesado que el anterior, cada sonrisa más forzada.

Sabía que, de algún modo, tendría que reunir el valor para enfrentarme a Richard y contarle lo del bebé, nuestra conexión más profunda y permanente.

Pero cómo y cuándo hacerlo seguían siendo preguntas sin respuesta, resonando en mi mente mientras intentaba concentrarme en las tareas que tenía delante.

En medio de ese mar de incertidumbre, una cosa estaba clara: el amor que sentía por Richard Hardman era al mismo tiempo mi mayor fortaleza y mi mayor vulnerabilidad, y tenía que decirle la verdad cuanto antes.



«Tu abrazo es mi refugio, un puerto seguro en las tormentas de la vida, donde cada suspiro compartido construye los cimientos de un amor inquebrantable…»

EMMA GARFIELD

A medida que avanzaba el almuerzo, mi ansiedad iba creciendo un poco más.

Sentía las miradas de algunas personas posarse sobre mí, especialmente la de la futura esposa de Richard, y aquello empezaba a incomodarme. Aun así, tenía que cumplir lo que le había prometido a mi madre.

Mientras me movía entre las mesas, equilibrando platos y atendiendo peticiones, notaba cómo la intensidad de las miradas se acentuaba. No solo la de Audrey, cuya desconfianza y celos resultaban casi palpables, sino también la de los invitados y la prensa, que buscaban sin descanso algo sensacionalista que contar.

Era como si cada paso que daba fuera cuidadosamente observado y analizado, como si cada sonrisa mía pudiera interpretarse como la señal de algo más.

La presencia de fotógrafos y periodistas añadía una presión adicional; sus flashes y sus miradas inquisitivas me hacían cuestionar cada movimiento.

Fue entonces cuando comprendí con claridad la realidad de una campaña presidencial: un escenario donde la imagen se construye con precisión milimétrica y donde cada gesto puede ser explotado.

Las sonrisas forzadas, los saludos superficiales… todo aquello era un espectáculo cuidadosamente orquestado, en el que la autenticidad parecía haber sido sacrificada en el altar de la política.

Observaba cómo cambiaban las posturas y los tonos de voz cuando se dirigían a Richard, como si cada palabra estuviera calculada para ganar su favor o evitar su desprecio.

En ese momento, una comprensión repentina me golpeó con fuerza.

Entendía, aunque solo fuera en parte, el peso que Richard llevaba sobre los hombros, la batalla constante por conservar su esencia entre tantas expectativas y manipulaciones.

Y, de pronto, mi propia situación —atrapada entre el deseo de revelar la verdad sobre nuestro bebé y el miedo a las consecuencias— parecía aún más complicada.

—Descansa, hija. Yo me encargo a partir de aquí.

—No hace falta, mamá.

—Haz lo que te digo, Emma.

—Está bien. Pero si me necesitas, estaré cerca.

Me alejé del bullicio del almuerzo y busqué refugio en la calma de la veranda de la casa principal, un lugar donde el murmullo de las conversaciones y el incesante clic de las cámaras se convertían en un eco lejano.

La insistencia de mi madre no había sido solo una orden; también era un gesto de protección, un reconocimiento silencioso de la tormenta emocional que atravesaba.

Allí, en la veranda, me permití un momento para respirar.

Mis pensamientos giraban sin descanso, y la ansiedad por revelar el embarazo se mezclaba con la preocupación por Richard y por cómo recibiría esa noticia en su complejo mundo político.

Entonces oí unos pasos acercándose.

Mi corazón se aceleró, temiendo y esperando al mismo tiempo que fuera Richard. Pero al girarme vi a Audrey. Su presencia imponente estaba marcada por una elegancia impecable que no lograba ocultar la tensión que la rodeaba. Sus ojos se clavaron en los míos con una intensidad que me hizo dar un paso atrás, incluso sin querer.

—Emma, ¿puedo hablar contigo? —Su voz era tranquila, pero en ella había un frío que me advirtió de la gravedad de lo que estaba por venir.

Asentí con cautela, mientras mi mente giraba tratando de adivinar el motivo de aquel encuentro inesperado. Audrey se acercó, manteniendo una distancia respetuosa, aunque sus ojos no se apartaron de los míos.

—Soy lista y he observado algunas cosas. Estoy bastante segura de que tú y Richard tenéis un… pasado. Y lo entiendo, hasta cierto punto; entiendo que puedan existir ciertos sentimientos. Pero debes comprender algo: estamos en plena campaña presidencial. Las apariencias importan, y cualquier… malentendido podría ser devastador.

Su mensaje era claro, y la forma en que enfatizó «malentendido» me hizo comprender que aquella conversación era más una advertencia que un intento de entendimiento.

—Audrey, creo que… —empecé, pero ella levantó la mano, interrumpiéndome.

—No se trata de lo que tú creas o dejes de creer. Hablo de la realidad. Y la realidad es que cualquier insinuación de una relación entre tú y Richard podría no solo perjudicar su campaña, sino también afectar a las personas que te rodean. Tu familia, por ejemplo. ¿Eso es lo que quieres?

El aire frío de la mañana pareció volverse aún más helado con sus palabras.

La amenaza velada me revolvió el estómago. Era una jugada para intimidarme, para mantenerme en mi sitio. Pero, más que eso, era una demostración del poder que Audrey y, por extensión, la campaña de Richard, tenían sobre personas como yo.

Personas sencillas.

—No tengo ninguna intención de causar problemas, Audrey. —Mi voz sonó firme, aunque por dentro temblaba.

—Perfecto. Entonces espero que sigamos sin tenerlos. —Su sonrisa seguía siendo fría, sin alcanzar sus ojos—. Recuerda que es por el bien mayor. Por el futuro del país. Y también por tu familia.

Se dio la vuelta, dejándome sola con mis pensamientos y con el peso de sus palabras. La brisa tranquila del campo no bastaba para disipar el calor de la rabia y la frustración que empezaban a hervir dentro de mí.

El problema era que no podía hacer nada: si hablaba con Richard, podría perjudicarlo, y jamás me perdonaría por ello.

RICHARD HARDMAN

Noté que Audrey había desaparecido durante unos minutos, y estaba a punto de levantarme para averiguar qué había ocurrido, pero al cabo de un rato regresó, sonriente.

—¿Ha pasado algo?

—No, nada. Solo me desorienté un poco. Esta finca es enorme.

—Entiendo.

Nunca me han gustado las representaciones, pero en ese momento estaba participando en una. Más valía que la idea de Logan diera resultado; de lo contrario, tendría que vérselas conmigo.

El tiempo fue pasando, y me di cuenta de que Emma no estaba por ninguna parte. Instintivamente, sentí que el corazón se me encogía por su ausencia.

Por mucho que intentara concentrarme en las conversaciones a mi alrededor, en las estrategias de campaña y en las conexiones políticas que trataba de consolidar, mis pensamientos volvían una y otra vez a Emma.

La última vez que la había visto, nuestras miradas se cruzaron de una forma que no dejaba lugar a dudas sobre los sentimientos que permanecían sin decir entre nosotros.

Intenté disimular mi inquietud, participando en los diálogos con los invitados, sonriendo y asintiendo en los momentos adecuados. Sin embargo, cada risa forzada, cada apretón de manos parecía alejarme más de lo único que realmente deseaba: estar con Emma, aunque fuera solo un instante.

—Richard, ¿te ocurre algo? —Logan se acercó al notar mi distracción.

—No, solo estaba pensando en la campaña, en algunos aspectos de ella —mentí, evitando admitir mi verdadera preocupación.

Logan me lanzó una mirada que dejaba claro que no estaba del todo convencido, pero, por respeto o por estrategia, decidió no insistir. Además, varias cámaras estaban pendientes de nosotros.

—Si necesitas un momento, puedo cubrirte aquí —ofreció Logan, con un tono completamente normal esta vez.

No había rastro de burla.

—De acuerdo. Voy a dar una vuelta y a tomar un poco de aire —acepté, sintiendo la necesidad de alejarme del bullicio y, tal vez, encontrar a Emma.

—Mantendré a los fotógrafos y a la prensa ocupados aquí.

—Gracias.

Caminé por la finca mientras el murmullo del almuerzo se iba desvaneciendo poco a poco detrás de mí. Mis pasos estaban guiados por una mezcla de esperanza y temor, por la posibilidad de encontrarme con Emma en cualquier momento.

Y así fue como, a unos metros de distancia, la vi.

Estaba sola, mirando hacia el horizonte, una figura solitaria frente al vasto campo que se extendía ante ella.

Parecía perdida en sus pensamientos y, por un instante, dudé, temiendo interrumpir su calma.

—¿Emma? —Mi voz rompió el silencio, y ella se giró rápidamente, con un leve sobresalto en los ojos.

Fue entonces cuando percibí la vacilación, el miedo que parecía envolverla como una capa.

Intentó sonreír, pero era evidente que algo no estaba bien en su postura, y yo siempre había sido muy bueno leyendo a las personas.

—Richard, yo… —empezó, pero se detuvo, mirando a su alrededor como si buscara una vía de escape.

—¿Qué ha pasado? —pregunté, acercándome. Ella dio un paso atrás, intentando alejarse, pero yo, impulsado por la necesidad de entender, de ayudar, tomé su brazo con suavidad—. Emma, por favor. Más que nadie, sabes que puedes hablar conmigo. Sea lo que sea.

Sus ojos se encontraron con los míos y, por un instante, pude ver la tormenta que había en ellos. Era una mezcla de miedo, incertidumbre y algo más, algo que me hizo temer lo peor.

—Richard, yo… no creo que debamos… —Su voz se quebró, y la lucha interior era evidente en su rostro.

—Emma, sea cual sea el problema, podemos afrontarlo juntos. No tienes que pasar por nada sola —le aseguré, con voz firme, llena de preocupación.

Se mordió el labio inferior, aún atrapada en su conflicto interior.

—No es tan sencillo, Richard. Hay cosas que no sabes.

La determinación en sus ojos, la manera en que luchaba por mantenerse serena, me hizo comprender que lo que fuera que estuviera ocurriendo era serio.

Y mientras la miraba, una promesa silenciosa tomó forma en mi pecho: no importaba lo que fuera, estaría a su lado, ofreciéndole el apoyo que necesitara.

—Emma, confía en mí. Por favor, dime qué te preocupa —supliqué, con una sinceridad imposible de ocultar.

En ese momento, todas las preocupaciones por la campaña y por la política parecían secundarias.

Tenía un deseo ardiente de protegerla de cualquier dolor.

—Yo solo… no quiero seguir con esto.

—Emma…

—Tu mundo es muy distinto del mío. La gente que está aquí es falsa y no quiero mezclarme con ellos. Eso es todo.

—No te estoy pidiendo que lo hagas.

—Estar contigo me hace sentir así, así que… es mejor que lo dejemos.

Tenía razón: nuestros mundos eran distintos, pero yo creía, quizá de forma ingenua, que nuestro amor podía superar esas diferencias.

—Emma, sé que mi mundo puede parecer un enredo de falsedades y juegos de poder, pero cuando estoy contigo todo eso desaparece. Tú me devuelves a la realidad, a lo que de verdad importa, y sé que crees en lo que te digo.

Bajó la mirada, y una lágrima solitaria rodó por su mejilla.

—Richard, hay algo más… —Su voz se quebró y se detuvo, incapaz de continuar.

—¿Algo más, Emma? Confía en mí. —Tomé sus manos entre las mías, suplicando su confianza.

Respiró hondo, como si estuviera reuniendo valor.

—Richard… estoy embarazada. Estoy esperando un hijo tuyo.

Aquellas palabras me golpearon como un trueno, dejándome sin aliento.

Embarazada.

La sorpresa dio paso a una oleada de emociones contradictorias: miedo, alegría, incertidumbre.

—Esto lo cambia todo.

—¡No! —replicó, exasperada—. ¡No cambia nada, Richard! Yo no quiero ese mundo, y tampoco quiero que la gente lo sepa. Eso acabaría con tu carrera… y conmigo.

—¿Por qué contigo?

—Richard… por favor. Solo quiero estar sola.

Solté sus manos, aunque fui incapaz de alejarme.

Su determinación de protegerme, incluso a costa de su propia felicidad, era al mismo tiempo admirable y dolorosamente equivocada.

Yo no necesitaba que me protegiera, pero la protegería con todas mis fuerzas. Para siempre.

—Emma, escúchame. —Mi voz era firme, aunque me costaba mantener la compostura—. Sí, esto lo cambia todo, pero no de la manera que imaginas. Lo cambia porque ahora tenemos algo increíblemente valioso que proteger.

—Yo cuidaré de este bebé, y es mejor que nadie más lo sepa —dijo con convicción—. Preocúpate por tu campaña y deja de venir a la finca. Es lo mejor. Si la gente se entera…

—¡No me importa! —exclamé, y en ese momento nada más tenía importancia.

—¡Claro que te importa! Haz lo que tengas que hacer, Richard, aunque eso signifique que nos alejemos. Por favor… te lo suplico.

No sabía qué hacer, pero tenía mucho en qué pensar.

Iba a ser padre, y aquello podía cambiar muchas cosas en mi vida a partir de ahora…



CAPÍTULO 22

CAPÍTULO 22

«La distancia entre nosotros es solo una prueba del tiempo, una pausa entre los actos de una obra cuyo final feliz es inevitable y eternamente nuestro…»

RICHARD HARDMAN

El resto del almuerzo pasó como si fuera un borrón y, al darse cuenta de ello, seguramente Logan hizo algo al respecto.

Ya no quedaba nadie de la prensa aquí, y los Hilton se habían marchado hacía unos minutos.

—Será mejor que me expliques qué ha pasado, Richard.

Logan se había sentado a mi lado. Aun así, las palabras de Emma seguían resonando en mi mente.

Estoy embarazada.

Aquello todavía me aturdía, me dejaba sin suelo bajo los pies. Pero no era momento de perderme en pensamientos.

—Creo que el almuerzo ha sido un éxito —empecé, intentando centrarme en la conversación, en el presente—. ¿Las fotos han salido bien? ¿Crees que hemos convencido?

Logan me observó con atención, quizá percibiendo mi distracción; aun así, decidió seguir el curso de la conversación.

—Las fotos han quedado excelentes y sí, creo que hemos convencido. La gente estaba interesada en lo que tenías que decir, y la presencia de los Hilton solo ha reforzado tu imagen de candidato familiar y tradicional, con fuertes vínculos con la tierra y la comunidad.

Pensé en las palabras de Emma, en cómo se sentía fuera de lugar en aquel mundo de apariencias.

—¿Y la campaña? ¿Esto nos ayudará?

—Sin duda —afirmó Logan con seguridad—. Este evento ha mostrado una faceta más personal tuya, algo que los votantes necesitan ver. Además, proyectar la imagen de un hombre de familia, conectado con sus raíces y comprometido con valores tradicionales solo puede jugar a tu favor.

—Solo espero que… —dudé, sin saber si debía mencionar a Emma.

—¿Que qué, Richard? —insistió Logan, con expresión seria.

—Que esto no nos cueste lo que de verdad importa.

Las palabras salieron antes de que pudiera contenerlas.

Logan me observó durante un largo momento antes de responder.

—La política está hecha de sacrificios, Richard. Pero recuerda algo: sacrificar lo más valioso para ti puede que no merezca la pena por un asiento en el Despacho Oval. Hay que encontrar un equilibrio.

Sus palabras me golpearon con fuerza.

Logan tenía razón, y yo lo sabía. Encontrar ese equilibrio entre mi vida personal y mi carrera política sería mi mayor desafío, sobre todo ahora.

—Sí… sacrificios… —murmuré, pensando en el futuro.

—Ahora vayamos al verdadero asunto: ¿qué está pasando?

Respiré hondo, sabiendo que había llegado el momento de enfrentar la realidad y compartir la noticia que podía cambiarlo todo.

—Emma está embarazada —revelé, observando su reacción con atención.

Durante un instante, Logan pareció perder su compostura habitual. Sus ojos se abrieron ligeramente antes de que recuperara la calma.

—Eso es complicado, Richard. Muy complicado —admitió, rascándose la nuca, señal clara de que estaba realmente preocupado—. Si los Hilton lo descubren, especialmente en las circunstancias actuales,

podrían intentar usarlo en tu contra. Tienen los recursos y la influencia necesarios para hacer… ciertos ajustes discretos en la narrativa.

La idea de que la familia de mi prometida pudiera actuar contra la mujer que amaba y contra nuestro futuro hijo despertó en mí una determinación feroz.

—Tengo una idea de lo que podría hacer, pero ¿qué sugieres tú? —pregunté, dispuesto a considerar cualquier solución que pudiera proteger a Emma y a nuestro bebé.

Logan guardó silencio unos instantes, valorando las opciones antes de hablar.

—Lo primero es garantizar la seguridad y la privacidad de Emma. Eso es fundamental. Y en segundo lugar… quizá haya llegado el momento de considerar una estrategia más… radical. Una salida que mantenga a tu familia a salvo y tu campaña intacta.

—Te escucho —le animé, con toda mi atención puesta en él.

—Lo mejor que podemos hacer es… nada.

—¿Nada?

—Exacto. Mantenerlo entre vosotros, su familia, lo que sea. Ignorar al bebé y…

—¡Joder, es mi hijo, Logan!

—Lo sé, y yo también soy padre, Richard —replicó con firmeza —. No tienes opciones aquí, al menos no hasta las elecciones. Si esto sale a la luz, se acabó, ¿lo entiendes? ¿Cómo crees que interpretará la prensa que tengas un hijo en camino mientras anuncias un matrimonio con una de las familias más poderosas de Estados Unidos? ¡Dímelo!

Tenía razón y, aun así, no la abandonaría a ella ni a ese bebé.

—Logan, no puedo simplemente «ignorar» a mi propio hijo o hija. —Mi voz sonó firme, cargada de una determinación que incluso a mí me sorprendió—. Tenemos que encontrar otra manera, una solución que no sacrifique mi integridad ni la seguridad de Emma y de nuestro hijo.

Logan suspiró y se frotó la frente con gesto de frustración antes de mirarme directamente a los ojos.

—Richard, créeme, más que nadie entiendo la posición en la que estás. Es una situación delicada, pero… tendremos que ser inteligentes. Hay formas de proteger a Emma y al bebé y, al mismo tiempo, mantener tu campaña en marcha.

—¿Cómo?

—Necesitaremos discreción absoluta. Primero, asegurarnos de que Emma esté a salvo y lejos de los focos. Eso puede significar cierta distancia física, al menos hasta que logremos controlar la narrativa —empezó a esbozar un plan, con la mente trabajando a toda velocidad en busca de soluciones.

—¿Y la campaña? —pregunté, consciente de que la presencia de los Hilton y las expectativas en torno a mi matrimonio con Audrey no desaparecerían tan fácilmente.

—Seguiremos como estaba previsto, al menos por ahora. Pero trabajaremos entre bastidores para preparar el terreno, por si necesitamos cambiar de estrategia.

—El problema es si esto se filtra de alguna manera. —Mi voz dejaba al descubierto mi preocupación.

—Entonces estaremos perdidos. Aun así, lo afrontaremos de la forma más abierta y honesta posible. La verdad siempre encuentra la manera de salir a la luz, Richard. Si eso ocurre, estaremos preparados para contar tu historia, tu verdad, de una forma que conecte con la gente.

—No hay forma de que esto salga bien, y creo que lo sabes.

—Sí. Pero estoy aquí para resolver problemas, como siempre, así que vas a tener que confiar en mí.

—Está bien, cuento contigo.

EMMA GARFIELD

—Has desaparecido, hija. ¿Dónde estabas?

—Él ya lo sabe, mamá.

—¿Qué es lo que sabe? —preguntó, arqueando las cejas.

—Richard sabe lo de nuestro bebé.

Vi sorpresa y miedo reflejados en el rostro de mi madre, una mezcla de emociones que reproducía el torbellino que llevaba dentro.

—¿Y qué dijo? —Su voz tembló ligeramente, y la preocupación era evidente en cada palabra.

—Quería ayudar, estar presente. Pero yo… le dije que no se preocupara. —Tragué saliva, intentando mantener la voz firme—. No puedo arriesgarme. Después de la conversación con Audrey… simplemente no puedo.

Le expliqué rápidamente la amenaza velada que había recibido de la futura esposa de Richard, y terminé dejando a mi madre aún más inquieta, pero yo protegería a mi familia.

A toda ella.

Mi madre se acercó y me envolvió en un abrazo fuerte, lleno de amor y protección.

—Emma, cariño, ¿estás segura? Es una decisión muy grande.

—Sí, estoy segura. —Me aparté y la miré a los ojos—. No quiero que nuestra familia, ni nuestro bebé, se conviertan en un objetivo por culpa de la política. La amenaza de Audrey… me hizo ver lo peligroso

que puede llegar a ser todo esto. Preferiría vivir lejos de los focos, mantener a nuestro hijo a salvo, aunque tenga que mantenerme alejada.

—¿Y tú, hija? ¿Qué pasa con tus sentimientos? —Me miró profundamente, buscando respuestas que ni siquiera yo sabía encontrar.

—Mi prioridad es el bienestar de este bebé. Y si eso significa alejarme de Richard para proteger a nuestra familia, entonces así será. —Mis palabras salieron más duras de lo que pretendía, pero eran la verdad.

La dura y fría verdad.

Mi madre suspiró, con los ojos tristes, aunque comprendiendo la gravedad de la situación.

—Está bien, Emma. Si esa es tu decisión, estoy aquí para apoyarte, pase lo que pase. Pero no estás sola en esto. Somos una familia, y lo afrontaremos juntos.

—Gracias, mamá. —Sentí que las lágrimas amenazaban con volver a caer—. Eso significa todo para mí.



Richard ya no estaba en la finca, y aproveché la mañana para leer.

Después salí a cabalgar y conseguí desconectar de todo durante unos minutos, algo que necesitaba desde hacía semanas.

El viento golpeaba mi rostro y se entrelazaba con mi cabello, trayendo consigo la dulzura y la tranquilidad del campo, un recordatorio del mundo que tanto amaba y donde siempre me había sentido en casa.

Sol, mi caballo, parecía entender mi necesidad de libertad, galopando sin restricciones por los campos abiertos, con sus cascos golpeando la tierra en un ritmo constante y reconfortante.

Por un instante, todo se desvaneció cuando abrí los brazos —las preocupaciones, los miedos, la tormenta emocional que se agitaba en mi corazón por el embarazo y por la situación con Richard.

Aquí, en la inmensidad del campo, con el cielo azul extendiéndose sin fin sobre mí, podía ser simplemente Emma. No la mujer atrapada entre dos mundos, no la futura madre enfrentándose a un futuro incierto, solo un alma libre en busca de paz.

Cuando Sol finalmente redujo el paso y se detuvo cerca de un arroyo que atravesaba la propiedad, desmonté y me senté a la orilla del agua, dejando que mis pensamientos fluyeran con libertad.

El agua fría sobre mis dedos parecía arrastrar parte de la tensión, ofreciéndome un momento de claridad.

—¿Qué harías tú, papá? —me pregunté, mirando al cielo, buscando consejo en el hombre que siempre había sido mi roca.

Aunque no esperaba una respuesta, algo dentro de mí se calmó, una fuerza interior empezando a tomar forma.

Sabía que los próximos meses serían difíciles, que habría momentos de duda y de miedo. Sin embargo, también sabía que tenía una familia que me quería, un hogar que me acogía y, sobre todo, un nuevo comienzo creciendo dentro de mí.

Respiré hondo y me levanté, decidida a afrontar lo que viniera con la cabeza alta y el corazón abierto.

Volví junto a Sol y monté de nuevo, lista para regresar a casa, no solo físicamente, sino también emocionalmente: al lugar al que pertenecía, rodeada de amor y de apoyo, sin importar lo que trajera el futuro.

Al regresar, vi a mis dos hermanos corriendo hacia mí, llenos de emoción, y supe de inmediato lo que me esperaba.

—¡Emma! ¡Emma! ¡Has vuelto! —gritó Arianna, con los ojos brillando de una alegría pura que solo los niños saben expresar. Kaleb no se quedaba atrás, con una sonrisa igual de contagiosa, pese a la eterna rivalidad entre hermanos que los llevaba a competir por todo, desde quién llegaba primero hasta quién contaba la novedad del día.

—¡Hemos hecho algo especial para ti! —anunció Kaleb, sujetando la mano de Arianna, un gesto poco habitual de complicidad entre los gemelos.

Curiosa y ya esperando alguna travesura, los seguí hasta el jardín, donde me aguardaba una pequeña sorpresa.

Habían preparado una especie de pícnic improvisado, con mantas extendidas en el suelo y una disposición caótica de bocadillos, la mayoría aplastados o desmontados, pero hechos con todo el cariño que sus pequeñas manos podían ofrecer.

—Queríamos hacerte sonreír —dijo Arianna con timidez, mirando los bocados con una mezcla de orgullo e inseguridad—. ¡Hoy estabas triste!

—¡Ajá! —confirmó Kaleb, y mis ojos se llenaron de lágrimas.

—Esto… es maravilloso —respondí, con la emoción cerrándome la garganta.

Me senté entre ellos y dejé que la sencillez del momento me envolviera. El amor incondicional de mis hermanos era un bálsamo, un recordatorio de que, incluso en medio de las tormentas, siempre existen momentos de amor.

Reímos juntos, contando historias y haciendo planes para el futuro, un futuro que estaba decidida a afrontar con valentía, por el bien de la nueva vida que crecía dentro de mí y por la familia que siempre había estado a mi lado…



«Caminamos bajo el cielo infinito, de la mano, con los corazones alineados, dejando tras de nosotros huellas inmortales en la arena del tiempo, marcas imborrables de nuestro amor eterno…»

RICHARD HARDMAN

3 meses después

Han pasado muchas cosas durante este tiempo.

Mi agenda se volvió pública en todos los aspectos y, por culpa de eso, tuve un problema con alguien con quien nunca lo habría esperado.

Emma Garfield. La madre de mi hijo.

Siempre sabía cuándo iba a la finca y, en todas esas ocasiones, sin excepción, no la vi.

Entendía que lo hacía a propósito, que me evitaba por miedo a que ocurriera algo, pero eso se acabaría hoy.

Muchas veces pensé en dejarlo todo en la campaña para encontrarla por fin, y hasta lo intenté, pero ella era lista y parecía conocer mis tierras mejor que yo mismo, escondiéndose de mí.

—¿Estás seguro de esto, Richard?

—Sí, lo estoy.

—No pasa nada por no verla ahora. Espera a que se calme todo. Al fin y al cabo, el partido te nombrará candidato presidencial dentro de pocos meses y tendremos menos de seis meses hasta las elecciones.

—¡No me importa! Necesito ver a Emma mañana. Haz lo que te digo, Logan.

—Está bien. Últimamente estás demasiado estresado.

—Entonces deja de darme más motivos para estarlo.

En los últimos meses, gracias a la idea de mi abogado, conseguí una gran aceptación en todo Estados Unidos al mostrar mi realidad con

aquel almuerzo en la finca.

Muchísimas personas investigaron sobre mí y pudieron ver la autenticidad de mis raíces y el compromiso que tenía no solo con el futuro del país, sino también con la preservación de nuestras tradiciones y valores familiares.

Aquel evento ayudó a proyectar una imagen positiva, acercándome aún más a los votantes y colocándome al mismo nivel que mi principal rival en la carrera presidencial.

Sin embargo, la victoria política no me trajo la paz personal que tanto anhelaba.

La ausencia de Emma, la mujer cuya presencia se había vuelto esencial para mí, pesaba más que cualquier desafío de campaña.

Su evasión deliberada era un recordatorio constante de que, por mucho poder o influencia que pudiera acumular, había aspectos de mi vida que seguían siendo vulnerables e incontrolables.

—¿Y cómo va la campaña, en opinión del futuro presidente? —preguntó Logan, intentando desviar mi atención de la frustración personal.

—Estamos bien posicionados, pero no podemos relajarnos. Cada punto en las encuestas, cada debate, cada aparición pública cuenta.

—De acuerdo. Entonces resuelve cuanto antes lo que tengas pendiente con Emma.

—Lo haré.

—Tu rival directo por el Partido Demócrata será Jordan Grayson.

—Siempre lo supe.

—Lo que no sabíamos es que también tiene ciertos contactos… y con los Hilton incluidos.

—Eso sí que es inesperado.

Descubrimos que Grayson había cultivado vínculos con los Hilton, una maniobra que ponía en juego no solo el terreno político, sino también aspectos más personales de mi vida.

Los Hilton, una de las familias más poderosas e influyentes, no solo en los negocios sino también en la política, estaban de alguna manera entrelazados con mi destino, a través de mi compromiso con Audrey y ahora, potencialmente, en la estrategia de campaña de Grayson.

Aquello hacía que el escenario electoral fuera aún más complejo y peligroso, porque yo tenía mucho que perder, mientras que los Hilton no tanto.

—Necesitamos un plan, Logan. Uno que nos mantenga por delante, no solo en la política, sino también en esta red de influencias que estamos empezando a descubrir. —Mi mente trabajaba sin descanso, analizando cada posible ángulo.

—Cuenta conmigo para eso. Reforzaremos nuestra estrategia; quizá tengamos que intensificar la campaña en los estados clave y asegurarnos de que nuestro mensaje llegue al corazón del electorado estadounidense, destacando tus valores y tu visión para el país. —Logan ya estaba en modo solución, con la mente afilada buscando las mejores estrategias.

—Bien. Ahora necesito ver a Emma y concentrar de una vez mi cabeza en estas elecciones.

EMMA GARFIELD

Durante los últimos tres meses evité a Richard.

En mi mente y en mi corazón seguía muy presente, pero no era más que eso. No podía permitirme verlo, porque si lo hacía, todo se vendría abajo y ya no podría pensar en nada más.

Solo en él.

Me aseguré de seguir cada uno de sus movimientos cuando estaba fuera de Texas y, cuando venía a la finca, yo no estaba aquí.

Era doloroso, pero necesario.

Mi vientre ya estaba grande, en el quinto mes de embarazo, y era imposible ocultarlo. Cada movimiento del bebé era un recordatorio constante de lo que habíamos compartido, un secreto tan enorme entre nosotros que parecía ocuparlo todo.

Ese fin de semana, según las noticias, Richard estaría en un mitin al otro lado del país. Respiré aliviada, pensando que podría volver a la casa principal de la finca sin miedo a cruzarme con él, sin tener que esconder la verdad que crecía conmigo.

Pero al entrar en el salón, allí estaba. Sentado en el sofá, como si me estuviera esperando, con la mirada fija en la puerta por la que acababa de entrar. La sorpresa en su rostro era evidente, aunque no tanto como el impacto que me dejó paralizada.

—Emma —dijo, levantándose rápidamente. Sus ojos bajaron hacia mi vientre y, por un instante, lo único que pudo hacer fue mirarlo.

Tragué saliva, intentando encontrar mi voz.

—Richard, no sabía que estarías aquí.

—Lo sé, pero necesitaba verte —admitió, avanzando con pasos vacilantes que acortaban la distancia entre nosotros—. ¿Por qué me has estado evitando?

—Ya te lo dije, es lo mejor, y…

—¡No! A partir de hoy decido yo lo que es mejor.

Era la primera vez que lo veía tan alterado por la situación, o quizá por mí. Pero enseguida respiró hondo, intentando calmarse.

—¿Qué quieres?

—Ven conmigo.

No fue exactamente una orden, sino una invitación suspendida en el aire, cargada de una urgencia imposible de ignorar.

Con cierta duda, dejé que me guiara hacia fuera, hacia el aire fresco y el verde que rodeaba la finca.

El sol poniente lo teñía todo de dorado, transformando el paisaje en algo casi mágico, reflejo perfecto de la tormenta de emociones que sentía.

Caminamos en silencio, y cada paso parecía un eco de las palabras que no nos habíamos dicho. Richard parecía absorber cada detalle, como si quisiera grabar ese instante en su memoria o tal vez estuviera buscando las palabras adecuadas.

Por fin nos detuvimos junto al pequeño lago.

—Emma —empezó Richard, con una voz firme que rompió el silencio—. Entiendo tus miedos, tus preocupaciones. Pero tienes que entender algo: nada de esto cambia lo que siento por ti ni cuánto deseo formar parte de la vida de nuestro bebé.

—Esto te va a perjudicar.

—No. Lo que necesito es saber cómo estás, si estás haciéndote los controles y si ya sabes si será niño o niña.

—A mí no me importa si será un niño o una niña, solo quiero que venga sano.

—Yo también.

—Y sí, me estoy haciendo revisiones periódicas, y todo está bien con él… o con ella.

—¿Estás segura?

—Sí.

—Espero que no me estés ocultando nada.

—No lo estoy, Richard. No haría algo así.

Entonces respiró hondo, como si acabara de quitarse un enorme peso de encima, y volvió a mirarme al rostro.

—Necesito sentir a nuestro bebé, Emma. ¿Puedo?

—Sí.

Su petición de tocar mi vientre me sorprendió, una solicitud llena de vulnerabilidad y esperanza. Asentí y guié su mano hacia la suave curva que ahora albergaba nuestro futuro.

La sonrisa que iluminó su rostro al sentir el primer y tímido movimiento del bebé fue inolvidable.

En ese instante, todas las complicaciones y todas las incertidumbres parecieron desvanecerse bajo el peso de aquella conexión tan simple y, a la vez, tan profunda.

—Da muchas patadas —dije, aún sintiendo su mano sobre mi vientre y la forma en que sus dedos se tensaban suavemente en respuesta al movimiento.

—Esto es increíble —dijo Richard, con una admiración evidente en su voz. Alzó la mirada para encontrar la mía, y en sus ojos había una mezcla de alegría y un destello de preocupación—. Haré todo lo posible por estar aquí para vosotros.

Quería creerle.

Más que nada en el mundo, quería creer que los tres, juntos, podríamos superar cualquier obstáculo. Sin embargo, las sombras de la duda seguían aferrándose a mí, temiendo el impacto que nuestro secreto podría tener en el mundo exterior, en su carrera, en nuestra vida.

—Quiero creerte, Richard. Pero ¿cómo vamos a hacer que esto funcione? —Mi voz salió en un susurro, una confesión de mis propias incertidumbres.

—Encontraremos la manera —aseguró, con su mano aún sobre mi vientre, como si quisiera proteger lo que teníamos.

Me quedé allí, mirando al hombre al que amaba y deseando que sus palabras fueran verdad. Aun así, sabía que nada era tan sencillo y que aquella batalla no había hecho más que empezar.

RICHARD HARDMAN

Esta sensación…

Nunca había sentido nada parecido, ni siquiera cuando hacía lo que más me gustaba: hablar ante la gente.

Sentía a este bebé como si me estuviera llamando, conectándome con algo mucho más grande que yo mismo. Por un momento, todo el peso del mundo, toda la presión de la campaña presidencial, desapareció.

Solo existíamos nosotros tres: Emma, yo y nuestro bebé aún por nacer.

Miré a Emma y la vi bajo una luz completamente nueva, una mujer increíble que llevaba dentro de sí nuestro futuro. Tocar su rostro, sentir la suavidad de su piel bajo mis dedos, fue como reafirmar un compromiso silencioso.

Me prometí a mí mismo protegerlos, costara lo que costara.

—Me has dado algo que ni siquiera sabía que necesitaba. A alguien.

Ella sonrió, una sonrisa que irradiaba amor, y por un instante vi nuestro futuro.

No sería fácil, desde luego. Habría desafíos, decisiones difíciles, sacrificios.

Pero en aquel momento, sosteniendo su mano y sintiendo a nuestro futuro moverse, supe que valdría la pena. Cada obstáculo, cada momento de duda, todo valdría la pena por ellos.

El mayor problema era en lo que me había convertido…

Tener esperanzas y necesitar tomar una decisión era algo a lo que no estaba acostumbrado. Siempre había tenido todo planeado: mis objetivos, mis ambiciones.

Pero ahora, con Emma y nuestro bebé, empezaba a comprender que algunas cosas en la vida son imprevisibles, y que esos momentos inesperados pueden traer la verdadera felicidad.

—Richard, yo… —empezó Emma con vacilación, como si luchara con sus propias palabras—. Sé que tu mundo es complicado. Y no quiero complicarlo aún más. Pero…

—Pero nada —la interrumpí, apretando su mano con más fuerza—. Tú y nuestro bebé sois ahora la mejor parte de mi mundo. Necesito que esto funcione para todos nosotros. Sea como sea, ¿lo entiendes?

El equilibrio entre la vida pública y la privada es una cuerda floja para cualquiera, y más aún para alguien en mi posición.

Sin embargo, al mirar a Emma y sentir la vida que habíamos creado juntos, supe que debía encontrar una manera.

Una manera de ser un hombre mejor, un compañero, un padre.

—Te lo prometo, Emma. Encontraré una forma. La encontraremos juntos —dije con determinación.

—Está bien.

—Solo te voy a pedir una cosa: no vuelvas a huir de mí. Nunca más.

—No lo haré. Te lo prometo.

—Voy a convertirme en el presidente de Estados Unidos, pero no voy a abandonarte. Encontraré una solución, incluso si tengo que

romper la alianza que prometí cumplir.

—Eso es peligroso.

—Lo sé. Solo dame un poco más de tiempo. Eres la persona que ocupa mi mente, y eso no va a cambiar.

Me acerqué más a ella, sujeté suavemente su barbilla y besé sus labios, saboreando la promesa de un futuro juntos, a pesar de todos los desafíos.

Aquel beso era el sello de nuestros compromisos, un recordatorio silencioso de las promesas que nos habíamos hecho allí mismo, en la finca.

Acerqué su cuerpo al mío, mostrándole que no estaba sola en ese camino. Nuestro abrazo era un refugio en medio de la tormenta que nos rodeaba, la confirmación de que juntos podríamos enfrentarlo todo.

Ella se acurrucó más cerca, buscando consuelo, y permanecimos así durante un largo rato, pensando en el futuro, cada uno a su manera.

Cuando nos separamos, el mundo a nuestro alrededor parecía haber cambiado, como si nuestro compromiso hubiera alterado el curso del universo.

—Lo haremos juntos —susurré contra sus labios—. Como una familia.

Emma asintió, y una lágrima de felicidad resbaló por su mejilla.

Su mano se posó sobre su vientre y, juntos, sentimos la suave patada de nuestro futuro, un recordatorio vivo de que, pasara lo que pasara, estaríamos unidos en esto.

—Os quiero —dijo ella con la voz quebrada por la emoción—. A los dos.

Y allí, con la mente llena de sueños y el corazón completamente presente, supe que cualquier sacrificio valdría la pena.

Por Emma. Por nuestro hijo. Por la vida que habíamos elegido construir juntos.

En aquel momento, no era solo el aspirante a la presidencia de los Estados Unidos quien prometía proteger a su familia por encima de todo. Era un hombre decidido a mantener el equilibrio sobre la cuerda floja entre la vida pública y la privada, por difícil que resultara.

Porque, al final, era el amor lo que me guiaba y, con Emma y nuestro bebé a mi lado, estaba dispuesto a enfrentarme al mundo.



«Con cada amanecer, el sol nace primero en tus ojos, iluminando el mundo a mi alrededor con la promesa de un día más a tu lado…»

EMMA GARFIELD

—¡Richard vino a verme, mamá!

—¿Vino solo para verte? —Mi madre hizo una pausa, con la sorpresa claramente reflejada en su voz, mientras me miraba con una mezcla de preocupación y curiosidad.

—Sí, y se va a quedar en la finca.

—¿Y va a dormir aquí? Eso es… inesperado.

Asentí, sintiendo cómo una ola de emociones contradictorias me invadía.

—Y… tocó mi barriga. Dijo que va a encontrar la forma de que todo salga bien.

Mi madre suspiró y se acercó para sentarse a mi lado. Sus ojos buscaron los míos, como si intentara encontrar las palabras adecuadas antes de hablar.

—Emma, cariño, sé que esto significa mucho para ti, y también para Richard. Pero estáis jugando con fuego. Ese mundo de la política, la gente que lo rodea… es más complicado y peligroso de lo que podemos imaginar.

Tragué saliva, sabiendo en el fondo que tenía razón.

Aun así, quería creer en las promesas de Richard, quería creer que, de algún modo, encontraríamos un camino seguro para nosotros y para nuestro hijo.

—Lo sé, mamá. Pero él parece tan decidido… ¿y si realmente pudiera…?

—La determinación no protege de las realidades del mundo, querida. —Tomó mi mano con suavidad, en un gesto reconfortante—. Vuestro amor es fuerte, eso se nota, y es hermoso. Pero el amor no cambia el hecho de que desafiar a esas personas, a esos poderes, puede

traer consecuencias no solo para vosotros, sino para todos nosotros aquí.

Entre nosotras se hizo un silencio cargado de advertencias no dichas y de temores. Sabía que mi madre no quería asustarme, solo prepararme para una realidad que quizá aún no había comprendido del todo.

—¿Entonces qué hago? —Mi voz salió baja, casi como una súplica en busca de orientación.

—Protegernos unos a otros, como siempre hemos hecho. Y si Richard está dispuesto a enfrentarse a esas tormentas por ti, por ese bebé, entonces necesita saber exactamente en qué se está metiendo. No solo por amor, sino con la mente clara y los ojos bien abiertos.

Yo confiaba en él, pero también sabía que la carrera presidencial era su mayor sueño.

¿Renunciaría a todo por mí y por nuestro hijo?

No tenía esa respuesta, pero me aferraba a un hilo de esperanza: que Richard encontraría una manera de permitirnos estar juntos sin sacrificar sus sueños ni poner a nuestra familia en peligro.

La pasión que compartíamos era intensa, un faro que parecía guiar nuestros corazones a través de las tormentas, pero la realidad era un mar agitado, lleno de riesgos e incertidumbres.

—Me dijo que encontrará una forma —continué, intentando poner en mis palabras parte de esa esperanza que empezaba a nacer en mí—. Y quiero creerle, mamá. Quiero creer que podemos tener ese futuro juntos.

Mi madre me miró profundamente, con los ojos llenos de una mezcla de amor y realismo.

—Y yo quiero que lo tengas, de verdad, cariño. Pero también quiero que estés a salvo, tú y el bebé. Richard tiene buen corazón, eso se ve. Pero el mundo en el que está entrando es complicado, lleno de trampas y juegos de poder.

—Gracias, mamá. Soy solo una mujer soñadora del campo, pero eso es lo que me mantiene viva: imaginar que mi futuro será tal y como siempre lo soñé.

—Y en tus sueños, él siempre ha estado presente, ¿verdad?

—Sí.

Siempre.

Desde que era una adolescente soñaba despierta con él, y ese sentimiento nunca desapareció.

Ahora, compartiendo lo que teníamos el uno con el otro, tenía un motivo más para luchar hasta el final.



Me estaba preparando para dormir cuando vi a Richard cerca de nuestra casita junto a la mansión.

—¿Qué haces aquí? —pregunté, algo asustada.

—Quédate conmigo esta noche, Emma.

Directo al grano.

Me quedé observando sus ojos castaños, serios, sin la menor duda en su mirada. La forma en que lo dijo, con una mezcla de vulnerabilidad y deseo, me hizo detenerme.

Tres meses parecían una eternidad desde la última vez que compartimos el mismo espacio, la misma respiración.

—Esto puede complicarlo todo —dije, y mi voz tembló ligeramente, dejando al descubierto todo el miedo y la incertidumbre que trataba de ocultar.

—Lo sé. Pero no soporto la idea de estar tan cerca y aun así tan lejos de ti. No después de todo lo que ha pasado. —Su voz era tranquila, pero cargada de emoción—. Solo quiero estar contigo, aunque sea solo por esta noche.

Dio un paso hacia mí, acortando la distancia que nos separaba.

—No sé si… —empecé, pero me interrumpió.

—Solo una noche, Emma. Una noche para nosotros, sin pensar en mañana ni en las consecuencias. Solo nosotros.

La sinceridad de su mirada y el calor de su presencia eran difíciles de resistir.

La realidad de nuestra situación era complicada, llena de obstáculos y de temores, pero en aquel momento el deseo de estar cerca de él, de sentir su piel contra la mía, superaba todo.

Todo.

—Sí —susurré finalmente, cediendo.

Al ver cómo se dibujaba una sonrisa en sus labios, algo dentro de mí se tranquilizó.

—Ven. Esta noche vas a dormir conmigo.

RICHARD HARDMAN

Sí, quizá estaba actuando de forma irresponsable, pero no iba a detenerme ahora.

Tomando una de las manos de Emma, la guié hasta mi habitación en la finca y cerré la puerta tras nosotros.

—¡Dios mío! Tu habitación es del tamaño de la casa de mi madre —dijo, y no pude evitar reír ante su espontaneidad.

—Por hoy quiero que olvides el mundo de ahí fuera. Esta noche estás aquí conmigo y eso es lo único que importa.

Emma caminó por la habitación, tocando suavemente los objetos y los muebles, como si cada gesto la conectara un poco más con mi mundo. La luz inundaba el espacio, resaltando la curva de su silueta y la serenidad de su rostro. Embarazada, irradiaba una plenitud que me fascinaba, que me atrapaba.

—Richard, todo es tan bonito aquí… —miró a su alrededor, con los ojos brillando de admiración—. Aun así, la belleza del campo, de la vida que llevo, también tiene su propio valor. Espero que nuestro bebé pueda apreciar ambos mundos.

—Lo hará —aseguré, acercándome por detrás y rodeándola con los brazos—. Le enseñaremos a valorar tanto la grandeza como la sencillez. La fuerza de donde venimos y la serenidad de lo que realmente importa.

Emma se giró y se apoyó en mí, recostando la cabeza sobre mi pecho.

—Aún tengo miedo, Richard. Miedo de lo que viene, de los cambios… —su voz era apenas un susurro, vulnerable.

—No voy a mentirte. Yo también lo tengo, Emma. Pero seré fuerte por los dos.

Emma se volvió para mirarme de frente, sus ojos clavados en los míos, y en su mirada encontré el valor que necesitaba para afrontar cualquier desafío.

Su belleza, intensificada por el embarazo, iba más allá de lo físico; era la belleza de un amor que crecía, de una vida que se formaba, de un futuro que, aunque incierto, prometía ser extraordinario.

—Gracias. Por todo. —Su agradecimiento era sencillo, pero cargado de significado.

—Soy yo quien tiene que darte las gracias. Por hacerme ver el mundo de otra manera, por darme la oportunidad de formar parte de algo así.

Puse una de mis manos sobre su vientre, sintiendo al bebé, imaginando el futuro que nos esperaba.

—Entonces… ¿sigo siendo la obsesión del futuro presidente de los Estados Unidos?

—Nunca dejaste de serlo. Tú y nuestro hijo sois lo único que me importa ahora. Todo lo demás, la campaña, la presidencia, es secundario comparado con lo que siento por vosotros.

Emma sonrió, y su sonrisa iluminó toda la habitación, disipando cualquier sombra de duda entre nosotros.

—Eso es un peso enorme sobre tus hombros, Richard. La presidencia de Estados Unidos no es cualquier cosa.

—Lo sé —admití, sintiendo el peso real de sus palabras—. Pero teneros en mi vida me da la fuerza que necesito. Hace que cada batalla

merezca la pena.

Ella levantó la mano y tocó suavemente mi rostro y, en ese gesto tan simple, encontré una calma que hacía tiempo no sentía.

—Lo lograremos, Richard. Juntos podemos enfrentarnos a cualquier cosa.

—Lo sé, Emma. Y te lo prometo: pase lo que pase en estas elecciones, mi lugar está contigo y con nuestro hijo. Mi mayor logro ya lo he alcanzado y está justo delante de mí —dije, reafirmando mi compromiso mientras ponía mi mano sobre la suya, que aún descansaba en mi mejilla.

—Creo en ti.

Nos tumbamos en la cama, pero mi atención estaba solo en ella, observando cada línea de su rostro iluminado por la luz que entraba en la habitación.

Su sonrisa, su respiración tranquila… todo en ella me llenaba de una profunda paz y gratitud. Imaginar lo que vendría no era sencillo, pero con ella a mi lado cada incertidumbre parecía menor, cada desafío, superable.

—El futuro nos depara muchas cosas, Emma —murmuré, perdido en mis pensamientos, pero seguro de nuestra capacidad para superar lo que hiciera falta.

Ella se giró para mirarme, con los ojos brillando con una mezcla de amor y valentía que me dejaba sin aliento.

—El futuro puede ser incierto, Richard, pero hay algo que sí es seguro: estaremos juntos en él. —Su voz era firme, su determinación inquebrantable.

Allí, tumbados el uno junto al otro, compartimos sueños, esperanzas y promesas para un mañana que construiríamos juntos. La

noche se extendía a nuestro alrededor, pero dentro de aquella habitación, dentro de aquel abrazo, el tiempo parecía detenerse.

—Te amo, Emma. Eso nunca va a cambiar —confesé, dejando que mi vulnerabilidad hablara por mí.

—Yo también te quiero, Richard. Y quiero a este pequeño ser que aún ni siquiera conocemos —dijo, colocando de nuevo mi mano sobre su vientre, donde nuestro futuro se movía suavemente.

Estaba seguro de que ese bebé sería un hombre o una mujer de gran valor en el futuro; apostaría mi vida por ello…



«Encontramos nuestro universo particular en el espacio entre palabras no dichas, un lugar donde el silencio habla más alto y el amor resuena con la claridad de las estrellas…»

RICHARD HARDMAN

—Tenemos un pequeño problema...

Logan dejó caer literalmente un dossier sobre mi mesa, y cuando lo abrí no podía creer lo que estaban viendo mis ojos.

No era un pequeño problema, era un problemón.

—¿Quién encargó estas fotos?

—Buena pregunta, pero pronto lo averiguaré. Prepárate para algún intento de chantaje, Richard, y de los grandes.

Benjamin, siempre el más sereno, examinaba cada fotografía con expresión pensativa.

—No podemos permitir que esto llegue a la prensa. La repercusión sería... devastadora, por decirlo suavemente.

—¿Y Emma? —Mi voz salió tensa, porque la preocupación por ella superaba cualquier otra cosa—. Esto también puede arruinarle la vida.

Logan se pasó una mano por el pelo, frustrado.

—Tenemos algunas opciones. Podemos intentar comprar las fotos antes de que lleguen a la prensa, o...

—¿O? —pregunté, casi temiendo la respuesta.

—O asumimos la narrativa. Controlamos la historia antes de que la historia nos controle —propuso Logan, mirándome directamente.

—Eso significaría hacer pública mi relación con Emma y con el bebé... —murmuré, sintiendo cómo la idea se volvía más inquietante a cada segundo.

—Exacto —asintió Benjamin—. Puede ser arriesgado, pero si se maneja bien, incluso podría humanizarte ante la opinión pública.

Mostrar que eres algo más que un político; eres un hombre que ama, un hombre que valora a su familia por encima de todo.

Reflexioné sobre sus palabras, mientras el peso de la situación caía sobre mí. Volví a mirar las fotos, cada una capturando un instante de felicidad pura e intimidad, momentos que queríamos mantener en privado.

—¿Y si no funciona?

—Tenemos que intentarlo. Con este escenario no hay muchas opciones. Richard, entiéndelo, esto ya no es solo sobre la elección. Es sobre tu vida, tu familia. Tienes que proteger eso por encima de todo —añadió Benjamin, con la urgencia marcando cada palabra.

—Sí, pero ¿a qué precio? —Mi voz seguía tensa, y la preocupación se notaba en cada sílaba.

Logan se acercó y me puso una mano en el hombro.

—A veces, el precio es precisamente lo que define el valor de aquello que estamos protegiendo. Estas fotos... podrían destruirte a los ojos del público o... podrían reforzar tu imagen como un hombre de verdad, con valores y prioridades claras.

—¿Estás seguro de que podemos controlar la narrativa? —pregunté todavía con dudas.

—Necesitaremos una estrategia sólida, pero sí, es posible. Tendremos que actuar rápido y ser transparentes. Tal vez una entrevista exclusiva. Pero antes debemos saber quién te está vigilando, porque dependiendo de quién sea, quizá no tengamos que hacer nada. El dinero puede bastar.

—Descubre quién encargó esto. Esa persona recibirá lo que busca, pero no quedará impune, o no me llamo Richard Hardman.

—De acuerdo.

—Y, discretamente, coloca más seguridad alrededor de la finca. Quiero a Emma protegida, no acorralada.

—Déjelo en mis manos, jefe.

Miré mi reloj y me di cuenta de que ya llegaba tarde al almuerzo que había quedado con Audrey.

—Me voy. Mantenedme informado.



La familia Hilton, igual que yo, no permanecía fija en un solo punto del país.

Por motivos de negocios, tenían que viajar constantemente, y nuestros encuentros eran escasos; aun así, había un calendario que cumplir, y este almuerzo con Audrey llevaba tiempo programado.

Cuando nos sentamos, el ambiente era de cortesía profesional.

Audrey, siempre atenta y perspicaz, me lanzó una mirada analítica, como si intentara leer los capítulos no escritos de mi trayectoria hasta ese momento.

—Entonces, Richard, ¿cómo va la campaña? —empezó; su tono reflejaba un interés genuino—. Debe de ser una carrera intensa.

—Lo es —respondí, agradeciendo en silencio que sacara un tema con el que me sentía cómodo—. Cada día trae su propio conjunto

de desafíos y oportunidades.

La conversación fluyó con naturalidad a partir de ahí.

Audrey demostró ser algo más que una simple socialité involucrada en una alianza política. Tenía una comprensión aguda de los entresijos de la política, una aliada inesperada en mi camino hacia la presidencia.

—De verdad me impresiona tu dedicación. Y, por supuesto, estoy aquí para apoyarte en todo lo que pueda. —Su ofrecimiento era sincero, y podía ver la determinación en sus ojos.

El almuerzo continuó entre discusiones sobre estrategias de campaña, el posible impacto de nuestras alianzas familiares y, finalmente, una conversación sobre el matrimonio.

—Todo va bien, Audrey.

—¿Estás seguro?

Su pregunta despertó cierta sospecha, sobre todo al notar que su mirada tenía algo distinto de lo habitual.

—¿Qué quieres decir con esa pregunta? —repliqué, concentrado en su rostro.

Lentamente, sacó algo de su bolso y dejó sobre la mesa un sobre que reconocí al instante, incluso antes de ver su contenido.

Las fotos que Logan me había mostrado, las mismas imágenes que captaban momentos íntimos entre Emma y yo, estaban ahora expuestas ante mis ojos bajo la luz fría del restaurante.

El impacto de aquellas imágenes, esta vez traídas por Audrey, fue como un golpe en el estómago.

—Audrey, ¿qué significa esto? —Mi voz salió más áspera de lo que pretendía.

Me miró fijamente, con una mezcla de determinación y algo más, quizá decepción, en los ojos.

—No finjamos, Richard. Vi cómo la mirabas, cómo ella te miraba a ti. Vi el amor. —La palabra «amor» sonó extraña viniendo de ella, pero no podía negar la verdad que encerraba—. Y estas fotos… solo confirman lo que ya sabía. Nadie me envió esto; fui yo quien pidió que tomaran las fotos.

Respiré hondo, intentando mantener la compostura. La revelación, aunque esperada, seguía sacudiéndome.

—Lo imaginaba.

—¿Y el bebé? —continuó Audrey, ahora con una voz más suave, casi triste—. Es tu hijo, ¿verdad?

No era una pregunta.

Era una afirmación, una que exigía reconocer una realidad que ambos sabíamos cierta, pero que hasta entonces había permanecido sin decirse.

—Sí, es mío. —La confesión salió baja, pero clara.

El peso de esas palabras quedó suspendido entre nosotros, cargado con todas las implicaciones políticas, personales y emocionales.

Audrey suspiró, recogió las fotos y las guardó de nuevo en su bolso.

—Esto cambia algunas cosas.

—¿Qué tipo de cosas?

—He hecho un pequeño cambio de planes. Nos casaremos un mes antes de las elecciones. Y quiero a esa mujer lejos de la finca. Lejos de ti.

—Emma forma parte de mi vida, y nuestro hijo forma parte de mí. No puedo simplemente apartarlos como si no significaran nada.

—Y yo no puedo permitir que un posible escándalo destruya la alianza entre nuestras familias y, por extensión, la mía propia. —Su determinación era evidente, y comprendí que las fotos eran solo el comienzo de un juego mucho más peligroso.

—Si haces cualquier cosa para herirla o afectarla de algún modo, esto se convertirá en una guerra entre nosotros. —Las palabras salieron cargadas de una promesa oscura, una línea que nunca pensé que cruzaría.

Audrey se inclinó hacia delante, y sus ojos se encontraron con los míos con una intensidad ardiente.

—¿Y crees que tengo miedo de una guerra, Richard? —Su tono era desafiante—. Tengo una buena relación con el candidato de la oposición. No voy a permitir que mi familia salga perdiendo en esto, de ninguna manera.

La amenaza velada en sus palabras era evidente, y por un instante el peso del mundo político en el que había decidido entrar cayó sobre mis hombros con una fuerza aplastante.

—Entonces estamos en un punto muerto —concluí, ambos conscientes de las líneas de batalla que habíamos trazado—. Porque si le toca un solo cabello a Emma, haré que se arrepienta, no solo usted, sino toda su familia.

—¿Está seguro de que es buena idea amenazarme, futuro esposo?

Sonreí, completamente seguro de una cosa.

—Puede que ustedes sean poderosos, pero yo lo soy más. Mucho más. No necesito ser el presidente de Estados Unidos para ser el

hombre más poderoso del mundo, porque ya soy el maldito hombre más poderoso del mundo, ¿lo ha entendido?

Se quedó mirándome, como si estuviera sopesando cada una de mis palabras. Si se atrevía a hacerle algo a Emma, no dudaría ni un segundo en acabar con ella.

Audrey se levantó, respirando hondo.

—Tendremos otras conversaciones, Richard. Y nos casaremos en noviembre, un mes antes de las elecciones. Si se echa atrás, le garantizo que no será el próximo presidente. ¡Es una promesa!

EMMA GARFIELD

—Mamá, ¿solo me lo parece a mí o tú también has notado que hay más guardias de seguridad aquí en la finca?

—Sí, hija.

—Qué raro.

—Las elecciones se están acercando, Emma. Y ahora tiene algo más por lo que preocuparse —dijo, mirando mi barriga, y sonreí.

—Solo espero que todo esto no afecte a nuestro día a día aquí —comenté, pasando la mano por el vientre, sintiendo una mezcla de preocupación y felicidad.

—Richard está haciendo lo que cree mejor para protegernos. Eso demuestra cuánto le importamos. —Mi madre siempre tenía una forma de encontrar el lado positivo de las cosas, pero yo sabía que detrás de sus palabras había una preocupación latente—. ¿Y cómo te encuentras hoy?

—Bien, la verdad. El bebé se ha estado moviendo mucho. Creo que tendremos a un pequeño aventurero entre nosotros.

La idea de traer una nueva vida al mundo era, al mismo tiempo, aterradora e increíblemente emocionante.

—Eso es precioso, hija. —Mi madre se acercó y puso la mano sobre mi vientre, sintiendo los pequeños movimientos—. Este bebé será muy querido por todos nosotros.

Nuestra conversación se interrumpió con el sonido de unos pasos en el porche.

Kaleb y Arianna.

Últimamente me miraban con cierta desconfianza, y con razón, pero esta vez Kaleb fue directo al grano:

—¿Cómo se queda embarazada la gente y por qué no nos lo cuentas?

—Eso —secundó Arianna, y miré a mi madre.

—Bueno, es una historia larga y un poco complicada —empecé, intentando mantener la calma ante aquella curiosidad infantil que conocía demasiado bien—. Veréis, cuando dos personas se quieren mucho, a veces deciden tener un bebé para compartir ese amor.

Kaleb frunció el ceño, claramente insatisfecho con la respuesta simplificada, mientras Arianna parecía reflexionar sobre la explicación, parpadeando con rapidez.

—¿Pero cómo? —insistió Kaleb, sin dar tregua con su curiosidad infantil.

—Es un proceso especial entre adultos, algo mágico que sucede cuando deciden juntos que quieren traer una nueva vida al mundo — intervino mi madre, sacándome del aprieto con una respuesta que mezclaba verdad y fantasía de una forma que solo una madre sabría lograr.

Arianna parecía aceptar la explicación, pero Kaleb todavía tenía esa mirada de quien quería saber más.

Al darme cuenta de que la conversación podía alargarse por un camino complicado, decidí cambiar de tema.

—¿Qué tal si jugamos todos juntos a algo? Podemos ir al lago o quizá hacer una pequeña búsqueda del tesoro, ¿qué os parece? — propuse, esperando desviar su atención de la conversación sobre el embarazo hacia algo más apropiado para su edad.

Los ojos de Kaleb y Arianna se iluminaron con la idea, y enseguida la curiosidad sobre el embarazo fue sustituida por la emoción de una nueva aventura.

—¡Búsqueda del tesoro! ¡Búsqueda del tesoro! —empezaron a cantar al unísono, corriendo por el porche con la energía propia de la infancia.

Mi madre me lanzó una mirada agradecida, consciente de que habíamos evitado una conversación difícil por el momento. Le devolví la sonrisa, aliviada por haber encontrado una salida.

Mientras los gemelos se preparaban para el nuevo juego, respiré hondo, dejando que la tranquilidad de la vida en el campo me envolviera; aun así, algo en mi corazón parecía no estar bien.

Era como si presintiera que algo malo estaba por venir, y eso me asustaba bastante. Aun así, no quería pensar en ello; tenía que mantenerme firme, y lo haría a cualquier precio.



«En tu liderazgo encontré la democracia de los sueños, donde cada esperanza tiene voz y cada gesto de amor es un voto en la eterna confianza de nuestro lazo inquebrantable…»

RICHARD HARDMAN

3 meses después

La carrera presidencial había comenzado de verdad.

Ya había sido nombrado candidato de mi partido, y pronto tendría que concentrarme en los debates presidenciales, siendo mi rival directo Jordan Grayson, del Partido Demócrata.

En los últimos meses, las cosas habían tomado un rumbo inesperado, uno que me exigía algo más que astucia política y discursos convincentes.

La seguridad alrededor de la finca se había reforzado, una medida necesaria para proteger a Emma y a nuestro bebé aún por nacer. Cada visita que hacía para verlos era un recordatorio de las verdaderas razones por las que luchaba en estas elecciones.

Desde aquel almuerzo con Audrey Hilton, la comunicación con la familia Hilton se había enfriado considerablemente.

Sabía que mi vacilación a la hora de rechazar el matrimonio concertado, sumada al descubrimiento de mi relación con Emma y del bebé que esperábamos, había puesto en duda la alianza política que ambas familias daban por sentada.

Su silencio era ensordecedor, aunque también una bendición disfrazada, pues me daba espacio para reflexionar sobre lo que realmente importaba.

Los discursos por todo el país se habían convertido en un torbellino, una danza constante de retórica y convicción. Cada ciudad que visitaba, cada palabra que pronunciaba, tenía como objetivo no solo ganar la presidencia, sino también construir un futuro en el que mi hijo pudiera crecer en un país mejor.

Jordan Grayson demostró ser un adversario digno; sus políticas y su visión para el país chocaban a menudo directamente con las mías.

El contraste entre nosotros no podía ser más evidente.

En medio de todo aquello, mi corazón seguía estando con Emma y con el bebé.

Mis visitas esporádicas eran la calma dentro de la locura que representaba la campaña presidencial. Eran momentos de claridad, en los que la política dejaba paso al amor, y recordaba por qué estaba luchando con tanta determinación.

Con cada día que pasaba, el peso de la responsabilidad que llevaba sobre los hombros no hacía más que aumentar, pero también lo hacía mi determinación de protegerlos a cualquier precio.

El camino hacia la presidencia estaba lejos de ser sencillo, y los meses siguientes serían decisivos.

Entre la seguridad de mi familia, la incertidumbre sobre la postura de los Hilton y la intensidad de los debates, sabía que cada decisión que tomara tendría repercusiones no solo en mi carrera, sino también en la vida de quienes más amaba.

Era un equilibrio delicado, pero uno que estaba decidido a mantener, costara lo que costara.

—Espero que estéis trabajando duro —dije al entrar en mi despacho, observando tanto a Benjamin como a Logan completamente concentrados.

—¡Vete a la mierda!

Logan Callahan…

—Mandar al futuro presidente de Estados Unidos a la mierda quizá no sea una buena idea dentro de unos meses.

—Estoy de acuerdo. De hecho, ya estás metido en la mierda, ¿no? —soltó una carcajada, y negué con la cabeza—. Tu alianza pende de un hilo, y sin ella no sé si lograrás ganar las elecciones.

—¿Fan o hater?

—Insufrible, eso es lo que eres —intervino Benjamin—. Voy a salir a tomar el aire.

—Hasta luego, Benji. Y no olvides que me encanta esa expresión tan concentrada que pones; algún día conseguiré que te conviertas en modelo.

Mi asesor salió del despacho furioso.

—Creo que deberías ser un poco más suave con él.

—Me adora, Richard. Solo que aún no sabe cómo demostrarlo.

—Todo el mundo te odia, Logan. Probablemente solo tu familia no.

—Eso me ha dolido, ¿sabes? —fingió tristeza, y casi me lo creí —. Pero cambiando un poco de tema, ¿cuándo crees que nacerá el bebé de Emma?

—Si mis cuentas no fallan, a principios de septiembre. Dentro de unos días.

—¡Dios mío!

Logan hizo una mueca tan extraña que por un momento me preocupé.

—¿Qué pasa?

—¡Va a ser Virgo!

—¿Cómo dices?

—El signo. Virgo. Son de los peores. ¡Que Dios te ayude!

—¡Logan! ¿Y a mí qué me importan los signos, imbécil? —me irrité, y el desgraciado empezó a reírse sin control.

—¿Cuál es el tuyo?

—Ni idea, tengo cosas más importantes de las que preocuparme. —Caminé hasta el extremo del despacho, y él me siguió —. ¿Qué pasa ahora?

—Mes y día de nacimiento.

—Venga ya. Tenemos que trazar estrategias perfectas para que me convierta en el próximo presidente de Estados Unidos, y tú hablando de signos. ¿De verdad vas en serio?

—Muy en serio.

—Búscalo en Google —gruñí, irritándome un poco más.

—Así pierde la gracia. Vamos, Richard —sonrió con descaro y respiré hondo.

—Más vale que gane estas elecciones. De lo contrario, iré hasta el infierno a buscarte.

—Richard... día y mes. ¡Estoy esperando!

Me quedé mirando la cara de ese abogado problemático y comprendí que no se rendiría fácilmente.

—25 de marzo. ¿Contento?

—¡Dios mío! —se llevó la mano al pecho como si acabara de oír un insulto—. ¡Es Aries!

—Supongo. ¿Y qué problema tienen los Aries?

—¡Son los peores! ¡Con diferencia! ¡Sin la menor duda! ¡Siempre!

Sonreí y cerré los ojos.

¿Por qué demonios contraté a este tipo...?

—¿Y tú, Logan? —crucé los brazos, mirando al hombre problemático que tenía delante.

—¿No te resulta obvio?

—No. Entre otras cosas porque tengo cosas más importantes que hacer que preocuparme por los signos.

—Ya me he dado cuenta. Yo también soy Aries, por eso digo que son los peores —sonrió con sarcasmo, aunque parecía satisfecho—. Y por eso nos parecemos un poco, aunque yo soy más guapo y más listo que tú.

—¡Ni de broma!

—¿Puedo pedirte un favor, Richard?

—Hoy estás más hablador de lo normal, ¿no te parece?

—Lo tomaré como un sí.

—Habla de una vez.

—Si tu hijo es varón y ganas las elecciones, ¿qué tal si le pones de nombre... Logan?

Imposible.

Mira la audacia de este cabrón.

—¡Jamás!

—Richard...

—Pero no te preocupes, quizá mi nieto se llame Logan. Hablaré con mi hijo cuando sea adulto.

—¿De verdad?

Claro que no lo haría.

—Por supuesto. Ahora vete a trabajar, que voy a salir un rato.

—¿Vas a la finca para estar con Emma, verdad?

—Sí.

—Esto va a acabar mal, Richard.

—Te pago para que me saques de esos líos.

—Ese es el problema. ¡No me pagas! Solo sacaré algún beneficio si terminas convirtiéndote en presidente de Estados Unidos.

—Entonces... tenemos un pequeño problema, ¿no crees? Ve a trabajar y haz que ocurra.

—¿Y tengo otra opción...? —bufó, regresando a su silla.

—No.

Miré mi reloj y, de algún modo, hoy estaba más impaciente que de costumbre por ver a Emma.

Ver cómo su vientre crecía parecía haber removido algo distinto dentro de mí, y necesitaba esos momentos; al fin y al cabo, le prometí que estaría a su lado, incluso si todo aquello salía a la luz.

Y si salía, encontraría la manera de manejarlo, como siempre; al fin y al cabo, yo no entraba en nada para perder, y nunca había perdido...

EMMA GARFIELD

—¿Seguro que no son gemelos, como Arianna y yo?

—No, Kaleb —respondí sonriendo mientras él miraba fijamente mi vientre, ya casi al final del embarazo.

—Tu barriga está enorme —esta vez fue Arianna quien lo dijo.

—Sí, y el bebé está sano —contesté, pasando la mano por el vientre mientras sentía el calor del sol del atardecer que entraba por la ventana.

—¿Pero cómo sale de ahí? —preguntó Kaleb, con su curiosidad infantil sin límites, mientras Arianna lo miraba esperando también la respuesta.

—Cuando llegue el momento, él sabrá el camino —intenté explicarlo de forma sencilla, evitando detalles complicados que no entenderían.

—¿Como Harry Potter saliendo de la pared en la estación? —Kaleb se iluminó con la idea, haciendo que Arianna se echara a reír.

—Algo así, pero un poco diferente —acepté, riendo con ellos.

El tema cambió rápidamente, como suele ocurrir con los niños, y empezaron a discutir sobre quién sería mejor cuidando al bebé.

—¡Yo le enseñaré a jugar al fútbol! —proclamó Kaleb, muy orgulloso.

—¡Y yo le leeré cuentos para que se duerma, porque leo mejor que tú! —replicó Arianna con orgullo.

—Los dos vais a ser unos tíos estupendos —dije, calmando los ánimos—. Y el bebé tendrá mucha suerte de teneros cerca.

Se miraron entre ellos, compartiendo una sonrisa, antes de volver a mirarme.

—También vamos a protegerlo, ¿verdad, Arianna? —preguntó Kaleb, tomando la mano de su hermana.

—¡Claro que sí! —respondió ella, y ambos me miraron con una determinación que me calentó el corazón.

—Entonces queda decidido —concluí, feliz por tener una familia tan unida y cariñosa a mi alrededor.

—¡Pero el bebé me querrá más a mí!

—¡Eso no es verdad! —replicó Arianna, y empezaron otra ronda de discusiones, cada uno intentando demostrar que sería el favorito del nuevo miembro de la familia.

Sus voces animadas llenaban la habitación, trayendo una sensación de alegría y expectación por los días que estaban por venir.

—Querrá a los dos por igual, porque seréis el mejor equipo de tíos que podría tener —intervine, intentando ser la voz de la razón entre ellos.

—Sí, tienes razón —admitió Kaleb tras una breve pausa, mirando a Arianna, que asintió aceptando la tregua.

—Y le enseñaremos todo lo que sabemos —dijo Arianna, con un brillo de responsabilidad en los ojos.

—¡Sí! Le enseñaremos lo divertido que es jugar fuera, a pescar en el lago e incluso a encontrar los mejores escondites —añadió Kaleb, ya imaginando aventuras.

—Y también le leeré las historias que tú me leías a mí, hermana —afirmó Arianna, mirándome con una sonrisa dulce.

—Al bebé le encantará, estoy segura. Y a mí me encantará veros a los tres juntos, compartiendo esos momentos tan especiales —expliqué, con la voz cargada de emoción al imaginar nuestra vida.

—Y yo le enseñaré a ser amable con los animales y a amar la naturaleza, igual que tú nos enseñaste a nosotros —declaró Kaleb, demostrando que había aprendido los valores que siempre quise transmitirles.

Nuestra conversación continuó en ese tono, entre planes y promesas para el futuro. Mis hermanos pequeños eran quienes más me hacían reír, y no quería que eso cambiara tan pronto; a veces incluso deseaba que no crecieran nunca.

Fuera como fuese, siempre los amaría...



Estaba en la casa principal de la finca conversando con el señor James.

Richard se había encargado de contarle a su padre que él era el padre de mi hijo, y desde entonces hablaba mucho conmigo, entusiasmado ante la idea de tener un nieto o una nieta.

A veces parecía que le importaba más ese bebé que la carrera presidencial de su hijo, y no sabía muy bien qué sentir al respecto, al fin

y al cabo era un sueño que Richard llevaba mucho tiempo cultivando.

En ocasiones hablábamos durante horas, y él me contaba sus planes para el futuro con su nieto, como si ni siquiera recordara que Richard estaba comprometido en un matrimonio concertado.

Ni siquiera yo lo recordaba algunos días.

Después de un buen rato de conversación, miré hacia la puerta y sonreí al ver el motivo de mi alegría.

Richard había dicho que vendría, y estaba allí.

Me levanté, y con pasos largos se acercó hasta mí, sujetó mi rostro con firmeza, besó suavemente mis labios y después mi frente, mirándome como si yo fuera el mayor tesoro que hubiera encontrado.

En sus ojos vi la mezcla de amor y determinación que siempre me había cautivado.

—¿Cómo estás, Emma? —preguntó Richard, con la voz llena de preocupación sincera y alegría.

—Mejor ahora —respondí, sintiendo la verdad en cada palabra.

Su presencia tenía el poder de disipar cualquier sombra de duda o miedo que se cerniera sobre mí.

Se agachó y apoyó suavemente las manos sobre mi vientre, ahora ya muy visible.

—¿Y cómo está nuestro pequeño milagro? —Su voz estaba llena de admiración y ternura, y sabía que no hablaba solo conmigo, sino también con el bebé.

—Dando muchas patadas, como si ya quisiera salir corriendo por ahí —bromeé, disfrutando del momento.

—Eso es maravilloso —dijo, levantándose para mirarme a los ojos—. Vosotros dos sois lo más importante que tengo. La carrera presidencial, la política... nada de eso se compara con la felicidad que siento ahora, aquí con vosotros.

Lo abracé, sintiendo el calor y la seguridad que solo él era capaz de darme.

—¿Y nosotros? ¿Cómo vamos a manejar todo esto? La carrera presidencial y...

—No te preocupes. Encontraremos la manera —me interrumpió, sosteniendo de nuevo mi rostro entre sus manos—. Juntos podemos enfrentarnos a cualquier cosa.

—Pero... te vas a casar.

Lentamente negó con la cabeza.

—Ya no.

—¿Cómo que no?

—He tomado mi decisión, y no voy a echarme atrás...



CAPÍTULO 27

«Compartían un amor tan profundo que era capaz de transformar lo ordinario en extraordinario, encontrando magia en los momentos más sencillos, demostrando que el verdadero encanto reside en la compañía del otro…»

RICHARD HARDMAN

Había elaborado un plan arriesgado, y lo pondría en marcha cuando me marchara de la finca mañana, pero hoy solo quería estar cerca de Emma y de nuestro bebé.

—¿Cómo que ya no vas a casarte? —preguntó Emma, desconcertada por la noticia.

—He decidido que no necesito unirme a nadie para demostrar al pueblo estadounidense que merezco ser su presidente.

Emma me miraba, mientras una tormenta de emociones cruzaba sus ojos. La sorpresa inicial dio paso a una cautela comprensible. Conocía bien las implicaciones de mi decisión, no solo para mi campaña, sino también para nuestra seguridad y bienestar.

—Richard, ¿eres consciente del revuelo que va a provocar esto? No se trata solo de política, también se trata de nosotros... —Su voz vaciló, y la preocupación se reflejaba con claridad en su rostro.

Me acerqué y tomé sus manos entre las mías, intentando transmitir la serenidad y la determinación que sentía.

—Lo sé, Emma. Pero he llegado a un punto en el que tengo que elegir qué es lo más importante para mí. Y os he elegido a ti y a nuestro bebé. No puedo, en conciencia, comprometerme con alguien que no seas tú.

—¿Y Audrey? ¿Y los Hilton? No van a aceptar esto tranquilamente.

Tenía razón. Las consecuencias de mi decisión irían mucho más allá de las páginas de un contrato roto.

—Hablaré con Audrey mañana. Y sí, espero represalias. Pero estoy preparado para afrontarlas. —La firmeza de mi voz no dejaba lugar a dudas sobre mi determinación—. No voy a permitir que las amenazas o los juegos políticos definan nuestra vida. Vamos a protegernos y a enfrentarnos juntos a lo que venga. Ahora tengo por quién luchar.

Emma asintió lentamente, y la confianza volvió a brillar en sus ojos.

—Si estás dispuesto a enfrentarte a todo eso, entonces estoy contigo. Siempre.

Me acerqué y besé sus labios, en un gesto cargado de promesas. La suavidad de su boca contra la mía reafirmó el vínculo irrompible que compartíamos, un lazo que iba mucho más allá de las complicaciones de la vida pública.

Con cuidado aparté un mechón de cabello de su rostro y la observé con toda la admiración que sentía por ella. Emma era la fuerza y la calma en medio de la tormenta que se acercaba, y cada caricia era una promesa silenciosa de apoyo y protección.

—Nunca lo olvides, juntos podemos enfrentarnos a cualquier cosa —susurré contra su piel, reafirmando mi compromiso no solo con palabras, sino también con hechos.

Mi corazón latía al mismo ritmo que el suyo, y cada latido era un recordatorio del amor y de la vida que habíamos creado juntos.

Emma rodeó mi cuerpo con sus brazos, acurrucándose en mi abrazo. En ese instante, en medio de tantas incertidumbres y desafíos, su simple presencia a mi lado era el refugio que necesitaba.

Sabía que el camino que teníamos por delante sería difícil, lleno de decisiones complicadas y sacrificios. Aun así, la certeza de nuestro amor y de la familia que estábamos construyendo juntos me daba fuerzas.

—Nada nos va a separar, Richard. Nada —murmuró, con la voz llena de determinación.

—Eres mía, siempre lo serás, y iré hasta el infierno si hace falta para estar a tu lado, ¿me has entendido? —exclamé, sujetando su barbilla mientras observaba cómo sus ojos castaños me examinaban.

—Sí, y tú serás mío, Richard Hardman. Y también del pueblo, cuando te conviertas en presidente, porque sé que lo conseguirás...



Ayudé a Emma a montar en Sol, el caballo más dócil de la finca, asegurándome de que estuviera cómoda y segura antes de subir detrás de ella.

Mientras cabalgábamos, sentía el aroma de la tierra y de la hierba, un recordatorio constante de la vida sencilla que ofrecía la finca.

—¿Recuerdas la primera vez que monté a Sol? Estabas hablando con tu padre, mirando las tierras, pero también vigilando al caballo —preguntó, observando el paisaje a nuestro alrededor.

Emma sonrió, con la mirada perdida en el recuerdo.

—Sí, me acuerdo.

—Estabas tan preocupado por si me caía… ¿o era por tu caballo?

—Por las dos cosas —bromeé, provocando que ella me diera un pequeño apretón en respuesta.

—Quiero que nuestro hijo aprenda a montar tan bien como tú —dijo Emma, acariciando con cariño el cuello de Sol.

—¿Nuestro hijo?

—Sí. Tengo el presentimiento de que será un niño.

Sonreí, imaginando aquella escena.

Fuera niño o niña, el bebé sería amado; de eso estaba completamente seguro.

—Aprenderá todo eso y mucho más —aseguré, sintiendo una oleada de amor y responsabilidad por nuestra familia—. Y se lo enseñaremos juntos.

La conversación se desvió entonces hacia la campaña presidencial y hacia cómo equilibraríamos nuestro tiempo entre la finca y las responsabilidades políticas. Yo estaba decidido a demostrar al mundo que era posible liderar con integridad, manteniéndose fiel a sus valores, a su familia… y a ella.

—Será un desafío —admitió Emma—. Pero si hay alguien capaz de lograrlo, eres tú.

—Si te quedas a mi lado, siento que puedo hacer cualquier cosa —confesé, tomando su mano por un instante antes de volver a guiar al caballo.

Durante mucho tiempo pensé que mi mayor sueño era convertirme en presidente, pero bastaron unos pocos momentos junto a Emma y a nuestro bebé para comprender que, en realidad, ese era solo mi segundo mayor sueño.

El primero lo estoy viviendo ahora.

EMMA GARFIELD

Estaba viviendo un cuento de hadas moderno y, aunque temía lo que pudiera venir, me sentía protegida al lado de Richard.

Después de cabalgar, sugirió que regresáramos a la casa principal de la finca y mencionó que su padre quería hablar con nosotros. La forma en que lo dijo, con una ligera tensión en la voz, hizo que un escalofrío me recorriera la espalda.

¿Qué podía ser tan importante para que el señor Hardman quisiera reunirnos?

Cuando llegamos, nos recibió la serenidad que siempre emanaba la gran casa, pero hoy había una carga de expectación en el ambiente. El señor Hardman nos esperaba en el salón, una figura imponente, aunque sus ojos siempre brillaban con amabilidad cuando me veía.

—Emma, hijo, por favor, sentaos —dijo, señalando el sofá frente al suyo.

Nos sentamos, yo con la mano entrelazada con la de Richard, buscando en él un consuelo silencioso. El señor Hardman nos observó durante unos segundos antes de comenzar a hablar.

—Richard, mi preocupación no es solo tu campaña, sino la vida que has elegido al lado de Emma y del bebé que está en camino. —Su voz era firme ahora.

Luego se volvió hacia mí, y sus ojos amables se encontraron con los míos.

—Emma, has traído una nueva luz a la vida de mi hijo, algo que yo, como padre, solo puedo agradecer. Richard, ser presidente es una responsabilidad inmensa, pero convertirse en marido y en padre es un compromiso aún mayor. La política es importante, pero la familia es tu cimiento, tu refugio.

—Ahora lo sé, padre —afirmó Richard, y su voz revelaba el conflicto interno que llevaba tiempo enfrentando.

—Y por eso os aconsejo que encontréis un equilibrio. No será fácil, y habrá momentos en los que tendréis que tomar decisiones difíciles. Pero recordad que las decisiones que tomáis no afectan solo a vosotros, sino también a las generaciones futuras.

El señor Hardman hizo una pausa, dejando que sus palabras se asentaran. Después, con una mirada más suave, añadió:

—Y no olvidéis disfrutar de los momentos sencillos juntos. Esos son los verdaderos tesoros de la vida. Pero, en realidad, os he llamado aquí por otro motivo.

—¿Qué quiere decir con eso, padre?

—Necesito contaros algo. Y quiero que prestéis mucha atención, especialmente tú, hijo.

Una ligera inquietud se apoderó de mí mientras Richard observaba a su padre, intentando descifrar entre líneas a qué se refería.

—Puede hablar.

—Seré directo: abandoné la política por culpa de tu madre.

El impacto de aquella revelación golpeó a Richard como un puñetazo en el estómago.

Soltó una bocanada de aire, con los ojos abiertos por el asombro, la incredulidad reflejada en cada rasgo de su rostro. Sentí

cómo su mano apretaba la mía con fuerza, casi con dolor, y su sorpresa y confusión reflejaban mis propios sentimientos.

—Nunca me había dicho eso —consiguió decir Richard tras un largo silencio, con la voz temblorosa.

—Me lo guardé para mí, hijo —dijo el señor Hardman, con una profunda tristeza en la voz—. Fue una decisión que tomé hace muchos años, incluso antes de que entendieras lo que significaba la política. Pero la razón siempre estuvo clara para mí: tu madre era mi vida, y la familia que estábamos construyendo era mi prioridad. No quería perderme tus primeros pasos, tus primeras palabras... no quería perderos por nada de este mundo.

La revelación no solo arrojaba luz sobre el pasado del señor Hardman, sino también sobre la decisión que Richard debía afrontar ahora. El peso de elegir entre la carrera y la familia no era una carga desconocida en la historia de los Hardman.

—¿Por qué me cuenta esto ahora? —preguntó finalmente Richard, mientras la confusión dejaba paso a una curiosidad cautelosa.

—Porque te veo en el mismo camino en el que yo estuve, quizá incluso en uno más difícil. La política puede ser exigente, puede devorarlo todo si se lo permites. Pero, al final, lo que realmente importa son las personas que están a tu lado, las que amas. Yo tomé mi decisión y nunca me arrepentí. Ahora te toca a ti elegir, y solo quiero que sepas que, decidas lo que decidas, lo más importante es estar presente para quienes dependen de ti.

Richard me miró, y pude ver la lucha interna en sus ojos. La decisión no sería fácil, pero ahora comprendía mejor lo que estaba en juego.

—Gracias, padre —dijo finalmente, y una firme determinación comenzó a reflejarse en su expresión—. Lo tendré muy presente.

El señor Hardman nos dedicó un leve gesto de asentimiento, un gesto que transmitía apoyo y amor incondicional.

Y en ese momento supe que, pasara lo que pasara en el futuro, Richard y yo lo afrontaríamos juntos, respaldados por una familia que valoraba el amor por encima de todo.

—Sé que harás lo mejor, hijo.

—Sí, y ya he tomado una decisión —reveló, mirándome ahora—. Sé que no puedo tenerlo todo, pero voy a intentarlo. Si llega el momento de elegir, Emma y nuestro bebé serán mi elección. Siempre.

Vi la decisión reflejada en sus ojos y comprendí que Richard estaba centrado no solo en nosotros, sino también en la presidencia.

Yo le daría fuerzas, aunque supiera muy poco de política y aunque temiera lo que pudiéramos llegar a enfrentar; confiaba en él, y nada más importaba.



CAPÍTULO 28

«En tu sonrisa descubrí el secreto de las mañanas serenas, una invitación a vivir cada día como si fuera una obra maestra pintada con la tinta de la felicidad…»

RICHARD HARDMAN

—¿Estás seguro de esto, Richard?

—Sí, Logan.

—Entonces carga con las consecuencias.

—Sí. Esta es mi decisión.

Acababa de llegar a la ciudad de Miami, donde estaba Audrey.

No le había avisado de mi llegada; necesitaba hacer esto en persona, cara a cara. La decisión de cancelar nuestro matrimonio concertado no era algo que pudiera comunicar mediante una llamada o un mensaje.

Cuando encontré a Audrey en un café junto al mar, su sonrisa inicial se desvaneció rápidamente al notar la seriedad en mi rostro.

—He venido hoy para hablar de algo importante sobre nuestro futuro.

Me miró, con una mezcla de sorpresa y cautela en los ojos.

—¿Qué puede ser tan importante que no pueda esperar?

Respiré hondo, buscando las palabras que cambiarían el rumbo de nuestras vidas.

—He venido para cancelar nuestro matrimonio.

La reacción de Audrey fue inmediata e intensa.

—No puedes estar hablando en serio, Richard. ¿Sabes lo que eso significa para nosotros, para nuestras familias, para tu campaña?

—Lo sé, Audrey, pero esta es mi decisión y no voy a echarme atrás.

Audrey cruzó los brazos, y su actitud defensiva era evidente.

—Esto nos perjudicará a los dos, Richard. Sabes cuánto han invertido nuestras familias en esto, cuánto se suponía que iba a beneficiar a tu campaña.

—Entiendo las consecuencias —continué, manteniendo la calma—. Y estoy dispuesto a afrontarlas. Pero no puedo construir mi felicidad, mi vida, sobre una mentira.

Guardó silencio durante un largo momento, sopesando mis palabras.

Sabía que estaba analizando todas las posibles consecuencias, tanto para ella como para mí.

—Mi familia no va a dejar esto así. ¡Yo tampoco lo voy a dejar pasar!

—No me importa.

—¡Estás tirándolo todo por la borda, Richard! ¿Por ella? ¿Por esa mujer?

Mi corazón se aceleró, no por la amenaza, sino por la mención de Emma, la madre de mi hijo.

—Sí, por Emma y por nuestro hijo. No voy a vivir una vida basada en acuerdos que no respetan lo que realmente siento.

—¿Y crees que esto va a acabar bien? —desafió Audrey, con un tono cada vez más amenazante—. ¿Crees que tu querida Emma estará a salvo cuando mi familia se entere? ¿Cuando todos se enteren?

La amenaza directa contra Emma y contra nuestro hijo encendió algo dentro de mí.

—Si algo le ocurre a ella o a nuestro hijo por culpa de esto, te consideraré a ti y a tu familia directamente responsables. Y haré lo que sea necesario para protegerlos. Esto no es una amenaza, Audrey, es una promesa.

Hubo un momento de silencio pesado entre nosotros, una tensión casi palpable.

—Entonces estás dispuesto a arriesgar tu carrera política por ella —preguntó finalmente Audrey, con la voz más baja, como si empezara a comprender la profundidad de mi decisión.

—Sí, lo estoy. —La respuesta salió de inmediato, sin vacilar—. Y haré lo necesario para asegurarme de que nada malo les ocurra.

Audrey me miró, quizá buscando algún signo de debilidad, alguna vacilación, pero lo único que encontró fue determinación.

Con un suspiro de derrota, por fin bajó los brazos y su postura defensiva se relajó ligeramente.

—Puedes estar seguro, Richard, de que esto tendrá consecuencias. —Su voz era más calmada, aunque aún llevaba un claro tono de advertencia.

—Soy consciente —respondí, poniéndome en pie—. Y estoy preparado para enfrentar lo que venga.

—No creo que lo estés.

—Eso lo decidiré yo.

Me negaba a sacrificar mi felicidad personal y la de ellos por conveniencias políticas o expectativas sociales.

—¿De verdad crees que la gente va a aceptar esto con los brazos abiertos? —Su voz tenía un matiz de incredulidad, mezclado con una pizca de ira contenida.

—No espero que sea fácil, pero ese es mi problema ahora, no el tuyo —señalé, manteniendo el contacto visual para dejar claro que no estaba bromeando.

—Entonces ya no tenemos nada más de lo que hablar.

—Estoy de acuerdo.

En ese momento, por fin había dicho todo lo que sentía respecto a ese matrimonio concertado.

Por mucho que la idea inicial hubiera sido mía, conocer mejor a Emma hizo que no solo mi mente, sino también mi corazón cambiaran, y eso era algo que ya no podía ignorar.

Nunca más.

EMMA GARFIELD

Me desperté temprano el sábado, y esta vez con un ruido distinto que venía de fuera.

Mis hermanos gemelos estaban riendo a carcajadas, algo poco habitual salvo en los momentos en que jugábamos por el campo.

Movida por la curiosidad, salí de nuestra pequeña casa y casi no podía creer lo que veían mis ojos.

—Has dormido de lo lindo, ¿eh? —dijo Christopher mientras hacía algo con las manos junto a los gemelos—. Por lo visto te hemos despertado.

—Espera… ¿estás jugando con ellos?

—Sí, parece que sí —respondió Christopher con una sonrisa, claramente divirtiéndose con los gemelos—. Me han convencido para construir una maqueta de castillo aquí en el jardín. Mira.

Me acerqué, sorprendida y encantada al mismo tiempo.

Christopher, siempre tan serio y centrado en sus propios asuntos, estaba allí arrodillado en la tierra, ayudando a Kaleb y a Arianna a apilar pequeñas ramas y piedras, creando algo que, a sus ojos, parecía un castillo majestuoso.

—¡Vaya, esto está increíble! —exclamé, sinceramente impresionada por su creatividad.

Kaleb me miró con los ojos brillando de entusiasmo.

—¿Te gusta? ¡Chris dice que es un castillo de defensa contra dragones!

Arianna, sin querer quedarse atrás, añadió enseguida:

—¡Y yo he puesto flores alrededor para atraer hadas protectoras!

—Claro que me gusta, es precioso. Y esa idea de las hadas es muy inteligente, Arianna —sonreí, animando su imaginación.

Christopher se levantó, limpiándose las manos en el pantalón.

—¿Sabes? A veces está bien olvidarse un poco de las responsabilidades y simplemente… jugar con ellos. Tienen muchas ideas, y me hace recordar cuando éramos niños.

Su comentario me hizo reflexionar.

La finca siempre había sido un lugar mágico para nosotros, un sitio donde la imaginación no tenía límites. Y ver a mi hermano mayor, normalmente tan reservado, permitiéndose formar parte de ese mundo imaginario junto a los gemelos me llenó de alegría.

—Me alegra mucho que estés aquí con nosotros, Chris —admití, emocionada—. A ellos les encanta cuando juegas con ellos.

—Y ya hacía tiempo, ¿verdad?

—¡Ajá! —dijo Kaleb.

—¡A mí también! —añadió Arianna con su entusiasmo habitual —. ¿Podemos hacer mañana un castillo aún más grande? ¿Con torres y todo?

Christopher miró a los dos, y una sonrisa se dibujó en sus labios.

—Claro, ¿por qué no? Vamos a construir el castillo más grande que haya visto esta finca.

—¡Y con un dragón! —añadió Kaleb, con los ojos brillando ante la idea.

—¡Y un jardín para las hadas! —Arianna tampoco quiso quedarse atrás, y su imaginación ya florecía con la propuesta.

No pude evitar reír ante su entusiasmo, sintiendo una felicidad sincera por aquel momento de unión familiar.

—Eso suena como un proyecto para todo el fin de semana.

Christopher asintió y me miró.

—Me recuerda cuando construimos aquel fuerte en el árbol. ¿Te acuerdas, Emma? Tú siempre eras la arquitecta, dando órdenes sobre dónde debía ir cada pieza.

—¿Cómo podría olvidarlo? —respondí sonriendo.

El recuerdo de aquellas tardes perezosas de verano, cuando el mayor de nuestros problemas era cómo construir la siguiente gran aventura, llenó mi corazón de una dulce nostalgia.

—Bueno, creo que tenemos bastante trabajo por delante. Vamos a necesitar toda la ayuda posible —dijo Christopher, mirando a los gemelos, que asintieron con energía.

—Contad conmigo —dije, uniéndome al plan—. Parece que nos espera un fin de semana lleno de aventuras.

Los gemelos aplaudieron, ya imaginando todo lo que estaba por venir.

Por un momento, todas las preocupaciones y desafíos de la vida adulta parecieron desvanecerse, sustituidos por la simple alegría de estar juntos, construyendo castillos no solo con ramas y piedras, sino también con sueños y esperanzas.

Christopher puso una mano sobre mi hombro, un gesto de complicidad y apoyo.

—Lo haremos juntos, como una familia.

—Eso es exactamente lo que necesitamos.

—Y no hace falta que me digas nada sobre ese bebé. He visto cómo miras a Richard, y también la forma en que él te mira a ti.

Durante un momento no dije nada, sorprendida por la repentina observación de Christopher, mientras buscaba las palabras adecuadas.

Era verdad, Richard y yo compartíamos algo especial, algo que iba mucho más allá de una simple amistad aquí en la finca. Existía una conexión profunda, una promesa silenciosa de un futuro compartido, ahora aún más real con la vida que crecía dentro de mí.

—Chris, yo… —empecé, sin saber muy bien cómo continuar.

Pero él levantó la mano, interrumpiéndome con una sonrisa amable.

—No tienes que explicarme nada, Emma. Solo quería que supieras que os apoyo. Pase lo que pase, somos una familia. Y ese bebé… va a formar parte de algo muy especial.

Su apoyo, tan libre de juicios y de condiciones, llenó mi corazón de gratitud.

—Gracias, Chris. Significa mucho oír eso de ti. —Mi voz temblaba ligeramente por la emoción.

Sonrió, de esa manera capaz de iluminarle todo el rostro, y volvió a agacharse para continuar con la construcción del castillo, mientras Kaleb y Arianna ya planeaban añadir un foso con cocodrilos imaginarios y un puente levadizo hecho con ramitas.

Observándolos trabajar juntos, una sensación de paz y de pertenencia me envolvió, y por primera vez en mucho tiempo me sentí verdaderamente completa.



CAPÍTULO 29

«Descubrieron que el amor verdadero es una llama que arde sin consumirse, iluminando caminos oscuros y calentando corazones fríos, un faro constante que guía de regreso a casa, sin importar cuán lejos se haya navegado por las aguas turbulentas de la vida…»

RICHARD HARDMAN

No ocurrió nada en los días siguientes, al menos nada relacionado con los Hilton, que no hicieron ningún comentario sobre mi comunicado en la prensa anunciando la cancelación del matrimonio.

Pensé que habría una represalia inmediata, pero no ocurrió. Aun así, mi atención estaba centrada ahora en otra cosa, en alguien.

—Apuesto a que estás pensando en política justo cuando el bebé está a punto de nacer, Richard —se burló Logan, consciente de mi nerviosismo.

—¡Pésimo momento para bromas! —gruñí, y él soltó una carcajada.

—Es mi trabajo.

La espera se hacía casi tangible, una mezcla de ansiedad y expectación llenando cada segundo.

Estaba allí, en una de las habitaciones reservadas del hospital, preparada especialmente para el parto natural de Emma. Habíamos optado por un parto natural.

—Richard, aquí está todo listo. El equipo está preparado y Emma está siendo monitorizada constantemente —me aseguró el médico, al notar mi tensión.

Había seguido todo el proceso, desde la preparación de la habitación hasta las conversaciones sobre las mejores prácticas para un parto natural.

El equipo médico explicó los procedimientos, cómo vigilarían a Emma y al bebé durante el trabajo de parto y cómo intervendrían si

fuera necesario para garantizar la seguridad de ambos.

—Ha pedido verte —me informó el médico tras una hora que pareció una eternidad—. Pero recuerda, tu papel es apoyarla. Así que sigue las indicaciones del equipo.

—Ve. Benji y yo nos quedamos aquí —dijo Logan.

Cuando por fin entré en la habitación, el ambiente estaba tranquilo; Emma estaba concentrada en su respiración, siguiendo las indicaciones de la doula y del equipo médico.

—Estamos juntos en esto, Emma. Eres increíble —susurré, intentando transmitirle toda mi admiración y mi apoyo a través de mis palabras.

El parto avanzó, con Emma utilizando técnicas de respiración y posturas recomendadas para facilitar el proceso.

Y entonces, tras horas de esfuerzo, nuestro hijo finalmente llegó al mundo. El llanto vigoroso del bebé llenó la habitación, un sonido que hizo que las lágrimas acudieran de inmediato a mis ojos.

Era un niño. Un niño…

—Es perfecto, Emma. Lo hemos conseguido. —Mi voz estaba quebrada por la emoción, y mi corazón parecía no caber en el pecho al ver al pequeño ser que ella había traído al mundo.

Emma, agotada pero radiante, me sonrió con una mirada llena de amor y gratitud.

—No lo habría logrado sin ti. Míralo… nuestro hijo.

El equipo médico nos concedió unos instantes preciosos a solas.

—¿Cómo lo llamaremos?

Observé su rostro, viendo en él tanto de Emma como de mí, feliz por su salud, y un nombre acudió enseguida a mi mente.

—¡Bruce! ¡Se llamará Bruce!

—Por mí está decidido.

Me quedé contemplando a mi hijo, maravillado con cada pequeño movimiento, con cada sonido que hacía. Era una mezcla de asombro y un amor tan profundo que parecía que mi corazón podía estallar en cualquier momento.

Emma, igualmente fascinada, no apartaba los ojos de Bruce y sonreía cada vez que se movía o emitía algún sonido.

—¿Crees que le gustará la política? —bromeé, intentando aliviar la tensión de todo lo que habíamos vivido para llegar hasta ese momento.

Emma rió, una risa suave que sonó como música para mis oídos.

—Espero que le guste el campo, las estrellas, los libros… Y si algún día le interesa la política, bueno, tendrá al mejor profesor.

—¿Crees que le gustará la política? —bromeé, intentando aliviar la tensión de todo lo que habíamos pasado para llegar hasta aquí.

Emma rió, una risa suave que sonaba como música para mis oídos.

—Espero que le gusten el campo, las estrellas, los libros… Y si algún día quiere saber de política, bueno, tendrá al mejor profesor.

—Y a la mejor madre para enseñarle sobre la vida, el amor y la importancia de la familia —añadí, mirándola con todo el amor que sentía—. Y quién sabe, quizá algún día siga mis pasos.

La llegada de Bruce significaba mucho más que la ampliación de nuestra familia; era un nuevo comienzo, una nueva esperanza de un

futuro en el que podríamos ser verdaderamente felices, lejos de las complicaciones de mi carrera política y de las expectativas del mundo exterior.

En aquel momento, sosteniendo a Emma y a nuestro hijo, supe que haría todo lo que estuviera en mi mano para protegerlos, para asegurarme de que Bruce creciera en un mundo donde se sintiera amado, seguro y libre para ser quien quisiera ser.

—¿Richard…? —Emma rompió el silencio, y su voz me devolvió al presente.

—¿Sí?

—¿Crees que estamos preparados para esto? ¿Para ser padres?

La miré a los ojos y vi en ellos la misma mezcla de alegría y miedo que sentía yo.

—Aprenderemos juntos. Y con cada desafío nos haremos más fuertes.

Ella asintió, aliviada por mis palabras.

—Te quiero, Richard. Y quiero a nuestro pequeño Bruce más de lo que las palabras pueden expresar.

—Yo también os quiero a los dos. Más que a nada en este mundo.

Juntos, en el silencio de la habitación del hospital, con nuestro hijo en brazos, sentíamos que, pasara lo que pasara en el futuro, lo afrontaríamos unidos, como una familia.

Y esa era la mayor promesa y el compromiso más profundo que podía hacer, no solo a Emma y a Bruce, sino también a mí mismo.



Todavía estaba aturdido, pero feliz por todo lo que había sucedido.

Emma descansaba con nuestro hijo, y varias personas me felicitaban, pero aún no había visto a Logan.

—¿Conseguiste quitártelo de encima, Benjamin?

—Dijo que iba a salir un momento y que volvía. Comentó algo sobre la emoción de los bebés, que tenía debilidad por eso.

—¿Y tú te lo creíste? —murmuré entre dientes, esbozando una breve sonrisa.

—Claro que no. Ese abogado está como una cabra.

Hablé unos minutos más con Benjamin, y entonces vi a Logan regresar, con una sonrisa enorme en cuanto me vio.

—Entonces… ¿cómo se llama el muñeco?

—¿Muñeco? —pregunté, incapaz de creer lo que acababa de oír, ni a quién se refería.

—Sí, hombre. Tu hijo.

—Logan… a veces me entran ganas de matarte.

—Ah, ponte a la cola. Mi mujer y mis hijos también, y a ellos sí me los tomo en serio. Pero deja de darle vueltas, ¿cómo se llama el

muñe… quiero decir, tu hijo?

—Bruce.

—Fuerte, imponente… aunque yo prefería Logan. Tenía esperanzas… —resopló, contrariado, y no podía creer que realmente pensara que yo consideraría ponerle a mi hijo el nombre de alguien que me sacaba de quicio todos los días.

—¿Cómo lo sabías?

—¿El qué?

—Que era un niño.

—Intuición. Siempre acierto el sexo de los bebés. Impresionante, ¿verdad?

—No me parece tan impresionante, mucha gente…

—Ah, no —me interrumpió rápidamente—. Hablo de mí.

Abogado psicópata y narcisista.

Pero… yo estaba feliz, y Logan no iba a estropearme el momento.

—Tenéis que volver al trabajo.

—Benji y yo lo haremos. Disfruta, y felicidades. Ahora ya puedes decir que has hecho algo bueno en tu vida.

—¡Adiós, Logan!

—Vamos, Benji. Hoy te vienes conmigo.

—Nadie se merece esto —murmuró él, derrotado, y yo sonreí.

El futuro estaba en mis manos, y podía sentirlo.

Mi hijo estaba destinado a grandes cosas, y como padre le enseñaría cómo convertirse en un hombre de valor en este mundo.

A cualquier precio.

EMMA GARFIELD

Permanecí como una tonta contemplando a Bruce, mi pequeño milagro, mientras dormía plácidamente en mis brazos. Cada leve suspiro, cada movimiento casi imperceptible era para mí una maravilla.

Me preguntaba cómo sería su futuro, qué aventuras viviría, qué historias contaría algún día. Deseaba que heredara el amor por el campo, por las estrellas y, sí, incluso por los libros, igual que yo.

—Es tan perfecto, Emma —susurró mi madre desde el otro lado de la habitación, con la mirada llena de ternura y amor por su nieto.

—Lo es, mamá. Y pensar en todo lo que hemos pasado para llegar hasta aquí.

—Lo importante es que los dos estáis bien. ¿Y Richard? Parece tan feliz, tan cambiado. —Su voz era suave, reflexiva.

—Está completamente comprometido con nosotros, mamá. Y verlo con Bruce… es como si todo, por fin, tuviera sentido. —Sonreí al recordar la expresión de Richard cuando sostuvo a nuestro hijo por primera vez.

Fue un momento de pura emoción, una conexión profunda que superaba cualquier cosa que hubiera visto antes en él.

Mi madre se acercó y se sentó en el borde de mi cama.

—Emma, vais a enfrentar desafíos, pero somos una familia, y nos ayudaremos pase lo que pase.

Asentí, sintiendo una oleada de gratitud por tener una madre tan maravillosa.

—Lo sé, mamá. Y estoy tan agradecida por eso. Por ti, por Chris, por los gemelos… y por Richard. Vamos a criar a Bruce juntos, a enseñarle sobre el amor, sobre el respeto y sobre cómo ser una buena persona.

—Y con un poco de suerte, le encantará montar a caballo tanto como a ti —bromeó, intentando aligerar el momento.

Las dos nos reímos.

Volví a mirar a Bruce, con el corazón lleno de sueños y esperanzas para él. No sabía qué nos depararía el futuro, pero sí sabía que, mientras estuviéramos juntos, podríamos enfrentarnos a cualquier cosa.

—Entonces, Emma, ¿cuál es el próximo capítulo para vosotros? —preguntó mi madre, con la curiosidad brillando en sus ojos.

—¿El próximo capítulo…? —repetí, pensando en su pregunta—. Creo que Richard se centrará en la campaña, dará lo mejor de sí, y después volverá con nosotros… y lo hará como presidente de Estados Unidos. Es algo que siempre ha querido, y yo lo apoyaré pase lo que pase. Estaremos aquí esperándolo, criando a nuestro hijo con amor, enseñándole la importancia de soñar en grande y de luchar por aquello en lo que cree.

Mi madre asintió, con un brillo de admiración en los ojos.

—Richard tiene mucha suerte de tenerte a su lado, Emma. Y Bruce tiene suerte de tener unos padres como vosotros.

—Daremos lo mejor de nosotros, estoy segura.

En ese momento, rodeada del amor de mi familia, sentí una paz profunda.

Sabía que los días que vendrían traerían su parte de desafíos, especialmente con la campaña presidencial de Richard y los cambios

que eso implicaría en nuestras vidas. Pero, al mirar el rostro sereno de Bruce, supe que todo valdría la pena.

—Tu padre y yo siempre estaremos aquí para vosotros, Emma. Siempre. Aunque él solo esté en pensamiento.

—¡Te quiero, mamá!

—¡Yo también te quiero, hija!

Cuando me quedé sola de nuevo, con Bruce en mis brazos, sentí una oleada de determinación. Estábamos a punto de comenzar una jornada que cambiaría nuestras vidas para siempre, pero tenía fe.

Fe en el amor que Richard y yo compartíamos, fe en la familia que estábamos construyendo y fe en nuestro futuro juntos.

Y, en ese momento, eso era todo lo que necesitaba.



CAPÍTULO 30

«En el tapiz del tiempo, sus corazones tejieron un hilo dorado de momentos compartidos, demostrando que el amor, en su esencia más pura, trasciende las eras, un lazo inquebrantable que une pasado, presente y futuro en un único y eterno ahora…»

RICHARD HARDMAN

Ahora tenía que luchar por alguien más: mi hijo, Bruce.

Quería alcanzar cuanto antes mi objetivo, convertirme en presidente de Estados Unidos, para poder pasar más tiempo con él y con mi familia en la Casa Blanca.

La finca se convertiría en nuestro refugio en determinados momentos, aunque tendríamos que cumplir con la tradición.

—¿Preparado para el debate de la semana que viene, Richard? —preguntó Logan, esta vez con tono serio.

—Sí.

—Será el primero entre los dos principales candidatos: tú y Jordan Grayson.

—Espero cualquier cosa de su parte. Estamos literalmente empatados en las encuestas y, por eso, intentará desestabilizarme de alguna manera.

—Es verdad, y creo que sabes cómo va a hacerlo.

—Sí.

—¿Y no te preocupa? —preguntó con cautela.

—No, al menos no en lo que respecta a los Hilton.

—Interesante. Explícame por qué piensas así.

—Es sencillo: no puede hablar de la alianza que yo tenía con los Hilton ni del matrimonio concertado, porque descubrimos que ellos

también mantenían una alianza secreta. Si saca ese tema, quienes saldrán perjudicados serán los Hilton, y Audrey no va a permitirlo.

—Hmm… pensamos igual. Entonces sabes perfectamente cuál será el foco de ese debate.

—Sí. Emma y mi hijo.

Lo sabía, y hasta entendía algunas de las preguntas que probablemente surgirían. Mi vida personal se había convertido en un tema de interés nacional desde que anuncié la cancelación de mi matrimonio con Audrey.

Era inevitable que Grayson intentara usarlo en mi contra, tratando de presentarme como alguien inestable o irresponsable.

—¿Y cómo piensas manejarlo? —Logan estaba concentrado ahora; la broma había dado paso a un interés genuino por la estrategia.

—Con honestidad. Hablaré de la importancia de la familia, de cómo las decisiones que he tomado reflejan mis valores y no una supuesta debilidad —respondí con seguridad.

La verdad era mi mayor aliada, y no tenía ninguna intención de esconderme detrás de medias verdades o excusas.

—¿Y sobre Emma y Bruce? —continuó Logan, consciente de que ese sería un punto clave.

—Ellos son mi fuerza, no mi debilidad. Voy a destacar cómo me inspiran a ser un hombre mejor, un líder mejor. Y cómo mi compromiso con ellos refleja también mi compromiso con el país.

—Buena jugada, Richard. Eso puede jugar muy a tu favor. —Logan parecía impresionado, y podía ver cómo su mente ya empezaba a girar, pensando en la forma de convertir posibles ataques en puntos fuertes.

—Sí.

—Solo ten cuidado con la forma en que lo presentes. No queremos que parezca que utilizas a tu familia como un escudo político. Tiene que ser auténtico; de lo contrario, el tiro podría salirte por la culata. —Su advertencia era válida, y sabía que la sinceridad sería crucial.

—No te preocupes. Cuando hablo de ellos, siempre es auténtico —aseguré, y durante unos segundos guardé silencio, reflexionando sobre la magnitud de lo que estaba por venir.

—¿Y si intenta desviar la conversación hacia otros temas? Tenemos que estar preparados para todo. —Logan ya estaba pensando más allá, y asentí con la cabeza.

—Entonces prepararemos respuestas para todos los escenarios posibles. Quiero estar listo para defender no solo mis decisiones personales, sino también mis propuestas para el futuro del país —afirmé con determinación.

Esta era mi historia, y me encargaría de que resonara para siempre de la manera correcta…



Los días fueron pasando y, aunque echaba de menos a Emma y a nuestro hijo, debía cumplir con mi deber; al fin y al cabo estábamos en octubre y las elecciones serían el mes siguiente.

A pesar de todo, me mantenía concentrado. Sabía que contaba con el apoyo de muchos de mis votantes y que conseguiría los delegados necesarios en cada estado.

Ahora, sin embargo, me estaba preparando para el debate y sabía que sería intenso. Nuestras ideas eran distintas, además de pertenecer a partidos diferentes, y eso pondría sobre la mesa muchos temas, incluida mi vida personal.

Los preparativos fueron intensos.

Pasé horas revisando notas, posiciones y posibles preguntas junto a mi equipo. Logan y Benjamin estaban a mi lado, ayudándome a perfeccionar cada respuesta, cada argumento.

La importancia de aquel debate no podía subestimarse; perfectamente podía decidir el rumbo de la elección.

El estudio estaba cargado de electricidad aquella noche. Las cámaras, las luces, el público en directo… todo contribuía a una atmósfera de tensión palpable. A mi lado, Jordan Grayson, el candidato de la oposición, parecía igualmente preparado. Su postura era segura, aunque en sus ojos brillaba una chispa de cautela.

Cuando nos presentaron, el aplauso del público llenó el estudio.

Respiré hondo, recordando las palabras de Emma antes de que dejara la finca.

«Sé tú mismo, Richard. Es todo lo que tienes que hacer.»

Aquellas palabras resonaban en mi mente, fortaleciendo mi determinación. El moderador dio inicio al debate y las preguntas comenzaron a fluir.

Como era de esperar, las diferencias entre nuestras plataformas políticas salieron a relucir enseguida, con discusiones encendidas sobre economía, política exterior, sanidad y educación.

Mantuve la concentración, defendiendo mis propuestas con pasión y firmeza, tratando siempre de presentar una visión de un futuro próspero e inclusivo para el país.

Sin embargo, sabía que el momento más delicado aún estaba por llegar.

Y no tardó en hacerlo.

—Hablando ahora de un terreno más personal, de un hombre que afirma tener una integridad inquebrantable, he recibido información de que tiene un hijo con una mujer que trabaja en su finca, en Texas. ¿Lo niega, Richard Hardman?

Un murmullo recorrió de inmediato al público, y las miradas incrédulas se hicieron evidentes tanto entre quienes me apoyaban como entre la oposición.

—No, no lo niego —respondí con decisión.

—¿Y sería Emma Garfield esa mujer? —continuó Grayson, con un tono insinuante que no me gustó en absoluto.

Me mantuve sereno, aunque por dentro una tormenta de emociones amenazaba con desbordarme.

—Sí, Emma Garfield es la madre de mi hijo. Una mujer íntegra, fuerte y el amor de mi vida.

Grayson sonrió, como si hubiera encontrado algo que pudiera usar contra mí.

—¿Y cómo explica las acusaciones de que su relación con la señora Garfield comenzó cuando ella era menor de edad?

Nunca la había mirado con otros ojos cuando era una adolescente, pero ahora comprendía que nuestra diferencia de edad de veinte años le estaba sirviendo como arma.

Mi paciencia estaba siendo puesta a prueba, pero sabía que la verdad estaba de mi lado.

—Esas acusaciones son completamente falsas. Mi relación con Emma comenzó cuando ambos éramos adultos. Cualquier insinuación en sentido contrario es un intento vergonzoso de manchar mi reputación y la de ella.

—¿Está seguro?

El público murmuraba, dividido entre el asombro y la incredulidad.

Continué hablando, con la voz firme, mirando directamente a las cámaras, sabiendo que Emma, y quizá todo el país, me estaban observando.

—Comprendo la importancia de la integridad y del carácter en el liderazgo. Por eso estoy aquí, siendo transparente sobre mi vida, porque creo que el pueblo estadounidense merece la verdad. Me enamoré de ella a finales del año pasado.

Observé que él vacilaba, con ganas de mencionar el nombre de Audrey, pero no podía hacerlo, ya que ellos también mantenían una alianza secreta.

Eso, de algún modo, me salvó, aunque el pueblo estadounidense conocía ese matrimonio; lo que no entendían era por qué había renunciado a él, porque no sabían que había sido concertado.

Hasta ahora.

—No sé si el pueblo estadounidense va a creerle, Richard.

—Invito a cualquiera que tenga dudas sobre mi conducta a investigarlo. No tengo nada que ocultar. Mi compromiso es con la verdad, con mi familia y con el pueblo estadounidense.

El moderador intervino, llevando el debate de nuevo hacia los temas políticos, pero el posible daño de las insinuaciones de Grayson ya flotaba en el ambiente, y él terminó llevándose la victoria en ese primer debate.

Claramente.

Había conseguido lo que quería con mentiras, y ahora era yo quien tenía que correr para revertir ese resultado…



«Contigo, cada paso es una aventura hacia lo desconocido, donde el único mapa que necesitamos es el calor de nuestros cuerpos…»

RICHARD HARDMAN

—Sí… esto se ha ido al carajo.

Estaba reunido con Logan y Benjamin, y ese había sido el primer comentario de mi abogado.

—Saldremos de esta —dijo Benjamin a continuación, pero la rabia crecía dentro de mí.

¿Cómo se habían atrevido a insinuar que yo podría haber tenido algo con Emma cuando ella era menor de edad?

Golpeé la mesa con la mano derecha, fuera de mí solo por escuchar aquella insinuación.

—No sé qué idea tienes en mente, pero van a pagar por haber dicho eso de Emma —bramé, cada vez más furioso.

Logan me observó, esta vez con el rostro algo más serio de lo habitual.

—Tranquilo, Richard. Tengo un plan… bueno, tres… o cinco —dijo con rapidez.

—¿Qué clase de plan?

—Eso ahora no importa demasiado, déjamelo a mí.

—Deja de jugar, Logan. No tenemos tiempo y creo que sabes perfectamente lo que acaba de pasar.

—Oh, lo sé muy bien. Y tu éxito es mi éxito, así que vamos a contraatacar, eso tenlo por seguro.

Benjamin y yo nos quedamos mirándolo; parecía demasiado tranquilo para la situación, y eso resultaba extraño.

—Logan…

—Respóndeme a una cosa: ¿recibirías un disparo por Emma?

—¿Qué clase de pregunta es esa, Logan? —intervino Benjamin, visiblemente más irritado que yo.

—Es una pregunta normal. Solo quiero saber hasta dónde llegarías por ella y por la presidencia.

—Moriría por ella y por mi hijo —respondí finalmente.

Sonrió y asintió satisfecho.

—Eso es justo lo que quería oír. No te preocupes. Él ha usado una mentira para atacarte en este debate; tú también usarás una y equilibrarás la balanza en el próximo debate, dentro de dos semanas.

—¿Y cuál será esa mentira?

—Pronto te contaré los detalles. Te confieso que prefería jugar limpio, pero han sido ellos quienes han empezado. Solo necesito que mantengas la compostura, Richard. Estas elecciones serán tuyas.

—Más vale que me digas qué estás tramando, Logan. No voy a asumir ningún riesgo si eso puede alejarme de la presidencia.

—Lo único que puedo decirte por ahora es que tengo gente infiltrada, cámaras ocultas, micrófonos… sé lo que ocurre entre bastidores, pero no voy a distraerte con eso. La parte operativa queda entre Benji y yo. Tú céntrate en ser tú mismo y en inspirar a la gente. Eso es lo que haría un presidente, ¿no crees?

—Sí, lo es —murmuré entre dientes, todavía clavando la mirada en su rostro demasiado tranquilo.

—Dentro de una semana tendrás que ir a Colorado para dar un discurso allí. No canceles ese acto.

—No lo cancelaré.

—Me alegro, porque a partir de hoy todos los periódicos hablarán de ti… y no precisamente de forma positiva…

EMMA GARFIELD

Estaba aturdida mientras miraba la televisión. No solo yo, también mi madre y el señor James, que ahora me observaba sin mostrar ninguna reacción.

—¡Eso es mentira! —dije enseguida, alternando la mirada entre ellos—. ¡Richard nunca me miró de otra manera cuando yo era una adolescente!

Aunque no creyeran al rival, necesitaban oír de mi propia boca que entre nosotros no había pasado nada.

—Hija…

—Es en serio, mamá. Siempre me gustó Richard, pero nunca pasó de eso, y que digan algo así… podría haber destruido su candidatura.

En el fondo sentía que era culpa mía.

—Emma, querida —empezó el señor James con voz tranquila—, tú no tienes la culpa de nada. La gente hablará, sobre todo en tiempos de elecciones. Lo importante es la verdad que vosotros dos conocéis y vivís.

Mi madre me rodeó con un brazo, ofreciéndome el consuelo que tanto necesitaba en ese momento.

—Richard es un buen hombre, fuerte. Superará esto.

Aun así, me resultaba difícil no sentirme responsable.

Las palabras de su rival en la televisión resonaban en mi cabeza, distorsionando los momentos felices que habíamos compartido en recuerdos teñidos de duda y sospechas injustas.

—¿Y si esto influye en la elección? ¿Y si la gente le cree? —Mi voz vaciló, y el miedo a perjudicar a Richard se volvió casi insoportable.

—Emma —dijo mi madre con firmeza—, las personas que conocen a Richard, las que de verdad se preocupan por lo que intenta hacer por el país, sabrán ver más allá de esas acusaciones. La verdad siempre sale a la luz. Y vuestra verdad es más fuerte que cualquier insinuación barata.

El señor James asintió, de acuerdo.

—Richard ya ha enfrentado desafíos antes, y siempre ha salido más fuerte. Sabe que cuenta con nuestro apoyo, y eso significa afrontar cualquier cosa juntos. No has sido un obstáculo para él, Emma. Le has dado algo por lo que luchar, una familia que proteger.

Sus palabras me calmaron por dentro, disipando parte del frío que se había instalado en mi corazón.

Tenían razón.

Conocía a Richard, conocía su carácter y su integridad. Lucharía no solo por la presidencia, sino también por nosotros, su familia.

—¿No sería buena idea que diera una entrevista o algo así? No sé… intentar desmentir todo esto.

—Mejor no —dijo James, ahora un poco más serio—. Podría empeorar la situación. Estoy seguro de que mi hijo ya está pensando en estrategias, y debemos confiar en él. Richard sabrá manejar esto. No subestimes su inteligencia ni su astucia.

Mi madre asintió.

—James tiene razón. Actuar por impulso podría atraer aún más atención negativa. Lo mejor ahora es mantener la calma y ofrecer apoyo de forma discreta.

Al comprender la lógica de sus palabras, suspiré, reconociendo la sabiduría de esperar y confiar en Richard.

Aun así, la ansiedad seguía ahí, un hilo de miedo ante lo desconocido y ante las consecuencias que aquellas falsas acusaciones podrían tener en nuestras vidas.

—Está bien. Confiaré en Richard y en su plan. Pero es difícil… no hacer nada, solo esperar —admití, sintiéndome inútil ante la magnitud de la situación.

—No es que no estés haciendo nada. Estás haciendo lo más importante: dar amor y apoyo a Richard y a Bruce. Eso es esencial, ahora más que nunca —dijo mi madre, apretándome la mano.

—Emma… —añadió el señor James, mirándome con una intensidad que me obligó a prestar atención—. Pase lo que pase, somos una familia. Y juntos superaremos esto.

—De acuerdo.

Salí del salón y me dirigí a la habitación de nuestro hijo, con el corazón todavía pesado, aunque las palabras de apoyo de mi madre y del señor James seguían resonando en mi mente.

Abrí la puerta en silencio y me acerqué a la cuna donde Bruce dormía plácidamente; parecía un pequeño ángel en su propio mundo de sueños.

Al observarlo, una oleada de emoción me invadió.

Allí estaba el futuro, nuestro pequeño milagro, ajeno a las tormentas del mundo exterior.

La paz de su rostro y la suavidad de su respiración trajeron calma a mi corazón agitado.

Era por él, y para él, por quien luchábamos, por quien afrontábamos los desafíos que la vida ponía en nuestro camino.

—Hola, amor mío… —susurré, acariciando suavemente su pequeña mano—. Tu padre y yo haremos todo lo posible por protegerte, por darte un mundo en el que puedas crecer feliz, seguro y amado. ¡Te lo prometo!

La responsabilidad de la maternidad me envolvió, firme y verdadera.

Cada decisión, cada paso que dábamos, lo hacíamos pensando en nuestro hijo, en construir un hogar lleno de amor, respeto e integridad.

Aunque deseaba desesperadamente hablar con Richard, decidí respetar el consejo del señor James y de mi madre, manteniendo la calma y esperando el momento adecuado. Entendía que él estaba enfrentando sus propios desafíos, preparándose para responder estratégicamente a las insinuaciones hechas durante el debate.

Así que opté por un gesto más íntimo y significativo.

Tomé un bolígrafo y una hoja de papel, decidida a escribir una carta para Richard. Quería que supiera que, independientemente de las turbulencias del mundo exterior, tenía un refugio seguro con nosotros. Que el amor y la verdad que compartíamos eran inquebrantables, una fortaleza frente a las tormentas de la vida.

Mientras Bruce dormía plácidamente, las palabras comenzaron a fluir, cada una cargada de amor, apoyo y una promesa firme de estar siempre a su lado, pasara lo que pasara.

Le conté cómo Bruce había sonreído por primera vez, cómo sus ojos parecían reflejar los mismos cielos bajo los que soñábamos juntos,

y cómo su nacimiento había sellado nuestro compromiso no solo entre nosotros, sino también con el futuro que deseábamos construir.

Terminé la carta con una declaración sencilla, pero poderosa:

«Estamos contigo, siempre. Con amor, Emma y Bruce.»

Sellé la carta, sabiendo que se la entregarían a Richard en el momento oportuno, como un recordatorio tangible de que, pasara lo que pasara, no estaba solo.

Volví a mirar a Bruce; su sueño tranquilo era una bendición en medio de la tormenta. Su vida era un recordatorio constante de lo que realmente importaba, del amor puro e incondicional que nos unía.



«En cada amanecer contigo, el mundo renace ante mis ojos, ofreciéndonos un escenario iluminado donde nuestra danza de amor es la única protagonista…»

RICHARD HARDMAN

—¿Preparado?

—¿Por qué siempre me preguntas eso antes de uno de mis discursos, Logan?

—Por nada. Al fin y al cabo, tú también eres mi pasaporte al éxito, y si no estás bien…

—No estoy mal.

—Excelente. Entonces ve ahí fuera y da el mismo discurso que llevas dando todo el año. Hoy empezaremos a darle la vuelta a esto.

—¿No iba a ser la semana que viene, en el debate con Grayson?

—Un paso cada vez.

Me encogí de hombros.

Debería haberme acostumbrado ya a las rarezas de Logan, pero era difícil; además, era completamente imprevisible.

Unos minutos después subí al escenario y ajusté el micrófono frente a mí.

Colorado, con su diversidad y su espíritu de independencia, era un escenario crucial para mi campaña. La multitud ante mí era un mosaico del electorado estadounidense, ojos llenos de expectación, esperando palabras que pudieran inspirar… o condenar.

—¡Buenas tardes a todos! —empecé, mientras mi voz resonaba por todo el recinto—. Hoy estamos aquí para hablar del futuro, de nuestro futuro colectivo como nación.

No tardaron en surgir las preguntas personales, con las voces de la multitud mezclándose en un coro de curiosidad y, en algunos casos, de intromisión.

—¡Señor Hardman, qué puede decirnos sobre Emma Garfield! —gritó alguien desde el centro de la multitud.

Durante un instante el murmullo se intensificó, todos esperando mi respuesta.

Mi corazón latía un poco más rápido, no por miedo, sino por la constante sorpresa de ver cómo mi vida personal se había convertido en un asunto público.

—Amigos —dije, haciendo una pausa para recuperar completamente su atención—, agradezco su curiosidad y entiendo el interés por todos los aspectos de la vida de un candidato presidencial. Sin embargo, estoy aquí para hablar de nuestros planes para el futuro de este gran país, planes que afectarán a cada uno de nosotros aquí y ahora.

Elegí mis palabras con cuidado: respetuosas, pero firmes, intentando redirigir la atención hacia los temas realmente importantes.

—Nos encontramos en un momento decisivo. Lo que necesitamos ahora es centrarnos en fortalecer nuestra economía, garantizar sanidad y educación de calidad para todos los estadounidenses y recuperar nuestra posición en el escenario mundial —continué, desplegando los puntos clave de mi programa, cada uno de ellos una promesa de acción y cambio.

El resto del discurso fluyó con naturalidad, cada palabra pensada no solo para informar, sino también para inspirar.

Hablé de empleo, de tecnología e innovación, de reforma fiscal, de una política exterior equilibrada y de cómo pensábamos afrontar el cambio climático.

En cada tema, mi objetivo era claro: el bienestar del pueblo estadounidense y nuestra visión colectiva de un futuro más brillante.

Cuando terminé de responder una de las preguntas, el aplauso fue fuerte, una ola de apoyo que recorrió todo el lugar.

—¿Cuáles son sus planes respecto a la importación y la exportación en el país?

—Bien, mi intención es que…

De repente, un dolor desgarrador recorrió todo mi cuerpo, y el estruendo hizo que todos mis sentidos se pusieran en alerta.

Miré mi hombro y vi sangre; aturdido, observé cómo las personas delante de mí corrían, dispersándose, mientras varios guardias de seguridad subían al escenario y se colocaban a mi alrededor.

Después… ya no recuerdo nada más.



Me desperté aturdido en un hospital de la ciudad de Denver, en Colorado.

Estaba tumbado y no entendía muy bien qué estaba pasando. De repente, mi mente empezó a recuperar la claridad y recordé lo ocurrido.

Había recibido un disparo en el hombro derecho.

A mi lado, Benjamin parecía impaciente, con el teléfono móvil en la mano.

—¿Qué demonios ha pasado? —pregunté, todavía con bastante dolor.

—Richard, te alcanzaron durante el discurso. Pero ahora todo está bajo control. —La voz de Benjamin era tranquila, aunque podía percibir la tensión que se escondía tras ella.

Intenté moverme, pero el dolor punzante en el hombro me obligó a detenerme, soltando un gemido involuntario.

—¿Quién… hizo esto?

—Aún no lo sabemos con certeza. La policía está investigando. Pero, Richard, lo más importante ahora es que te recuperes. —Intentaba mantener la compostura, aunque su mirada preocupada revelaba lo grave de la situación.

—¿Emma… y Bruce? —La preocupación por mi familia surgió de inmediato, superando incluso el dolor físico.

—Están a salvo. Logan y yo nos hemos asegurado de ello. Están en la finca, protegidos. —Benjamin se acercó un poco más, tratando de ofrecerme cierto consuelo.

—Necesito verlos. —La idea de estar lejos de ellos, especialmente en ese momento, era insoportable.

—Pronto, Richard. Primero tienes que recuperarte. La bala ya ha sido extraída y los médicos dicen que vas a estar bien, pero necesitas descansar.

Aquella información me dio un pequeño alivio, aunque la preocupación por la seguridad de Emma y de Bruce, así como por las

consecuencias de aquel ataque para mi campaña, no me permitía relajarme del todo.

—¿Y la campaña? —pregunté, pensando ya en los siguientes pasos, a pesar del dolor y el cansancio.

—Eso puede esperar, Richard. Tu salud es lo más importante ahora. Todo lo demás lo resolveremos después.

—Quiero hablar con Emma —insistí, necesitando oír su voz para asegurarme de que todo estaba realmente bien.

Benjamin asintió y salió del cuarto durante unos momentos para hacer posible la llamada.

Al cabo de un rato volvió y me entregó el teléfono. Por fin pude oír su voz.

—¡Por el amor de Dios! Dime que estás bien, Richard.

—Sí, lo estoy.

—Ese atentado ha salido en todos los informativos.

—Lo sé, Emma. Pero lo más importante es que estoy bien, de verdad. —Intenté transmitir calma en mi voz, pese al torbellino de emociones que sentía—. ¿Y tú? ¿Y Bruce?

—Estamos a salvo, gracias a Dios. Pero, Richard… esto me ha asustado muchísimo. ¿Sabes quién ha sido? —La preocupación en su voz era evidente, y pude imaginar la angustia en su rostro.

—Todavía no, pero la policía está investigando. Logan y Benjamin están encargándose de todo para que yo pueda centrarme en recuperarme y volver a casa, con vosotros.

—Solo quiero que todo esto termine. Quiero que estés aquí, con nosotros. —La vulnerabilidad en sus palabras me golpeó

profundamente—. Y en las noticias… están hablando de cómo esto puede afectar a las elecciones.

—Lo sé, cariño. Pero ahora mismo mi prioridad es nuestra familia. La campaña… la afrontaremos día a día. Lo importante es que estoy aquí, hablando contigo. Eso ya es una victoria.

—Dicen que esto podría haber sido por culpa de aquellas insinuaciones que hizo tu oponente en el debate. ¿Crees que…? —Su voz se apagó, dejando entrever el miedo.

—Emma, no importa cuál haya sido el motivo. No voy a permitir que esto me afecte. Estamos juntos en esto, y vamos a superarlo. Juntos.

—Solo quiero que todo termine, que vuelvas a casa.

Había un deseo tan profundo en sus palabras, un reflejo de mis propios sentimientos.

—Encontraré la manera.

Hablé con ella unos minutos más y luego colgué.

Un tiempo después, Logan entró en la habitación, mucho más serio de lo habitual.

—¿Dónde estabas?

—Cancelando tus compromisos de los próximos tres días.

—No puedo permitirme perder ese tiempo, Logan.

—Sí puedes, y lo harás. Vas a ir a la finca, te quedarás allí con tu familia y te prepararás para el último debate con Grayson.

—No. Yo…

—No era una petición —dijo, todavía serio—. Me contrataste para ocuparme de esta parte, y eso es lo que estoy haciendo. Esta

misma noche estarás en tus tierras.

—Logan, necesito asistir a algunas reuniones.

—Las necesitabas. Ahora lo mejor que puedes hacer es cuidar de tu salud. Deja el resto en mis manos. Ese disparo te va a hacer ganar las elecciones.

—¿Cómo dices?

—Exactamente lo que has oído. Benjamin… —se giró hacia mi asistente— manténlo en la finca.

—Descuida.

Esta vez no tenía alternativa; tenía que confiar en Logan.

EMMA GARFIELD

El asistente de Richard me informó de que pasaría los próximos tres días aquí, en la finca.

Aquello me llenó de alivio. Un alivio inmenso.

Estaba contando los minutos; cada segundo parecía alargarse eternamente hasta que pudiera volver a verlo. La finca, que siempre había sido un refugio de paz y de amor, ahora estaba cargada de una tensión expectante, mezclada con una dosis de ansiedad por lo que estaba por venir.

De repente, oí el sonido de un coche acercándose.

Mi corazón se aceleró y salí apresuradamente de la casa, incapaz de contener la emoción que hervía dentro de mí.

Y entonces lo vi.

Richard bajó del coche, con la luz del atardecer dibujando el contorno de su rostro. Estaba distinto, marcado por lo que había vivido en los últimos días, pero para mí nunca había parecido tan heroico, tan profundamente esencial.

El cabestrillo en su hombro derecho era un recordatorio de lo que había sufrido, de todo lo que estaba dispuesto a afrontar por nosotros.

No pude contenerme. Las lágrimas comenzaron a correr libremente por mi rostro, una mezcla de alivio, amor y una punzada de dolor al verlo herido.

Corrí hacia él, ignorando todo a mi alrededor, y me lancé a sus brazos, con cuidado de no hacerle daño.

—Amor mío… ¿estás bien? —Mi voz salió en un susurro entre sollozos mientras buscaba su rostro, necesitando verlo de cerca, tocarlo para creer de verdad que estaba allí, a salvo.

—Ahora sí lo estoy, mi ángel. —Su voz era ronca, y aun así sus brazos me rodearon con una fuerza que me sorprendió dadas sus condiciones.

Nos quedamos así durante un largo instante, simplemente abrazados, como si de algún modo ese abrazo pudiera curar todas las heridas y todos los miedos.

Richard se apartó ligeramente para mirarme a los ojos y secó las lágrimas de mi rostro con una delicadeza que hizo que llorara aún más.

—Te prometí que volvería, Emma. Y aquí estoy.

—Estaba tan preocupada… —admití, incapaz de apartar la mirada de la suya—. Después de lo que pasó, después de todo lo que se dijo… yo…

—Shh… —Colocó un dedo sobre mis labios, haciéndome callar —. Lo único que importa es que ahora estamos juntos.

Richard me condujo hacia el interior de la casa.

Mientras caminábamos, me contó un poco sobre el hospital y sobre su recuperación, pero hablaba con calma, casi como si quisiera protegerme de los detalles más duros de lo que había vivido.

Yo solo estaba agradecida de que estuviera allí, vivo, a mi lado.

Después fuimos a la habitación de nuestro hijo para ver a Bruce, que dormía en su cuna.

Juntos, de la mano, nos acercamos y lo observamos en silencio.

—Míralo, Emma… —La voz de Richard era baja, casi un susurro, llena de admiración y amor incondicional—. Nuestro hijo…

Asentí, y las lágrimas volvieron a aparecer, pero esta vez eran lágrimas de alegría.

—Es perfecto, Richard. —Mi voz temblaba, ahogada por la emoción de ver a los dos hombres de mi vida juntos.

Richard extendió la mano y acarició suavemente la cabeza de Bruce con los dedos, un gesto lleno de ternura y protección.

—Crecerá fuerte, Emma. Conmigo y contigo a su lado tendrá todo lo que necesita.

—Le enseñaremos a ser amable, valiente y justo. A amar la tierra como la amamos nosotros, a encontrar belleza en las cosas sencillas y a luchar por lo que es correcto. —Mi corazón se llenaba de sueños y esperanzas para nuestro hijo, deseos que sabía que ambos compartíamos.

Richard me acercó más hacia él, rodeándome con el brazo que no tenía inmovilizado por el cabestrillo.

—Y aprenderá lo que es el amor gracias a nosotros dos. Sabrá lo que significa formar parte de una familia que enfrenta los desafíos, pero que nunca deja de apoyarse.

En aquel momento, con nuestro hijo dormido entre nosotros, todo parecía posible.

Los desafíos que tendríamos que afrontar, las luchas que nos esperarían… nada de eso importaba, porque nos teníamos el uno al otro. Estábamos juntos, unidos por un amor que había resistido y crecido frente a la adversidad.

—Él es nuestra mayor aventura, Richard. Y no querría vivirla con nadie más que contigo. —Apoyé la cabeza en su hombro, sintiendo el calor y la fuerza que siempre emanaban de él, incluso ahora, cuando todavía se estaba recuperando.

Richard besó la parte superior de mi cabeza, en un gesto lleno de complicidad y cariño.

—Os habéis convertido en mi mundo. Todo lo que hago es por nuestra familia.

Y así nos quedamos, envueltos en la quietud de la habitación de nuestro hijo, perdidos en nuestros pensamientos y en nuestros sueños para el futuro.

Por un momento, el mundo exterior —con sus complicaciones, sus exigencias y sus amenazas —desapareció, dejando solo la promesa de un mañana siempre juntos.



CAPÍTULO 33

«Entre las líneas del destino, nuestro encuentro estaba escrito como la poesía más hermosa, un verso perfecto que el tiempo jamás podrá borrar…»

RICHARD HARDMAN

Por mucho que estuviera ansioso a medida que pasaban los días, consideré una victoria haber pasado tres días aquí, en la finca, con mi familia.

De algún modo logré desconectar un poco de la política y centrarme en Emma y en nuestro bebé, que era lo que realmente importaba.

Sin embargo, hoy volvería a concentrarme en la campaña, al fin y al cabo el último debate sería el más importante.

Logan y Benjamin acababan de llegar a la finca y… se estaban riendo el uno del otro.

Eso sí que me inquietaba.

—Habéis llegado pronto —dije, observando a los dos.

—Justo a tiempo para una noticia excelente —respondió Logan con una sonrisa—. Enciende la televisión. Creo que te va a gustar lo que vas a ver.

Hice lo que me pidió y, al cabo de unos minutos, empezaron a aparecer los titulares, uno tras otro, todos centrados en las repercusiones del atentado que sufrí.

Mi corazón empezó a latir con más fuerza, no solo por la ansiedad, sino por la indignación que comenzaba a crecer dentro de mí.

Las noticias eran impactantes: las pruebas sugerían que el atentado podría haber sido orquestado por miembros del partido opositor, posiblemente con la complicidad de los Hilton.

—¿Esto va en serio? —pregunté, incrédulo, girándome hacia Logan y Benjamin, que seguían mostrando una expresión de satisfacción mezclada con la gravedad de la situación.

—Muy en serio —confirmó Benjamin, cruzándose de brazos—. Llamadas interceptadas, vídeos… todo apunta a un intento de sabotear tu campaña, Richard.

Mencionaron tu nombre y hablaron abiertamente de un atentado si creían que podías ganar.

Si aquello era cierto, no estábamos hablando solo de política sucia.

Estábamos hablando de delitos graves, de un intento de arrebatar una vida para obtener ventaja electoral.

—¿Y ahora qué? —Mi voz salió más firme de lo que esperaba, mientras mi mente ya analizaba las implicaciones y los próximos pasos que debíamos dar.

—Ahora lo utilizamos —respondió Logan, con una determinación evidente en su voz—.

No para rebajar el nivel de la campaña, sino para mostrarle al pueblo estadounidense lo que está en juego aquí.

No se trata solo de elegir a un presidente.

Se trata de elegir entre la integridad y la corrupción, entre la vida y la manipulación descarada del poder.

Era una revelación capaz de cambiar el rumbo de la elección, pero también una que exigía cautela y estrategia.

—Tenemos que asegurarnos de que cada información esté verificada —dije, pensando ya en los siguientes pasos—.

Y debemos preparar una respuesta oficial.

Una que sea digna, que deje claro lo que pensamos de esta situación sin caer en el juego sucio.

—Eso ya lo he hecho —dijo Logan.

—Entonces… ¿esto tiene que ver con la gente que dijiste que habías infiltrado y con todo lo que se estaba grabando?

—Exactamente.

He soltado eso en los medios, pero hay otra cosa que solo yo sé.

—¿Qué cosa?

—Hablemos a solas —dijo con seriedad, y asentí de inmediato.

Fuimos hasta una de las habitaciones de la finca y entramos.

—Cierra la puerta y siéntate, Richard.

Hice lo que me pidió, aunque con cierta desconfianza, porque mi abogado estaba demasiado serio.

—¿Qué estás tramando, Logan?

—En realidad… lo que he tramado sería la mejor pregunta.

Seguí mirándolo fijamente, sin entender adónde quería llegar.

—Dímelo.

—Sí que intercepté una conversación suya en la que los Hilton y Grayson hablaban de un atentado, pero… eso no iba a ocurrir.

Lo dijeron por decir, en un momento distendido, porque estaban contentos con el último debate en el que se enfrentaron.

—¿Qué has dicho? —pregunté, incrédulo—. ¡Mira lo que han hecho!

—Tranquilo. Llegaremos a eso. El caso es que ellos no tenían interés en algo así, pero cometieron el error de mencionar esas palabras, y yo lo utilicé cuando recibiste el disparo. Al fin y al cabo, era la mejor forma de igualar las cosas, ya que tu nombre había quedado manchado por la mentira sobre Emma. Lo que hice fue manchar el suyo también.

—Espera un momento, he entendido una parte, pero si estás diciendo que ellos no harían algo así, ¿quién me disparó?

Sonrió y respiró hondo.

—Mira… no fui yo, pero puede que haya sido yo quien pidió a un francotirador profesional que disparara a tu hombro. Pero era un arma de pequeño calibre, no te preocupes.

—¿¡CÓMO?! —grité, poniéndome en pie.

—Exactamente lo que has oído. El que ordenó el disparo fui yo.

—Logan… dame una razón para no romperte la cara ahora mismo y despedirte.

—Primero: no podrías, estás hecho polvo. Segundo: igualé las cosas. Las intenciones de voto volvieron a estar equilibradas porque ambos sembraron mentiras el uno contra el otro. Él con Emma, yo con el atentado supuestamente organizado por ellos. Lo que hice fue poner igualdad en esta contienda, y lo que va a decidir la victoria de uno u otro será el último debate, así que tienes que centrarte en eso.

Sentía la boca espumeando de rabia, y todavía no podía creer que aquel psicópata hubiera ordenado que me dispararan para… mantener una narrativa.

—Lo sé, puedes darme las gracias, Richard.

—¿¡Darte las gracias?!

—Era eso o perder las elecciones —respondió con seriedad—. A la gente le sentó fatal esa mentira de que llevabas años fijándote en Emma desde que era adolescente. Era la única forma de equilibrarlo todo, y no me lo pensé dos veces. Lo volvería a hacer si fuera necesario.

—¡Claro, fue mi maldito brazo el que recibió el tiro!

—¡Exactamente, cariño! —dijo, fingiendo entusiasmo—. Creo que ya sabías lo que podía pasar cuando me contrataste, y soy bueno precisamente en eso. Ganar. Pero de nada sirve si tú no haces tu parte, así que ahora eres tú quien me debe algo, Richard Hardman —concluyó, con el rostro sombrío—. Y me debes la presidencia. De lo contrario, cobraré ese favor de alguna manera.

Sí, era un lunático disfrazado de abogado, pero puede que incluso hubiera ayudado.

—Eso ha sido una locura.

—Sí, pero necesaria. Hasta vuestro debate nadie volverá a acordarse de Emma. Solo hablarán de este atentado, sobre todo cuando aparezcas tan presentable con ese cabestrillo en el brazo. Solo se fijarán en ti, y ahí es donde usarás todo tu poder para cautivar a la gente, ganar ese debate y después las elecciones.

Me quedé observándolo. No parecía tener ni una pizca de remordimiento por lo que había hecho, como si fuera un día más en su rutina, y tampoco me sorprendía.

Sabía perfectamente de lo que Logan era capaz, igual que las personas con las que había trabajado.

—No sé si darte las gracias o matarte. Tú… me disparaste.

—Técnicamente no fui yo, pero sí. Y este secreto morirá aquí. Solo lo sabemos yo, quien disparó y tú.

—¿Benjamin…?

—¿De verdad crees que estaría tan loco como para contárselo a Benji? ¡No!

—Entiendo.

—Hablé con tu médico y no tendrás secuelas, solo alguna dificultad durante el primer año. Esto era por un bien mayor.

—Cuando me preguntaste si recibiría un disparo por Emma y por mi hijo…

—Sí, ya tenía esta idea en mente. Era mi penúltimo plan —añadió, mirándome fijamente.

—¿Y cuál era el último?

—Ah… mejor no quieras saberlo. Habría sido mucho peor que este.

Respiré hondo y creo que, por primera vez, sentí un poco de temor hacia él.

—Debería despedirte, incluso si ganamos las elecciones, pero estás tan loco que probablemente harías alguna barbaridad.

—Claro. Considero la traición el peor de los pecados, pero no vas a hacerlo, y quiero cambiar muchas leyes aquí en Estados Unidos.

—Entonces más te vale mantener el control.

—Puedes estar tranquilo. Como te dije, era algo necesario para equilibrar las cosas. Ibas perdiendo de forma estrepitosa.

—Estoy de acuerdo. Pero puede haber alguna represalia por parte de los Hilton.

—Difícilmente. No serían tan estúpidos como para intentar algo contigo ahora. Al fin y al cabo, el atentado ya está en su cuenta y además van a ser investigados.

—¿Y si descubren que fuiste tú…?

—Relájate. Nunca doy una puntada sin hilo, Richard. Esto se acabó. La policía no va a encontrar nada, jamás, ni siquiera sobre ellos. Pero el revuelo se mantendrá hasta el día de las elecciones, y solo necesitamos esos días para que te elijan.

Por mucho que Logan fuera un sádico narcisista, probablemente era la persona más inteligente que conocía, incluso más que mi padre.

Creo que al principio lo subestimé, pero haber ido a buscarlo fue una decisión acertada.

—De acuerdo. Deja el resto en mis manos, pero aún necesito una cosa de ti, Logan.

—Solo tienes que decirlo.

—Que desaparezcas de mi vista. De lo contrario encontraré la manera de matarte o de hacerte lo mismo que mandaste hacer conmigo.

El desgraciado se rio, asintiendo sin el menor remordimiento.

—Ese es el Richard que conozco. Me voy a tomar vacaciones hasta las elecciones y pasaré estos días con mi familia. Ahora te toca a ti. Si surge algo, lo resolveré desde allí mismo.

—De acuerdo.

—Ahora solo volveré a verte cuando ganes las elecciones. Pero también necesito un favor tuyo, Richard.

—¿Cuál?

—Por favor, no me eches de menos ni me llames. ¡Mi mujer es muy celosa!

Sonreí y asentí.

—Puedes estar tranquilo.

Se giró y caminó hacia la puerta, deteniéndose un momento antes de salir.

—Confío en ti. Demuéstrales que serás lo mejor para este país. Convence a esa gente. Sé que tienes ese poder.

—Tienes mi palabra.

Cuando salió y cerró la puerta me quedé sentado, pensando en mis próximos pasos.

Todo estaba igualado. Ahora me correspondía a mí poner fin a esta contienda y cumplir uno de mis mayores sueños…



«En tus ojos encontré el hogar que mi corazón siempre buscó, un refugio de paz donde cada mirada es una promesa de mañanas llenas de amor…»

RICHARD HARDMAN

El día del último debate acababa de llegar y me encontraba extremadamente preparado.

Como había dicho Logan, tras el atentado el pueblo estadounidense cambió rápidamente de opinión y algunas encuestas indicaban que estábamos técnicamente empatados.

Una mentira por otra mentira.

No era exactamente lo que yo quería ni lo que esperaba, pero en ciertos momentos era útil seguir la política de ojo por ojo, diente por diente, y me correspondía a mí poner fin a ese juego en el último debate antes de las elecciones.

—Te irá bien —dijo Benjamin, y asentí.

—Seré el nuevo presidente de los Estados Unidos. Tienes mi palabra.

—Lo sé.

Subí al escenario con la determinación de un hombre que tenía más que perder que una simple elección.

El peso de los últimos acontecimientos, el atentado contra mi vida y las acusaciones injustas contra mi familia convergían en ese momento, convirtiéndolo no solo en una batalla política, sino en un enfrentamiento entre lo que yo representaba y las fuerzas que intentaban derribarme.

La audiencia permanecía en silencio, con una tensión palpable en el aire, como una tormenta a punto de estallar.

El moderador hizo las presentaciones habituales y entonces comenzó el debate, con cada candidato teniendo la oportunidad de exponer su visión para el futuro del país.

A diferencia de los debates anteriores, este se centraba en el contenido, en las políticas y en la visión que cada uno de nosotros tenía para liderar la nación.

Las preguntas eran incisivas y exigían algo más que retórica; requerían un conocimiento profundo y soluciones prácticas.

En un momento crucial, después de que yo hubiera expuesto mi plan para fortalecer la economía y garantizar que cada estadounidense tuviera acceso a una sanidad y una educación de calidad, llegó la pregunta que cambiaría el rumbo de la noche.

—¿Y qué hay de la política exterior? ¿Cómo pretende mantener la posición de Estados Unidos como líder global, especialmente teniendo en cuenta los recientes desafíos geopolíticos?

La sala quedó en silencio, con todas las miradas puestas en mí.

Respiré hondo, consciente de que mi respuesta no solo definiría mi postura política, sino también el tipo de líder que pretendía ser.

—La política exterior de Estados Unidos bajo mi administración se basará en principios de respeto mutuo, cooperación y diálogo abierto.

Daremos prioridad a alianzas duraderas, fortaleciendo los lazos con las naciones amigas y buscando soluciones pacíficas a los conflictos.

El liderazgo no se impone; se demuestra con el ejemplo.

Y nosotros seremos un ejemplo de democracia, libertad y respeto a los derechos humanos.

Los aplausos resonaron por todo el estudio.

Pude ver en los ojos de algunos votantes presentes que mi mensaje había conectado con ellos.

Entonces llegó el turno de mi oponente, Jordan Grayson.

Comenzó hablando de aumentar el presupuesto militar, pero cuando le presionaron sobre cómo abordaría específicamente las cuestiones de derechos humanos y diplomacia internacional, vaciló y su respuesta se volvió evasiva y sin contenido.

Aproveché la oportunidad para hacerle una pregunta directa.

—¿Cómo piensa equilibrar el aumento del presupuesto militar con la necesidad urgente de invertir en nuestras infraestructuras internas y en los servicios sociales?

¿No cree que una nación fuerte se construye no solo con poder militar, sino también con un pueblo sano, educado y económicamente seguro?

Grayson tartamudeó.

Su respuesta no solo fue insuficiente, sino que reveló una evidente falta de visión integral para el país.

El público pudo ver con claridad las diferencias entre nuestras posturas.

Era mi oportunidad y tenía que seguir presionándolo.

—Además, señor Grayson, ¿cómo respondería a los críticos que afirman que su política exterior podría aislar a Estados Unidos de aliados históricos y socios estratégicos?

¿Cómo pretende mantener el liderazgo estadounidense sin sacrificar la cooperación internacional y el respeto mutuo, que son fundamentales para nuestra seguridad y prosperidad?

Grayson intentó recuperarse, hablando de «nuevas alianzas» y «negociaciones firmes», pero su respuesta sonaba vacía.

Le faltaba la profundidad necesaria para convencer no solo a mí, sino a todos los que estaban viendo el debate.

Su incomodidad era evidente y yo sabía que había marcado un punto decisivo.

Mirando a la audiencia y a las cámaras, continué.

—Señoras y señores, la verdadera fuerza de nuestra nación reside en nuestra capacidad de liderar con el ejemplo.

De promover la paz, el respeto y la cooperación. De construir puentes, no muros.

Mi administración buscará fortalecer los lazos con nuestros aliados y trabajará incansablemente para garantizar que Estados Unidos siga siendo un faro de esperanza y liderazgo en el mundo.

El debate continuó, pero ya estaba claro que el momento decisivo había pasado.

Las preguntas que siguieron solo reforzaron el contraste entre nuestras visiones para el país.

Al final, mientras los aplausos llenaban el estudio, sentí una profunda sensación de deber cumplido.

No solo había defendido mis políticas, sino que también había puesto de manifiesto la falta de sustancia en el enfoque de mi oponente.

Entre bastidores, mi equipo estaba eufórico. Benjamin me dio una palmada en la espalda, con una sonrisa orgullosa en el rostro.

—Creo que acabas de ganar las elecciones con esa actuación, Richard —dijo con confianza.

—Aún queda mucho trabajo por hacer —afirmé, consciente de que cada día hasta las elecciones sería crucial—. Pero hoy hemos mostrado al país la diferencia entre promesas vacías y una visión real para el futuro.

Al salir del estudio sabía que los próximos días serían intensos, pero estaba preparado para el desafío. Más que nunca me sentía comprometido no solo con mi campaña, sino también con el futuro del país.

Era una responsabilidad que no me tomaba a la ligera, pero con el apoyo de Emma, de Bruce y de todos aquellos que creían en nuestra visión, estaba listo para liderar.

La victoria en aquel debate fue solo un paso en el camino hacia la Casa Blanca, un paso dado con convicción y propósito.

Estaba más decidido que nunca a seguir adelante, llevando nuestro mensaje a cada rincón del país, inspirando esperanza y trayendo cambios reales para todos los estadounidenses.

EMMA GARFIELD

—¿Lo ha hecho bien, verdad? —pregunté al señor James, que esbozó una amplia sonrisa y asintió.

—Muy bien. Ha sabido hacer preguntas que hicieron titubear a su adversario, y eso puede haberle dado la victoria en las elecciones. Al final, ambos piensan de manera diferente, pero quien ha sabido usar mejor las palabras ha sido mi hijo.

Respiré aliviada. Sentía una mezcla de orgullo y alivio, y no conseguía apartar la mirada del televisor, que aún mostraba a los comentaristas analizando el debate. Era como si, de repente, todo el peso de la preocupación que había cargado durante los últimos días se hubiera desvanecido.

—¿De verdad cree que eso será suficiente para ganar? —Mi voz estaba llena de esperanza, aunque todavía quedaba en ella un hilo de ansiedad. La política era imprevisible, y ni siquiera un debate brillante garantizaba una victoria electoral.

—Emma, la política es una arena complicada, pero hay algo que es seguro: la sinceridad y la convicción con las que Richard ha presentado hoy sus ideas… eso llega a la gente. —El señor James estaba sereno, con una voz cargada de una confianza que solo podían dar los años siguiendo la lucha política y viviéndola de cerca—. Y lo más importante es que ha demostrado estar por encima de las bajezas, centrándose en lo que de verdad importa: el futuro de nuestro país.

—Solo quiero que todo esto termine bien. Para Richard, para nosotros, para Bruce. —Las palabras apenas me salieron, ahogadas por la emoción. Cada mención al futuro me hacía pensar en nuestro hijo, en la vida que queríamos darle, en el mundo en el que crecería.

—Y terminará bien. —El señor James puso su mano sobre la mía, en un gesto reconfortante—. Pase lo que pase, somos una familia. Afrontaremos lo que venga, juntos.

Su apoyo era como un ancla, un recordatorio de que, independientemente del caos exterior, nos teníamos los unos a los otros.

—Sé que también está haciendo esto por nosotros —confesé al fin, permitiéndome sonreír—. Por Bruce. Quiere construir un mundo mejor para nuestro hijo.

—Y va por el buen camino. El debate de hoy ha sido una victoria no solo para él, sino para todos nosotros. Ha demostrado que los valores y la integridad aún tienen cabida en la política.

El resto de la noche pasó en un borrón. Los comentarios en televisión continuaron, con cada analista diseccionando el debate, pero mis preocupaciones se habían disipado un poco. La actuación de Richard había sido un faro de esperanza, una señal de que quizá lo mejor aún estaba por llegar.

Fui a mi habitación, donde Bruce se había despertado, gimoteando suavemente, señal de que necesitaba atención. Lo levanté con cuidado de la cuna y lo acuné entre mis brazos. Su llanto se detuvo casi de inmediato y me miró con sus grandes ojos curiosos, como si intentara comprender el mundo a su alrededor.

No tardaron en entrar Kaleb y Arianna corriendo en la habitación, con los rostros iluminados por la alegría de ver a su sobrino despierto.

—¡Bruce se ha despertado! —exclamó Kaleb, acercándose con cuidado.

—¿Puedo cogerlo después de ti, Emma? —preguntó Arianna, con la voz llena de ilusión.

—Claro, pero con cuidado —respondí, sonriéndoles.

Mientras Bruce observaba a sus tíos con una expresión curiosa, no pude evitar pensar en el futuro que les esperaba.

—Mira, hijo, estos son mis hermanos pequeños. Van a enseñarte muchísimas cosas —le expliqué, sosteniéndolo de modo que pudiera ver mejor a Kaleb y a Arianna.

Kaleb, con el rostro radiante, empezó a hacer muecas para Bruce, arrancándole pequeñas carcajadas. Arianna, por su parte, comenzó a tararear una nana que nuestra madre solía cantarnos, una melodía tranquila que siempre transmitía una sensación de paz y seguridad.

En ese momento, con los tres a mi alrededor, sentí una oleada de emoción.

—Siempre nos protegeremos unos a otros, ¿verdad? —pregunté, más para mí misma que para ellos.

—¡Siempre! —respondieron Kaleb y Arianna al unísono, con sus caritas serias pero los ojos brillando con la promesa de aventuras compartidas y sueños por cumplir.

Bruce, ajeno a la profundidad de aquel momento, simplemente sonrió, una pequeña sonrisa desdentada que era todo lo que necesitaba para recordar el motivo de cada lucha, de cada esfuerzo. Por ellos, por nuestra familia, por un futuro lleno de amor y de posibilidades.



CAPÍTULO 35

«La magia de nuestro amor reside en la sencillez de los momentos compartidos, pequeños milagros cotidianos que juntos transformamos en eternidad…»

RICHARD HARDMAN

El día de las elecciones había llegado.

Después de ese día, aproximadamente en un mes, el Colegio Electoral votaría formalmente en diciembre y, cerca de finales de enero, el presidente electo tomaría posesión.

Aquí, en Estados Unidos, las elecciones eran un poco diferentes; existían procesos que quizá no resultaran tan sencillos para quienes estaban acostumbrados a sistemas de voto directo.

En ese momento le estaba explicando a Emma cómo funcionaba todo, ya que había algunas particularidades que mucha gente desconocía.

—Las elecciones aquí en Estados Unidos funcionan así… —empecé a explicar, observando la curiosidad en el rostro de Emma, que me escuchaba con atención—. En este país la elección presidencial no se decide únicamente por el voto popular, sino por un sistema conocido como el Colegio Electoral.

Emma asintió, animándome a continuar.

—Cada estado tiene un determinado número de «electores» dentro del Colegio Electoral, que es más o menos proporcional a su población. Por ejemplo, estados grandes como California y Texas tienen más electores que estados pequeños como Vermont o Delaware.

Parecía absorber cada palabra, intentando comprender la complejidad del proceso.

—Cuando la gente vota, en realidad está votando por un grupo de electores que ha prometido apoyar a un determinado candidato. La mayoría de los estados aplica la regla del «todo o nada», donde el candidato que obtiene la mayoría de los votos se lleva todos los votos electorales de ese estado.

—Eso suena un poco injusto, ¿no? —preguntó Emma, frunciendo el ceño.

—Es un sistema que tiene sus críticos, sin duda. Puede dar lugar a situaciones en las que un candidato gana el voto popular, pero pierde en el recuento del Colegio Electoral —admití, recordando muchas discusiones sobre el tema—. Pero también forma parte de lo que hace únicas nuestras elecciones. Equilibra el poder entre los estados grandes y los pequeños, asegurando que todos tengan voz.

—Entiendo… —murmuró, todavía procesando la información—. ¿Y qué ocurre después de que vote el Colegio Electoral?

—Entonces los votos se cuentan en una sesión conjunta del Congreso en enero. El candidato que obtenga la mayoría de los 538 votos electorales, es decir, al menos 270, será declarado vencedor y tomará posesión como presidente el 20 de enero.

—Doscientos setenta porque el otro candidato solo podría alcanzar 268 y no podría superarlo.

—Exactamente.

Emma me miró con una mezcla de admiración y preocupación en los ojos.

—Parece un proceso largo, lleno de etapas y con algunas complicaciones.

—Sí, pero también es un proceso que resalta la importancia de cada voto y de cada estado. Por eso cada elección es tan crucial. Cada ciudadano tiene la oportunidad de influir en el futuro del país, eligiendo líderes que reflejen sus valores y su visión del mañana.

—Ahora lo entiendo. Y creo que puedo estar de acuerdo con esta dinámica diferente. Richard…

—Puedes preguntarme.

—Si la votación es hoy, ¿qué haces aquí en la finca?

Sonreí mientras observaba a mi futura esposa.

—Es sencillo: he venido a buscar a la futura primera dama para que vote conmigo.

Sus ojos se abrieron de par en par, como si la noticia fuera lo más sorprendente que podía haber oído.

Su sorpresa se transformó rápidamente en una sonrisa tímida, ese tipo de sonrisa que siempre conseguía dejarme sin aliento, incluso después de todo este tiempo.

—¿De verdad quieres que vaya contigo?

—Claro que sí —respondí, tomando sus manos entre las mías—. Emma, independientemente del resultado de estas elecciones, quiero que todo el mundo sepa lo importante que eres para mí. Nunca me he avergonzado de nosotros, ni lo haré jamás. Gane o pierda, no quiero vivir este momento sin tenerte a mi lado.

Me miró con los ojos brillantes, no solo por la emoción, sino por ese amor profundo que siempre lograba tocarme de una forma que las palabras no podían describir.

—Richard, eso significa mucho para mí. Saber que quieres que esté allí, a tu lado, en un momento tan importante. Te quiero —dijo con una sinceridad que solo confirmaba lo acertada que era nuestra unión.

—Yo también te quiero, Emma —declaré, atrayéndola hacia un abrazo—. Nada de todo esto tiene sentido sin ti.

Permanecimos abrazados unos instantes.

Después me aparté un poco, observando sus ojos.

—Vamos a hacerlo. Vamos a votar, a mostrarle al mundo que estamos juntos en esto. Y después, pase lo que pase, volveremos a casa, con nuestro hijo, y seguiremos construyendo la vida que soñamos juntos.

Emma asintió y, después de un rato arreglándose, cogió su bolso y se preparó para salir conmigo.

Al cruzar la puerta de la finca sentí el peso del mundo sobre mis hombros, pero también la fuerza que nace de saber que hay personas a tu lado.

Mi jet nos esperaba y, ya en el cielo, me quedé observando a mi futura esposa, maravillada con todo lo que veía.

—Dios mío, el cielo es tan hermoso desde aquí arriba, ¿verdad? —murmuró Emma, apoyando la mano contra la ventana mientras contemplaba el inmenso azul que se extendía ante nosotros.

—Lo es, pero nada se compara con la belleza que tengo a mi lado —dije, captando su atención.

Sus ojos se encontraron con los míos y en ellos brillaba una luz que siempre me hacía sentir como si estuviera viendo el sol por primera vez.

Emma rio, una risa suave que llenó la cabina y me calentó el corazón.

—Siempre sabes qué decir, ¿verdad?

—Solo cuando estoy contigo —confesé, tomando su mano—. Soy muy afortunado por tenerte en mi vida. Pase lo que pase en estas elecciones, mi amor por ti no cambiará. Prometo amarte, honrarte y protegerte siempre.

Ella se inclinó y apoyó la cabeza en mi hombro, y pude sentir la suavidad de su cabello contra mi piel.

—Creo en ti, Richard. Y te quiero con todo mi corazón. No importa dónde estemos, ya sea en la Casa Blanca o en la finca, mientras estemos juntos.

El viaje hasta el lugar de votación pasó en un abrir y cerrar de ojos.

Cuando aterrizamos estábamos más unidos que nunca, preparados para afrontar lo que el destino tuviera reservado para nosotros.

Al llegar, las cámaras y los reporteros nos estaban esperando, pero en lugar de intimidarme sentí una oleada de orgullo.

Orgullo por la mujer que estaba a mi lado, por la familia que estábamos construyendo y por el camino que recorríamos juntos.

Al votar juntos me sentí un hombre completo.

Estábamos haciendo historia, no solo como candidato y futura primera dama, sino como una pareja que había enfrentado innumerables dificultades y que había permanecido firme en su propósito y en su dedicación mutua.

Después de votar salimos del lugar tomados de la mano.

—Y ahora, ¿cuál es el siguiente paso?

—Estar contigo y con nuestro hijo, amor mío.

—¿Hablas en serio?

—Sí. Solo tengo que reunirme con Logan dentro de unos minutos y luego volveremos a la finca. Quiero estar presente para vosotros y compensar el tiempo que estuve lejos. Mi familia siempre será lo primero en mi mente y en mi corazón.

Ella me abrazó como si quisiera absorber cada palabra que acababa de decir, cada promesa que nos habíamos hecho.

—Y prometo, no solo como tu marido, sino como el futuro presidente, si así lo decide el pueblo, que haré de este país un lugar mejor para nuestra familia y para todas las familias.

Se apartó un poco y me miró a los ojos, con una determinación reflejada en su mirada que no hizo más que reforzar mi propia resolución.

—Creo en ti, Richard. Y estaré a tu lado, apoyándote, amándote. Y sí, creo que serás el próximo presidente de los Estados Unidos. Tienes lo necesario para liderar con valentía.

—Gracias.

Me quedé un rato más con ella y después fui a reunirme con Logan, dejando a Emma con Benjamin por un momento.

—Me ha encantado ver a los tortolitos juntos…

—Algún día tú también tendrás eso —bromeé, y él sonrió.

—Ya la tengo. Por desgracia, mi mujer me ha despachado por hoy.

—¿Te ha despachado?

—Me ha llamado pegajoso. Eso después de que me pasara toda la campaña contigo. De verdad, no entiendo a las mujeres, ¿sabes?

—A veces ni yo.

—Pero eso no cambia que me parecisteis muy tiernos los dos, ahí abrazaditos, Richard —se burló Logan, aunque en su voz había un matiz de auténtica apreciación.

—Date prisa, no tengo tiempo que perder. ¿Qué querías hablar conmigo?

—Nada importante.

—¿Nada importante? —protesté, sin entender—. Has sido tú quien quiso organizar esta reunión.

—Lo sé. Solo quería desearte buena suerte y decirte que, por muy difícil que sea tratar conmigo, tienes mi respeto.

—Vaya… —crucé los brazos, incapaz de creer que lo dijera con tanta franqueza.

—Eres un ejemplo porque no te has dejado corromper ni cuando eras gobernador ni ahora que compites por la presidencia. Siempre has sido justo y fiel a tus valores.

—Voy a acabar llorando así… —bromeé, y el muy desgraciado sonrió.

—Lo digo en serio. Sé que vas a ganar estas elecciones y que serás uno de los mejores presidentes de Estados Unidos. No hace falta que llores, esto es solo un hasta luego. Al fin y al cabo, formaré parte de tu equipo, quieras o no. Sé dónde encontrarte.

—No me amenaces, Logan —respondí en tono jocoso, y él se acercó con expresión más seria.

—No me traiciones, Richard. El próximo disparo podría ser en tu frente —advirtió, guiñándome un ojo.

—Jamás haría algo así.

—Lo sé. No estás loco. En fin, me voy. A finales de enero hablaremos sobre tu investidura y sobre algunas otras cosas.

—Parece que estás más seguro que yo de estas elecciones. ¿Estás planeando algo?

—No. Solo sé que el Colegio Electoral te elegirá. No voy a manipular nada, ni mucho menos a ensuciarme las manos.

—Eso espero.

—Ahora ve y disfruta de tu futura esposa y de tu hijo. Os lo merecéis…

—Gracias por la ayuda. No por el disparo.

—De nada.

—¡Ni en broma!

Logan se marchó y, mientras lo observaba alejarse caminando, tuve la certeza de que meses atrás había tomado la decisión correcta. En aquello a lo que se dedicaba era el mejor y, si de verdad mi sueño se convertía en realidad, él tendría una gran parte de mérito en ello.

Incluso estaba empezando a plantearme decirle a mi hijo que llamara Logan a su propio hijo si eso llegaba a ocurrir…



CAPÍTULO 36

«Bajo la inmensidad del cielo azul, nuestro amor es un vuelo sin destino, dos almas aladas explorando las alturas de la libertad y la profundidad de la pasión…»

EMMA GARFIELD

Echaría mucho de menos la finca si tuviéramos que vivir en la Casa Blanca.

Creo que no solo yo, Richard también pensaba lo mismo.

—Aquí en la finca estamos tan cerca de la naturaleza —empecé a decir, meciendo a Bruce suavemente entre mis brazos. Él dormía tranquilo, completamente ajeno a las complejidades del mundo que lo rodeaba. —¿Crees que tú también echarás de menos esto?

Richard miró por la ventana, contemplando el vasto campo abierto y el sol poniéndose en el horizonte.

—Sin duda —admitió con un tono casi melancólico—. Pero, si es necesario, crearemos nuestra propia versión de hogar, incluso lejos de aquí.

—¿Y Bruce? ¿Y los gemelos? Les encanta correr por los campos, explorar cada rincón de este lugar.

—Se adaptarán, igual que nosotros. —Richard se acercó y posó una mano sobre la mía, la que sostenía a Bruce. —Les enseñaremos la importancia del servicio, del sacrificio personal por un bien mayor. Aprenderán sobre distintas culturas y diferentes perspectivas.

—Solo quiero que crezcan felices, sabiendo que son amados, sin importar adónde vayamos —dije, sintiendo el peso de la responsabilidad sobre mis hombros, la responsabilidad de criar a nuestro hijo y de apoyar a Richard en su camino.

—Y así será —aseguró Richard, besando suavemente la frente de Bruce y después la mía—. Porque los amamos más que a nada en el mundo.

Nos quedamos allí en silencio, contemplando nuestro pequeño mundo perfecto.

Bruce dormía serenamente en mis brazos, Richard estaba a nuestro lado y ante nosotros se abría la promesa de un futuro lleno de desafíos.

Minutos después coloqué a nuestro hijo en la cuna y volví a acercarme a Richard.

—Independientemente de adónde nos lleve la vida, siempre tendremos nuestro hogar el uno en el otro —dije, más para mí misma, buscando la fuerza necesaria para afrontar las incertidumbres del futuro.

—Exactamente —respondió Richard, con un brillo de determinación en los ojos—. Lo afrontaremos todo juntos.

—Hay otra cosa que me interesa mucho.

—¿Qué cosa?

—¿Sabes para qué tendremos tiempo ahora…? —susurré, y mi hombre sonrió al instante.

—Creo que tengo una idea —respondió, levantándome en brazos—. Y más vale que lo aprovechemos, ¿no crees?

—Desde luego…

—No sabes cuánto he echado de menos esto, chica. Mía. Eres mía, chica…

Ella era la mujer de mi vida.

La persona que estaría a mi lado en los momentos buenos y en los malos, de eso estaba completamente seguro.

Mirar en sus ojos cuánto me deseaba solo hacía que mi admiración creciera aún más, y yo la necesitaba. Por completo.

Emma me pertenecía.

—Te quiero.

—Yo también te quiero, Richard.

Permanecimos en la cama. Me giré para mirar a Emma, cuyos ojos brillaban con la misma luz. En aquel silencio cómodo sentí la necesidad de expresar el torbellino de emociones que ella despertaba en mí.

—Emma —empecé, con la voz baja y cargada de emoción—. Creo que nunca he conseguido expresar del todo lo que significas para mí. —Tomé su mano y entrelacé nuestros dedos, reforzando las palabras que estaban a punto de salir—. Has transformado mi vida de formas que jamás habría imaginado.

Ella sonrió, esa sonrisa que siempre conseguía calmar las tormentas dentro de mí.

—Richard, yo…

—Déjame terminar —la interrumpí con suavidad, ansioso por abrirle mi corazón—. Desde que entraste en mi vida, cada momento se ha vuelto infinitamente más valioso. Tu fuerza, tu comprensión, tu

manera de amar con tanta libertad… Eres mi luz al final del túnel, la razón por la que afronto cada día con esperanza y determinación.

Emma se movió hasta quedar frente a mí, con sus ojos buscando los míos, una profundidad insondable de amor reflejada en ellos.

—Richard, tú eres mi mundo. Todo lo que hacemos lo afrontamos juntos, y eso me da una fuerza que nunca supe que tenía. Tu amor me enseñó el verdadero significado de sentirme completa.

Se acercó y me envolvió en un abrazo que parecía sellar nuestras almas en una sola.

—Y prometo estar a tu lado en cada paso del camino. En los buenos y en los malos momentos, en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza. Eres el gran amor de mi vida y, juntos, no hay nada que no podamos afrontar.



«En tus ojos veo el reflejo de todos los amaneceres que aún vamos a compartir, cada uno pintando una nueva promesa de nuestro amor…»

RICHARD HARDMAN

Emma estaba dormida entre mis brazos y no recuerdo cuánto tiempo me quedé mirándola, perdido en mis propios pensamientos.

Ella era mi mayor tesoro, sin la menor duda.

Antes, todo en mi vida era la política, la promesa que le hice a mi madre, pero ahora podía ver lo que de verdad importaba: que todas las personas merecen ser escuchadas y tenidas en cuenta y, quién sabe, quizá el amor también pueda surgir en medio de ese camino.

—Sé que me estás mirando incluso con los ojos cerrados…

—No intento disimular. De verdad te estoy mirando, y quiero hacerlo todos los días de mi vida, chica.

Emma abrió los ojos y una suave sonrisa iluminó su rostro al encontrarse con mi mirada.

—¿Lo prometes? —murmuró, con la voz aún cargada de sueño.

—Lo prometo —aseguré—. Voy a cuidarte, protegerte y amarte todos los días que nos queden.

Se acomodó más cerca de mí y su cabeza encontró un lugar cómodo sobre mi pecho.

—Lo sé —susurró, con una confianza y un amor que impregnaban cada palabra—. Y yo haré lo mismo por ti. Estaremos juntos en esto, pase lo que pase en el futuro.

El peso de las responsabilidades, la presión de la campaña, las expectativas del mundo… todo desapareció en ese momento, dejando solo lo que realmente importaba.

—Creo en ti.

—Va a ser una aventura, ¿verdad? —preguntó, con un brillo de ilusión en los ojos.

—Una aventura que estoy deseando empezar —respondí, sellando nuestra promesa con un beso—. Conquistaré el mundo si estás a mi lado.

Los dos sabíamos que los desafíos nos esperaban y que el camino que teníamos por delante estaría lleno de incertidumbres.

Pero en aquel instante lo único que importaba era la certeza de lo que sentíamos y la fuerza de nuestra unión.

—¿Cuánto tiempo podré disfrutar aquí en la finca? —preguntó, abrazándome mientras yo besaba su frente.

—Veinticinco días. Después tendremos que adaptarnos a una nueva rutina, sobre todo si las elecciones nos llevan adonde esperamos —expliqué, sintiendo la tensión momentánea en su abrazo.

Ella ansiaba la sencillez de la vida en la finca y la libertad del campo tanto como yo.

Emma asintió y volvió a apoyar la cabeza en mi pecho, como si quisiera grabar en su memoria el sonido tranquilo de mi corazón.

—Veinticinco días para absorber cada instante, cada respiración de aire puro, cada rayo dorado de sol sobre los campos… Voy a guardar todo eso en mi corazón.

—Y llevaremos un pedazo de la finca con nosotros, vayamos donde vayamos —le aseguré, sabiendo que los cambios serían difíciles, pero creyendo firmemente que podríamos hacer que cualquier lugar se sintiera como hogar—. No solo en los recuerdos, sino en la forma en que vivimos y en los valores que defendemos. La sencillez, la honestidad, el amor por la naturaleza… y el amor entre nosotros.

Levantó la mirada otra vez y una sonrisa esperanzada comenzó a dibujarse en sus labios.

—Y quizá, quién sabe, podamos llevar un poco de nuestro mundo dentro de la Casa Blanca y mostrar a todos que la verdadera fuerza nace del corazón y de la tierra.

—Exactamente —respondí, capturando sus labios en otro beso, esta vez más suave.

—Richard, te quiero —susurró, con un significado profundo e inquebrantable en cada palabra.

—Y yo te quiero, Emma —declaré, con cada palabra impregnada de un compromiso eterno—. Juntos afrontaremos el mundo y nada, ni nadie, podrá cambiar eso.

Nuestras miradas se encontraron y, en aquel momento, ninguno de los dos necesitó palabras para expresar lo que sentía.

—Veinticinco días aquí y después… nos espera la próxima aventura —dijo Emma, con una fuerza nueva en la voz, preparada para lo que el destino nos tuviera reservado.

Sonreí y la acerqué más a mí, contemplando la obra de arte que era mi futura esposa, mi amor, mi compañera en todas las aventuras que estaban por venir.

Con ella a mi lado sabía que estábamos preparados para enfrentarnos a cualquier cosa.

EMMA GARFIELD

Al principio no pensé que mi sueño llegaría a hacerse realidad, pero a medida que fui conociendo a Richard comprendí que era todo lo que yo esperaba, e incluso un poco más.

Durante muchos momentos sentí que no estaba a su altura, pero después entendí que eso no existía.

Las diferencias sociales o económicas no significaban nada cuando estábamos juntos.

Con él aprendí el valor de la igualdad y de una verdadera compañerismo.

Nunca me hizo sentir menospreciada; siempre valoró mi opinión y mi esencia.

Ahí fuera el mundo podía vernos como una pareja improbable, pero aquí, entre estas cuatro paredes, solo éramos Emma y Richard, dos corazones latiendo como uno solo.

Acostada a su lado, observando la serenidad de su rostro mientras dormía, no pude evitar pensar en lo lejos que habíamos llegado.

Desde la incertidumbre y las dudas hasta este momento de calma y certeza.

Cada desafío, cada adversidad que enfrentamos juntos, solo fortaleció nuestro vínculo y nuestra decisión de seguir caminando lado a lado, sin importar lo que el destino nos deparara.

Richard se movió levemente y su brazo pasó por encima de mí, atrayéndome más cerca.

Incluso dormido me buscaba, como si hasta en sus sueños quisiera asegurarme su presencia y su amor.

—Te quiero, Richard… —susurré, aun sabiendo que no podía oírme.

Necesitaba decirlo, liberar el torbellino de sentimientos que despertaba en mí.

—Has transformado mi vida y me has demostrado que el amor verdadero no conoce barreras ni se limita por el dinero o por la posición social.

Con él aprendí a soñar más alto, a mirar más allá del horizonte de mi pequeña finca.

Richard me enseñó a creer en mí misma y a luchar por mis sueños con la misma determinación y pasión con la que él luchaba por los suyos.

Mañana volveríamos a enfrentarnos al mundo, con todos sus desafíos y sus incertidumbres.

Pero ahora, en este instante de paz, lo único que importaba era el calor de su abrazo, el ritmo tranquilo de su respiración y la certeza de que, pasara lo que pasara, lo afrontaríamos juntos.

Porque nuestro amor era nuestra mayor fuerza y nada, absolutamente nada, podría cambiarlo.



Solo era el comienzo, pero estaba adorando las interacciones de Richard con nuestro hijo.

Nunca lo había visto sonreír tanto.

—El futuro presidente de América tendrá que aprender a cambiar pañales, te lo aviso desde ya.

—Sin problema.

Verlos interactuar, jugar juntos sobre la alfombra del salón, era una escena que llenaba mi corazón de una alegría profunda y genuina.

Richard, con toda su fuerza y determinación, se mostraba tan suave y cariñoso con Bruce, nuestro pequeño milagro.

Cada risa, cada mirada que intercambiaban era un recordatorio constante del amor que nos unía, una familia formada contra todo pronóstico.

—Mira cómo te adora —comenté, observando a Bruce intentar agarrar los dedos de Richard con sus manitas diminutas. —Creo que algún día será un gran ayudante de campaña.

Richard sonrió y levantó la mirada hacia mí con ese brillo que solo aparecía cuando estaba conmigo o con Bruce.

—Seguro que sí. Pero por ahora puede concentrarse en ser adorable y en no mantenernos despiertos toda la noche.

En ese momento parecía que todo el peso del mundo, toda la tensión de la campaña, se desvanecía alrededor de esa burbuja de amor y felicidad que habíamos creado.

—¿Crees que le gustará la Casa Blanca? —pregunté con naturalidad, jugando con uno de los juguetes de Bruce antes de dárselo a Richard.

—Le encantará —respondió Richard sin dudar—. Tendrá un jardín enorme para explorar y muchas aventuras que vivir. Y lo más importante: estaremos allí juntos.

—Vamos a construir tantos recuerdos allí —dije, sonriendo ante la idea—. Y le enseñaremos desde pequeño el valor del amor y de la familia. Eso será lo más importante que aprenderá de nosotros.

—Exactamente —respondió Richard, ahora meciendo suavemente a Bruce entre sus brazos—. Y también aprenderá sobre la compasión, sobre luchar por lo que es justo. Le enseñaremos a ser fuerte y amable, a ser un líder si así lo desea. Pero, sobre todo, a ser feliz.

Ver la determinación en los ojos de Richard, la promesa de un futuro en el que nuestro hijo pudiera crecer libre para ser quien quisiera, era todo lo que necesitaba.

En medio de toda la incertidumbre del mundo exterior, aquí dentro, en nuestra casa, con mi familia, lo tenía todo.

—Lo bueno es que estamos celebrando esta victoria, pero ¿y si no…?

—Esta es la victoria, Emma —dijo, interrumpiéndome—. Yo ya he ganado. Os tengo a vosotros aquí, vivos y sanos. El resto lo conseguiré con esfuerzo. Si no es este año, será otro, y no pasa nada.

Escucharlo hablar así siempre me emocionaba, porque mostraba al hombre que realmente era más allá del político, del

empresario o del hijo devoto.

Mostraba al Richard que pocos conocían, aquel cuyo corazón era inmensamente grande y lleno de amor.

—Siempre es bueno oírte decir eso.

Richard sonrió, esa sonrisa que derretía mi corazón cada vez, y me atrajo un poco más hacia él.

—La verdad es que no sé qué nos depara el futuro, incluso teniendo que lidiar con la presión de Washington o con cualquier otra cosa que la vida nos lance.

La sinceridad de su voz y el calor de su mirada me llenaban de una fuerza que ni siquiera sabía que tenía.

Saber que contaba con su apoyo y que valoraba nuestra unión por encima de todo me daba valor para enfrentar lo desconocido.

—Nunca lo he dudado, Richard.

Nuestras miradas se encontraron y entre nosotros fluyó una comprensión silenciosa.

Era como si, en ese instante, se sellara una promesa no dicha: la de encontrar siempre el camino de regreso el uno al otro, sin importar las distancias o los desafíos.

—Y te prometo, Emma —dijo Richard, con la mirada aún más intensa—, que amaré y protegeré a los dos con todo lo que tengo. No importa lo que pase ni dónde estemos. Tú y Bruce sois mi mundo.

—Y tú eres el nuestro —respondí, acercándome para darle un beso tierno, una promesa sellada entre nosotros.

Un futuro incierto nos aguardaba, pero una cosa era segura: estábamos juntos en esto.



CAPÍTULO 38

«Nuestra historia está escrita en las estrellas, un romance eterno que ni siquiera el cielo nocturno puede contener, esparciendo su luz a través de las eras…»

RICHARD HARDMAN

—Creo que nunca he sido tan feliz, padre —dije mientras estaba sentado a su lado en el porche de la finca, observando el horizonte. —Entre la campaña, la familia y la finca, siento que por fin estoy donde debo estar.

Mi padre, un hombre cuya vida había sido moldeada tanto por la política como por la tierra que cultivábamos, asintió con orgullo evidente en sus ojos.

—¿Y cómo te sientes ahora que las elecciones están tan cerca?

—Ansioso, claro, pero confiado —admití, recordando los últimos meses de campaña, los debates, los mítines y todas las promesas hechas. —Pero, más que nada, siento una responsabilidad enorme. No solo como político, sino también como marido y como padre.

—¿Y Emma? ¿Cómo está llevando todo esto?

—Ha sido increíble. Fuerte, comprensiva y, sinceramente, mi mayor apoyo. Y ella y Bruce… lo son todo para mí.

No pude evitar sonreír al pensar en ella.

—Eso se nota. Y Bruce, ¿ya muestra señales de ser un pequeño granjero o un futuro presidente? —preguntó con una leve sonrisa, su humor ligero contrastando con la profundidad de la conversación.

—Quién sabe. Con Emma y conmigo como padres podría acabar siendo ambas cosas. Pero, sea lo que sea lo que elija, lo importante es que crezca sabiendo que es amado y que tiene la libertad de seguir su propio camino.

—Serás un buen presidente, Richard —afirmó mi padre, con una convicción en su voz tan fuerte como cualquier discurso que yo hubiera pronunciado. —Pero recuerda que lo más importante es ser un buen hombre. Y eso, hijo, ya lo eres.

Asentí, sintiendo cómo las palabras de mi padre resonaban profundamente dentro de mí.

Sabía que los desafíos que me esperaban eran enormes, pero también sabía que tenía a mi lado a personas que creían en mí y me querían.

—Gracias, padre. Por todo.

Seguimos allí en el porche hablando sobre los planes para la finca, sobre mi infancia, sobre nuestras esperanzas y sueños para el futuro y también sobre mi madre.

—Aunque todavía no sepamos el resultado de las elecciones, espero que mi madre esté orgullosa de mí.

Mi padre posó su mano sobre la mía y su toque firme me transmitió un consuelo inmenso.

—Estoy seguro de que lo está, Richard. —Su voz era suave y estaba cargada de emoción. —Tu madre siempre supo que harías grandes cosas. Veía en ti una fuerza y una determinación que muchas personas tardan toda una vida en encontrar.

Suspiré mirando al cielo.

El recuerdo de mi madre siempre me había inspirado, pero también me recordaba el peso de las expectativas que llevaba sobre los hombros.

—Solo espero estar a la altura de esas expectativas, no solo como presidente, sino como el hombre que ella esperaba que llegara a ser.

—Ya has superado esas expectativas, hijo —respondió él con firmeza y orgullo en la voz. —Te has convertido en un líder que se preocupa de verdad por el bienestar de los demás, en un padre cariñoso y en un compañero devoto. Eso vale más que cualquier título o cargo que puedas tener.

En ese momento Emma se unió a nosotros, llevando a Bruce dormido entre sus brazos.

—¿De qué habláis? —preguntó mientras se sentaba a mi lado.

—Solo estábamos hablando del futuro y del pasado —respondí mirando a nuestro hijo dormido. —Y de cómo, pase lo que pase en las elecciones, nos tenemos los unos a los otros.

Emma asintió y apoyó la cabeza en mi hombro.

—Y, sea cual sea el resultado, siempre tendremos nuestro hogar aquí, en la finca, donde podremos volver para recordar lo que de verdad importa.

Mi padre nos sonrió y su expresión transmitía una calma que solo la sabiduría de los años puede ofrecer.

—Vosotros dos habéis creado algo muy especial aquí. Una familia basada en el amor, el respeto y la comprensión. Ese es un legado tan importante como cualquier legado político que puedas dejar, Richard. Y necesito entregarte algo.

—¿Entregarme algo?

—Sí.

Se levantó y salió un momento de la casa.

Poco después regresó con un pequeño paquete envuelto en un papel gastado por el tiempo y sus manos temblaban ligeramente cuando me lo entregó.

—Tu madre… antes de irse nos dejó esto para ti. Dijo que debía entregártelo cuando cumplieras su sueño.

Dudé antes de coger el paquete y sentí que se me formaba un nudo en la garganta.

—Pero, padre, aún no he cumplido su sueño. Todavía no me he convertido en presidente.

Mi padre sonrió con tristeza y sus ojos brillaban con una mezcla de recuerdos y melancolía.

—Hijo, estás equivocado. El sueño de tu madre nunca fue simplemente que te convirtieras en presidente —hizo una pausa, buscando las palabras adecuadas—. Su sueño era que permanecieras íntegro, que mantuvieras tu moral y tus valores por encima de todo, incluso por encima de la política. Que pusieras a la familia y al amor por delante de las ambiciones personales. Y eso, hijo mío, lo has cumplido con creces.

Abrí el paquete lentamente y dentro apareció un antiguo diario, con las páginas amarillentas por el paso del tiempo.

Era el diario de mi madre, lleno de pensamientos, deseos y esperanzas para el futuro, muchos de ellos sobre mí.

—Escribió sobre ti, sobre los sueños que tenía para ti —continuó mi padre—. Y en sus palabras siempre destacó la importancia de ser una buena persona, un buen hijo y un buen padre. Richard, tú eres el sueño de tu madre hecho realidad.

Emma, a mi lado, sostenía mi mano y su presencia era un recordatorio constante del amor que llenaba mi vida y del hogar que habíamos construido juntos.

Pasé las páginas del diario y cada palabra de mi madre confirmaba lo que mi padre había dicho.

Después de tantos años, lágrimas silenciosas recorrieron mi rostro al leer sus pensamientos y sentir su amor y su esperanza en cada línea.

—Gracias, padre —dije con la voz apenas audible, quebrada por la emoción—. Y gracias, madre, por seguir guiándome incluso en tu ausencia.

Sentí una profunda gratitud por mi familia y por la integridad que mi madre me había enseñado a valorar por encima de todo.

En ese momento comprendí que, independientemente del resultado de las elecciones, ya había alcanzado el éxito más importante de todos: ser fiel a mí mismo y a las personas que amaba.

EMMA GARFIELD

—¡Vamos a jugar, Emma!

—¡Sí, vamos a jugar! —se sumó Kaleb.

Aunque estaba agotada, sonreí y asentí.

—¿A qué queréis jugar?

—¡Al escondite! —Arianna saltó de emoción y sus ojos brillaban con la simple alegría de la expectativa.

—De acuerdo —acepté, y enseguida empezamos a jugar, corriendo por el campo entre los árboles que marcaban los límites de nuestra finca.

Después de varias rondas, cuando el sol empezaba a ponerse, oí el sonido de unos pasos acercándose.

Al girarme vi a Richard acercarse, con una sonrisa en el rostro mientras nos observaba.

—¿Puedo unirme? —preguntó, y su mirada cálida se detuvo en mí un instante antes de dirigirse a los gemelos, que ya saltaban de alegría ante la idea de incluirlo en nuestro juego.

—¡Claro que sí! —exclamé, sintiendo una oleada de calidez al ver el entusiasmo de mis hermanos y la sonrisa de Richard. —Pero prepárate, mis hermanos gemelos conocen algunos escondites de nivel profesional.

Él rió y aceptó el desafío con un leve gesto de cabeza.

—Estoy listo para lo que venga.

Con Richard uniéndose a nosotros, el juego tomó una nueva dimensión.

Era sorprendentemente bueno encontrando escondites creativos y eso hacía que los gemelos se esforzaran aún más en sus intentos por ocultarse.

Su alegría era contagiosa y me descubrí observándolo con admiración, dándome cuenta de lo fácil que le resultaba conectar con los niños y de cómo aportaba una nueva luz a nuestro juego.

Después de un rato nos detuvimos para descansar y nos sentamos en la hierba, respirando profundamente el aire fresco del campo.

Los gemelos, agotados pero felices, se recostaron contra Richard mientras él contaba historias divertidas que mantenían nuestra atención.

En ese momento, al mirar a Richard y a mis hermanos, sentí una oleada de gratitud por aquel instante de felicidad pura.

Era un recordatorio sencillo de lo que realmente importa: la familia, el amor y los momentos compartidos.

—Richard es listo —dijo Kaleb.

—Son mis tierras —bromeó él, sonriendo brevemente. —Conozco algunos escondites, ¿sabéis por qué?

—¿Por qué? —preguntó Arianna con entusiasmo.

—Porque yo hacía lo mismo a vuestra edad y era el campeón de escondite de toda la región —continuó, mirando directamente a los ojos curiosos de los gemelos. —Nadie consiguió encontrarme jamás. Conocía todos los rincones secretos de esta finca.

Kaleb y Arianna se miraron entre sí con una mezcla de admiración y desafío brillando en sus ojos.

—¡Un día te vamos a desafiar y te encontraremos! —declaró Arianna con determinación, haciendo reír a Richard con su promesa.

—Estaré esperando ese día —respondió él, entusiasmado con la idea.

Aquellos eran momentos que guardaría para siempre, sin importar dónde estuviéramos ni qué estuviéramos haciendo.

Eran los verdaderos tesoros de la vida.

Decidimos que era hora de volver a casa, pero no sin antes pasar unos minutos en silencio, simplemente contemplando las estrellas y maravillándonos con la tranquila belleza del mundo que nos rodeaba.

—Creo que voy a enseñarle a Bruce a contar las estrellas —dijo Richard de repente, con la mirada fija en el cielo nocturno. —Será una de nuestras aventuras.

—Me encantaría que hicieras eso —respondí, con la voz baja y llena de ilusión por todos los momentos y aventuras que nos esperaban.

Caminamos de regreso a casa tomados de la mano, con los gemelos charlando alegremente entre nosotros mientras ya planeaban sus próximas aventuras.

Richard tenía razón; estas eran las verdaderas victorias de la vida, los momentos de pura alegría y unión que definían quiénes éramos y lo que más valorábamos.



CAPÍTULO 39

«En las páginas del tiempo, nuestro amor es un capítulo brillante, una historia escrita con la tinta de la pasión y los párrafos del compromiso eterno…»

RICHARD HARDMAN

Los días buenos pasan rápido y conmigo no era diferente.

Mañana se conocería el resultado final de las elecciones y hoy tenía que volar a Washington para reunirme con Benjamin y con Logan.

Este momento con mi familia era necesario y ahora me inquietaba tener que alejarme de ellos, aunque solo fuera por unos días.

Despedirme nunca fue fácil para mí, sobre todo cuando se trataba de dejar a Emma, a Bruce y a mi padre, aunque fuera por poco tiempo.

Estaba de pie con las maletas preparadas a mi lado, tratando de absorber los últimos instantes de paz antes de enfrentar la tormenta política.

Emma sostenía a Bruce en brazos y mi padre permanecía a nuestro lado.

—Te prometo que llamaré en cuanto llegue —dije, intentando transmitir una seguridad que ni siquiera yo sentía del todo.

—Vas a ganar, hijo. No solo por ti, sino por todos nosotros —declaró mi padre con la voz firme, aunque cargada de emoción. —Recuerda quién eres y lo que representas. Eso es más importante que cualquier título o cargo.

—Lo sé, padre. Voy a luchar con todo lo que tengo.

Me agaché y besé la frente de Bruce, que me miraba con sus grandes ojos sin comprender del todo el momento.

—Papá volverá pronto —susurré, una promesa silenciosa entre nosotros.

Después me volví hacia Emma, mi apoyo, mi compañera en cada paso de este camino.

—Cuida de nuestro pequeño mundo aquí —dije mientras la abrazaba con fuerza. —Te quiero más de lo que las palabras pueden expresar.

Emma me devolvió el abrazo y su fuerza y su amor me envolvieron como un escudo.

—Te queremos. Ve y demuéstrale al mundo el gran hombre que eres.

Con una última mirada a mi familia me giré y caminé hacia el coche.

Cada paso me alejaba físicamente de ellos, aunque jamás en espíritu.

Mientras me dirigía al aeropuerto sentía una mezcla de determinación y nostalgia, un recordatorio constante de por qué hacía todo aquello: por mi familia, por mi país y por el futuro que queríamos construir juntos.

Y con esa certeza en el corazón estaba listo para enfrentar lo que Washington tuviera preparado para mí.



Pasé el cambio de día en mi jet privado, y hoy llegaría el resultado que podría cambiar el rumbo de mi vida.

Tras aterrizar, fui rápidamente al edificio que alquilé en la ciudad.

—Estoy sorprendido… —dijo Logan cuando entré en nuestro despacho.

—¿Sorprendido por qué exactamente?

—Pensé que traerías a tu padre y a Emma para que siguieran el recuento contigo.

—Preferí hacer justo lo contrario. Mejor dejarlos en la tranquilidad de la granja; hoy las ciudades van a estar muy agitadas.

—Entiendo.

—¿Alguna novedad?

—Sí, tenemos una agenda llena hoy. —Benjamin se acercó con una carpeta repleta de anotaciones en la mano—. La votación del Colegio Electoral empieza dentro de unas horas. Tenemos equipos en todos los estados clave, listos para darnos actualizaciones en tiempo real.

—¿Y dónde se supone que debo estar durante el recuento? —pregunté, intentando disimular el nerviosismo que me revolvía por dentro.

—En principio, aquí con nosotros —dijo Logan, señalando la gran pantalla instalada en la pared del despacho—. Seguiremos todo desde aquí. Pero también hemos preparado un espacio para que puedas dar un discurso, sea cual sea el resultado.

—¿Un discurso para victoria o para derrota?

—Sí, Richard —afirmó Benjamin con tono serio—. Es importante que estés preparado para dirigirte al país, ya sea para celebrar una victoria o para reconocer los resultados, ocurra lo que ocurra.

Asentí, comprendiendo la importancia del momento.

—De acuerdo. Revisaré lo que habéis preparado, pero seré sincero pase lo que pase.

—Eso es precisamente lo que mejor sabes hacer.

Pasé las siguientes horas revisando datos, hablando con nuestros equipos en los estados y preparándome mentalmente para lo que estaba por venir.

Entre llamadas y actualizaciones, mi mente volvía una y otra vez a Emma y a Bruce; el recuerdo de sus sonrisas me daba fuerzas.

A medida que comenzaba la votación, el despacho se convirtió en un centro de nerviosismo y expectación. Cada voto del Colegio Electoral se anunciaba, y con ellos la realidad del resultado se acercaba cada vez más.

Logan y Benjamin estaban a mi lado, sus rostros reflejaban la misma tensión que todos sentíamos.

—Pase lo que pase —empecé, mirándolos a los dos, a mi equipo leal y dedicado—, quiero que sepáis que estoy orgulloso del trabajo que hemos hecho. Hemos luchado con integridad y con pasión.

—Y nosotros estamos orgullosos de ti, Richard. —Logan me puso una mano en el hombro—. Incluso aguantaste un disparo de tu rival —añadió con sorna, y respiré hondo.

Pésimo momento para bromas, y precisamente por eso las hacía.

Las horas se arrastraban; cada actualización aumentaba nuestra ansiedad hasta que, por fin, llegó el momento decisivo. Estábamos todos reunidos frente a la pantalla, mientras todo el país aguardaba el anuncio final.

—De momento, 240 a 239 para Grayson —dijo Logan.

Mi corazón latía con fuerza, resonando en mis oídos con la intensidad del momento. La diferencia era mínima, casi imperceptible, pero pesaba toneladas sobre mis hombros.

Benjamin, siempre el más sereno entre nosotros, analizaba los números con atención, mientras sus dedos tamborileaban un ritmo nervioso sobre la mesa.

—Aún tenemos estados clave sin declarar —recordó, intentando inyectar una dosis de optimismo en la sala ya cargada de tensión—. Esto todavía no ha terminado.

Las horas siguientes fueron un torbellino de emociones.

Cada actualización del Colegio Electoral nos mantenía al borde del asiento, alternando entre la esperanza y la desesperación. Mis pensamientos oscilaban entre imágenes de victoria y de derrota, pero en mi corazón una llama de determinación se negaba a apagarse.

—Estamos ganando terreno en Pensilvania —actualizó Logan, sin apartar los ojos de la pantalla.

La tensión en el despacho era palpable; cada uno de nosotros atrapado en una danza de esperanzas y plegarias silenciosas.

Y entonces ocurrió lo inesperado.

Los últimos votos del Colegio Electoral fueron contabilizados, y lo impensable se volvió realidad.

—270 a 268… —leyó Benjamin en voz alta, con incredulidad tiñendo sus palabras—. Richard, has ganado…

El mundo a mi alrededor parecía haberse detenido. El silencio que siguió fue casi ensordecedor, hasta que lo rompió un grito de alegría de Logan.

—¡Lo has conseguido, Richard! ¡Eres el próximo presidente de los Estados Unidos, joder!

En ese momento, una ola de emoción me arrolló. Miré a Logan y a Benjamin, viendo en sus rostros no solo la alegría por la victoria, sino también la satisfacción de un trabajo duro y dedicado.

Habían estado conmigo desde el principio, creyendo en mí cuando pocos lo hacían.

Me levanté, sintiendo cada músculo de mi cuerpo vibrar con la noticia. El peso de la responsabilidad que ahora cargaba era inmenso, pero junto a él venía la determinación de honrar cada promesa hecha, de ser el líder que mi país necesitaba.

—Tenemos que preparar el discurso de victoria —dije, con la voz firme a pesar de la emoción que intentaba contener.

—¿Y después? —preguntó Logan, con una sonrisa aún dibujada en el rostro.

—Después volveré inmediatamente a la granja —añadí, pensando en Emma y en Bruce—. Tienen que saber que hemos ganado. Juntos. Y hay algo que necesito hacer.

EMMA GARFIELD

Creo que nunca había habido tantos gritos en la granja como ahora.

El aire estaba electrizado con una alegría contagiosa que resonaba por la inmensidad de los campos y llegaba incluso a los rincones más lejanos de la propiedad.

La noticia de la victoria de Richard como presidente de los Estados Unidos se había propagado como un incendio imparable, y ahora todos los que formaban parte de este pequeño universo que llamábamos hogar celebraban con un fervor que rozaba el delirio.

La cocina se transformó en el epicentro de la fiesta, con platos y más platos de comida casera extendidos sobre la mesa, mientras botellas de sidra y vino pasaban de mano en mano entre risas y brindis.

La música llenaba el aire, una mezcla ecléctica de country y clásicos del rock, y nadie podía mantener los pies quietos.

El señor James, con una sonrisa que rara vez abandonaba su rostro, me abrazó con fuerza, en un gesto de orgullo paternal que iba más allá de las palabras.

—Tu futuro marido ha hecho historia, Emma —dijo, con la voz quebrada por la emoción—. Y tú has estado a su lado en cada paso del camino.

Mi madre, con lágrimas en los ojos, pero con una sonrisa aún más luminosa, me tomó la mano con firmeza.

—Tu felicidad siempre ha sido lo más importante para nosotros, cariño. Veros a los dos lograr esto juntos… es todo lo que una madre

podría desear.

Los trabajadores de la granja, que con los años se habían convertido casi en una extensión de nuestra familia, compartían abrazos y recuerdos, cada uno evocando momentos en los que Richard había demostrado no solo la fuerza de un líder, sino también la amabilidad y el respeto de un verdadero hombre del pueblo.

Kaleb y Arianna, siempre la energía vibrante de la fiesta, corrían de un lado a otro con la cara pintada con los colores de la bandera estadounidense, gritando a pleno pulmón que su «tío Richard» era ahora el presidente.

Y allí, en medio de aquella celebración caótica y maravillosa, sostenía a Bruce en mis brazos, susurrándole sobre el padre increíble que tenía, sobre el mundo que le esperaba y sobre el amor que habíamos construido, un amor que, de algún modo, había contribuido a moldear el destino de una nación.

—Estoy tan feliz, mamá.

—Yo también, cariño. Todos lo estamos. —Su voz estaba llena de emoción, con los ojos brillando de lágrimas de alegría—. Este es un momento que recordaremos para siempre.

A medida que avanzaba la noche, las estrellas comenzaron a salpicar el cielo, transformando nuestra celebración en algo aún más mágico. Bajo la luz suave de la luna, la granja parecía un pequeño oasis de felicidad, un rincón del mundo donde los sueños realmente se hacían realidad.

Más tarde, mientras todos seguían celebrando, encontré un momento de calma en el porche, mirando el cielo nocturno.

Pensaba en Richard, en el increíble camino que habíamos recorrido juntos y en la nueva aventura que nos esperaba. No pude evitar sentir una oleada de amor y gratitud por todo lo que teníamos.

El sonido de unos pasos suaves me alertó de la llegada de alguien, y me giré para ver al señor James acercándose, con una expresión pensativa en el rostro.

—Has tomado una buena decisión, Emma. Richard será un excelente presidente.

—Lo sé, señor James —respondí, sonriendo—. Y estaré a su lado, siempre.

Volví a levantar la mirada hacia las estrellas y pensé en el futuro, en las posibilidades ilimitadas y en los desafíos que tendríamos que afrontar. Pero una cosa era segura: juntos, Richard y yo estábamos listos para cualquier cosa que la vida nos trajera.

De repente, percibí el sonido lejano de unas hélices cortando el aire, un ruido que fue haciéndose cada vez más fuerte hasta que un helicóptero apareció recortado contra el cielo nocturno.

Todos en la granja se detuvieron, mirando hacia arriba con sorpresa y curiosidad. El helicóptero aterrizó suavemente en el campo abierto, y cuando las hélices finalmente se detuvieron, la puerta se abrió.

Era Richard.

Bajó del aparato, y su sonrisa iluminaba la noche casi tanto como las estrellas sobre nuestras cabezas. Mi corazón se aceleró y corrí hacia él, incapaz de contener la alegría y el alivio que sentía.

Cuando nos abrazamos, fue como si todo el peso del mundo hubiera desaparecido de mis hombros.

—De verdad estás aquí —susurré, aún entre sus brazos.

—Tenía que estar con vosotros, celebrarlo juntos. —Su voz estaba cargada de emoción—. Pero eso no es todo…

Se apartó ligeramente, sosteniendo mis manos.

Su expresión era seria, pero sus ojos brillaban con una intensidad que rara vez veía en ellos.

—Emma, desde el momento en que te besé supe que eras la persona con la que quería pasar el resto de mi vida. Me has convertido en un hombre mejor, y no puedo imaginar mi futuro sin ti a mi lado.

—Richard…

Respiré hondo; sus palabras me envolvían como un abrazo cálido.

—Emma Garfield, quiero que te cases conmigo. Y quiero hacerlo antes de tomar posesión del cargo. Porque, independientemente de cualquier título o posición que pueda tener, tú siempre has sido y siempre serás mi primera dama, en mi corazón y en mi alma.

Abrió la mano y reveló dos alianzas que atrapaban la luz de la noche, brillando con promesas no dichas y sueños compartidos.

Las lágrimas brotaron en mis ojos, no de tristeza, sino de una felicidad tan profunda y abrumadora que parecía desbordarse.

—¡Sí, Richard! —exclamé, con la voz temblorosa por la emoción —. ¡Sí, acepto casarme contigo!

Los aplausos y los gritos de alegría de nuestra familia y nuestros amigos llenaron el aire, pero en ese momento todo lo que podía ver y sentir era a Richard.

Me atrajo hacia otro abrazo, y nos quedamos allí, unidos el uno al otro.

La noche se volvió aún más mágica, cada estrella en el cielo parecía celebrar con nosotros. Y mientras Richard y yo nos reuníamos con nuestros seres queridos para continuar la celebración, supe que aquella noche sería solo el comienzo de muchas otras aventuras y momentos felices que compartiríamos juntos.

Porque, por encima de todo, estaba segura de una cosa: al lado de Richard estaba en casa, sin importar en qué lugar del mundo estuviéramos.



CAPÍTULO 40

«En cada respiración compartida, encontramos el ritmo de nuestro amor, un aliento de vida que nos une en perfecta armonía y eterna sincronía…»

RICHARD HARDMAN

Respiré hondo, tenso.

Estábamos en la granja, nuestro lugar sagrado, elegido para sellar nuestra unión ante pocos invitados, pero las personas más importantes de nuestras vidas: nuestra familia, los trabajadores de la granja que eran prácticamente parte de ella, y algunos amigos cercanos que habían acompañado nuestro camino hasta aquí.

Mi corazón latía con fuerza en el pecho, cada latido un eco de mis pensamientos.

Esperaba a Emma, la mujer que transformó mi vida de formas que jamás imaginé posibles. Ella, con su dulzura, su fortaleza y su pasión, me mostró el verdadero significado del amor y de la familia.

Miré hacia el horizonte, y era como si toda la naturaleza se preparara para ser testigo de nuestro compromiso, un espectáculo silencioso que precedía la llegada de la novia.

A mi lado, mi padre, un pilar de sabiduría y apoyo, me ofreció una sonrisa alentadora.

—Llegará, hijo. Y cuando llegue, tu último sueño se hará realidad. —Su voz era firme, aunque cargada de emoción.

Y entonces, en ese instante que parecía suspendido en el tiempo, vi a Emma.

Caminaba hacia mí, como un sueño hecho realidad. Cada paso que daba en mi dirección disipaba la tensión de mi cuerpo, reemplazándola por una alegría imposible de describir.

Estaba radiante, la viva expresión del amor y la belleza, con un vestido sencillo, pero elegantemente perfecto para el paisaje de la granja. Su mirada encontró la mía, y en ella vi todo lo que necesitaba saber: la certeza de nuestro amor, la promesa de un futuro juntos.

Cuando por fin llegó a mi lado, tomé sus manos, sintiendo el calor y la suavidad que siempre lograban calmarme.

Nos miramos el uno al otro, y en ese momento supimos que estábamos a punto de comenzar el capítulo más importante de nuestras vidas.

La ceremonia había comenzado, y después de unos minutos, al final de ella, por fin pude decir lo que había guardado dentro de mí.

—Prometo amarte, respetarte y protegerte todos los días de mi vida. —Las palabras brotaron de mí con una verdad que nacía de lo más profundo de mi ser.

—Y yo prometo ser tu compañera en todos tus sueños y desafíos, amarte con toda mi fuerza, respetarte y apoyarte cada día, en cada momento —respondió Emma, con la voz ligeramente temblorosa por la emoción, pero firme en su promesa.

Nuestros votos fueron intercambiados bajo la bendición del cielo crepuscular, presenciados no solo por nuestros seres queridos, sino también por la naturaleza que nos rodeaba, regalándonos su quietud y su belleza.

Cada palabra pronunciada añadía un nuevo lazo al vínculo que ya compartíamos, una promesa de eternidad juntos.

Al colocar la alianza en su dedo, sentí que entre nosotros se formaba una conexión aún más profunda. Era más que un símbolo de nuestro amor; era la señal de nuestra unión, de nuestras vidas entrelazadas de manera inquebrantable.

—Con esta alianza te recibo como mi esposa —declaré, con los ojos fijos en los suyos, viendo reflejado en ellos el brillo de nuestro futuro compartido.

—Y con esta alianza te recibo como mi marido —dijo ella, deslizando la alianza en mi dedo.

El beso que compartimos selló nuestro compromiso, un beso que hablaba de amor, de promesas y de infinitas posibilidades.

A medida que la ceremonia llegaba a su fin, los aplausos de nuestros invitados llenaron el aire, una alegre cacofonía que reflejaba la felicidad que desbordaba de nuestros corazones.

Había sonrisas, lágrimas de alegría y abrazos cálidos; cada uno compartía un pedacito de nuestra felicidad.

Y mientras caminábamos juntos, de la mano, alejándonos del lugar de la ceremonia para comenzar la celebración, sabíamos que a partir de ese instante todo sería diferente.

Era un nuevo viaje, ya no como dos individuos, sino como una familia unida, lista para afrontar todo lo que el futuro nos deparara, con amor y con valentía.

Aquello no era el final de un sueño, sino el comienzo de toda una vida de sueños por cumplir juntos.

Y en ese instante me sentí el hombre más afortunado del mundo, por tener a Emma a mi lado, como mi esposa, mi compañera y mi eterna primera dama.



—¡Qué bonito verte casándote, Richard! Solo me fastidia no haber sido el padrino —dijo Logan, y negué con la cabeza.

—Me pegaste un tiro, ¿lo has olvidado?

—También te di otra cosa: la presidencia.

—Tu ego es…

—Grande, sí —completó, y respiré hondo.

—Gracias por equilibrar las cosas.

—Era mi trabajo. Y no te preocupes por represalias, ni los Hilton ni mucho menos Grayson tienen planes de intentar nada.

—Bien. Ahora tenemos que centrarnos y hablar de los próximos compromisos, especialmente del día de la toma de posesión.

Logan cruzó los brazos, con una sonrisa aún jugando en sus labios.

—Ah, sí, el gran día. ¿Estás listo para convertirte en el hombre más poderoso del mundo libre?

—Estoy más concentrado en ser un buen líder que en los títulos de poder —respondí, desviando brevemente la atención hacia la dirección por la que Emma aparecería en cualquier momento.

Sentía el corazón latir con más fuerza, ansioso y lleno de amor por la mujer que elegí para estar a mi lado.

—Claro, claro —Logan hizo un gesto con la mano, dejando a un lado el tono burlón—. Justo después de la ceremonia y la luna de miel, tenemos las reuniones preparatorias, las consultas con tu equipo de transición y, por supuesto, la ceremonia de investidura. Vas a jurar sobre la Biblia, ¿verdad?

—Sí —afirmé, con la mente todavía en parte en Emma y en nuestro futuro juntos—. Pero antes que nada quiero asegurarme de que estamos sentando las bases correctas. Quiero una transición fluida y una administración que realmente marque la diferencia.

—Y lo hará —dijo Logan, ahora serio—. Tienes una visión, Richard. Y tienes a las personas adecuadas a tu lado. Emma… va a ser una primera dama increíble.

—Lo sé.

—Buena suerte, presidente Hardman —dijo Logan, dándome una leve palmada en el hombro antes de alejarse, dejándome a solas para asimilar por completo aquel momento.

EMMA HARDMAN

Este se había convertido en el día más feliz de mi vida.

Cada abrazo, cada sonrisa compartida y cada palabra de felicitación llenaban mi corazón con una alegría que jamás había sentido antes.

Entre los invitados veía rostros familiares y queridos, cada uno aportando su propio calor y su cariño para celebrar nuestra unión. La gratitud que sentía por estar rodeada de tanta felicidad era inmensa.

—Enhorabuena, Emma. Estás radiante —dijo la señora Thompson, una de las trabajadoras de la granja, con los ojos brillando de emoción.

—Gracias, señora Thompson. Hoy de verdad me siento la persona más afortunada del mundo —respondí con sinceridad, con el corazón rebosante de gratitud.

Las felicitaciones continuaron, cada una recordándome la increíble red de apoyo que Richard y yo teníamos. Entonces, entre los invitados, vi a Richard acercarse, con una sonrisa capaz de iluminar todo el lugar.

—Señora Hardman —dijo, con la voz cargada de un cariño que me derritió por dentro.

—Señor Hardman —respondí, siguiendo el juego, aunque sabía que aquellos títulos eran superficiales comparados con lo que realmente compartíamos.

—Cada palabra que dije es una promesa de mi corazón, una promesa que pienso cumplir cada día de nuestra vida.

—Y yo prometo ser tu compañera, tu confidente, tu hogar. —Mis propias palabras resonaron con la fuerza de mi amor por él—. Richard, contigo encontré un amor que nunca supe que existía. Un amor que me desafía, me sostiene y me completa.

—Juntos afrontaremos lo que venga, construiremos nuestra vida y crearemos recuerdos que durarán para siempre. No importa dónde estemos, ya sea en la granja o en la Casa Blanca; mientras estemos juntos, estaremos en casa.

—Te quiero, Richard Hardman —declaré, con la voz temblando ligeramente por la intensidad de lo que sentía.

—Y yo te quiero, Emma Hardman —afirmó antes de atraerme hacia un beso que selló nuestras promesas, un beso que hablaba de futuros soñados, de desafíos por superar y, sobre todo, de un amor que duraría toda la vida.

Después de unos minutos más juntos, mis tres hermanos se acercaron a mí, interrumpiendo nuestro momento con esa alegría que solo la familia sabe compartir.

Los gemelos estaban visiblemente emocionados, con los ojos brillando entre felicidad y algunas lágrimas obstinadas. Christopher, siempre el más reservado, mostraba una sonrisa orgullosa, de esas raras que solo aparecen en los momentos más sinceros.

—¡Emma, estamos tan felices! —exclamó Arianna, lanzándose a mis brazos con un abrazo fuerte de esos que solo saben dar los hermanos.

Kaleb, sin querer quedarse atrás, se unió al abrazo, convirtiéndolo en un enredo de brazos y risas.

—¡Tú y Richard parecéis personajes de un cuento de hadas! —dijo, con la voz llena de admiración y un toque de diversión.

Christopher, acercándose con su calma habitual, puso una mano sobre mi hombro y otra sobre el de Richard.

—Emma, mereces toda la felicidad del mundo. Richard, cuida bien de ella. —Su mirada era intensa, pero llena de afecto.

Miré a cada uno de ellos, sintiendo que el corazón se me desbordaba de gratitud.

—Gracias a los tres. Saber que tengo vuestro apoyo y vuestro amor significa todo para mí. —Las palabras salieron entrecortadas por la emoción.

Richard tendió la mano a Christopher en un gesto de respeto y agradecimiento.

—Prometo, delante de todos los que están aquí, que haré de Emma la mujer más feliz del mundo. Y contaré con vuestra ayuda para conseguirlo.

Arianna, con su entusiasmo de siempre, declaró que ahora teníamos que bailar, transformando aquel momento de emoción en una celebración vibrante de música y danza que llenaría la granja de aún más amor y alegría.

Mientras bailaba, rodeada de mi familia y del amor de mi vida, no pude evitar pensar que, pasara lo que pasara, siempre encontraríamos el camino de vuelta a casa, al corazón del otro.

Ese era el verdadero significado de la familia, del amor, y me sentía infinitamente agradecida por cada momento vivido.



CAPÍTULO 41

«Como ríos que se funden en el océano, nuestras vidas convergen en un amor vasto y profundo, cuyas aguas tranquilas reflejan la paz de estar juntos…»

RICHARD HARDMAN

Día de la toma de posesión

Ese era el día que había perseguido durante gran parte de mi vida.

El 20 de enero no marcaba solo un cambio de página en el calendario, sino también un punto de inflexión en la historia personal y política que había trazado hasta llegar aquí.

Tras un periodo intenso de preparación, había llegado el momento de la investidura, un procedimiento meticuloso y profundamente simbólico que formalizaría mi transición de candidato a Presidente de los Estados Unidos.

La ceremonia de investidura era un acto profundamente arraigado en las tradiciones estadounidenses y siempre se celebraba en Capitol Hill, un lugar que simbolizaba no solo el poder legislativo, sino también la resiliencia de la democracia del país.

Ante el Capitolio, en presencia de miles de estadounidenses y bajo la mirada del mundo entero, pronunciaría el juramento que sellaría mi compromiso no solo con el cargo, sino con cada ciudadano de la nación.

Entre los pasos necesarios para la investidura estaba el juramento presidencial, un momento que trascendía la formalidad para convertirse en un compromiso casi sagrado ante el país.

Acompañado por mi familia y por las personas más cercanas a mí, me preparaba para pronunciar ese juramento sosteniendo una Biblia que había pertenecido a mi familia durante generaciones,

símbolo de la continuidad y de la fe que habían guiado mi camino hasta aquí.

Emma, mi esposa, estaría a mi lado, representando no solo el amor y el apoyo incondicional que compartíamos, sino también la alianza que sería fundamental para afrontar los desafíos que vendrían. Su sonrisa, un faro de fortaleza y serenidad, reforzaba mi convicción de que juntos podríamos liderar con compasión y determinación.

Mis hijos, mis padres y algunos amigos íntimos también estarían allí, cada uno representando una parte de mi vida que había moldeado al hombre que era hoy.

Cada mirada de orgullo, cada apretón de manos, cada abrazo me recordaría las raíces que me mantenían firme y el amor que me impulsaba a seguir adelante.

Ese día, mientras subiera las escaleras del Capitolio, cada paso estaría cargado de significado. Sabía que, al pronunciar el juramento, asumiría no solo el cargo más alto del país, sino también la responsabilidad de honrar cada promesa hecha, de luchar por cada ciudadano y de trabajar sin descanso por un país más justo, más fuerte y más unido.

Y cuando alzara la mirada hacia la multitud, hacia los rostros llenos de esperanza, sabría que no estaba solo en ese camino.

Con Emma a mi lado, mi familia, mis amigos y cada estadounidense que había depositado su confianza en mí, estaba preparado para liderar, para marcar la diferencia y para escribir el siguiente capítulo de nuestra historia común.

Ese era mi sueño, y estaba a punto de hacerse realidad.



—Yo, Richard Hardman, juro solemnemente desempeñar fielmente el cargo de Presidente de los Estados Unidos de América y, con toda mi capacidad, preservar, proteger y defender la Constitución de este país.

Las palabras salieron de mi voz con una gravedad y una solemnidad que resonaron en el respetuoso silencio de la multitud.

En aquel instante, al levantar la mano derecha y apoyar la izquierda sobre la Biblia, sentí el peso de la historia, de las expectativas y de las innumerables vidas que mi mandato afectaría.

A mi lado, Emma sostenía a nuestro hijo, ambos un destello de luz y de esperanza que reafirmaba mi promesa no solo al país, sino también a mi familia: que el liderazgo nace del corazón, de la integridad y de un compromiso incansable con el bienestar de todos los estadounidenses.

Tras el juramento, estallaron los aplausos, un mar de rostros de distintos colores y credos, unidos por la convicción de un futuro prometedor.

Miré a Emma, cuyos ojos brillaban de orgullo y de amor. Su mano buscó la mía, un gesto sencillo, pero infinitamente significativo que reforzaba nuestra conexión y el apoyo mutuo que sería nuestra base en los años venideros.

El discurso de investidura que siguió fue mucho más que una lista de promesas o un simple programa político; fue una declaración de fe en la capacidad de nuestra nación para superar divisiones, reconocer

nuestra humanidad compartida y trabajar juntos para construir un futuro mejor. Hablé de esperanza, de esfuerzo y de amor: amor por el país, por su gente y por los ideales que nos unían.

Al terminar el discurso, descendí las escaleras del Capitolio, ya no como un hombre con un sueño, sino como el Presidente de los Estados Unidos, decidido a honrar cada palabra pronunciada.

Aquel día de enero, ante todo un país, asumí el cargo más alto de la nación, pero fue la mirada de mi familia, llena de fe y esperanza, la que me recordó el verdadero motivo de mi lucha: un futuro en el que cada niño, sin importar de dónde viniera, tuviera la oportunidad de alcanzar sus sueños en una nación donde el amor, la justicia y la libertad prevalecieran para todos.



—¡Ahora es cuando voy a convertir este país en un infierno!

—Será mejor que te lo tomes con calma, Logan.

Parecía más entusiasmado que Benjamin y yo, riéndose de sus propias bromas mientras nos preparábamos para los momentos finales antes de la ceremonia.

—En serio, Richard, lo prometiste, y aquí estoy, listo para asumir mi papel. Pero no te preocupes, mi plan es hacer que todo sea más… interesante.

Lo miré con una mezcla de aprensión y diversión en los ojos.

—Logan, tu definición de «interesante» a veces me preocupa. Tenemos un país que gobernar, esto no es un reality show.

Benjamin, siempre el más serio de los tres, aunque incapaz de ocultar una sonrisa, intervino.

—Creo que lo que Richard intenta decir es que, aunque apreciamos tu… entusiasmo, ahora tenemos una responsabilidad enorme y necesitamos moderación.

Logan hizo una mueca dramática.

—¿Moderación? Esa palabra no existe en mi diccionario. Pero está bien, intentaré comportarme. Por ahora.

—A pesar de todas las dificultades, estoy agradecido de teneros a los dos a mi lado. Juntos seguiremos marcando la diferencia.

Logan asintió, con un destello de seriedad en los ojos detrás de su humor habitual.

—Estamos en esto juntos, Richard. Para lo bueno y para lo complicado. Vamos a convertir este país no solo en un «infierno», sino en un paraíso en la Tierra.

Sería el mejor presidente que este país hubiera tenido, y no serían mis palabras las que lo harían posible, sino mis acciones…



EPÍLOGO 1

«Nuestros corazones, como estrellas en un cielo nocturno, brillan con más intensidad cuando están juntos, iluminando el camino del uno al otro a través de la oscuridad…»

RICHARD HARDMAN

2 años después

—¡Necesito vacaciones urgentemente!

—Soy el presidente del país y no estoy pidiendo vacaciones, Logan —repliqué, y él suspiró hondo antes de bufar.

—Es que yo trabajo más que tú.

—¡Ni de broma!

Estábamos sentados en el Despacho Oval, disfrutando de un breve momento de calma en medio de nuestras agendas frenéticas.

—Mira todo lo que hemos conseguido en estos dos años, Logan —empecé, esbozando una sonrisa al recordar los obstáculos que habíamos superado—. Reformamos el sistema sanitario, haciéndolo más accesible y eficiente para millones de estadounidenses. Además, logramos avances significativos en la lucha contra el cambio climático, aplicando políticas que realmente están marcando la diferencia.

Logan cruzó los brazos, adoptando por un momento una expresión seria.

—Y no olvides la educación. Ese programa de becas para estudiantes con pocos recursos fue una jugada maestra. Está cambiando vidas, Richard.

—Por no hablar de la economía —añadí, pensando en las mejoras que habíamos alcanzado—. Con las reformas fiscales logramos estimular el crecimiento y reducir el desempleo a los niveles más bajos en décadas.

Benjamin entró en la sala con gesto atento, sosteniendo varios documentos.

—También estamos avanzando en política exterior. Las relaciones con nuestros aliados nunca habían sido tan sólidas y estamos dando pasos importantes hacia la paz en varias zonas de conflicto.

—El mérito también es tuyo, Benjamin. Tu habilidad para negociar ha sido crucial para estos logros —dije, agradecido por el equipo que teníamos.

Logan sonrió, aunque en sus ojos brillaba un destello de desafío.

—Bueno, ¿y mi contribución qué? Dígame, señor presidente, ¿cómo calificaría mi actuación?

—Indispensable —respondí sin dudar—. Tu perspicacia política, incluso presentada de una forma… peculiar, ha sido clave para navegar por el Congreso y por la opinión pública. Tú y Benjamin sois más que asesores; sois pilares de esta administración.

Hubo un breve silencio, un reconocimiento mutuo del camino que habíamos recorrido juntos.

—Entonces supongo que me merezco esas vacaciones, ¿no? —insistió Logan, rompiendo la solemnidad del momento.

—¡La respuesta es no!

Y con eso volvimos a nuestros papeles, revitalizados por la conversación y listos para afrontar los desafíos que aún estaban por venir.

Era evidente que, a pesar de las largas horas y del peso de las responsabilidades, estábamos marcando la diferencia.

Y, al final, eso era lo que realmente importaba.

EMMA HARDMAN

La dinámica de mi vida había cambiado por completo, pero era feliz.

En los últimos dos años, la transición de la granja a la Casa Blanca había supuesto un giro radical en mi vida y en la de mi familia. Cada día traía nuevos desafíos y responsabilidades, moldeando nuestra rutina de formas que jamás habríamos imaginado.

Sin embargo, en medio de toda esa transformación, Richard y yo nos aseguramos de mantener nuestras raíces firmemente ancladas en la tierra que nos vio crecer y unirnos.

Cada mes, sin excepción, volvíamos a la granja.

Esas visitas se habían convertido en nuestro refugio, un recordatorio de nuestros comienzos humildes y de las cosas sencillas de la vida que tanto valorábamos.

Ver a Bruce jugar por los campos, correr entre los animales y aprender sobre la tierra era un destello de la libertad y la inocencia que deseábamos preservar en su infancia.

La vida en la Casa Blanca era un contraste evidente con nuestros días en la granja. Allí, cada decisión, cada acción, tenía el potencial de influir no solo en nuestra nación, sino en el mundo entero.

Richard, con su compromiso inquebrantable y su liderazgo lleno de humanidad, afrontaba los retos de su cargo con una determinación que me llenaba de admiración y orgullo.

Pero, más allá de las responsabilidades, también había momentos de gran alegría y celebración. Juntos teníamos la

oportunidad de conocer a personas extraordinarias de distintas partes del mundo.

La vida como primera dama también tenía sus propios desafíos.

Las expectativas públicas, la atención constante de los medios y el equilibrio entre los deberes oficiales y la vida personal exigían una adaptación permanente. Sin embargo, encontré una verdadera pasión en mi trabajo con causas sociales, especialmente aquellas relacionadas con la educación y el bienestar de los niños.

Estas iniciativas me permitían conectar con el país de una manera cercana y significativa, reflejando los valores que Richard y yo compartíamos.

A pesar del ajetreo y de la presión, había momentos de paz y sencillez. Noches en las que Richard y yo podíamos sentarnos juntos, reflexionar sobre el día, compartir risas y soñar con el futuro.

Esos momentos eran preciosos, un recordatorio del amor que sostenía todo lo que hacíamos.

—Ya te echaba de menos, cariño… —escuché la voz de Richard acercándose a mí antes de rodearme con sus brazos.

—Yo también —respondí, girándome para mirarlo; en sus ojos se reflejaban el peso y la satisfacción de otro día cumpliendo con su deber.

Había cansancio en ellos, sí, pero también un brillo indomable, la llama que siempre lo impulsaba a luchar por un bien mayor.

Dejó escapar un suspiro profundo, como si en aquel abrazo encontrara un refugio seguro.

—El día ha sido largo, pero saber que estarías aquí lo cambia todo.

Su sinceridad me conmovió profundamente, y lo acerqué aún más, apoyando la cabeza en su pecho. El mundo exterior podía esperar; en ese instante solo existíamos nosotros dos.

—¿Cómo ha sido tu día? —pregunté, verdaderamente interesada en los matices de su mundo, tan distinto y a la vez tan entrelazado con el mío.

—Lleno de asuntos complejos que resolver, como siempre —comenzó, contándome sobre las reuniones, las decisiones difíciles, las pequeñas victorias que, sumadas, significaban progreso. Pero, incluso mientras hablaba, su tono cambiaba, volviéndose más suave—. Al final del día, eres tú quien me recuerda por qué lucho. Por ti, por Bruce, por nuestra familia y por el futuro que queremos construir para nuestro país.

Escuchar sus palabras y sentir su dedicación no solo hacia mí y hacia Bruce, sino también hacia un ideal más grande, me llenó de orgullo y de amor.

Richard tenía una forma de cargar el mundo sobre sus hombros, pero a su lado sentía que podíamos soportar cualquier peso, enfrentarnos a cualquier tormenta.

—¿Y tú? ¿Cómo ha sido tu día?

Le conté las pequeñas victorias del día, los encuentros significativos, los proyectos en los que estaba trabajando.

Me había graduado el año pasado y ahora tenía más tiempo libre para leer, algo que siempre me había encantado.

—Ha sido un buen día. Conseguí terminar aquel libro de jardinería del que te hablé. Estoy pensando en aplicar algunas de esas técnicas en la granja cuando vayamos el mes que viene —expliqué, observando cómo sus ojos se iluminaban con mi entusiasmo por algo tan sencillo y, al mismo tiempo, tan importante para mí.

La conversación fluía con naturalidad entre nosotros, pero antes de que pudiéramos reaccionar, Bruce irrumpió en la sala con los ojos brillando con la alegría inocente de la infancia.

—¡Papá! —gritó, lanzándose a los brazos de Richard, que lo levantó con facilidad en el aire.

—¡Eh, campeón! —exclamó Richard, colocando a Bruce entre nosotros en el sofá—. ¿Qué tal ha ido tu día?

—¡Genial! ¡La abuela me enseñó a hacer un pastel! —declaró Bruce con orgullo, moviendo las manos con entusiasmo mientras contaba su aventura culinaria.

Al observarlos a los dos, sentí que una ola de satisfacción me invadía.

—Suena delicioso, hijo. Tendremos que probar ese pastel muy pronto —dije, sonriéndole, y él me devolvió una sonrisa igual de luminosa.

—¡Mamá, te quiero! —Bruce se volvió hacia mí, estirando sus bracitos para abrazarme, un gesto tan natural para él como respirar.

—Yo también te quiero, muchísimo —respondí, abrazándolo con fuerza, sintiendo la felicidad simple y pura que nace de estar con mi familia.

Richard y yo intercambiamos una mirada, un entendimiento silencioso entre nosotros.

No importaban los desafíos ni las responsabilidades que enfrentábamos cada día; en momentos como ese, todo cobraba sentido.



EPÍLOGO 2

«Nuestro amor es como un libro cuyas páginas nunca se acaban, cada día escribiendo un nuevo capítulo lleno de aventuras, desafíos y, sobre todo, un amor inquebrantable…»

EMMA HARDMAN

15 años después

El amor de mi familia estaba presente en cada rincón de nuestra granja, ahora más que nunca.

En quince años muchas cosas habían cambiado, pero lo esencial permanecía intacto: el amor, la unión y la sencillez de los días vividos junto a quienes más quería.

Con Richard viví las aventuras más intensas, afrontamos juntos desafíos inimaginables y celebramos logros que, en otro tiempo, parecían apenas sueños lejanos.

Ver a Bruce crecer bajo la luz de esos ejemplos, convirtiéndose en un hombre íntegro, lleno de compasión y determinación, era una de las mayores alegrías de mi vida.

Había elegido su propio camino, lejos de la política, pero cerca de la tierra, como su padre antes de asumir la presidencia.

Mi madre, la roca inquebrantable de nuestra familia, seguía siendo el centro al que todos regresábamos, sin importar cuán lejos nos llevara la vida. Su sabiduría y su amor incondicional habían sido nuestro faro en los momentos más turbulentos. Ahora, con más tiempo libre, se dedicaba a la comunidad local, liderando proyectos de educación y sostenibilidad que transformaban la vida de muchas personas.

En cuanto a mis hermanos, Kaleb y Arianna, cada uno había seguido su propio camino, aunque siempre anclados en los valores que nuestra madre nos enseñó.

Kaleb, con su espíritu emprendedor, había expandido los negocios de la familia, aportando innovación sin perder la esencia de aquello que nos había convertido en quienes éramos. Arianna, por su parte, se había convertido en una artista reconocida, cuyas obras reflejaban la belleza y la sencillez de la vida en el campo, un homenaje vivo a nuestras raíces.

Y ahora, con Christopher, el mayor de los hermanos, continuando sus estudios de biología, veía la continuidad de nuestro legado, una nueva generación dispuesta a marcar la diferencia en el mundo.

Al reflexionar sobre esos quince años, sentía una gratitud inmensa.

Gratitud por cada momento compartido, por cada desafío superado y por cada nuevo descubrimiento.

Al lado de Richard, de Bruce y de nuestra gran familia, seguía viviendo cada día con plenitud, saboreando la dulce sencillez de la vida y fortaleciendo los lazos que nos unían.

El futuro era un lienzo en blanco, listo para llenarse de nuevas historias, aventuras y, sobre todo, amor.

—¿Dónde está la pesada? —dijo Kaleb, sentándose frente a mí.

—¿Arianna?

—Lo has dicho tú —respondió, sonriendo, y caí de lleno en su trampa.

—Sácame de esta, por favor.

—Por lo que parece estabais hablando de mí, y si se trata de este individuo, seguro que era algo malo, porque no me deja en paz ni un segundo.

—¡Arianna! —exclamé, riendo, al verla acercarse con un aire de indignación fingida—. Kaleb solo estaba… expresando lo mucho que te echa de menos cuando no estás cerca.

Ella lanzó una mirada desconfiada hacia Kaleb, que intentaba mantener una expresión seria, aunque sus ojos delataban la diversión que sentía.

—¿Echarme de menos? Lo dudo muchísimo —respondió, pero la sonrisa que luchaba por esconder en sus labios decía justo lo contrario.

La relación entre los gemelos siempre había sido una fuente de entretenimiento para todos nosotros.

A pesar de ser ya adultos, con sus propias vidas y responsabilidades, sus bromas y provocaciones seguían siendo las mismas que cuando eran niños. Era un recordatorio constante de que, por mucho que crezcamos o por muy lejos que nos lleve la vida, las raíces y los vínculos que formamos en la infancia siempre permanecen con nosotros.

—Si seguís así, voy a empezar a pensar que no podéis vivir el uno sin el otro —bromeé.

—Ah, claro, porque yo no podría sobrevivir sin sus bromas malísimas —replicó Arianna, aunque la mirada cariñosa que dirigió a Kaleb desmentía sus palabras.

—Y yo no sabría qué hacer sin alguien que me saque de quicio todos los días —añadió Kaleb, con la voz llena de un afecto apenas disimulado.

Era hermoso ver cómo habían crecido y se habían convertido en personas únicas, cada uno siguiendo su propio camino, pero aun así unidos por un vínculo inquebrantable.

—Pero hablando en serio —empecé, mirándolos con una mezcla de orgullo y cariño—. Estoy muy orgullosa de los dos. Ver cuánto habéis crecido, en qué personas os habéis convertido… me llena de alegría.

Kaleb y Arianna intercambiaron una mirada antes de sonreír, esta vez sin rastro de provocación ni sarcasmo.

—¿Sabes que Kaleb me quiere tanto que está viviendo en la misma manzana que yo porque siente celos?

—Anda ya, cuenta otra. Yo solo viviría cerca si fuera por un buen negocio —insistió Kaleb, intentando desviar el tema.

Arianna soltó una risita y volvió la mirada hacia mí.

—En realidad, Emma, creo que en el fondo, muy en el fondo, no es capaz de pasar demasiado tiempo lejos de mí.

—Es pura conveniencia, nada más —replicó Kaleb, aunque la forma en que la miró decía exactamente lo contrario.

—¿Sabéis? —dije, captando la atención de ambos—. Lo que de verdad importa es que, por mucho que crezcáis o por muy lejos que os lleve la vida, siempre os tendréis el uno al otro. Y eso vale más que cualquier otra cosa.

Los gemelos asintieron, con un entendimiento silencioso brillando en sus ojos.

—Sin duda —afirmó Kaleb, extendiendo la mano hacia Arianna, que la tomó sin dudar.

—Siempre estaremos juntos, de una forma u otra —añadió Arianna, apretando la mano de su hermano.

En ese momento, una oleada de emoción me envolvió. Al observarlos, no pude evitar sentir una profunda gratitud por la familia que teníamos, por las raíces que habíamos plantado juntos y por el amor que seguía creciendo entre nosotros.

RICHARD HARDMAN

Estar en la granja se había convertido en una de mis mayores pasiones.

Ahora, con cincuenta y siete años, lo que más deseaba era estar con mi familia, sentir la tierra bajo mis pies y el viento en el rostro.

Durante mis dos mandatos como presidente de los Estados Unidos luché por poner en marcha políticas que creía beneficiosas para el país, desde reformas en el sistema sanitario hasta iniciativas medioambientales destinadas a garantizar un futuro más sostenible para las próximas generaciones.

La reelección fue una prueba del apoyo y de la confianza que el pueblo estadounidense depositó en mí, un honor que siempre llevé con profunda gratitud y humildad.

Esos ocho años en la política me enseñaron mucho sobre resiliencia, compromiso y, sobre todo, sobre la importancia de la familia.

En cada decisión difícil, en cada noche interminable de trabajo, era el pensamiento de volver a casa, con Emma y con Bruce, lo que me daba fuerzas.

Ellos fueron mi refugio, mi razón para luchar por un mundo mejor.

Ahora, retirado de la vida política, encontraba alegría en las cosas sencillas. Enseñar a Bruce a cuidar la tierra, a respetar la naturaleza y sus ciclos se convirtió en una de mis mayores satisfacciones.

Ver en qué hombre se había convertido —inteligente, bondadoso y con una fuerte ética de trabajo— era más de lo que podría haber pedido jamás. Había heredado el amor de su madre por el campo y la determinación de su padre por marcar la diferencia, una combinación que prometía un futuro brillante.

Emma, por su parte, seguía siendo la fuerza que mantenía unida a nuestra familia.

Su amor incondicional, su sabiduría y su paciencia fueron fundamentales durante mi vida política.

Juntos afrontamos los momentos altos y los bajos, celebramos las victorias y aprendimos de las derrotas. La vida en la Casa Blanca fue una aventura llena de responsabilidades y desafíos, pero era en la tranquilidad de la granja donde encontrábamos nuestro verdadero hogar.

Al mirar atrás, a todo lo que habíamos logrado, sentía una profunda sensación de realización.

Pero más que los logros políticos, eran los momentos de conexión humana, de amor y de aprendizaje junto a mi familia los que más valoraba.

Ese era el verdadero legado que esperaba dejar.

Sentado en el porche, contemplando la puesta de sol, sentía una gratitud profunda por todo lo que había vivido.

Aquellos años en la presidencia fueron solo un capítulo de nuestra historia, una historia que seguía escribiéndose cada día en el corazón de nuestra familia, en la serenidad de nuestra granja.

—¿Te apetece compañía…?

—Siempre, amor mío —respondí con una sonrisa al ver acercarse a la mujer a la que amaba cada día más y sentarse a mi lado.

Emma se acomodó junto a mí, y su calor y su presencia eran un recordatorio constante del hogar que habíamos construido juntos.

—¿Recuerdas aquella vez que los gemelos intentaron montar al viejo Jasper? —comenzó Emma, dejando escapar una carcajada.

Jasper, nuestro caballo más testarudo, había sido durante años una fuente constante de desafíos y diversión.

—Estaban tan decididos… y Jasper, bueno, decidió simplemente tumbarse con ellos todavía encima. La cara que pusieron fue impagable —respondí, riendo con ella.

—¿Y aquella vez que intentaste enseñarme a pescar? —preguntó Emma, con la mirada llena de picardía—. Dijiste que sería relajante.

—Bueno, fue relajante… hasta que tu sedal se quedó enganchado en el árbol y pasamos más tiempo intentando desenredarlo que pescando de verdad —contesté, recordando aquel día con cariño.

—Te quiero, Richard. Por todos esos momentos, por toda la vida que hemos vivido y la que aún nos queda por vivir —dijo Emma con una voz tranquila y emocionada—. No importa dónde estemos, estar a tu lado hace que todo merezca la pena.

—Yo te quiero aún más, Emma. Tú y Bruce sois la mejor parte de mí, la razón por la que cada día merece ser vivido. —La acerqué un poco más hacia mí, sintiendo la conexión que nos unía con una profundidad que las palabras nunca podrían explicar.

Nuestra conversación continuó mientras el sol terminaba de ponerse, hablando de los planes para la granja, de los amigos y de la familia, y también de los sueños para el futuro.

Cuando nuestro hijo se unió a nosotros, el ambiente se llenó de una energía nueva, reflejo de la juventud y la curiosidad que lo

caracterizaban.

Su interés por nuestras historias, su mirada atenta mientras hablábamos, aportaban una perspectiva fresca y renovada a nuestros recuerdos.

Durante un momento empezamos a hablar de política, pero sabía que no era una buena conversación, al menos no para Bruce.

—Papá, admiro todo lo que has hecho, de verdad. Pero no me veo siguiendo tus pasos en la política. No creo que sea mi camino —dijo, con una sinceridad que se reflejaba en cada palabra.

Lo miré, y una mezcla de comprensión y orgullo llenó mi corazón.

—Hijo, lo último que querría es obligarte a seguir un camino que no es el tuyo. Tu madre y yo siempre hemos deseado que encuentres tu propia pasión, tu propio destino. Y hagas lo que hagas, estaremos aquí, a tu lado, apoyándote.

—Lo sé, papá. Y te lo agradezco. Solo quería que supierais que, aunque elija un camino distinto, quiero marcar la diferencia a mi manera. Quiero dejar el mundo un poco mejor de como lo encontré, igual que tú hiciste.

—Y lo harás, hijo —intervino Emma, con la mirada rebosante de amor y admiración hacia nuestro hijo—. Tienes un corazón enorme y una mente brillante. El camino que elijas no importa; sé que harás cosas extraordinarias.

—Y quién sabe —añadí, intentando aliviar el momento con un toque de ligereza—. Dentro de unos años quizá encuentres algo en la política que despierte tu interés. O quizá no. El futuro está lleno de posibilidades. Lo importante es que sigas aquello que haga vibrar tu corazón, que encuentres tu verdadera pasión. Y sea lo que sea, tendrás todo nuestro apoyo y nuestro amor.

Bruce sonrió, reflejando la confianza y el apoyo que intentábamos transmitirle.

—Gracias, mamá, papá. Saber que os tengo conmigo, pase lo que pase, significa todo para mí. Pero, papá, te prometo que no seré político. No tengo paciencia ni vocación para eso.

Asentí, comprendiendo y respetando su decisión.

—Entonces, elijas lo que elijas, hazlo con todo tu corazón.

Emma apretó mi mano, un gesto silencioso de acuerdo y de apoyo inquebrantable.

—Lo prometo, papá. Lo prometo, mamá —afirmó Bruce con firmeza, como si sellara una promesa para el futuro.

Y así, mientras el crepúsculo daba paso a la noche, nuestro pequeño encuentro familiar en el porche de la granja llegó a su fin. La vida seguía su curso, llena de incertidumbres y posibilidades, pero el amor que nos unía seguía guiando nuestros caminos.

Al mirar atrás, veía una vida llena de desafíos y triunfos. Había luchado por mejorar nuestro país, por impulsar cambios significativos y positivos, y, a pesar de las dificultades, creía haber dejado un legado del que podía sentirme orgulloso.

Pero, más que cualquier logro político, era la familia que habíamos construido, los momentos compartidos, lo que verdaderamente definía el éxito de mi vida.

—Hiciste todo lo que estaba en tus manos, amor mío. Y lo hiciste bien —dijo Emma, leyendo mis pensamientos como siempre hacía—. Ahora es momento de disfrutar de nuestra vida, juntos.

Y tenía razón.

Ahora, retirado de la vida pública, mi atención estaba centrada en mi familia, en vivir cada día plenamente al lado de las personas que

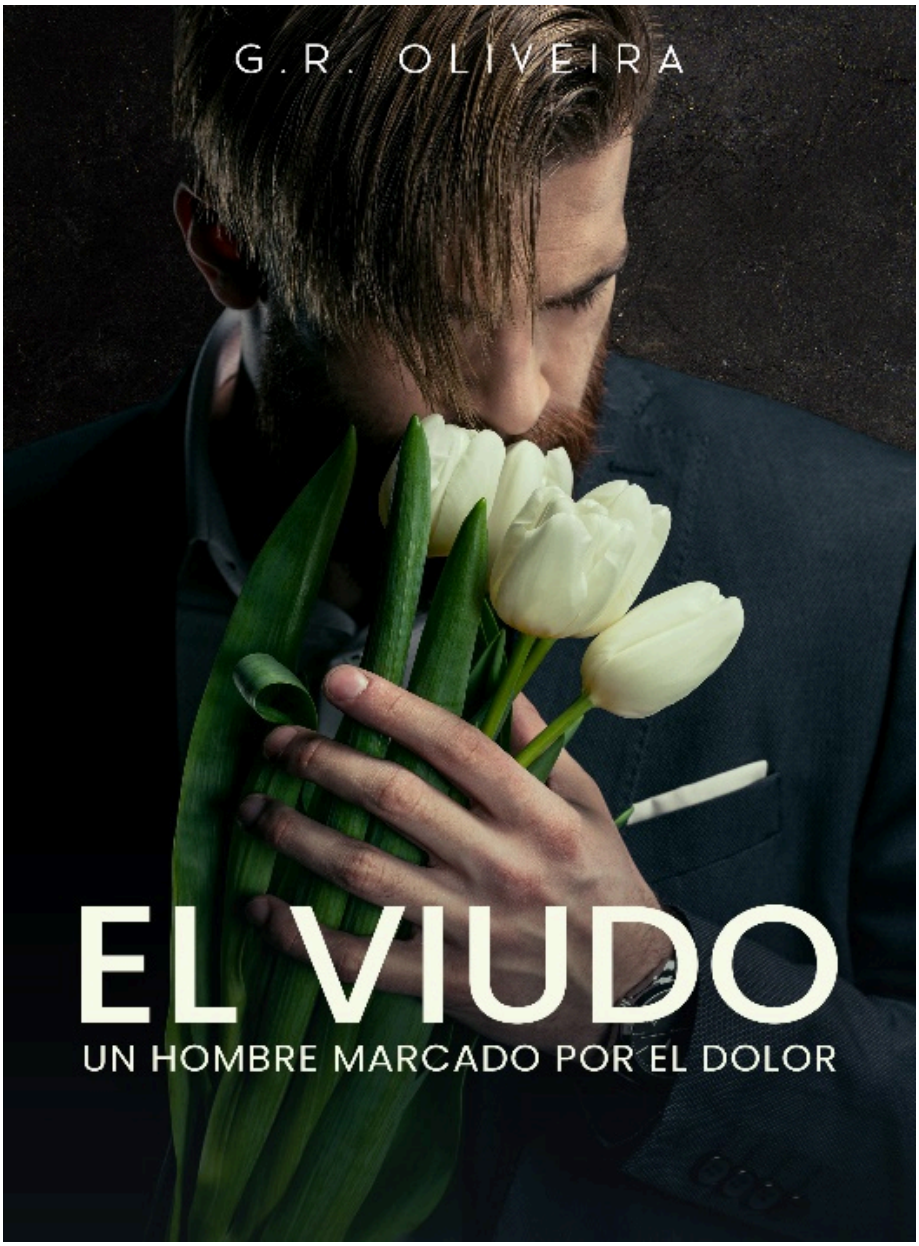
amaba. Sentía una paz profunda, agradecido por cada instante y por cada recuerdo creado juntos.

—Soy feliz, muy feliz —afirmé, mirando a Emma y a Bruce, sintiendo cómo el amor que les tenía llenaba todo mi ser—. Por teneros, por todo lo que hemos vivido y por todo lo que aún nos queda por vivir.

Y así se cerraba un ciclo, no con un final, sino con la promesa de un nuevo comienzo, de una vida llena de amor, de aventuras y, sobre todo, de una familia unida por el lazo más profundo de todos: el amor…

FIN.

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FGQGM8H1

¿Con qué ojos mirarías la vida si perdieras a tu esposa y a tu hija en un accidente de coche?

Colin Adams es un hombre marcado por uno de los mayores sufrimientos del mundo: el dolor de enterrar a un hijo.

Tras la gran tragedia que golpeó a su familia, decidió cerrarse por completo a todo y a todos. Ni siquiera Joshua, su único hijo vivo, consigue acercarse a él. Atormentado por la culpa día tras día, prefiere aislarse y descargar sobre las pocas personas que aún lo rodean todo el odio y el rencor acumulados en su pecho.

A pesar de ello, Colin vive en una gran mansión que necesita alguien que la administre, una tarea aparentemente imposible, ya que ha despedido a las últimas diez mujeres que lograron obtener el puesto.

Isabelle Campbell ha pasado por situaciones muy complicadas a pesar de su corta edad.

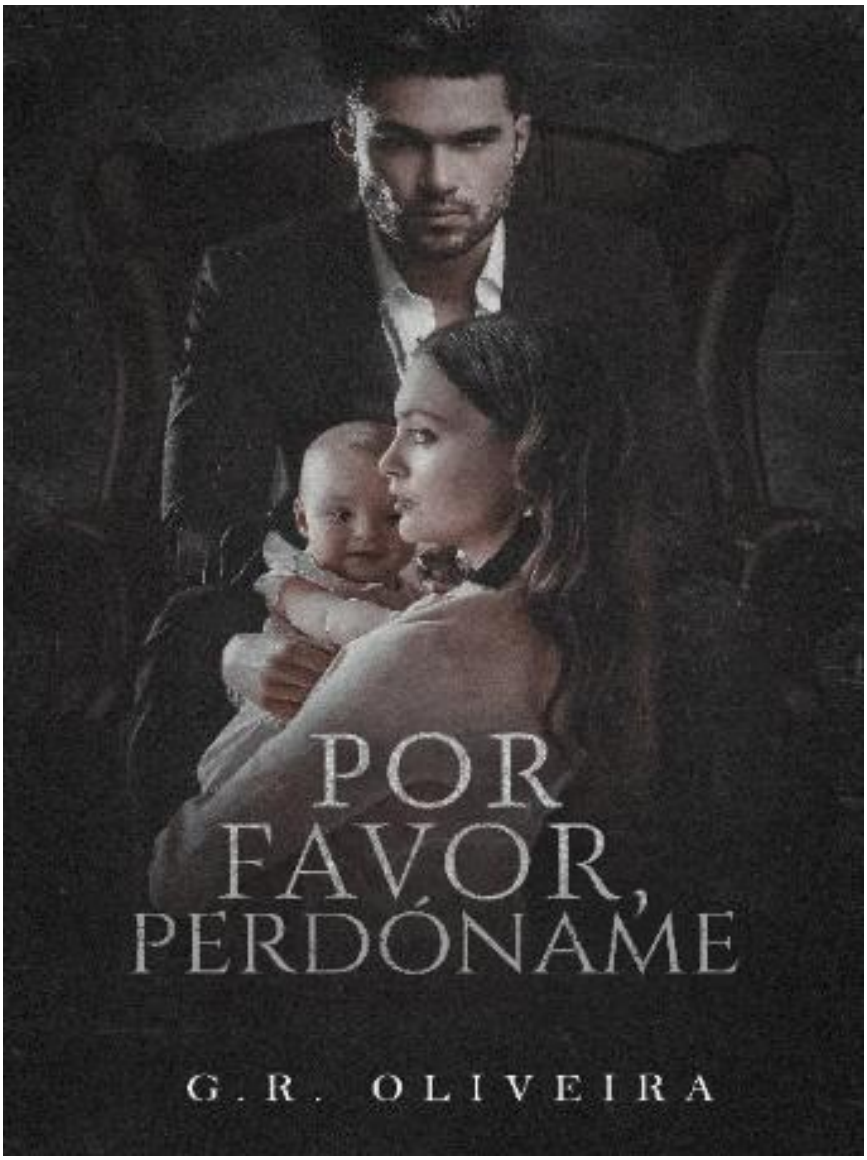
Madre soltera, lucha a diario para educar a su hija y apoyar económicamente a su madre. Por una jugada del destino, encuentra la oportunidad perfecta para solucionar sus problemas financieros: trabajar como ama de llaves en la mansión del arquitecto más famoso de Miami. Lo que no sabe desde el principio es que su nuevo jefe es un hombre arrogante, rudo y controlador, que hará hasta lo imposible para complicarle la vida en su trabajo.

En el fondo, Isabelle sabe perfectamente que Colin es un tirano, pero también un hombre atractivo y tan sexy como el pecado...

«Hay momentos en nuestras vidas en los que sentimos que todo se viene abajo, perdemos el suelo bajo nuestros pies y nos planteamos constantemente abandonar. Lo que nos cuesta mucho comprender es que siempre existe una luz en medio de la oscuridad y que depende únicamente de nosotros buscarla para cambiar nuestras vidas. Prepárate para una historia que llegará a tu corazón y que nos demuestra que el perdón es necesario y que lo imposible es cuestión de opinión.»

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0FF2CWPVT

DIFERENCIA DE EDAD + JEFE/SECRETARIA + FAST BURN + PADRE SOLTERO + EMBARAZO INESPERADO

DIEGO BITTENCOURT

Durante mucho tiempo pensé que el poder y el dinero lo eran todo. Construí un imperio, hice enemigos y amigos en el mundo de los negocios, y todo eso me costó más de lo que estaba

dispuesto a admitir. Cuando conocí a Maria Gabriela, vi en ella a una mujer que me desafiaba, que no se doblegaba ante mi poder. Y fue precisamente esa fuerza la que me atrajo y, al mismo tiempo, me llevó a comportarme como el monstruo que jamás pensé que sería. Lastimé a la mujer que amaba, y eso es un peso que cargo cada día. Mi historia no necesita un villano, porque yo mismo me convertí en él…

MARIA GABRIELA

Cuando acepté el empleo en Amacel Corporation, mi único objetivo era aprender y crecer profesionalmente. Tenía sueños, planes y toda una vida por delante. Pero me involucré emocionalmente con mi jefe, Diego Bittencourt, un hombre que, tras su encanto, escondía un lado frío y calculador. Lo que comenzó como una atracción irresistible se transformó en una pesadilla que me dejó marcada. Ser humillada, desacreditada y, además, tener que lidiar con un embarazo inesperado fue más de lo que imaginé poder soportar. Pero sobreviví, y ahora tendría mi venganza…

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Te lo voy a decir por última vez: usé preservativo!

—Los preservativos no son cien por cien efectivos, y…

—¡Escúchame bien, Maria Gabriela! Si vuelves a hablarme de una prueba de paternidad o de que ese hijo es mío, te aseguro que voy a convertir tu vida en un infierno, ¡y eso es algo que no querrás para ese bebé! Y a partir de ahora, no quiero volver a verte delante de mí, ¿me he explicado bien?

Tragué las lágrimas y le sostuve la mirada con firmeza.

—Será un placer no volver a ver tu cara nunca más, ¡imbécil!

Salí del salón dando pisotones, pero en el fondo sabía que algún día me vengaría. Ahora, después de sus palabras, estaba dispuesta a bajar hasta el infierno si hacía falta para demostrar que él era el padre de ese bebé, o yo ya no me llamaría Maria Gabriela Oliveira.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0GFTHB3GS

Ella fue el único error que nunca conseguí olvidar… y el único que estoy dispuesto a repetir.

Un romance de segundas oportunidades, venganza y un matrimonio por contrato.

Años atrás, la perdí.

No porque dejara de amarla, sino porque se marchó sin mirar atrás, llevándose consigo todo aquello que yo aún no sabía nombrar: amor, deseo y una herida que jamás terminó de cerrar.

Fue la única mujer capaz de romperme. El placer que se convirtió en adicción. La adicción que se transformó en ausencia. Y la ausencia que me convirtió en el hombre que soy hoy.

El hombre que ella conoció ya no existe. En su lugar, hay un CEO frío, poderoso y calculador, forjado por el dinero, la ambición y un pasado que me enseñó que nada en la vida es gratis.

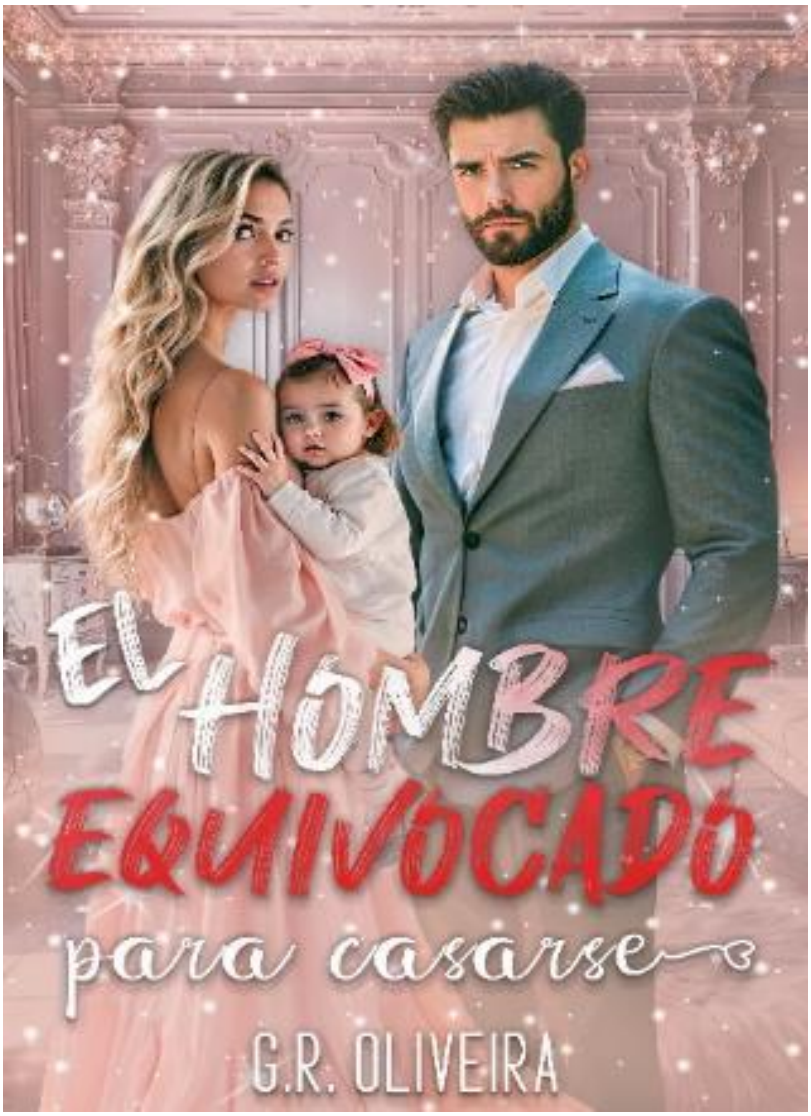
Excepto ella.Ella siempre tuvo un precio más alto del que estaba dispuesto a pagar… hasta ahora.

Esta vez no habrá huida. No habrá decisiones fáciles ni sentimientos seguros. Solo una certeza inquebrantable: ella siempre fue mía. Y estoy dispuesto a enfrentarme al infierno entero para demostrarlo, incluso si para conseguirlo debo destruir todo lo que aún queda entre nosotros.

Incluye:

Romance con CEO • Second Chance • Diferencia de edad • Convivencia forzada • Hombre obsesivo y protector • Matrimonio por contrato

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F9MKPLZQ

CEO + DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + SLOW BURN + FAMILIA ENCONTRADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + CONVIVENCIA FORZOSA + MATRIMONIO POR CONTRATO

«Él dudó de la verdad. Ahora es ella quien duda del perdón.»

LUNA BELMONT

Lo amé con cada fibra de mi ser. Creí en las promesas susurradas en la oscuridad, en los besos robados a escondidas y en el futuro que juró que construiríamos juntos. Pero todo aquello se hizo pedazos justo en el momento en que más lo necesitaba.

Embarazada, asustada y sola, busqué a Roman Lockwood para decirle que iba a ser padre. **¿Y qué recibí a cambio? Acusaciones, humillaciones y desprecio. Me dijo que mentía, que era imposible.** Me miró a los ojos y me llamó traidora.

Ahora, años después, el destino lo ha puesto de nuevo frente a mí. Solo que esta vez ya no soy aquella chica enamorada que confiaba ciegamente en su amor. **Soy la mujer que aprendió a sobrevivir sin él, que crio sola a nuestra hija y que juró que jamás volvería a permitir que Roman Lockwood la destruyese.**

ROMAN LOCKWOOD

He construido un imperio, he conquistado todo lo que un hombre podría desear… y, por el camino, **perdí lo único que realmente importaba.**

Durante años estuve convencido de que Luna me había engañado, de que aquella niña no podía ser mía. **Me aferré al rencor, a la traición que creí haber sufrido, al orgullo que me impedía ver más allá del dolor.**

Pero entonces llegaron los resultados. **Y la verdad me golpeó como una sentencia definitiva: ella nunca mintió; Antonella era mi hija.** Ahora, todo lo que creía saber se ha derrumbado, y tengo que enfrentarme al hecho de haber destruido a la mujer que un día amé.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«Él quería castigarme.

Tragué la rabia, el dolor y el orgullo. Entonces le dije lo que sucedería cuando la verdad saliese a la luz.

—Te pondrás de rodillas delante de mí cuando descubras que Antonella es tu hija. Me suplicarás que te perdone. Y cuando llegue ese día, Roman… —Respiré hondo, conteniendo la emoción, intentando no llorar—, te humillaré como tú me estás humillando ahora mismo.

Él simplemente sonrió y respondió:

—Buena suerte con eso.»

¡Lee también!



Link: https://www.amazon.es/dp/B0F8WCH2ZP

DIFERENCIA DE EDAD + EMBARAZO INESPERADO + JEFE Y EMPLEADA + SEGUNDAS OPORTUNIDADES + GRUMPY x SUNSHINE + FAMILIA ENCONTRADA + SLOW BURN + PROTAGONISTA ABANDONADA + NIÑO ADORABLE Y TRAVIESO

CAMILA PEREIRA

Dicen que el tiempo lo cura todo. **Mentira.**

El tiempo no ha borrado las noches que pasé llorando, ni los días en que me preguntaba dónde estaría él, si se acordaría siquiera de mí. El tiempo no hizo más fácil cargar sola con la responsabilidad de criar a un hijo.

Frederico Villanova fue el único hombre al que amé. Y también fue el mismo que me rompió el corazón sin mirar atrás. Ahora ha vuelto, y no solo ha descubierto que tenemos un hijo, sino que insiste en formar parte de su vida. Y lo que es aún peor… insiste en formar parte también de la mía.

El problema es que he aprendido a protegerme. He aprendido a no esperar nada de nadie. Y si hay algo que no puedo permitirme es dejar que regrese para destruirme otra vez...

FREDERICO VILLANOVA

El mayor error de mi vida fue marcharme. Cuando me fui de Brasil, no sabía que estaba abandonando mucho más que un amor. No sabía que estaba dejando atrás una parte esencial de mí mismo.

Ahora, después de tantos años, he regresado y me he encontrado con un niño que lleva mis rasgos y una mirada que me desmonta. **He vuelto para reencontrarme con la mujer a la que amé y jamás olvidé, pero que ahora me mira como si yo fuera el peor error de su vida.**

Y quizás lo sea.

Pero si algo he aprendido es que ninguna fortuna vale tanto como una segunda oportunidad. Y pienso luchar por ella.

Por mi hijo.

Por la mujer de mi vida.

Por nosotros.

LIBRO AUTOCONCLUSIVO

FRAGMENTO:

«—¡Tenías la obligación de decirme que era mi hijo!

Solté una risa amarga. El pecho se me encogía de pura rabia.

—Ah, claro. ¿Y tú no tenías la obligación de quedarte? ¿No tenías la obligación de, no sé… al menos decir adiós?

El silencio cayó entre nosotros como una tormenta.

—Es mi hijo —susurró Frederico, y esta vez no había rabia en su voz, tan solo incredulidad.

Cerré los ojos un instante, sintiendo que el dolor me asfixiaba por dentro.

—Sí, lo es. Pero no creas que puedes aparecer ahora y actuar como si nada hubiese pasado. Intenté avisarte, pero me bloqueaste por todos lados. Estuve un año, ¡UN AÑO!, intentando localizarte, hasta que comprendí que ni mi hijo ni yo te necesitábamos.»

NOTA DEL AUTOR



NOTA DEL AUTOR

Espero que hayáis disfrutado de esta lectura y que os hayáis divertido con una historia más. Muchas gracias por vuestra confianza.

Si os ha gustado la historia, os agradecería mucho que dejarais una valoración.

Vuestra opinión es muy importante para mí en este camino, porque me ayuda a seguir aprendiendo y mejorando con cada libro, para ofreceros experiencias cada vez mejores.

¡Muchísimas gracias a todos los que habéis dado una oportunidad a esta historia! ¡Espero que también disfrutéis con las próximas!

INSTAGRAM

FACEBOOK